

21
D. Venancio
150 e.
21/12
9/12
9/12

CUENTOS

POR EÇA DE QUEIROZ
TRADUCIDOS DE
LA ÚLTIMA EDICION
PORTUGUESA POR
A. GONZALEZ-BLANCO
BIBLIOTECA NUEVA



2148

DL

2304158

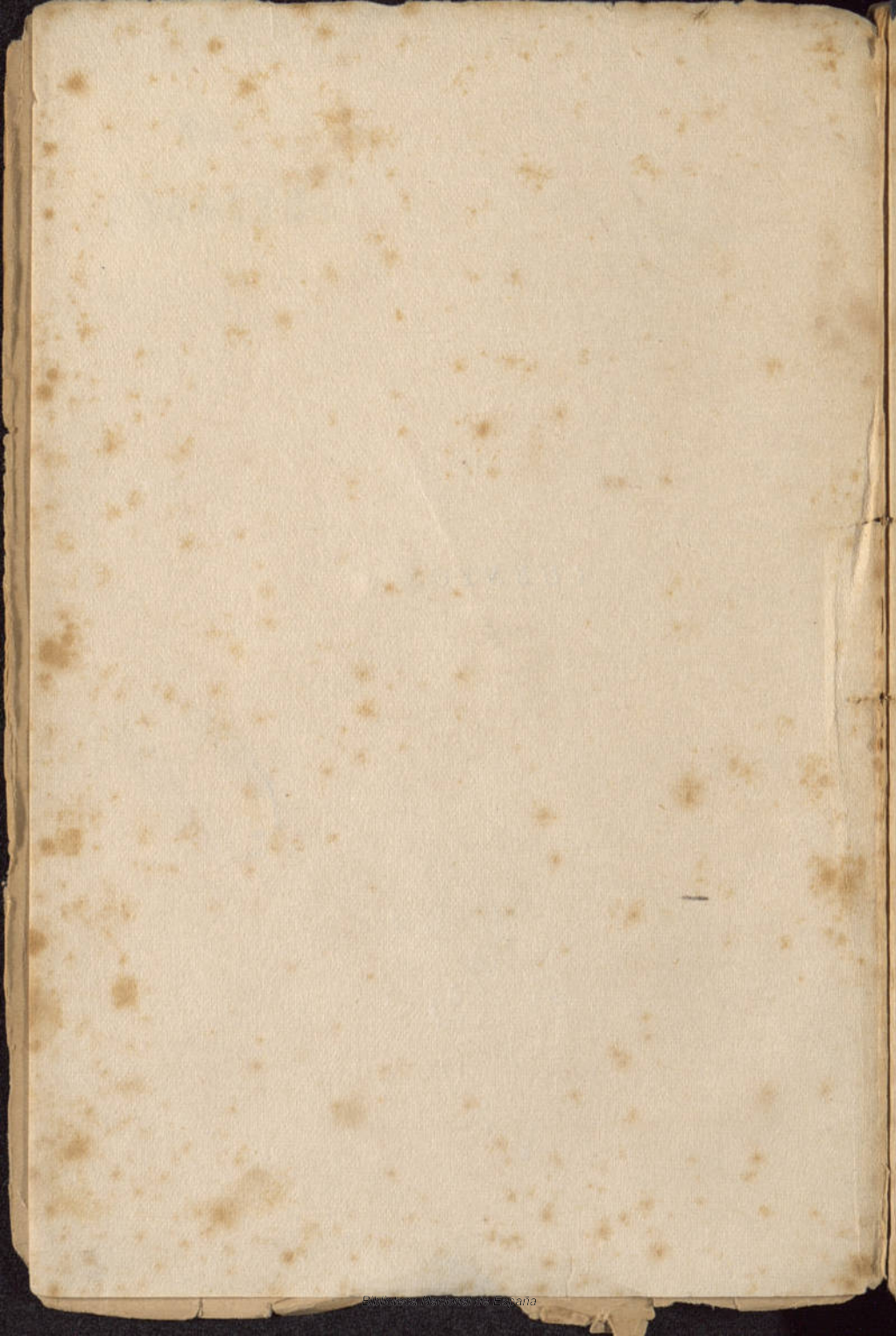
1503

CUENTOS
DE
LA
LIBRERIA

CUENTOS



1902
LEU



CUENTOS

POR EÇA DE QUEIROZ

TRADUCCIÓN DE LA ÚLTIMA
EDICIÓN PORTUGUESA POR
ANDRES GONZALEZ-BLANCO



BIBLIOTECA NUEVA

CUENTOS
DE LA
LIBRERIA
DE LA
LIBRERIA
DE LA
LIBRERIA
DE LA
LIBRERIA



Establecimiento tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra» (S. A.)—Madrid.

BNE. Donativo de:

José María Plaza Sánchez

Fecha: octubre 2014

Biblioteca Nacional de España



I

*SINGULARIDADES
DE UNA MUCHACHITA RUBIA*

I

Comenzó por decirme que su caso era sencillo y que se llamaba Macario...

Debo contar que conocí a este hombre en una posada del Minho. Era alto y grueso; tenía una calva ancha, refulgente y lisa, con greñas blancas que se le erizaban en derredor; y sus ojos negros, con la piel en derredor arrugada y amarilla y las ojeras papudas, tenían una singular claridad y rectitud, por detrás de sus lentes redondos con aros de concha. Tenía la barba rapada y la mandíbula saliente y resuelta. Llevaba una corbata de satén negro, apretada por detrás con una hebilla; una levita larga, color de piñón, con las mangas estrechas y justas y bocamangas de veludillo. Y por la larga abertura de su cuello de seda, donde relucía una cadena antigua, salían los pliegues blandos de una camisa bordada.

Era esto en Septiembre; ya las noches caían más

E Ç A D E Q U E I R O Z

pronto, con un frío fino y seco y una obscuridad aparatosa. Yo había bajado de la diligencia fatigado, hambriento, tiritando en una bufanda de listas rojas.

Venía de atravesar la sierra y sus aspectos pardos y desiertos. Eran las ocho de la noche. El cielo estaba pesado y sucio. Y ya fuese un cierto adormecimiento cerebral producido por el rodar monótono de la diligencia, ya fuese la debilidad nerviosa de la fatiga, ya la influencia del paisaje escarpado y árido, bajo el cóncavo silencio nocturno, ya la opresión de la electricidad que henchía las alturas, el hecho es que yo—que soy naturalmente positivo y realista—había venido tiranizado por la imaginación y por las quimeras. Existe en el fondo de cada uno de nosotros, es cierto—por fríamente educados que estemos—, un resto de misticismo; y basta a veces un paisaje sombrío, el viejo muro de un cementerio, un yermo ascético, las emolientes blancuras de un claro de luna, para que ese fondo místico suba, se ensanche como una niebla, llene el alma, la sensación y la idea, y quede así el más matemático o el más crítico... tan triste, tan visionario, tan idealista como un viejo monje poeta. A mí lo que me había sumergido en la quimera y en el sueño fuera el aspecto del monasterio de Rastelo, que yo había visto a la claridad suave y otoñal de la tarde, en su dulce colina. Entonces, mientras anochecía y la diligencia trotaba continuamente al trote galgado de sus flacos caballos blancos, y el cochero, con la capucha del impermeable enterrada en la cabeza, ru-

miaba su pipa, yo me puse elegíacamente, ridículamente, a considerar la esterilidad de la vida, y deseaba ser un monje, estar en un convento tranquilo entre los árboles, o en la murmuradora concavidad de un valle, y mientras el agua de la alberca canta sonoramente en sus bordes de piedra, leer la *Imitación*, y oyendo los ruiseñores en los laureles, tener nostalgias del cielo. No se puede ser más estúpido.

Pero yo estaba así, y atribuyo a esta disposición visionaria la sensación que me hizo la historia de aquel hombre de las bocamangas de veludillo...

Mi curiosidad comenzó a la cena, cuando yo deshacía el pecho de una gallina ahogada en arroz blanco con franjas rojas de salchichón, y la criada, una moza gorda y llena de pecas, hacía espumear el vino verde en la copa, haciéndolo caer de lo alto de una colodra de cristal. El hombre estaba enfrente de mí comiendo tranquilamente su jalea; le pregunté, con la boca llena y mi servilleta de lino de Guimaràes suspensa en los dedos, si era de Villa Real.

—Vivo allí hace muchos años—me dijo él.

—Tierra de mujeres bonitas, según me consta—dije yo.

El hombre se calló.

—¿Eh?—volví a preguntar.

El hombre se contrajo en un silencio chocante. Hasta allí había estado alegre, riendo dilatadamente, locuaz y lleno de bonachonería. Pero entonces se inmovilizó su sonrisa fina...

Comprendí que había tocado la carne viva de un recuerdo. Había sin duda en el destino de aquel viejo *una mujer*. Allí estaba su melodrama o su comedia, porque inconscientemente me afirmé en la idea de que *el hecho, el caso* de aquel hombre debía ser grotesco y exhalar escarnio.

De suerte que le dije:

—A mí me han afirmado que las mujeres de Villa Real son las más bonitas del Norte. Para ojos negros, Guimarães; para cuerpos, Santo Aleixo; para trenzas, Los Arcos; allí es donde se ven los cabellos claros color de trigo...

El hombre estaba callado, comiendo, con los ojos bajos.

—Para cinturas finas, Vianna; para buenos cutis, Amarante, y para todo esto Villa Real. Yo tengo un amigo que vino a casar a Villa Real. Tal vez lo conozca. Peixoto, uno alto, de barba rubia, bachiller.

—Peixoto, sí—díjome él, mirando gravemente para mí.

—Vino a casarse a Villa Real como antiguamente se iban a casar a Andalucía; por causa de buscar la fina flor de la perfección... A su salud...

Yo le molestaba evidentemente, porque se levantó, fué a la ventana con un paso pesado, y entonces reparé en sus gruesos zapatos de tafilete, con la suela fuerte y atadijos de cuero. Y salió...

Cuando pedí mi palmatoria, la criada me trajo un candelero de latón lustroso y antiguo, y dijo:

—El señor está con otro. Es en el número 3.

En las posadas del Minho, a veces cada cuarto es un dormitorio impertinente.

El número 3 era en el fondo del corredor. A las puertas de los lados los huéspedes habían puesto su calzado para lustrar; estaban unas gruesas botas de montar, enfangadas, con las hebillas de correa; los zapatos blancos de un cazador; botas de propietario, de altas cañas rojas; las botas de un cura, altas, con su borla de elástico; los botines torcidos, de becerro, de un estudiante; en una de las puertas, en el número 15, había unas botinas de mujer, de ante, menudas y finas; y al lado las botas pequeñas de una criatura, todas gastadas y estropeadas, con las cañas de pellica que le caían hacia los lados y con los cordones desatados. Todos dormían. Enfrente del número 3 estaban los zapatos de tafilete con atadidos; y cuando abrí la puerta vi al hombre de las bocanangas de veludillo que ataba a la cabeza un pañuelo de seda; llevaba una chaqueta corta con alamares, una media de lana gruesa y alta y los pies metidos en unas chinelas de orillo...

—El señor no repare—dijo.

—Con toda libertad...—Y para establecer la intimidad me quité la chaqueta.

No diré los motivos por los que de allí a poco, ya acostados, me contó su historia. Hay un proverbio eslavo de la Galitzia que dice: "Lo que no cuentas a tu mujer, lo que no cuentas a tu amigo, cuéntaslo a un extraño en una posada." Pero tuvo rabias inesperadas y dominantes en su larga y sentida con-

E Ç A D E Q U E I R O Z

fidencia. Fué con motivo de mi amigo, de Peixoto, del que se había ido a casar a Villa Real. Le vi llorar a aquel viejo de casi sesenta años. Tal vez la historia sea juzgada trivial; a mí, que en esa noche estaba nervioso y sensible, me pareció tremenda; pero la cuento sólo como un accidente singular de la vida amorosa...

Comenzó, pues, por decirme que su caso era sencillo y que se llamaba Macario.

Preguntéle entonces si era de una familia que yo había conocido que llevaba el apellido de *Macario*. Y como me respondió que era primo de esos, al punto formé de su carácter una idea simpática, porque los Macarios eran una antigua familia, casi una dinastía de comerciantes, que mantenían con una severidad religiosa su vieja tradición de honra y de escrupulo. Macario me dijo que en ese tiempo, en 1823 o 33, en su mocedad, su tío Francisco tenía en Lisboa un almacén de paños y que él era uno de los dependientes. Después el tío se dió cuenta de ciertos instintos inteligentes y del talento práctico y aritmético de Macario, y le confió la contabilidad. Macario se convirtió en su tenedor de libros.

Díjome que siendo naturalmente linfático y hasta tímido, su vida tenía en esa época una gran concentración. Un trabajo escrupuloso y fiel, algunas raras meriendas en el campo, un primor saliente de traje o de ropas blancas, eran todo el interés de su vida. La existencia en ese tiempo era casera y recogida. Una gran sencillez social simplificaba las cos-

tumbres; los espíritus eran más ingenuos, los sentimientos menos complicados.

Comer alegremente en una huerta, debajo de las parras, viendo correr el agua de las acequias; llorar con los melodramas que rugían entre los bastidores del teatro del Salitre, iluminados con cera;—eran contentos que bastaban a la burguesía cautelosa. A más de eso, los tiempos eran confusos y revolucionarios; y nada hace al hombre recogido, abrigado en el hogar, sencillo y fácilmente feliz, como la guerra. Es la paz la que, dando ocios a la imaginación, causa las impaciencias del deseo.

Macario a los veintidós años aun no había *sentido a Venus*, como le decía una vieja tía que había sido querida del magistrado Curvo Semedo, de la Arcadia (1).

Pero en esa época vino a habitar en frente del almacén de los Macarios, a un tercer piso, una mujer de cuarenta años, vestida de luto, con una piel blanca y descolorida, el busto redondo y bien hecho y un aspecto apetecible.

Macario tenía su despacho en el primer piso, por encima del almacén, al pie de un balcón; y desde allí vió una mañana a aquella mujer con el cabello negro suelto y anillado, una chambra blanca y los brazos desnudos, acercarse a una pequeña ventana

(1) Curvo Semedo no es una figura novelesca, sino una persona real y positiva, magistrado y poeta de la Arcadia, que vivió en la Lisboa del siglo XVIII.—*Nota del Traductor.*

E Ç A D E Q U E I R O Z

de alféizar y sacudir un vestido. Macario dijose sin más intención, mentalmente, que aquella mujer a los veinte años debía de haber sido una persona cautivante y llena de dominio, porque sus cabellos violentos y ásperos, el entrecejo espeso, el labio grueso, el perfil aquilino y firme, revelaban un temperamento activo y una imaginación apasionada. Entretanto continuó serenamente alineando sus cifras. Pero a la noche estaba sentado, fumando, a la ventana de su cuarto, que daba a un patio; era en Julio y la atmósfera estaba eléctrica y amorosa; la flauta de un vecino gemía una *jácara morisca* que entonces conmovía mucho y que era de un melodrama; el cuarto estaba en una penumbra dulce y llena de misterio; y Macario, que estaba en chinelas, comenzó a acordarse de aquellos cabellos negros y fuertes y de aquellos brazos que tenían el color de los mármoles pálidos; se desperezó, rodó mórbidamente la cabeza por la trasera de la silla de mimbre, como los gatos sensibles que se refriegan, y decidió, bostezando, que su vida era monótona. Y al otro día, aun impresionado, sentóse en el despacho, con el balcón abierto de par en par y mirando la finca fronteriza donde vivían aquellos cabellos largos;—comenzó a mover vigorosamente su pluma de ave. Pero nadie se acercó a la ventana de alféizar, con cierres verdes. Macario estaba aburrido, torpe; y el trabajo fué lento. Parecióle que en la calle había un sol alegre y que en los campos las sombras de-

bían ser mimosas, y que se estaría bien viendo el palpitante de las mariposas blancas en las madresevas. Y cuando cerró la cartera, sintió que enfrente se corría la vidriera: eran seguramente los cabellos negros. Pero asomaron unos cabellos rubios. ¡Oh! Y Macario vino al punto hacia la barandilla del balcón a tajar un lápiz. Era una muchachita de veinte años tal vez; fina, fresca, rubia, como una viñeta inglesa; la blancura de la piel tenía algo de la transparencia de las viejas porcelanas; había en su perfil una línea pura como de una medalla antigua; y los viejos poetas pintorescos la hubieran llamado paloma, armiño, nieve y oro...

Macario dijo para sus adentros:

—Es la hija...

La otra vestía de luto, pero ésta, la rubia, tenía un vestido de batista con pintas azules, un chal de encaje de Cambrey cruzado sobre el pecho, mangas perdidas con volantes; y todo aquello era aseado, joven, fresco, flexible y tierno...

Macario en ese tiempo era rubio, con la barba corta. El cabello era anillado y su figura debía tener aquel aire seco y nervioso que, después del siglo XVIII y de la Revolución, fué tan vulgar en las clases plebeyas...

La muchachita rubia reparó, naturalmente, en Macario, y, naturalmente, cerró la ventana, corriendo por detrás una cortina de batista bordada. Estas pequeñas cortinas datan de Goethe; y tienen en

la vida amorosa un interesante destino: revelan. Levantarles una punta y atisbar, fruncirlas suavemente revela un fin; correrla, clavar en ella una flor, agitarla haciendo sentir que por detrás un rostro atento se mueve y espera, son viejas maneras con que en la realidad y en el arte comienza la novela. La cortina se levantó despacito y el rostro rubio atisbó.

Macario no me contó por pulsaciones la historia minuciosa de su corazón. Díjome sencillamente que de allí a cinco días *estaba loco por ella*. Su trabajo se tornó pronto lánguido e infiel, y su bella letra cursiva inglesa, firme y ancha, ganó curvas, ganchos, rabillos, donde estaba toda la novela impaciente de sus nervios. No la podía ver por la mañana; el sol azotador de Julio batía y caldeaba la ventanita de alféizar. Sólo por la tarde la cortina se corría, abríase la vidriera y ella, extendiendo una almohadita en el reborde del alféizar, venía a recostarse allí, mimosa y fresca, con su abanico. Abanico que preocupó a Macario; era chino, redondo, de seda blanca, con dragones escarlatas bordados a pluma, un cerco de plumaje azul, fino y trémulo como una pelusilla, y su remate de marfil, de donde colgaban dos borlas de hilo de oro, tenía incrustaciones de nácar a la linda manera persa.

Era un abanico magnífico, y en aquella época inesperado en las manos plebeyas de una muchachita vestida de batista. Pero como ella era rubia y la madre tan meridional, Macario, con esta intui-

ción interpretativa de los enamorados, se dijo a su curiosidad: *será hija de un inglés...* El inglés va a China, a Persia, a Ormuz, a Australia y viene lleno de aquellas joyas de los lujos exóticos, y mi Macario sabía por qué aquel abanico de mandarina le preocupaba tanto; mas, según él me dijo: *aquello le dió por el gusto.*

Había pasado una semana, cuando un día Macario vió desde su despacho que ella, la rubia, salía con la madre, porque se acostumbrara a considerar madre de ella a aquella magnífica persona, magníficamente pálida y vestida de luto.

Macario vino a la ventana y la vió atravesar la calle y entrar en el almacén, en su almacén. Bajó al punto, trémulo, solícito, apasionado y con palpitaciones. Estaban ya las dos mujeres recostadas en el mostrador y un dependiente les desdoblaba en frente casimires negros. Esto conmovió a Macario. El mismo me lo dijo:

—Porque, en fin, amigo mío, no era natural que ellas viniesen a comprar para sí casimires negros...

Y no lo era; ellas no usaban *amazonas*; no querían seguramente forrar sillas con casimires negros y no había hombres en casa de ellas; por lo tanto, aquella venida al almacén era un medio delicado de verle de cerca, de hablarle, y tenía el encanto penetrante de una mentira sentimental. Yo dije a Macario que, siendo así, él debía extrañar aquel movimiento amoroso, porque denotaba en la madre

una complicidad equívoca. El confesóme que *ni pensaba en tal cosa*. Lo que hizo fué acercarse al mostrador y decir estúpidamente:

—Sí, señora, van bien servidas; estos casimires no encogen...

Y la rubia levantó hacia él su mirada azul y fué como si Macario se sintiese envuelto en la dulzura de un cielo.

Pero cuando iba a decirle una palabra reveladora y vehemente, apareció al fondo del almacén el tío Francisco, con su larga levita, color de piñón, de botones amarillos. Como era desusado y singular que encontrara al señor tenedor de libros vendiendo en el mostrador, y el tío Francisco podía escandalizarse, con su crítica estrecha y celibataria, Macario comenzó a subir lánguidamente la escalera de caracol que llevaba al escritorio, y aun oía la voz delicada de la rubia decir blandamente:

—Ahora quería ver pañuelos de la India...

Y el dependiente fué a buscar un paquetito de aquellos pañuelos, apretados y aplastados en una tira de papel dorado...

Macario, que había visto en aquella visita una revelación de amor, casi *una declaración*, estuvo todo el día entregado a las amargas impaciencias de la pasión. Andaba distraído, abstraído, pueril; no prestaba atención a la contabilidad, comió callado, sin escuchar al tío Francisco, que se entusiasmaba con las albóndigas; apenas reparó en su suel-

do, que le fué pagado en *pintos* (1) a las tres, y no entendió bien las recomendaciones del tío y la preocupación de los dependientes sobre la desaparición de un paquete de pañuelos de la India.

—Es la costumbre de dejar entrar pobres en el almacén—había dicho en su laconismo majestuoso el tío Francisco—. Son doce mil *reis* de pañuelos. Póngalos a mi cuenta.

Macario, entretanto, rumiaba secretamente una carta; pero sucedió que al otro día, estando él a la barandilla, vino a recostarse en el alféizar de la ventana la madre, la de los cabellos negros, y en ese momento pasaba por la calle un muchacho amigo de Macario, que, viendo a aquella señora, se paró y con una cortesía muy risueña, se quitó su sombrero de paja. Macario se puso radiante; y esa misma noche buscó a su amigo, y bruscamente, sin medias tintas, le preguntó:

—¿Quién es aquella mujer a quien hoy saludaste delante del almacén?...

—Es la Villaça. Guapa mujer...

—¿Y la hija?

—¡La hija!...

—Sí, una rubia clara, con un abanico chino...

(1) *Pinto*, antigua moneda portuguesa que también se llamó algún tiempo *cruzado novo*, y que valía cuatrocientos ochenta *reis*, o sean ochenta *reis* más que el *cruzado*.—*N. del T.*

—¡Ah, sí! Es hija...

—Es lo que yo decía...

—Sí... ¿Y qué?

—Es bonita...

—Es bonita...

—¿Es gente de bien, eh?

—Sí, gente de bien.

—Está bien. ¿Las conoces mucho?

—Las conozco. Mucho, no. Las encontraba antes en casa de doña Claudia.

—Bien, oye, pues...

Y Macario, contando la historia de su corazón palpitante y exigente, y hablando del amor con las exaltaciones de entonces, le pidió como la gloria de su vida *que encontrase el medio de encajarle allí*. No era difícil... Las Villaças acostumbraban a ir los sábados a casa de un notario muy rico en la calle de los Calafates; eran reuniones sencillas y pacatas, donde se cantaban motetes al clavicordio, se glosaban estribillos y había juegos de prendas del tiempo de la señora doña María I; a las nueve la criada servía la horchata. En seguida, en el primer sábado, Macario, de levita azul, pantalones de Nankin con presillas de trama de metal, corbata de satén rojo, encorvándose delante de la esposa del notario, la señora doña María de la Gracia, persona seca y estirada, con un vestido bordado a esmalte, una nariz adunca, unos enormes lentes de concha, la pluma de *marabout* en sus cabellos grisá-

ceos... A un rincón de la sala, ya estaba entre un *frou-frou* de traje largo, la niña de Villaça, la rubia, vestida de blanco, sencilla, fresca, con su aire de grabado en colores. La Villaça madre, la soberbia mujer pálida, cuchicheaba con un magistrado de figura apoplética. El notario era hombre letrado, latinista y amigo de las Musas; escribía en un periódico de entonces, *La Banasta de las Damas* (1); porque era, sobre todo, galante, y él mismo se intitulaba, en una oda pintoresca, *mozo escudero de Venus*... Así sus reuniones eran ocupadas por las bellas artes; y en esa noche un poeta de la época debía venir a leer un poemita intitulado *Elmira, o La venganza del veneciano*...

Comenzaban entonces a aparecer las primeras audacias románticas. Las revoluciones de Grecia principiaban a atraer a los espíritus novelescos y salidos de la mitología hacia los países maravillosos del Oriente. Por todas partes se hablaba del pachá de Janina. Y la poesía se apoderaba vorazmente de este mundo nuevo y virginal de minaretes, serrallos, sultanas de color de ámbar, piratas del Archipiélago y salones tapizados llenos del perfume del áloe, donde pachás decrepitos acari-

(1) *A Alcofa das Damas*; propiamente *alcofa* es cesta de palma o esparto o bien banasta; parece tener aquí el sentido de Estafeta.—N. del T.

cian leones... De suerte que la curiosidad era grande, y cuando el poeta apareció con los cabellos largos, la nariz adunca y fatal, el pescuezo entallado en la alta gola de su frac a la Restauración y un canuto de hoja de lata en la mano, fué el señor Macario el único que no experimentó sensación alguna, porque allí estaba todo absorto, hablando con la niña de la Villaça. Y le decía suavemente:

—Entonces, el otro día, ¿le gustaron los casimires?...

—Mucho—dijo ella en voz baja.

Y desde ese momento les envolvió un destino nupcial...

Entretanto, en la ancha sala, la noche transcurría espiritualmente. Macario no pudo dar todos los pormenores históricos y característicos de aquella reunión. Sólo se acordaba de que un corregidor de Leiria había recitado un *Madrigal a Lydia*; leíalo de pie, con un lente redondo aplicado sobre el papel, la pierna derecha echada hacia adelante, la mano en la abertura del cuello blanco de alta gola... Y en derredor, formando círculo, las damas con vestidos bordados de ramajes, cubiertas de plumas, las mangas estrechas terminadas en un abullonamiento de encajes, mitones de hilo de seda negra, llenas de las escintilaciones de los anillos, lanzaban sonrisas tiernas, cuchicheos, dulces murmuraciones, risitas, y un blando aletear de abanicos, recamados de lentejuelas...

—¡Muy bonito! ¡Muy bonito!—oíase decir... Y el

C U E N T O S

corregidor, desviando el lente, saludaba sonriendo, y se le veía un diente podrido...

Después, la preciosa doña Jerónima de la Piedad y de Sande sentándose con modales conmovidos al clavicordio, cantó con su voz gangosa la antigua aria de Sully:

¡Oh, Ricardo, oh meu rei,
o mundo te abandona!...

Lo cual obligó al terrible Gaudencio, demócrata del 20 y admirador de Róespierre, a gruñir rencorosamente junto a Macario:

—¡Reyes!... ¡Víboras!...

Luego, el canónigo Saavedra cantó una tonada de Pernambuco, muy en moda en tiempo del señor D. Juan VI: *Lindas mozas, lindas mozas...* Y la noche iba así corriendo literaria, pachorrenta, erudita, refinada y toda llena de musas...

Ocho días después, Macario era recibido en casa de la Villaça, un domingo. La madre le había convidado, diciéndole:

—Espero que el vecino honre aquel cuchitril...

Y hasta el magistrado apoplético, que estaba al lado, dijo:

—¿Cuchitril? Diga alcázar, hermosa dama...

Estaban en esa noche el amigo del sombrero de paja, un viejo caballero de Malta, tartamudo, estúpido y sordo, un beneficiado de la Catedral, ilustre por su voz de tiple, y las hermanas Hilarias, la más

vieja de las cuales, habiendo asistido, como aya de una señora de la casa de la Mina, a la corrida de toros de Salvatierra, en que murió el Conde de los Arcos, nunca dejaba de narrar los episodios pintorescos de aquella tarde; la figura del Conde de los Arcos, de cara rapada y una cinta de satén escarlata en la coleta; el soneto que un flaco poeta, parásito de la casa de Vimioso, recitó cuando el conde entró haciendo ladear su caballo negro, enjaezado a la española, con una gualdrapa donde sus armas estaban labradas en plata; el tumbo que en ese momento dió desde las gradas altas un fraile de San Francisco, y la hilaridad de la Corte, que hasta la señora Condesa de Pavolide apretaba las caderas con las manos; después, el Rey, el señor D. José I, vestido de terciopelo rojo, recamado de oro, recostado en el borde de su palco y haciendo girar entre dos dedos su caja de rapé guarnecida, y por detrás, inmóviles, el médico Lourenço y el fraile su confesor; luego, el rico aspecto de la plaza, llena de gente de Salvatierra, mayores, mendigos de los alrededores; y el grito que hubo cuando D. José I entró: —¡Viva el Rey nuestro señor!...—Y el pueblo se arrodilló, y el Rey se había sentado comiendo dulces que un criado trajo en una bolsa de terciopelo, detrás de él... Después, la muerte del Conde de los Arcos, los desmayos y el Rey inclinado de bruces, golpeando con la mano en el antepecho, gritando entre la confusión, y el capellán de la Casa de los Arcos que había corrido a buscar la Extremaunción.

Ella, Hilaria, habiase quedado aterrada de pavor; sentía los mugidos de los bueyes, los gritos agudos de las mujeres, los gañidos de los flatos, y vió entonces a un viejo, todo vestido de terciopelo negro, con la fina espada en la mano, moverse entre hidalgos y damas que le sujetaban, queriendo tirarse a la plaza bramando de rabia. "¡Es el padre del Conde!", explicaban en derredor... Ella entonces se había desmayado en los brazos de un padre de la Congregación. Cuando volvió en sí, estaba junto a la plaza; a la puerta estaba la berlina real, con los postillones emplumados, los machos llenos de cascabeles; veíase allá dentro al Rey, escondido en el fondo, pálido, sorbiendo febrilmente rapé, encogido junto al confesor; y enfrente, con una de las manos apoyada en el alto bastón, fuerte, hombrachón, de aspecto sombrío, el Marqués de Pombal que hablaba despacio e imperativamente, gesticulando con el lente... Pero los batidores picaron; los látigos de los postillones chasquearon, y la berlina partió al galope, mientras el pueblo gritaba: "¡Viva el Rey nuestro señor!..." ¡Y la campana de la capilla del Palacio tocaba a difuntos!... Era una honra que el Rey concedía a la casa de los Arcos.

Cuando doña Hilaria acabó de contar, suspirando, estas desgracias pasadas, comenzó a jugar. Era singular que Macario no se acordaba de lo que había jugado en esa noche radiante. Sólo recordaba que se había colocado al lado de la niña de Villaça (que se llamaba Luisa), que había reparado mucho en su

piel rosada y fina, nimbada de luz, y en la suave y amorosa pequeñez de su mano, con una uña más pulida que el marfil de Dieppe. Y se acordaba también de un accidente excéntrico, que determinara en él, desde ese día, una gran hostilidad al clero de la Catedral. Macario estaba sentado a la mesa, y al pie de él, Luisa; ésta estaba vuelta hacia él con una de las manos apoyando su fina cabeza, rubia y amorosa, y la otra abandonada en el regazo. Enfrente estaba el beneficiado, con su solideo negro, sus anteojos sobre la punta aguda de la nariz, el tono azulado de la fuerte barba rapada y sus dos grandes orejas, complicadas y llenas de vello, separadas del cráneo como dos postigos abiertos. En esto, como era necesario, al final del juego, pagar unos tantos al caballero de Malta, que estaba al lado del beneficiado, Macario sacó del bolsillo una pieza, y cuando el caballero, muy encorvado y con un ojo bizco, hacía la suma de los tantos en el respaldo de un as, Macario conversaba con Luisa y hacía girar sobre el tapete verde su moneda de oro, como un bolillo o un peón. Luisa sonreía viéndola girar, girar, y parecía a Macario que todo el cielo, la pureza, la bondad de las flores y la castidad de las estrellas estaban en aquella clara sonrisa distraída, espiritual, arcangélica, con que ella seguía el giro fulgurante de la moneda nueva de oro. Pero de repente la pieza, corriendo hasta el borde de la mesa, cayó hacia el lado del regazo de Luisa y desapareció sin oírse en el piso de madera su ruido metálico. El benefi-

ciado se agachó en seguida cortésmente; Macario apartó la silla, mirando debajo de la mesa; la Villaca madre alumbró con una palmatoria; y Luisa levantóse y sacudió con un levisimo golpe su vestido de muselina. La moneda no apareció.

—Es célebre—dijo el amigo del sombrero de paja—. Yo no la oí sonar en el suelo...

—Ni yo, ni yo—dijeron.

El beneficiado, encorvado, buscaba tenazmente, y la más joven de las hermanas Hilarias murmuraba el responso de San Antonio.

—Pues la casa no tiene agujeros—decía la Villaca madre.

—¡Desaparecer así!—rezongaba el beneficiado.

Entretanto, Macario exhalaba exclamaciones desinteresadas:

—¡Por amor de Dios! ¡Qué más da! ¡Mañana parecerá! ¡Tengan la bondad! ¡Por favor! ¡Vamos, señora doña Luisa!... ¡Por amor de Dios! ¡No vale nada!...

Pero mentalmente se dijo que había habido una substracción, y la atribuyó al beneficiado. La moneda rodó, ciertamente, hasta cerca de él sin ruido; él le puso encima su enorme zapato eclesiástico claveteado; después, en el movimiento brusco y breve que hizo, se la apropió vilmente. Y cuando salieron, el beneficiado, embozado en su amplio capote de piel de camello, dijo a Macario por la escalera:

—¡Mire usted que la desaparición de la moneda! ¿Eh? ¡Qué bromita!...

—¿Le parece, señor beneficiado?—dijo Macario, pasmado de tanta impudencia.

—¡Cómo! ¡Si me parece!... Figúrese usted... Una moneda de siete escudos... Sólo si el señor las siembra... ¡Carape! ¡Yo daba en loco!...

Macario sintió asco de aquella astucia fría. No le respondió. El beneficiado, si añadió:

—Mañana mande allá recado por la mañana, hombre... ¡Qué diablo!... ¡Dios me perdone! ¡Qué diablo! ¡Una moneda no se pierde así!... ¡Qué contra-tiempo, eh!...

Y Macario sintió ganas de pegarle...

En este punto fué cuando Macario me dijo con su voz singularmente conmovida:

—En fin, amigo mío, para abreviar razones, resolví casarme con ella...

—Pero ¿y la moneda?

—¡No pensé más en ello!... ¡Iba yo a pensar en la moneda!... ¡Resolví casarme con ella!...

II

Macario me contó que lo que le determinó precisamente a aquella resolución profunda y perpetua fué un beso. Pero ese caso casto y sencillo yo lo callo; porque el único testigo fué una imagen en estampa de la Virgen, que estaba colgada en su cuadro de madera negra, en la salita oscura que daba a la escalera... Un beso fugitivo, superficial,

efímero... Pero bastó eso a su espíritu recto y severo para obligarle a tomarla como esposa, y concederle una fidelidad inmutable y la posesión de su vida. Tales fueron sus esponsales. Aquella simpática sombra de las ventanas vecinas convirtiérase para él en un destino, en el fin moral de su vida y en toda la idea dominante de su trabajo. Esta historia toma desde entonces un aspecto grave de santidad y de tristeza...

Macario me habló mucho del carácter y de la figura del tío Francisco; de su aventajada estatura, sus lentes de oro, su barba grisácea, en forma de collar, por debajo del mentón, un tic nervioso que tenía en una aleta de la nariz, la dureza de su voz, su austeridad y majestuosa tranquilidad, sus principios a la antigua, autoritarios y tiránicos, y la brevedad telegráfica de sus palabras.

Cuando Macario le dijo una mañana, al almuerzo, abruptamente, sin transiciones emolientes: "Pídele permiso para casarme", el tío Francisco, que echaba el azúcar en su café, quedó callado, majestuoso y terrible, removiendo con la cucharilla despacio; y cuando acabó de sorber por el platillo, con gran ruido, quitóse del pescuezo la servilleta, la dobló, afiló con el cuchillo su mondadientes, lo metió en la boca, y salió; pero a la puerta de la sala se detuvo, y volviéndose hacia Macario, que estaba en pie junto a la mesa, dijo secamente:

—No.

—¡Perdón, tío Francisco!

—No.

—Pero oiga, tío Francisco.

—No.

Macario sintió una gran cólera.

—En ese caso lo hago sin permiso.

—Despedido de la casa.

—Saldré... No tenga duda.

—Hoy.

—Hoy.

Y el tío Francisco iba a cerrar la puerta, pero volviéndose:

—¡Adiós!—dijo a Macario, que estaba exasperado, apoplético, raspando en los cristales de la ventana.

Macario se volvió con una esperanza.

—Deme mi caja de rapé—dijo el tío Francisco.

¡Se le había olvidado la caja! Por lo tanto, estaba nervioso...

—Tío Francisco—comenzó Macario.

—Basta. Estamos a 12. Recibirá la paga del mes entero. Váyase...

Las antiguas educaciones producían estas situaciones insensatas. Aquello era brutal e idiota. Macario me confirmó que era así...

En esta tarde, Macario encontrábase en el cuarto de una hospedería en la Praça da Figueira (1), con

(1) Plaza muy próxima al Rocio (Praça de D. Pedro V) donde está instalado un mercado cubierto, que es el más concurrido de los mercados de Lisboa y donde afluyen ca-

seis monedas de oro y su baúl de ropa blanca y su pasión. Estaba tranquilo por el momento; pero sentía su destino lleno de apuros... Tenía relaciones y amistades en el comercio. Era conocido ventajosamente; la rectitud de su trabajo, su honra tradicional, el nombre de su familia, su pericia comercial, su bella letra cursiva inglesa, le abrían de par en par, respetuosamente, todas las puertas de los escritorios. Al día siguiente fué a buscar alegremente al comerciante Faleiro, antigua relación mercantil de su casa.

—De muy buena gana, mi amigo—díjome él—. ¡Quién me diera tenerlo acá! Pero si le recibo, quedo mal con su tío, mi viejo amigo de hace veinte años... El me lo declaró categóricamente. Ya ve usted. Caso de fuerza mayor... Lo siento, pero...

Y todos, aquellos a quienes Macario se dirigió, confiado en relaciones antiguas y sólidas, temían *quedar mal con su tío, viejo amigo de veinte años...* Y todos lo sentían, pero...

Macario dirigióse entonces a comerciantes nuevos, extraños a su casa y a su familia, sobre todo a los extranjeros; esperaba encontrar gente libre de la amistad de veinte años de su tío. Pero para esos, Macario era un desconocido y desconocidos por igual su dignidad y su hábil trabajo. Si tomaban infor-

lles muy importantes, como la Rua do Amparo, de Betesza, dos Douadores, dos Correeiros, dos Fanqueiros, da Prata, etc.—N. del T.

mes, sabían que había sido despedido de la casa del tío repentinamente, por causa de una muchachita rubia, vestida de muselina. El comercio evita al tenedor de libros sentimental. De suerte que Macario comenzó a sentirse en un momento agudo. Buscando, pidiendo, investigando, pasaba el tiempo, sorbiendo, *pinto a pinto*, sus seis monedas.

Macario mudóse para un hospedaje barato y continuó olfateando. Pero como siempre había sido de temperamento recogido, no había creado amigos. De modo que se encontraba desamparado y solitario; y la vida se le aparecía como un descampado.

Las monedas se acabaron. Macario entró poco a poco en la antigua tradición de la miseria, que tiene solemnidades fatales y establecidas. Comenzó por empeñar; después vendió. Reloj, anillos, levita azul, cadena, paletot con alamares, todo lo fué llevando poco a poco una vieja seca y llena de asma.

Entretanto veía a Luisa de noche en la salita obscura que daba al descansillo de la escalera; una lamparilla ardía encima de la mesa; era feliz allí en aquella penumbra, sentado castamente, al pie de Luisa, en un recodo de un viejo canapé de paja. No la veía de día porque traía ya la ropa usada, las botas torcidas, y no quería mostrar a la fresca Luisa, muy mimosa en sus sedas aseadas, su miseria remendada; allí, a aquella luz tenue y desvahida, exhalaba su pasión creciente y escondía su traje en decadencia... Según me dijo Macario, era muy singular el temperamento de Luisa. Tenía el carácter

rubio como el cabello, si es cierto que el rubio es un color débil y extenuado; hablaba poco; sonreía siempre con sus blancos dientecitos; decía a todo: *Pues sí*; era muy sencilla, casi indiferente, llena de transigencias... Amaba seguramente a Macario, pero con todo el amor que podía dar su naturaleza débil, aguada, nula. Era como una madeja de lino; se hilaba como se quería. A veces en aquellos encuentros nocturnos sentía sueño...

Un día, sin embargo, Macario la encontró excitada; estaba con prisa, el chal cruzado del revés, mirando siempre hacia la puerta interior.

—Mamá se ha dado cuenta—dijo ella.

Y le contó que la madre desconfiaba, aún arisca y áspera, y que seguramente olfateaba aquel proyecto nupcial, tramado como una conjuración...

—¿Por qué no vienes a pedirme a mamá?

—Pero ¡hija, si yo no puedo! No tengo acomodo alguno. Espera. Es un mes más, tal vez. Tengo ahora un negocio en buen camino. Moriríamos de hambre...

Luisa se calló, retorciendo la punta del chal, con los ojos bajos.

—Pues al menos—dijo ella—, mientras yo no te haga señas por la ventana no subas más, ¿eh?

Macario rompió a llorar; los sollozos brotaban violentos y desesperados...

—¡Chist!—decíale Luisa—. ¡No llores alto!...

Macario me contó la noche que pasó, al acaso por las calles, rumiando febrilmente su dolor y sufrien-

do el frío de Enero con su americana corta. No durmió, y en cuanto fué de día, entró como una ráfaga en casa del tío Francisco, y le dijo bruscamente, secamente:

—Es todo lo que tengo—y le enseñaba tres perrras gordas—. Ropa, estoy sin ella. Lo vendí todo. Dentro de poco tendré hambre...

El tío Francisco, que estaba afeitándose delante de la ventana, con el pañuelo de la India amarrado a la cabeza, se volvió, y poniéndose los lentes, le miró.

—Su pupitre allí está. Quédese—y añadió con un gesto decisivo—soltero.

—Tío Francisco, oigame...

—Soltero, he dicho—continuó el tío Francisco mientras sacaba filo a la navaja en una cinta de seda.

—No puedo...

—Entonces... ¡a la calle!

Macario salió aturdido. Llegó a casa, se acostó, lloró y se adormeció. Cuando salió al anochecido, no tenía resolución ni idea. Estaba como una esponja saturada. Se dejaba llevar.

De repente una voz dijo desde el interior de una tienda:

—¡Eh! ¡Chist! ¡Hola!...

Era el amigo del sombrero de paja, que abrió los brazos muy asombrado.

—¡Qué diantre! Desde por la mañana te ando buscando...

Y le contó que había llegado de la provincia, había sabido su crisis y le traía un desenlace.

—¿Quieres?

—Todo lo que me digas...

Una casa comercial quería un hombre hábil, resuelto y duro para ir en una comisión difícil y de grandes ganancias a Cabo Verde.

—¡Pronto!—dijo Macario—. ¡Pronto! ¡Mañana!...

Y fué en seguida a escribir a Luisa, pidiéndole una despedida, un último encuentro, aquel en que a los brazos desolados y vehementes tanto cuesta desenlazarse. Fué a casa de Luisa. La encontró toda arrebozada en su chal, tiritando de frío. Macario lloró. Ella, con su pasiva y rubia dulzura, dijo:

—Haces bien. Tal vez hagas dinero.

Y al otro día Macario partió.

Conoció las jornadas trabajosas en los mares adversos, el mareo monótono en un litera de camarote ahogado, los duros soles de las colonias, la brutalidad tiránica de los hacendados ricos, el peso de los fardos humillantes, las amarguras de la ausencia, los viajes al interior de las tierras negras y la melancolía de las caravanas que costean en noches violentas, durante días y días, los ríos tranquilos de donde se exhala la muerte...

Regresó...

Y luego, en esa tarde, la vió a ella, a Luisa, clara, fresca, reposada, serena, recostada en el alféizar de la ventana, con su abanico chino. Y al otro día,

solicitamente fué a pedirla a la madre. Macario había hecho unas ganancias considerables, y la Villaça madre abrióle unos brazos muy amigos, llena de exclamaciones. El casamiento se decidió para de allí a un año.

—¿Por qué?—dije yo a Macario.

Y él me explicó que los lucros obtenidos en Cabo Verde no podían constituir un capital definitivo; eran sólo un capital de habilitación. Traía de Cabo Verde elementos de poderosos negocios; trabajaría durante un año heroicamente, y al fin podría sosegadamente crear una familia.

Y trabajó: puso en aquel trabajo la fuerza creadora de su pasión. Se levantaba de madrugada, comía aprisa, apenas hablaba. A la tardecita iba a visitar a Luisa. Después volvía solicitamente hacia la faena, como un avaro a su cofre. Estaba grueso, fuerte, duro, fiero; servíase con el mismo impulso de las ideas y de los músculos; vivía en una tempestad de cifras. A veces, Luisa, de paso, entraba en su almacén; aquel posar de ave fugitiva dábale alegría, fe, confortamiento para todo un mes plenamente trabajado.

Por ese tiempo el amigo del sombrero de paja vino a pedir a Macario que fuese su fiador por una gran cantidad que él había pedido para establecer un almacén de ferretería en grande. Macario, que estaba en el vigor de su crédito, accedió con alegría. El amigo del sombrero de paja era quien le había dado el negocio providencial de Cabo Verde. Falta-

ban entonces dos meses para el casamiento; Macario ya sentía a veces subirle al rostro las febriles rubicundeces de la esperanza. Ya había comenzado a tratar *de los baños*... Pero un día el amigo del sombrero de paja desapareció con la mujer de un alférez. Su establecimiento estaba en los comienzos. Era una confusa aventura. No se pudo nunca precisar nítidamente aquel *imbroglio* doloroso. Lo positivo era que Macario debía reembolsar. Cuando lo supo palideció y dijo sencillamente:

—¡Líquido y pago!...

Y cuando liquidó, quedó otra vez pobre. Pero en ese mismo día, como el desastre había tenido una gran publicidad y su honra estaba santificada en la opinión, la Casa Peres y Compañía, que lo había mandado a Cabo Verde, vino a proponerle otro viaje y otras ganancias.

—¡Volver a Cabo Verde otra vez!

—A hacer otra vez fortuna, hombre. Usted es el diablo—dijo el señor Eleuterio Peres.

Cuando se vió así, solo y pobre, Macario desató a llorar. Todo estaba perdido, acabado, extinguido; era necesario volver a las largas miserias de Cabo Verde, volver a temer las pasadas desesperaciones, sudar los antiguos sudores... ¿Y Luisa? Macario le escribió. Después rasgó la carta. Fué a casa de ella: las ventanas tenían luz; subió hasta el primer piso; pero allí le entró una angustia, una cobardía de revelar el desastre, el pavor trémulo de una separación, ¡el terror de que ella se negara, rehusara, va-

cilara!... ¿Y querría esperar ella más? No se atrevió a hablar, explicar, rogar; descendió de puntillas. Era de noche. Anduvo al acaso por las calles; había un claro de luna sereno y silencioso. Iba sin saber por donde; de repente oyó de una ventana iluminada una flauta que tocaba la *jácara morisca*. Acordóse del tiempo en que había conocido a Luisa, del buen sol claro que había entonces, del vestido de ella, de muselina con pintas azules. Estaba en la calle donde eran los almacenes del tío... Fué caminando... Púsose a mirar para su antigua habitación. El balcón del escritorio estaba cerrado. ¡Cuántas veces desde allí había visto a Luisa y el blando movimiento de su abanico chino!...

Una ventana, en el segundo piso, tenía luz. Era el cuarto del tío... Macario fué a observar desde más lejos; una figura estaba recostada detrás de la vidriera; era el tío Francisco. Vínole una nostalgia de todo su pasado sencillo, retirado, plácido... Recordaba su cuarto y la vieja cartera con cerradura de plata, y la miniatura de su madre, que estaba por encima de la barra del lecho; el comedor y su viejo aparador de madera negra y la gran jarra de agua, cuya asa era una serpiente irritada... Decidióse, impelido por un instinto, y llamó a la puerta. Llamó otra vez. Sintió abrir la vidriera y la voz del tío preguntar:

—¿Quién es?

—Soy yo, tío Francisco; vengo a decirle adiós.

La vidriera se cerró, y de allí a poco se abrió la

puerta con gran crujir de cerrojos. El tío Francisco tenía un candelero de aceite en la mano. Macario lo encontró más viejo y más flaco. Le besó la mano.

—Suba—dijo el tío.

Macario iba callado, pegado al pasamano. Cuando llegó al cuarto, el tío Francisco posó el candelero sobre una mesa ancha de palo santo, y de pie, con las manos en los bolsillos, esperó.

Macario estaba callado, rascándose la barba.

—¿Qué quiere?—le gritó el tío.

—Venía a decirle adiós; vuelvo a Cabo Verde.

—Buen viaje...

Y el tío Francisco, volviéndole las espaldas, fué a apoyarse en la vidriera. Macario quedóse inmóvil, dió dos pasos por la habitación, protestando por dentro, e iba salir.

—¿Dónde va, so estúpido?—le gritó el tío.

—Me voy...

—¡Siéntese allí!...

Y el tío Francisco continuó con grandes paseos por el cuarto:

—¡Su amigo es un canalla! ¡Tienda de ferretería! ¡No está mala tienda! El señor es un hombre de bien. Estúpido, pero hombre de bien. Siéntese allí, siéntese... Su amigo es un canalla... El señor es un hombre de bien. Fué a Cabo Verde. Bien lo sé. Lo pagó todo. ¡Está claro!... También lo sé... Mañana hace el favor de ir a su escritorio, allá abajo. Mandé poner paja nueva en la silla. Haga el favor de poner en las facturas *Macario* y *Sobrino*. Y

cásese... Cásese, y que le aproveche. Saque dinero. El señor necesita ropa blanca y muebles. Saque dinero... Y póngalo a mi cuenta. Su cama está hecha...

Macario, aturdido, radiante, con las lágrimas en los ojos, quería abrazarlo.

—¡ Bien, bien, adiós!

Macario iba a salir...

—¡ Ah, burro! ¿ Pero quiere irse de esta su casa?...

Y yendo a un pequeño armario, trajo jalea, un platillo de dulce, una botella añeja de Porto y bizcochos.

—¡ Coma!...

Y sentándose junto a él y volviendo a llamarle estúpido, tenía una lágrima corriéndole por lo arrugado de la piel.

De suerte que el casamiento quedó señalado para de allí a un mes. Y Luisa comenzó a tratar de su equipo. Macario estaba entonces en la plenitud del amor y de la alegría... Veía el final de su vida henchido, completo, feliz. Estaba casi siempre en casa de la novia.

Un día, acompañándola él a unas compras por las tiendas, ella misma le quiso hacer un pequeño regalo. La madre había quedado en casa de una modista, en un primer piso de la calle del Oro (1), y

(1) La *Rua d'Ouro*, más corrientemente—y hoy así reza en las tabletas de azulejos—*Rua Aurea*, es una de las calles más céntricas de Lisboa, llena de magníficos comer-

ellos habían ido alegremente, riéndose, a la tienda de un joyero que había abajo en la misma finca...

El día estaba de invierno claro, fino, frío, con un cielo muy hermoso azul prusia, profundo, luminoso, consolador...

—¡Qué bonito día!—dijo Macario.

Y con la novia del brazo, caminó un poco a lo largo del paseo.

—¡Está!—dijo—. Pero pueden reparar; nosotros solos...

—Deja; está tan agradable el día.

—No, no...

Y Luisa le arrastró blandamente hacia la tienda del joyero. Estaba solo un dependiente trigüeño, de cabello hirsuto.

Macario díjole:

—Querría ver anillos...

—Con piedras—dijo Luisa—, y el más bonito...

—Sí, con piedras—dijo Macario—. Amatista, granada. En fin, lo mejor...

Y entretanto, Luisa iba examinando las *montres* (1), forradas de terciopelo azul, donde relucían

cios de ropa y de joyerías. Arranca del Rocío (Plaza de Don Pedro V) y acaba en el *Terreiro do Paço* o Plaza del Comercio, donde están los Ministerios y dependencias oficiales. Es calle muy alegre, lujosa y animada, paralela a la Rua Augusta.—N. del T.

(1) Por no haber en portugués palabra equivalente a la voz "vitrina", mejor dicho, por no conocerla él, emplea Eça la palabra francesa *montre*; hoy esta palabra se puede

E Ç A D E Q U E I R O Z

las gruesas pulseras claveteadas, las cadenas, los collares de camafeos, los anillos, las finas alianzas, frágiles como el amor, y todo el centelleo de la pesada joyería...

—Mira, Luisa—dijo Macario.

El dependiente había extendido al otro extremo del mostrador, encima del cristal de la vitrina, una reluciente profusión de anillos de oro, con piedras, labrados, esmaltados; y Luisa, tomándolos y dejándolos con las puntas de los dedos, iba recorriéndolos y diciendo:

—Es feo... Es pesado... Es ancho...

—Mira éste—díjole Macario.

Era un anillo de pequeñas perlas.

—Es bonito—respondió ella—. ¡Es lindo!...

—Déjame ver si te sirve—replicó Macario.

Y cogiéndole la mano, púsole el anillo despacito, dulcemente, en el dedo; y ella se reía con sus blancos dientecitos finos, todos esmaltados...

—Es muy ancho—dijo Macario—. ¡Qué pena!...

—Se achica si usted quiere. Deje la medida. Mañana lo tiene listo...

—Buena idea—dijo Macario—, sí, señor. Porque es muy bonito. ¿No es verdad? Las piedras muy iguales, muy claras. Muy bonito. ¿Y estos pendien-

usar corrientemente, portuguesada; y dicese *montra* más bien que vitrina a los escaparates de los comercios; ahora, en el sentido en que la usa Eça aquí es en el de estuche de joyas.—N. del T.

tes?—añadió yendo al final del mostrador, a otra vitrina—. ¿Estos pendientes con una concha?

—Diez monedas de oro—dijo el dependiente.

Y entretanto Luisa continuaba examinando los anillos, probándolos en todos los dedos, revolviendo aquella delicada vitrina centelleante y preciosa... Pero de repente el dependiente clavó la mirada en Luisa, pasando lánguidamente la mano por la cara.

—Bien—dijo Macario aproximándose—; entonces mañana tenemos dispuesto el anillo. ¿A qué hora?

El dependiente no respondió y comenzó a mirar fijamente a Macario.

—¿A qué hora?—volvió éste a preguntar.

—Al mediodía...

—Bien, adiós.

E iban a salir. Luisa llevaba un vestido de lana azul que le arrastraba un poco, dando una ondulación melódica a su paso y sus manos pequeñitas escondidas en un manguito blanco...

—¡Perdón!—dijo de repente el dependiente.

Macario se volvió.

—El señor no pagó.

Macario le miró gravemente.

—Es claro que no. Mañana vengo a buscar el anillo y pago mañana...

—¡Perdón!—insistió el dependiente—. Pero el otro...

—¿Cuál otro?—exclamó Macario con una voz sorprendida, avanzando hacia el mostrador.

—Esa señora sabe—afirmó el dependiente—, esa señora sabe...

Macario sacó la cartera lentamente.

—Perdón... si hay una cuenta antigua...

El dependiente abrió el mostrador y con un aspecto resuelto dijo:

—Nada de eso, mi querido señor; es de ahora. Es un anillo con dos brillantes que aquella señora lleva...

—¡Yo!—dijo Luisa en voz baja y poniéndose muy colorada.

—¿Qué es? ¿Qué está diciendo?

Y Macario, pálido, con los dientes apretados, contraído, miraba al hortera coléricamente.

El dependiente dijo entonces:

—Esta señora quitó de ahí un anillo...

Macario quedó inmóvil, encarándose con él.

—Un anillo con dos brillantes—continuó el muchacho—. Lo vi perfectamente...

El dependiente estaba tan excitado que su voz tartamudeaba y se tornaba opaca.

—Esa señora no sé quién es. Pero quitó el anillo. Quitólo de ahí...

Macario, maquinalmente, le agarró del brazo, y volviéndose hacia Luisa, con la palabra ahogada y gotas de sudor en la frente, lívido:

—Luisa—dijo.

Pero la voz se le quebró.

—Yo...—balbuceó ella, trémula, asombrada, desconcertada, descompuesta.

Y dejó caer el manguito en el suelo. Macario fué hacia ella, le cogió por la muñeca mirándola, y su aspecto era tan resuelto y tan imperioso, que metió la mano en el bolsillo, bruscamente empavorecida y enseñó el anillo.

—¡ No me haga daño !—suplicó, encogiéndose toda.

Macario quedóse con los brazos caídos, el aire distraído, los labios blancos; pero de repente, dando un estirón a la chaqueta, recobrándose, dijo al dependiente:

—¡ Tiene usted razón !... Era una distracción. Es claro. Esta señora se había olvidado... Es el anillo. Sí, señor; evidentemente. ¿ Tiene la bondad? Toma, hija, toma. Deja; este señor lo envolverá. ¿ Cuánto cuesta ?...

Abrió la cartera y pagó. Después cogió el manguito, sacudiéndolo blandamente, limpió los labios con el pañuelo, dió el brazo a Luisa y diciendo al dependiente: *Disculpe, disculpe*, la llevó inerte, pasiva, aterrada, semimuerta.

Dieron algunos pasos por la calle que un amplio sol iluminaba intensamente; los coches cruzábanse, rodando al estallido del látigo; figuras risueñas pasaban, conversando; los pregones subían en gritos alegres; un caballero de calzón de ante hacía cabriolear su caballo, adornado de rosetas; y la calle estaba animada, ruidosa, viva, feliz y cubierta de sol.

Macario iba maquinalmente como en el fondo de un sueño. Se detuvo en una esquina. Tenía el brazo

de Luisa cruzado con el suyo, y le veía la mano colgante, su linda mano de cera, con las venas dulcemente azuladas, los dedos finos y amorosos; era la mano derecha, ¡y aquella mano era la de su novia!... E instintivamente leyó un cartel que anunciaba para aquella noche: *Palafox en Zaragoza...*

De repente, soltando el brazo de Luisa, dijole en voz baja:

—¡Vete!...

—¡Oye!...—rogó ella con la cabeza inclinada.

—Vete...—Y con la voz ahogada y terrible añadió: —¡Vete! ¡Mira que llamo!... ¡Te mando al Aljube!... (1) ¡Vete!...

—Pero ¡oye, por Dios!...

—¡Vete!...

E hizo un gesto con el puño cerrado.

—¡Por amor de Dios, no me pegues aquí!—dijo ella sofocada.

—¡Vete! Pueden mirarnos. ¡No llores. Mira que vienen. ¡Vete!...

Y acercándose a ella, dijo en voz baja:

—¡Eres una ladrona!...

(1) El *Aljube* es la cárcel de las mujeres en Lisboa. El *Aljube* fué primero residencia particular de uno de los patriarcas de Lisboa; luego se convirtió en prisión eclesiástica, y en 1839 fué destinada a cárcel de mujeres. En 1828, durante la regencia de D. Miguel, se encarceló allí a muchos liberales. Está en la *Rua do Arco do Limoeiro* y al lado de éste, del *Limoeiro*, que es la cárcel de hombres.—*N. del T.*

C U E N T O S

Volvióse de espaldas y echó a andar, despacio, rascando el suelo con el bastón.

A distancia se volvió; aun vió, a través de las siluetas, su vestido azul.

Como salió en esa tarde para la provincia, no supo más de aquella muchachita rubia...

II

UN POETA LIRICO

Aquí está sencillamente, sin frases y sin ornatos, la historia triste del poeta Korriscosso. De todos los poetas líricos de que tengo noticia es éste ciertamente el más infeliz. Lo conocí en Londres, en el hotel de Charing-Cross, una madrugada helada de Diciembre. Había yo llegado del Continente, prostrado por dos horas del Canal de la Mancha... ¡Ah, qué mar! Y era sólo una brisa fresca de Noroeste; pero allí, sobre cubierta, bajo una capa de hule con que un grumete me había cubierto, como se cubre un cuerpo muerto, fustigado por la nieve y por el oleaje, oprimido por aquellas tinieblas tumultuosas que el vapor iba rompiendo a tropezones y a bamboleos y a rugidos, parecíame un tifón de los mares de la China...

Apenas entré en el hotel, helado y tiritando, corrí a la amplia estufa del vestíbulo y allí me quedé saturándome de aquella paz cálida en que la sala estaba adormecida, con los ojos beatamente puestos en la buena brasa roja... Y fué entonces cuando vi aquella figura delgada y larga, ya de levita y corbata blanca, que al otro lado de la chimenea, de pie, con la taciturna tristeza de una cigüeña que cavila-

ra, miraba también los carbones ardientes, con una servilleta en el brazo. Pero el portero había llevado hasta allí mi equipaje, y yo fui a inscribirme en el *bureau*. La tenedora de libros, tiesa y rubia, con un perfil anticuado de medalla desgastada, posó su *crochet* al lado de su taza de té, acarició con un gesto dulce los dos bandós rubios, inscribí correctamente mi nombre, con el dedito en el aire, haciendo brillar un diamante... Y ya iba yo a subir la escalera cuando la figura flaca y fatal se dobló en un ángulo y me murmuró en un inglés silabeado:

—Ya está servido el almuerzo de las siete...

Pero yo no quería el almuerzo de las siete. Me fui a dormir...

Más tarde, ya reposado, fresco del baño, cuando bajé al *restaurant* para el *lunch*, divisé al punto, plantado melancólicamente al pie de la ancha ventana, al individuo flaco y triste... La sala estaba desierta, bajo una luz parda; las estufas llameaban; y fuera, en el silencio del domingo, en las calles mudas, la nieve caía sin cesar de un cielo amarillento y nublado. Yo sólo veía las espaldas del hombre; pero había en su silueta flaca y un poco doblada una expresión tan evidente de desaliento, que me interesé por aquella figura. El pelo largo, de tenor, caído sobre el cuello del *smoking*, era evidentemente de un meridional, y toda su flacura friolera se encogió a la vista de aquellos tejados cubiertos de nieve, ante la sensación de aquel silencio lívido... Le llamé. Cuando se volvió, su fisonomía, que sólo había

entrevisto en la víspera, me impresionó; era una caraza larga y triste, muy morena, de nariz judaica, con una barba corta y rizada, una barba de Cristo en estampa romántica; la cabeza era de estas que en buena literatura se llaman, creo yo, de *estudio*; era ancha y era lustrosa... Tenía la mirada profunda y vaga, con una indecisión de ensueño nadando en un flúido enternecido... ¡Y qué delgadez!... Cuando andaba, el calzón corto torcíase en torno de la canilla con pliegues de bandera en torno de un mástil; la chaqueta tenía dobleces de túnica amplia; las dos solapas, largas y agudas, eran desgraciadamente grotescas... Recibió la orden de mi almuerzo sin mirarme, en un tedio resignado; se arrastró hacia el *comptoir* donde el *maître d'hôtel* leía la Biblia, pasó la mano por la cabeza con un gesto errante y doliente, y díjole con voz sorda:

—Número 307... Dos chuletas... Té...

El *maître d'hôtel* retiró la Biblia, inscribió el *menu*, y yo me acomodé en la mesa y abrí el volumen de Tennyson que había traído para almorzar conmigo; porque ya creo que les dije que era domingo, día sin periódicos y sin pan tierno... Fuera continuaba nevando sobre la ciudad muda. En una mesa distante, un anciano color de ladrillo y todo blanco de cabello y de patillas, que había acabado de almorzar, dormitaba con las manos en el vientre, con la boca abierta y los lentes en la punta de la nariz... Y el único sonido venía de la calle; una voz gimiente, que la nieve aun ahogaba más, una voz

clamante que en la esquina de enfrente gangoseaba un salmo... ¡Un domingo de Londres!...

Fué el mozo delgado quien me trajo el almuerzo; y apenas se aproximó con el servicio de té, advertí al punto que aquel volumen de Tennyson en mis manos le había interesado e impresionado; fué una mirada rápida, golosamente clavada en la página abierta, un estremecimiento casi imperceptible; emoción fugitiva indudablemente, porque después de haber dejado el servicio giró sobre los calcañares y fué a plantarse melancólicamente a la ventana, con los ojos tristes puestos en la nieve triste. Yo atribuí aquel movimiento curioso al esplendor de la encuadernación del volumen, que eran *Los idilios del Rey*, en marroquín negro, con el escudo de armas de Lanzarote del Lago: el pelícano de oro sobre un mar de sínople...

En esa noche partí en el expreso para Escocia; y aun no había pasado York, adormecida en su gravedad episcopal, cuando ya me había olvidado del criado novelesco del *restaurant* de Charing-Cross. Sólo de allí a un mes sentí renacer el antiguo interés al volver a Londres entrando en el *restaurant* y volviendo a ver aquella figura lenta y fatal atravesar con un plato de *roast-beef* en una de las manos y en la otra un *pudding* de patata. Y en esa misma noche tuve la singular felicidad de saber su nombre y de entrever un fragmento de su pasado. Era ya tarde y yo volvía de *Covent-Garden*, cuando en

el vestíbulo del hotel encontré, majestuoso y próspero, a mi amigo Bracolletti.

¿No conocen a Bracolletti? Su presencia es formidable; tiene la amplitud panzuda, el negro cerrado de la barba, la lentitud, el ceremonial de un pachá gordo; pero esta ponderada gravedad turca está atemperada en Bracolletti por la sonrisa y por la mirada... ¡Qué mirada! Una mirada dulce que me hace recordar la de los animales de Siria; es el mismo enternecimiento. Parece errar en su flúido blando la religiosidad suave de las razas que dan los Mesías... Pero ¡la sonrisa!... La sonrisa de Bracolletti es la más completa, la más perfecta, la más rica de las expresiones humanas; hay finura, inocencia, bonachonería, abandono, ironía dulce, persuasión, en aquellos dos labios, que se entreabren y que dejan brillar un esmalte de dientes de virgen... ¡Ah, pero también esta sonrisa es la fortuna de Bracolletti!...

Moralmente, Bracolletti es un hábil. Nació en Esmirna, de padres griegos; es todo lo que él revela; por lo demás, cuando se le pregunta por su pasado, el buen griego rueda un momento la cabeza de hombro a hombro, esconde bajo los párpados cerrados con bonachonería sus ojos mahometanos, entreabre la sonrisa en una dulzura que tentaría a las abejas, y murmura como ahogado en bondad y con enternecimiento:

—*Eh, mon Dieu! Eh, mon Dieu!...*

Nada más. Sin embargo, parece que viajó, por-

que conoce el Perú, la Crimea, el Cabo de Buena Esperanza, los países exóticos tan bien como *Regent-Street*; pero es evidente para todos que su existencia fué tejida como la de los vulgares aventureros de Levante, de oro y estopa, de esplendores y penuria; es un hombre gordo, y por lo tanto, prudente; su magnífico solitario nunca dejó de brillarle en un dedo; ningún frío le sorprendió jamás sin un abrigo de pieles de dos mil francos, y nunca dejó de ganar todas las semanas en el *Fraternal Club*, del cual es un miembro predilecto, diez libras al *whist*. Es un fuerte...

Pero tiene una debilidad. Es singularmente goloso de muchachitas de doce a catorce años; gusta de ellas flaquitas, muy rubias y con el hábito de hablar mal... Las colecciona por los barrios pobres de Londres, con método. Las instala en su casa y allí las tiene como a pajaritos en la jaula, metiéndoles la papilla en el pico, oyéndolas hablar, baboso; animándolas a que le roben los *shillings* del bolsillo, disfrutando del desenvolvimiento de los vicios en aquellas flores, poniéndolas al alcance de las manos las botellas de *gin*, para que los angelitos se emborrachen; y cuando alguna, excitada por el alcohol, con el cabello suelto y la faz encendida, le injuria, le repele y babea obscenidades, el buen Bracolletti, sentado en el sofá, con las manos beatamente cruzadas sobre la panza, la mirada ahogada en el éxtasis, murmura en su italiano de la costa siria:

Ê Ç A D E Q U Ê I R O Z

—¡Piccolina! ¡Gentilletta!...

¡Querido Bracolletti! Fué realmente para mí un gran placer abrazarle esta noche en Charing-Cross; y como no nos habíamos visto hacia mucho tiempo, fuimos a cenar juntos al *restaurant*. El criado, triste, allí estaba en su *comptoir*, encorvado sobre el *Journal des Débats*. Y apenas Bracolletti apareció en su majestad de obeso, el hombre le tendió silenciosamente la mano; fué un *shake-hans* (1) solemne, enternecido y sincero...

¡Dios mío, eran amigos! Arrebaté a Bracolletti hacia el fondo de la sala y, vibrando de curiosidad, le interrogué con avidez. Quise saber primero el nombre de ese hombre.

—Llámase Korriscosso—díjome Bracolletti gravemente.

Quise saber después su historia. Pero Bracolletti, como los Dioses del Atica que, en sus apuros del mundo, se recogían a su nube, se refugió en una vaga reticencia:

(1) Queiroz se obstinó toda la vida en escribir la frase "apretón de manos" (en portugués *aperto de mão*) en su equivalencia inglesa, ya porque conceptuase más linda y exótica la frase inglesa, ya porque ignorase el vocabulario portugués, cosa que sospecha algún crítico, por lo cual le da un buen varapalo. Y no se extrañe que diga que no lo sabía, pues hubo un tiempo largo de su vida en que Eça ignoró o (por mejor decir) conoció mal su idioma, *Mesmo quando ainda não a sabia perfectamente*, dice un prestigioso crítico del Brasil, José Veríssimo. (HOMENS E COUSAS ESTRANGEIRAS, p. 356).—N. del T.

—*Eh, mon Dieu! Eh, mon Dieu!...*

—No, no, Bracolletti. Veamos. Quiero saber su historia... Aquel rostro fatal y byroniano debe tener una historia...

Bracolletti entonces tomó todo el aire cándido que le permiten su panza y sus barbas, y me confesó, dejando caer las frases gota a gota, que habían viajado juntos por Bulgaria y por Montenegro... Korriscosso fué su secretario... Buena letra... Tiempos difíciles... *Eh, mon Dieu!...*

—¿De dónde es él?—pregunté.

Bracolletti respondió sin vacilar, bajando la voz, con un gesto penetrado de desconsideración:

—Es un griego de Atenas.

Mi interés se sumió como el agua que la arena absorbe... Cuando se ha viajado por Oriente y por los puertos de Levante, se adquiere fácilmente la costumbre, tal vez injusta, de sospechar del griego; ante los primeros que se ven, sobre todo teniendo una educación universitaria y clásica, el entusiasmo se excita un poco; se piensa en Alcibiades y en Platón, en las glorias de una raza estética y libre, y se perfilan en la imaginación las líneas augustas del Parthenon. Pero después de haberlos frecuentado, en las mesas redondas y en las cubiertas de las *Messageries*, y principalmente después de haber escuchado la leyenda de bellaquería que han dejado desde Esmirna hasta Túnez, los otros que se ven provocan solamente estos movimientos: abrocharse rápidamente la chaqueta, cruzar fuertemente los

brazos sobre la cadena del reloj, aguzar la inteligencia para rechazar la *escrocquerie* (1). La causa de esta reputación funesta es que la gente griega que emigra hacia los puertos de Levante es una plebe torpe, en parte pirata y en parte lacaya, bando de rapiña astuto y perverso. La verdad es que apenas supe que Korriscosso era un griego, me acordé al punto de que mi bello volumen de Tennyson, en mi última estancia en Charing-Cross, me había desaparecido del cuarto, y recordé la mirada de gula y de presa que clavara en él Korriscosso... ¡Era un bandido!...

Y durante la cena no hablamos más de Korriscosso. Nos sirvió otro criado, rojo, honesto y sano. El lúgubre Korriscosso no se apartó del *comptoir*, abismado en el *Journal des Débats*...

En esa noche aconteció que al recogerme a mi habitación me perdí... El hotel estaba atiborrado, y yo había sido alojado en aquellos altos de Charing-Cross, en una complicación de corredores, escaleras, rincones, ángulos; donde es casi necesario derrotero y brújula...

Con la palmatoria en la mano, penetré en un pa-

(1) *Escrocquerie*, que es en francés "alta estafa" lo usa siempre Eça en substitución de la palabra estafa, cuya correspondencia exacta no existe en portugués. Y digo "no existe" porque todavía hoy (Lisboa, 19 Diciembre 1919) leo en *O Seculo* la detención de un compatriota nuestro estafador, y al calificar el delito, el diario dice "burla".—*Nota del traductor.*

sadizo donde corría un aliento hediondo de callejuela mal aireada... Las puertas no tenían allí números, sino pequeños cartones pegados, donde estaban inscritos nombres: *John Smith, Charlie, Willie*... En fin, eran evidentemente las habitaciones de los criados. De una puerta abierta salía la claridad de una lámpara de gas; me adelanté y vi al punto a Korriscosso, aun de *smoking*, sentado en una mesa repleta de papeles, con la cabeza apoyada en la mano, escribiendo...

—¿Me puede indicar el camino para el número 508?—balbuceé.

Levantó hacia mí una mirada asustada y empañada; parecía salir de muy lejos, de otro universo; movía los párpados, repitiendo:

—¿508?... ¿508?...

Fué entonces cuando yo divisé sobre la mesa, entre papeles, cuellos sucios y un rosario, mi volumen de Tennyson. El vió la misma mirada, ¡oh, bandido!, y se acusó con un rubor que le inundó el rostro chupado.

Mi primer movimiento fué no reconocer el libro; como era un movimiento bueno, obedeciendo a la moral superior del maestro Tayllerand, lo reprimí; apuntando el volumen con un dedo severo, un dedo de Providencia irritada, le dije:

—Es mi Tennyson...

No sé qué respuesta tartamudeó, porque yo, apiadado, volviendo también a tomar interés por aquella

figura picaresca de griego sentimental, añadí con un tono saturado de perdón y de justificación:

—Gran poeta, ¿no es verdad? ¿Qué le parece?—Tengo la certeza de que le entusiasmó...

Korriscosso entonces se ruborizó más; pero no era el despecho humillado del salteador sorprendido; era, creí yo, la vergüenza de ver su inteligencia y su gusto poético adivinados, y llevar sobre el cuerpo la chaqueta gastada de criado de *restaurant*... No respondió. Pero las páginas del volumen que yo abrí respondieron por él: la blancura de las márgenes anchas desaparecía bajo una red de comentarios a lápiz: ¡*Sublime!* ¡*Grandioso!* ¡*Divino!*... Palabras lanzadas en una letra convulsa, con un temblor de mano, agitado por una sensibilidad vibrante...

Entretanto, Korriscosso permanecía de pie, respetuoso, culpable, con la cabeza baja, con el lazo de la corbata blanca huyendo hacia el cogote. ¡Pobre Korriscosso!... Me compadecí de aquella actitud, revelando todo un pasado sin suerte, tantas tristezas de dependencia... Me acordé que nada impresiona al hombre de Levante como un gesto de drama y de escenario; le tendí ambas manos en un movimiento a lo Talma, y le dije:

—¡Yo también soy poeta!...

Esta frase extraordinaria parecería grotesca e impúdica a un hombre del Norte; el levantino vió al punto en ella la expansión de un alma hermana. Porque, ¿no les dije?, lo que Korriscosso estaba es-

cribiendo en una tira de papel eran estrofas; era una oda...

De allí a poco, con la puerta cerrada, Korriscosso me contaba su historia; más bien fragmentos, anécdotas deshermanadas de su biografía. Es tan triste, que la condenso... Por lo demás, había en su narración lagunas de años; y yo no puedo reconstituír con lógica y coherencia la historia de este sentimental. Todo es vago y sospechoso. Nació, en efecto, en Atenas; su padre parece que era cargador en el Pireo. A los diez y ocho años, Korriscosso servía de criado a un médico, y en los intervalos del servicio frecuentaba la Universidad de Atenas; estas cosas son corrientes allá lejos, *là-bas*, como él decía... Licencióse en Leyes; esto le habilitó más tarde, en tiempos difíciles, para ser intérprete de hotel... De ese tiempo datan sus primeras elegías en un semanario lírico titulado *Ecos del Atica*. La literatura le llevó directamente a la política y a las ambiciones parlamentarias. Una pasión, una crisis patética, un marido brutal, amenazas de muerte, le forzaron a expatriarse. Viajó por Bulgaria, fué en Salónica empleado en una sucursal del Banco Otomano, remitió endechas dolorosas a un periódico de provincia: *La Trompeta de Argólida*. Aquí hay una de esas lagunas, un agujero negro en su historia. Reaparece en Atenas con traje nuevo, liberal y diputado.

Este período fué breve, pero suficiente para ponerle en evidencia; su palabra colorida, poética, re-

camada de imágenes ingeniosas y brillantes, encantó a Atenas; tenía el secreto de hacer florecer, como él decía, los terrenos más áridos; de una discusión de impuestos o de comunicaciones hacía saltar églogas de Teócrito. En Atenas esta clase de talento lleva al Poder; Korriscosso era indicado para ejercer una alta administración del Estado; y entonces sucedió que el Ministerio, y con él la mayoría, de la cual Korriscosso era el tenor predilecto, cayeron, sumiéronse sin lógica constitucional en uno de estos súbitos trastornos políticos tan frecuentes en Grecia, en que los Gobiernos se derrumban, como las casas en Atenas, sin motivo. Falta de base, decrepitud de materiales y de individualidades... Todo tiende hacia el polvo en un suelo de ruinas...

Nueva laguna, nuevo abismo oscuro en la historia de Korriscosso...

Vuelve a la superficie miembro de un club republicano de Atenas; pide en un periódico la emancipación de Polonia, y la Grecia gobernada por un concilio de genios. Publica entonces sus *Suspiros de la Tracia*. Tiene otra novela de corazón... Y por fin (y esto me lo dijo sin explicaciones) se vió obligado a refugiarse en Inglaterra... Después de intentar en Londres varias posiciones, se coloca en el *restaurant* de *Charing-Cross*.

—Es un puerto de refugio—le dije yo, apretando su mano.

El sonrió con amargura. Era ciertamente un puerto de refugio y muy ventajoso. Está bien alimen-

tado; las propinas son razonables; tiene un viejo colchón de plumas; pero las delicadezas de su alma se sienten heridas dolorosamente en todo momento...

¡Días atribulados, días crucificados los de este poeta lírico, forzado a distribuir en un comedor, a burgueses establecidos y glotones, chuletas y vasos de cerveza!... No es la dependencia lo que le aflige; su alma de griego no está particularmente ávida de libertad; bástale que el patrón sea cortés. Y como él me dijo, le es grato reconocer que los clientes de *Charing-Cross* no le piden la mostaza o el queso sin decir *if you please* (1); y cuando salen, al pasar delante de él, levantan dos dedos hasta el ala del sombrero; esto satisface la dignidad de Korriscosso...

Pero lo que le atormenta es el contacto constante con el alimento. Si fuese tenedor de libros de un banquero, primer dependiente de una tienda de sedas... En eso hay una sombra de poesía; los millones que se revuelven, las flotas mercantes, la fuerza brutal del oro, o bien preparar ricamente las telas, los cortes de seda, hacer correr la luz por las ondulaciones de los *moarés*, dar al terciopelo las blanduras de la línea y del pliegue... Pero en un *restaurant* ¿cómo se puede ejercer el gusto, la originalidad artística, el instinto del color, del efecto, del drama, partiendo trozos de *roast-beef* o de cerdo de York?...

(1) Frase inglesa que se traduce por "si usted gusta" muy usual en la conversación corriente, y equivalente a la frase francesa de cumplido: *s'il vous plaît*.—N. del T.

Después, como él dijo, dar de comer, proporcionar alimento, es servir exclusivamente la panza, la tripa, la baja necesidad material; en el *restaurant*, el vientre es Dios; el alma queda fuera con el sombrero que se cuelga en la percha, o con el rollo de periódicos que se dejó en el bolsillo del *paletot*...

¡Y las convivencias, la falta de conversación!... ¡No volverse jamás para él sino para pedirle salchichón o sardinas de Nantes!... ¡No abrir jamás sus labios, de los cuales estaba suspenso el Parlamento de Atenas, sino para preguntar: “¿Más pan? ¿Más carne?!...” Esta privación de la elocuencia le es dolorosa...

A más de eso, el servicio le impide el trabajo. Korriscosso compone de memoria; cuatro paseos por el cuarto, un encrespamiento de pelo, y la oda le sale armoniosa y dulce... Pero la interrupción glotona de la voz del cliente pidiendo alimento es fatal a esta manera de trabajar. A veces, recostado en una ventana, con la servilleta en el brazo, Korriscosso está haciendo una elegía; todos son claros de luna, ropajes blancos de vírgenes pálidas, horizontes celestes, flores de un alma dolorida... Es feliz; está remontado a los cielos poéticos, en las planicies azuladas donde los sueños acampan, galopando de estrella en estrella... De repente, una voz gruesa y hambrienta berra desde un rincón:

—¡*Beafsteak* con patatas!...

¡Ay, las aladas fantasías baten el vuelo como palomas asustadas!... Y ahí viene el infeliz Korriscosso

cosso, precipitado de las cimas ideales, con los hombros encorvados y las solapas del *smoking* balanceándose, a preguntar con lívida sonrisa:

—¿Pasado o medio crudo?

¡Ah, es un amargo destino!...

—Pero—le pregunto yo—¿por qué no deja este cubil, este templo del vientre?...

El dejó colgar su bella cabeza de poeta. Y me dijo la razón que le retiene: me la dijo casi lloviendo en mis brazos, con el nudo de la corbata en el cogote: Korriscosso ama.

Ama a una Fanny, criada para todo en *Charing-Cross*. La ama desde el primer día en que entró en el hotel; la amó en el momento en que la vió lavando las escaleras de piedra, con los brazos rollizos desnudos, y los cabellos rubios, los fatales cabellos rubios, de este rubio que entontece a los meridionales, cabellos ricos, de un tono de cobre, de un tono de oro mate, retorciéndose en una trenza de diosa... Y luego la carnación, una carnación de inglesa del Yorkshire: leche y rosas...

¡Y lo que Korriscosso ha sufrido!... Todo su dolor se exhala en odas: que pone en limpio los domingos, ¡día del reposo y día del Señor!... Me las leyó... Y yo vi cuánto puede perturbar la pasión a un ser nervioso; ¡qué ferocidad de lenguaje, qué lances de desesperación, qué gritos de alma dilacerada arrojados allí desde aquellas alturas de *Charing Cross* a la mudez del cielo frío!... Es que Korriscosso tiene celos. La desgraciada Fanny ignora a

aquel poeta que tiene allí a su lado, a aquel delicado, a aquel sentimental, ¡y ama a un *policeman!*... Ama a un *policeman*, a un coloso, a un Alcides, a una montaña de carne erizada de una selva de barbas, con el pecho como el flanco de un acorazado, con piernas recias, como fortalezas normandas. Este Polifemo, como dice Korriscosso, presta ordinariamente servicio en el Strand, y la pobre Fanny pasa el día acechándolo desde un postigo en los altos del hotel.

Todas sus economías las gasta en cuartillos de *gin*, de *brandy*, de ginebra, que a la noche le lleva en copas pequeñas debajo del delantal: lo mantiene fiel por el alcohol; el monstruo, plantado enormemente en una esquina, recibe en silencio la copa, lo echa de un golpe a las fauces tenebrosas, erupta cavernosamente, pasa la mano velluda por la barba de Hércules, y sigue allí taciturnamente, sin un *gracias*, sin un *te quiero*, batiendo el enlosado con la amplitud de sus suelas sonoras... La pobre Fanny babea de admiración... Y tal vez en este momento, en la otra esquina, el flaco Korriscosso, fingiendo en la niebla una larga silueta de poste telegráfico, solloce con la faz demacrada en las manos transparentes...

¡Pobre Korriscosso! ¡Si al menos la pudiese conmover!... Pero ¿cómo?... Ella desprecia su cuerpo de tísico triste; y el alma no se la comprende... No es que Fanny sea inaccesible a sentimientos ardientes expresados en lenguaje melodioso; pero Korriscosso sólo puede escribir sus elegías en su lengua

C U E N T O S

materna... Y Fanny no comprende el griego... Y Korriscosso es sólo un grande hombre... en griego...

Cuando bajé a mi cuarto, le dejé sollozando sobre el catre. Le he visto después, otras veces, al pasar por Londres. Está más flaco, más fatal, más comido de celos, más encorvado cuando se mueve por el *restaurant* con la fuente del *roast-beef*, más exaltado en su lirismo... Siempre que él me sirve, le doy un chellín de propina; y después, al retirarme, le oprimó la mano sinceramente...

III

EN EL MOLINO

I

Doña María de la Piedad era considerada en toda la villa como "una señora modelo". El viejo Nunes, Jefe del Correo, siempre que se hablaba de ella decía acariciando con autoridad los cuatro pelos de la calva:

—¡Es una santa! ¡Eso es!...

La villa tenía cierto orgullo de su belleza delicada y conmovedora; era una rubia de perfil fino, la faz ebúrnea, y los ojos oscuros de un tono de violeta, a los cuales las pestañas largas obscurecían más el brillo sombrío y dulce. Vivía al final de la carretera, en una casa azul, de tres pisos, y era para la gente que por las tardes iba a dar un paseo hasta el molino un encanto siempre nuevo verla por detrás de las vidrieras, entre las cortinas de muselina, encorvada sobre la costura, vestida de negro, recogida y seria. Pocas veces salía. El marido, más viejo que ella, era un inválido, siempre en la cama, inutilizado por una enfermedad de la médula; hacía años que no salía a la calle; le veían también a veces en la ventana, mustio y abatido, agarrado al bastón, encogido en la *robe-de-chambre*, el rostro maci-

lento, la barba descuidada y con un gorrito de seda enterrado melancólicamente hasta el cogote... Los hijos, dos muchachitas y un muchacho, estaban también enfermos, crecían poco y con dificultad, llenos de tumores en los oídos, llorones y tristonos... La casa interiormente parecía lúgubre. Se andaba de puntillas, porque el señor, en la excitación nerviosa que le daban los insomnios, se irritaba con el menor rumor; había sobre las cómodas algunos frascos de botica, alguna escudilla con harina de linaza; las mismas flores con que ella, en su esmero y en su afición a la frescura, adornaba las mesas, en seguida se mustiaban en aquella atmósfera sofocante de fiebre, nunca renovada por causa de las corrientes de aire; y era una tristeza ver siempre alguno de los pequeños, o con un emplasto sobre la oreja o en un rincón del canapé, envuelto en cobertores, con una amarillez de hospital.

María de la Piedad vivía así desde los veinte años. Aun estando soltera, en casa de los padres, su existencia había sido triste. La madre era una criatura desagradable y aceda; el padre, que se había engolfado por las tabernas y por las chirlatas, ya viejo, siempre borracho, los días que pasaba en casa los pasaba al lado del hogar, en un silencio sombrío, fumando en pipa y escupiendo sobre las cenizas... Todas las semanas apaleaba a la mujer. Y cuando Juan Coutinho pidió a María en matrimonio, a pesar de estar enfermo ya, ella aceptó sin vacilación, casi con reconocimiento, para salvar la casa de la

hipoteca, no oír más los gritos de la madre, que la hacían temblar y rezar allá arriba en su cuarto, donde la lluvia entraba por el tejado... No amaba al marido, ciertamente; y hasta en la villa se había lamentado que aquel lindo rostro de Virgen María, aquella figura de hada fuese a caer en manos de Juan Coutinho, que desde mozo siempre había estado imposibilitado... Coutinho, por la muerte del padre, había quedado rico; y ella, acostumbrada por fin a aquel marido gruñón, que pasaba el día arrastrándose sombríamente de la sala a la alcoba, se hubiera resignado a su condición de enfermera y de consoladora si al menos los hijos hubiesen nacido sanos y robustos... Pero aquella familia que le nacía con la sangre viciada, aquellas existencias vacilantes, que después parecían pudrirsele entre las manos, a pesar de sus cuidados inquietos, la avergonzaban. A veces, estando sola arreglando su costura, corríanle las lágrimas de los ojos; una fatiga de vivir invadía la como una neblina que le oscureciera el alma...

Mas si el marido desde dentro llamaba desesperadamente o uno de los pequeños lloriqueaba, limpiábase los ojos y aparecía con su bonito semblante tranquilo, con alguna palabra consoladora, componiendo la almohada a uno, yendo a animar a otro, feliz en ser buena... Toda su ambición era ver su pequeño mundo bien tratado y bien halagado. Nunca había tenido desde casada una curiosidad, un de-

seo, un capricho; nada le interesaba en la tierra sino las horas de las medicinas y el sueño de sus enfermos. Todo esfuerzo le era fácil cuando era para contentarlos; a pesar de ser débil, pasaba horas enteras llevando al cuello al pequeñito, que era el más impertinente, con las heridas que hacían de sus pobrecitos labios una costra oscura; durante los insomnios del marido tampoco dormía, sentada al pie de la cama, conversando, leyéndole las *Vidas de los Santos*, porque el pobre impedido iba cayendo en devoción. Por la mañana estaba un poco más pálida, pero muy correcta en su vestido negro, fresca, con los bandós bien lustrosos, poniéndose bonita para ir a dar las sopas de leche a los pequeñitos. Su única distracción era por la tarde sentarse a la ventana con su costura y la chiquillería alrededor, acurrucada en el suelo, jugando tristemente... El mismo paisaje que ella veía desde la ventana era tan monótono como su vida; abajo, la carretera, después una ondulación de campos, una tierra pobre, plantada aquí y allá de olivos y levantándose al fondo, una colina triste y desnuda, sin una casa, sin un árbol, sin un humo de hogar que pusiese en aquella soledad de terreno pobre una nota humana y viva...

Viéndola así tan resignada y tan sujeta, algunas señoras de la villa afirmaban que era beata; sin embargo, nadie la veía en la iglesia a no ser los domingos, con el niño mayor de la mano, muy pá-

lido en su traje de terciopelo azul. En efecto, su devoción limitábase a esa misa todas las semanas. La ocupaba mucho su casa para dejarse invadir por las preocupaciones del cielo; en aquel deber de buena madre, cumplido con amor, encontraba una satisfacción suficiente a su sensibilidad; no necesitaba adorar a los santos o enternecerse con Jesús... Instintivamente pensaba que todo afecto excesivo tributado al Padre del Cielo, todo el tiempo gastado en arrastrarse por el confesonario o junto al oratorio, sería una disminución cruel en su cuidado de enfermera; su manera de rezar era velar por los hijos; y aquel pobre marido, clavado en una cama, pendiente de ella, teniéndola solo a ella, parecíale con más derecho a su fervor que el otro, clavado en una cruz, teniendo para amarle toda una humanidad dispuesta... A más de eso, nunca había tenido esas sentimentalidades de alma triste que llevan a la devoción. Su larga costumbre de dirigir una casa de enfermos, de ser ella el centro, la fuerza, el amparo de aquellos inválidos, la había hecho tierna, pero práctica; y así era ella ahora quien administraba la casa del marido con un buen sentido que el afecto había dirigido, con una solicitud de madre próspera... Tales ocupaciones bastaban para entretener su día; además, el marido detestaba las visitas, el aspecto de caras saludables, las comiseraciones de ceremonia, y se pasaban meses sin que en casa de doña María de la Piedad se oyese

otra voz extraña a la familia, a no ser la del doctor Abilio, que la adoraba y que decía de ella, con los ojos empañados:

—¡Es un hada! ¡Es un hada!...

II

Por eso fué grande la excitación en la casa cuando Juan Coutinho recibió una carta de su primo Adrián, que le anunciaba que en dos o tres semanas iba a llegar a la villa. Adrián era un hombre célebre, y el marido de María de la Piedad tenía en aquel pariente un orgullo enfático. Hasta se había suscrito a un diario de Lisboa sólo para ver su nombre en las noticias de sociedad y en la crítica. Adrián era novelista, y su último libro, *Magdalena*, estudio de mujer trabajado con exquisito estilo, de un análisis delicado y sutil, le había consagrado como un maestro. Su fama, que había llegado hasta la villa en una vaguedad de leyenda, le presentaba como una personalidad interesante, un héroe de Lisboa, amado de las aristócratas, impetuoso y brillante, destinado a una alta situación en el Estado. Pero realmente en la villa era, sobre todo, notable por ser primo de Juan Coutinho.

Doña María de la Piedad quedó aterrada con esta visita. Vió ya su casa en confusión con la presencia del huésped extraordinario. Después la necesidad de hacerse más *toilette*, de alterar las ho-

ras de la comida, de conversar con un literato, ¡y tantos otros esfuerzos crueles!... Y la brusca invasión de aquel mundano, con sus maletas, el humo de su cigarro puro, su alegría de sano, en la paz triste de su hospital, dábale la impresión aterradora de una profanación. Por eso fué un alivio, casi una gratitud, cuando Adrián llegó y muy sencillamente se instaló en la antigua posada del tío Andrés, al otro extremo de la villa. Juan Coutinho se escandalizó; tenía ya el cuarto del huésped preparado, con sábanas de encajes, una colcha de damasco, vajilla de plata sobre la cómoda, y lo quería todo para él, para el primo, el hombre célebre, el gran autor... Adrián, sin embargo, se negó:

—Yo tengo mis hábitos, ustedes tienen los suyos... No nos contraríemos, ¿eh? Lo que hago es venir a comer. Además, no estoy mal en casa del tío Andrés. Veo desde la ventana un molino y una presa, que son un cuadrito delicioso... Y quedamos tan amigos, ¿no es verdad?...

María de la Piedad le miró asombrada; ¡aquel héroe, aquel fascinador por quien lloraban mujeres, aquel poeta a quien los periódicos glorificaban era un sujeto extremadamente sencillo; mucho menos complicado, menos espectacularo (1) que el hijo del Delegado!... Ni guapo era; con su sombrero de

(1) Me huelgo de encontrar en Eça este adjetivo tan expresivo, que en castellano ha usado y consolidado Don Miguel de Unamuno.—*N. del T.*

alas cortas en un rostro relleno y barbudo, con la chaqueta de franela cayendo a lo ancho en un cuerpo robusto y pequeño, con sus zapatos enormes, parecía a ella uno de los cazadores de aldea que a veces encontraba cuando de mes en mes iba a visitar las haciendas del otro lado del río. A más de eso no hacía frases, y la primera vez que vino a comer habló solamente, con gran bonachonería, de sus negocios. Había venido por causa de ellos. De la fortuna del padre, la única tierra que no estaba devorada o abominablemente hipotecada, era La Curgossa, una hacienda al pie de la villa que andaba, amén de todo eso, mal arrendada... Lo que él deseaba era venderla. Pero eso parecía a él tan difícil como escribir *La Iliada*... Y lamentaba sinceramente ver al primo allí, inútil sobre una cama, sin poderle ayudar en esos pasos que había de dar con los propietarios de la villa. Por eso oyó con gran alegría a Juan Coutinho declararle que la mujer era una administradora de primer orden y muy hábil en estas cuestiones, ¡como un antiguo leguleyo!...

—Ella va contigo a ver la hacienda, habla con Telles y te arregla todo eso... ¡Y en la cuestión de precio, déjala a ella!...

—Pero ¡qué superioridad, prima!— exclamó Adrián maravillado—. ¡Un ángel que entiende de cifras!...

Por primera vez en su existencia, María de la Piedad se ruborizó con la palabra de un hombre.

E Ç A D E Q U E I R O Z

Desde luego se dispuso a ser la procuradora del primo...

Al otro día fueron a ver la hacienda. Como estaba cerca y era un día de Marzo, fresco y claro, salieron a pie. Al principio, avergonzada por aquella compañía de un león, la pobre señora caminaba junto a él con el aire de un pájaro asustado; a pesar de ser él tan sencillo, había en su figura enérgica y musculosa, en el timbre rico de su voz, en sus ojos pequeños y refulgentes, algo de fuerte, de dominante que fascinaba. Habíasele prendido a la orla de su vestido una ortiga de un zarzal, y como él se inclinaba para desprendérselo delicadamente, el contacto de aquella mano blanca y fina de artista en la franja de su saya la molestó singularmente. Apresuraba el paso para llegar muy de prisa a la hacienda, arreglar el negocio con Telles y volver inmediatamente a refugiarse, como en su elemento propio, en la atmósfera ahogada y triste de su hospital. Pero la carretera se extendía larga y blanca bajo el sol tépido; y la conversación de Adrián la fué lentamente acostumbrando a su presencia...

El parecía desconsolado de aquella tristeza de casa. Le dió algunos buenos consejos: lo que los pequeños necesitaban era aire, sol, otra vida diversa de aquella asfixia de alcoba... Ella también lo entendía así; pero ¡qué!, el pobre Juan, siempre que se le hablaba de ir a pasar algún tiempo en la quinta se afligía terriblemente; tenía horror al aire libre y a los horizontes amplios; la naturaleza fuer-

te casi lo hacía desmayarse, se había convertido en un sér artificial enfundado entre los cortinones de la cama...

El entonces la compadeció. Ciertamente podría haber alguna satisfacción en un deber tan santamente cumplido... Pero, en fin, debía tener momentos en que desease alguna otra cosa fuera de aquellas cuatro paredes, impregnadas de vaho de enfermedad...

—¿Qué más he de desear?—dijo ella.

Adrián se calló; parecíale absurdo suponer que ella desease realmente el Chiado o el Teatro de la Trinidad (1)... En lo que él pensaba era en otros apetitos, en las ambiciones del corazón insatisfechas... Pero esto parecíale tan delicado, tan grave de decir a aquella criatura virginal y seria, que habló del paisaje...

—¿Y vió el molino?—le preguntó ella.

—Tengo ganas de verlo; si me lo quisiera ir a enseñar, prima.

—Hoy es tarde...

Combinaron en seguida ir a visitar este rincón de verdor, que era el idilio de la villa...

En la hacienda, la larga conversación con Telles creó una aproximación mayor entre Adrián y Ma-

(1) *Teatro da Trindade*, en la Rua da Trindade, uno de los teatros más céntricos y más concurridos de Lisboa. La calle de la Trinidad sale al *Chiado* (calle de Garrett).—*N. del T.*

ría de la Piedad. Aquella venta, que ella discutía con una astucia de aldeano, ponía entre ellos como un interés común. Ella le habló ya con menos reserva cuando volvieron. Había en los modales de él, de un respeto conmovedor, una atracción que a su pesar la llevaba a revelarse, a concederle su confianza; nunca había hablado tanto a nadie; a nadie dejara jamás ver tanto de la melancolía oculta que erraba constantemente en su alma... Por lo demás, sus quejas eran sobre el mismo dolor: la tristeza de su vida, las dolencias, tantos cuidados graves... Y le entraba hacía él una simpatía, como un indefinido deseo de tenerle siempre presente, puesto que así se convertía en depositario de sus tristezas...

Adrián volvió para su casa, a la posada del tío Andrés, impresionado, interesado por aquella criatura tan linda y tan dulce. Destacaba sobre el mundo de mujeres que hasta entonces había conocido, como un perfil suave de ángel gótico entre fisonomías de mesa redonda. Todo en ella concordaba deliciosamente: el oro del cabello, la dulzura de su voz, la modestia en la melancolía, la línea casta, haciendo de ella un sér delicado y conmovedor, a la cual hasta daban un cierto encanto su mezquino espíritu burgués, cierto fondo rústico de aldeana y una ligera vulgaridad de costumbres; era un ángel que vivía hacía mucho tiempo en una villa grosera y estaba por muchos lados atada a las trivialidades del sitio; pero bastaría un sople para

hacerle remontarse al cielo natural, a las cimas puras de la sentimentalidad...

Le parecía absurdo e infame hacer la corte a la prima... Pero involuntariamente pensaba en el delicioso placer de hacer palpar aquel corazón que no estaba deformado por corsé, y poner al fin sus labios en un rostro donde no hubiese polvos de arroz... Y lo que le tentaba, sobre todo, era pensar que podría recorrer todas las provincias de Portugal sin encontrar ni aquella línea de cuerpo ni aquella virginidad conmovedora de alma adormecida... Ocasión como aquella no volvería...

III

El paseo al molino fué encantador. Era un rincón de naturaleza digno de Corot, sobre todo a la hora del mediodía, en que fueron allá, con el frescor de la verdura, a la sombra recogida de los grandes árboles, y toda suerte de murmullo y de agua corriente huyendo, espejeando entre los musgos y las piedras, llevando y esparciendo en el aire el frío del follaje, de la hierba, por donde corrían cantando. El molino estaba en una altura pintoresca, con su vieja edificación de piedra secular, su rueda enorme, casi podrida, cubierta de hierbas, inmóvil sobre la helada limpidez del agua oscura. Adrián lo encontró digno de una escena de novela, o mejor, de la morada de un hada. María de la

Piedad no decía nada, encontrando extraordinaria aquella admiración por el molino abandonado del tío Costa. Como ella venía un poco cansada, sentáronse en una escalera descoyuntada de piedra, que sumergía en el agua de la presa los últimos peldaños; y allí quedaron un momento callados, en el encanto de aquella frescura murmuradora, oyendo a las aves piar en las ramas. Adrián la veía de perfil, un poco inclinada, agujereando con la puntera del quitasol las hierbas bravas que invadían los peldaños... Ella estaba deliciosa así, tan blanca, tan rubia, de una línea tan pura sobre el fondo azul del aire; su sombrero era de mal gusto, su mantelete anticuado; pero él encontraba en todo eso una ingenuidad picante. El silencio de los campos en derredor los aislaba, e insensiblemente él comenzó a hablar bajo. Era siempre la misma compasión por la melancolía de su existencia en aquella triste villa, por su destino de enfermera... Ella escuchábale con los ojos bajos, asombrada de hallarse allí tan sola con aquel hombre tan robusto, muy recelosa, y encontrando un sabor delicioso a su recelo... Hubo un momento en que habló él del encanto de quedar allí para siempre en la villa...

—¿Quedar aquí? ¿Para qué?—preguntó ella sonriendo.

—¿Para qué? Para esto, para estar siempre cerca de usted.

Ella se cubrió de rubor; el quitasol se le escapó

de las manos... Adrián temió haberla ofendido y añadió al punto, sonriendo:

—¿Qué, no sería delicioso? Yo podría alquilar este molino, hacerme molinero... La prima había de traerme buena parroquia...

Esto hizola reír; estaba más linda cuando reía; todo brillaba en ella: los dientes, la piel, el color del cabello. El continuó bromeando con su proyecto de hacerse molinero y de ir por la carretera arreando al burro, cargado de sacos de harina...

—¡Y yo vengo a ayudarle, primo!—dijo ella, animada por su propia risa, por la alegría de aquel hombre a su lado.

—¿Vendría?—exclamó él—. Le juro que me hago molinero. ¡Qué paraíso los dos aquí, en el molino, ganando alegremente nuestras vidas, oyendo cantar estos mirlos!...

Ella se ruborizó otra vez por el fervor de su voz, y retrocedió, como si fuese ya a arrebatarla hacia el molino. Pero Adrián ahora, inflamado ante aquella idea, pintábale con su palabra colorida toda una vida novelesca, de una felicidad idílica; en aquel escondrijo de verdura, de mañana, levantarse temprano al trabajo; después comer en la hierba, a orilla del agua; y a la noche, las buenas pláticas allí sentados, a la claridad de las estrellas o bajo la sombra cálida de los cielos negros de verano...

Y de repente, sin que ella se pudiese resistir, la cogió por los brazos y la besó en los labios con un solo beso, profundo e interminable. Ella se había

reclinado en su pecho, blanca, como muerta, y dos lágrimas le corrían a lo largo del semblante. Estaba así tan dolorosa y tan débil, que él la soltó; ella se levantó, recogió el quitasol y quedó delante de él, con los labios temblorosos, murmurando:

—Está mal hecho..., está mal hecho...

El mismo estaba tan perturbado que la dejó bajar hacia el camino, y de allí a un momento seguían ambos callados hacia la villa. Solo ya en la posada fué cuando pensó:

—¡Fuí un tonto!...

Pero en el fondo estaba contento de su generosidad. A la noche fué a casa de ella; la encontró con el pequeñito al cuello, lavándole con flor de malva las heridas que tenía en la pierna. Y entonces le pareció odioso distraer a aquella mujer de sus enfermos. Además, un momento como aquel en el molino no volvería. Sería absurdo quedar aquí, en aquel rincón odioso de la provincia, desmoralizando en frío a una buena madre... La venta de la hacienda estaba concluída. Por eso al día siguiente vino de tarde a decir adiós; anochecido salía la diligencia... La encontró en la sala, a la ventana acostumbrada, con la chiquillería enferma anidada entre sus sayas... Oyó ella que él se marchaba sin mudársele el color, sin alzárselo el pecho. Pero Adrián le encontró la palma de la mano tan fría como un mármol; y cuando él salió, María de la Piedad quedó vuelta hacia la ventana, escondiendo

el rostro de los pequeños, mirando abstractamente el paisaje que oscurecía, con las lágrimas, cuatro a cuatro, cayéndole en la costura...

Le amaba. Desde los primeros días, su figura resuelta y fuerte, sus ojos refulgentes, toda la virilidad de su persona se le habían apoderado de la imaginación. Lo que la encantaba en él no era su talento, ni su celebridad en Lisboa, ni las mujeres que le habían amado; eso para ella aparecíale vago y poco comprensible; lo que la fascinaba era aquella seriedad, aquel aspecto honesto y sano, aquella robustez de vida, aquella voz tan grave y tan rica; y preveía, más allá de su existencia ligada a un inválido, otras existencias posibles, en que no se ve siempre delante de los ojos un semblante débil y moribundo, en que las noches no se pasan esperando las horas de los remedios... Era como una racha de aire, impregnado de todas las fuerzas vivas de la Naturaleza, que atravesaba súbitamente su alcoba ahogada, y la respiraba deliciosamente... Después había oído aquellas conversaciones en que él se mostraba tan bueno, tan serio, tan delicado; y a la robustez de su cuerpo, que admiraba, juntábase ahora un corazón tierno, de una ternura varonil y fuerte, para cautivarla... Este amor latente invadióla, apoderóse de ella una noche en que se le apareció esta idea, esta visión: —*¡Si él fuese mi marido!*...— Toda ella se estremeció, apretó desesperadamente los brazos contra el pecho, como con-

E Ç A D E Q U E I R O Z

fundiéndose con su imagen evocada, agarrándose a ella, refugiándose en su fuerza... Después él le dió aquel beso en el molino...

¡Y se había marchado!...

IV

Entonces comenzó para María de la Piedad una existencia de abandonada. Todo lo que había en torno de ella le pareció lúgubre de repente: la dolencia del marido, los achaques de los hijos, las tristezas de sus días, la costura... Sus deberes, ahora que no ponía en ellos toda su alma, le eran pesados como fardos injustos... Su vida se le representaba como desgracia excepcional; no se rebelaba aún, pero tenía de esos abatimientos, de esas súbitas fatigas de todo su sér, en que caía sobre la silla, con los brazos colgando, murmurando:

—¿Cuándo se acabará esto?

Refugiábase entonces en aquel amor como en una compensación deliciosa. Juzgándolo todo puro, todo de alma, dejábase penetrar de él y de su lenta influencia. Adrián se había convertido, dentro de su imaginación, en un ser de proporciones extraordinarias, todo lo que es fuerte y lo que es bello y lo que da sentido a la vida... No quiso que nada de lo que era de él o venía de él le fuese ajeno. Leyó todos sus libros, sobre todo aquella *Magdalena*, que también había amado y había muerto de un abandono...

Estas lecturas la calmaban, le daban como una vaga satisfacción al deseo. Llorando los dolores de las heroínas parecía sentir alivio a los suyos...

Lentamente esta necesidad de ocupar la imaginación con esos lances de amor, con dramas infelices, se apoderó de ella. Fué durante meses un devorar constante de novelas. Se iba así creando en su espíritu un mundo artificial e idealizado. La realidad se le tornaba odiosa, sobre todo bajo aquel aspecto de su casa, donde encontraba siempre agarrado a las sayas un sér enfermo... Vinieron las primeras rebeldías. Hízose impaciente y áspera. No soportaba el ser arrancada a los episodios sentimentales de un libro para ir a ayudar al marido a volverse en la caña y sentir su aliento fétido. Le vino el asco a los frascos, a los emplastos, a lavar las heridas de los pequeños. Comenzó a leer versos... Pasaba horas enteras sola, en un mutismo, a la ventana, teniendo bajo su mirada de virgen rubia toda la rebelión de una apasionada. Creía en los amantes que escalan los balcones entre el gorjeo de los ruiseñores; y quería ser amada así, poseída en un misterio de noche romántica...

Su amor desprendióse poco a poco de la imagen de Adrián y se ensanchó, se extendió a un sér vago, que estaba compuesto de todo lo que la había encantado en los héroes de novela: era un ente medio príncipe y medio bandido, que tenía, sobre todas las cosas, la fuerza... Porque era esto lo que admiraba, lo que quería, por lo que ansiaba en las

noches cálidas en que no podía dormir: dos brazos fuertes como acero que la apretasen en un abrazo mortal, dos labios de fuego que en un beso le chupasen el alma... Estaba hecha una histérica.

A veces, al pie del lecho del marido, viendo delante de sí aquel cuerpo de tísico, en una inmovilidad de imposibilitado, le venía un odio torpe, un deseo de acelerarle la muerte... Y en medio de esta excitación mórbida del temperamento irritado temía debilidades súbitas, sustos de ave que se posa; un grito al oír llamar a una puerta, una palidez de desmayo si había en la sala flores muy olorosas... Por la noche se asfixiaba; abría la ventana; pero el aire cálido y el vaho húmedo de la tierra calentada por el sol le henchían de un deseo intenso, de un ansia voluptuosa, cortada por crisis de llanto... La Santa convertíase en Venus...

Y el romanticismo mórbido había penetrado tanto en aquel sér y lo había desmoralizado tan profundamente, que llegó un momento en que bastaría que un hombre la tocase para que ella se echara en los brazos: y fué lo que le sucedió al fin con el primero que la enamoró, de allí a dos años... Era el mancebo de la botica...

Por causa de él escandalizó a toda la villa. Y ahora deja la casa desarreglada, los hijos sucios y pringosos, llenos de harapos, sin comer hasta altas horas, todo el trapajo de los emplastos encima de las sillas, todo en un desamparo torpe, para andar detrás del hombre, un gandul odioso y puerco, de

cara fofa y gordinflona, gafas negras, con una gruesa cinta por detrás de la oreja y gorrito de seda puesto a lo chulo... Viene de noche a las entrevistas, con chinelas de orillo; apesta a sudor, y le pide dinero prestado para sustentar a una tal Juana, criatura obesa, a quien llaman en la villa "la bola de sebo"...

IV

CIVILIZACION (1)

I

Yo poseo preciosamente un amigo (su nombre es Jacinto), que nació en un palacio, con cuarenta mil duros de renta en pingües tierras de pan, aceite y ganado.

Desde la infancia, durante la cual, su madre, señora gorda y crédula de Tras-os-Montes, esparcía, para retener a las hadas benéficas, hinojo y ámbar, Jacinto fué siempre más resistente y sano que un pino de las dunas. Un lindo río, murmurador y transparente, con un lecho muy liso de arena muy blanca, reflejando sólo pedazos lustrosos de un cielo de verano o ramajes siempre verdes y de buen aroma, no ofrecería, a aquél que lo descendiese en una barca llena de almohadas y de *champagne* helado, más dulzuras y facilidades que las que la vida ofrecía a mi camarada Jacinto. No tuvo sarampión ni

(1) Este cuento es como el esbozo, *la maquette*, de la gran novela A CIDADE E AS SERRAS, la última del autor y que resultó póstuma, porque no se publicó hasta 1901, después de la muerte de Eça. Tiene páginas enteras que están aprovechadas en la novela.—N. del T.

tuvo lombrices. Nunca padeció, ni aun en la edad en que se lee a Balzac y a Musset, los tormentos de la sensibilidad. En sus amistades fué siempre tan feliz como el clásico Orestes. Del amor sólo había experimentado la miel—esa miel que el amor invariablemente concede a quien lo practica, como las abejas, con ligereza y movilidad. Ambición, sintiera solamente la de comprender bien las ideas generales, y la “punta de su intelecto” (como dice el viejo cronista medioeval) no estaba aún roma ni herrumbrosa... Y, sin embargo, desde los veintiocho años Jacinto ya se venía impregnando de Schopenhauer, del Ecclesiastés, de otros pesimistas menores, y tres o cuatro veces por día bostezaba, con un bostezo hondo y lento, pasando los dedos finos sobre la faz, como si en ella sólo palpase palidez y ruina. ¿Por qué?

Era él, de todos los hombres que conocí, el más complejamente civilizado, o antes aquel que se nutría de la más vasta suma de civilización material, ornamental o intelectual. En ese palacio (floridamente llamado *El Jazminero*), que su padre, también Jacinto, construyera sobre una honesta casa del siglo XVII, con suelo de pino y blanqueada de cal, existía—creo yo—todo cuanto para bien del espíritu o de la materia, los hombres han creado a través de la incertidumbre y del dolor, desde que abandonaron el valle feliz de Septa-Sindu, la Tierra de las Aguas Fáciles, el dulce país ario. La biblioteca, que en dos alas amplias y claras, como pla-

zas, llenaba las paredes, enteramente, desde las alfombras de Karmania hasta el techo del cual, aúternadamente, a través de cristales, el sol y la electricidad vertían una luz estudiosa y tranquila, contenía veinticinco mil volúmenes, instalados en ébano, magníficamente revestidos de marroquín escarlata. ¡Sólo sistemas filosóficos (y con justa prudencia, para ahorrar espacio, el bibliotecario había coleccionado tan sólo los que irreconciliablemente se contradicen) había mil ochocientos diez y siete!

¡Una tarde, que yo deseaba copiar un dictamen de Adán Smith, recorrí, buscando a este economista, a lo largo de los estantes, ocho metros de economía política! Así se hallaba formidablemente abastecido mi amigo Jacinto de todas las obras esenciales de la inteligencia, y hasta de la estupidez. El único inconveniente de este monumental almacén del saber era que todo aquel que allí penetraba adormeciase inevitablemente, por causa de las poltronas, que, provistas de finas planchas móviles para sustentar el libro, el cigarro, el lápiz de las notas, la taza de café, ofrecían aún una combinación oscilante y flácida de almohadas, en donde el cuerpo encontraba luego, para mal del espíritu, la dulzura, la profundidad y la paz estirada de un lecho...

Al fondo, y como un altar mayor, estaba el gabinete de trabajo de Jacinto. Su sillón, grave y abacial, de cuero, con blasones, databa del siglo xiv, y en torno de él pendían numerosos tubos acústicos, que, sobre los revestimientos de seda color de

musgo y color de hiedra, parecían serpientes adormecidas y suspensas en un viejo muro de quinta. Nunca recuerdo sin asombro su mesa, recubierta toda de sagaces y sutiles instrumentos para cortar papel, numerar páginas, pegar sellos, afilar lápices, raspar enmiendas, imprimir fechas, derretir lacres, atar documentos, coleccionar cuentas. Unos de níquel, otros de acero, rebrillantes y fríos, todos eran de un manejo laborioso y lento; algunos, con los muelles rígidos, las puntas vivas, cortaban y herían; y en las hojas de papel Whatman en que él escribía, y que costaban quinientos *reis* (1) cada una, yo, a las veces, sorprendí gotas de sangre de mi amigo. Pero todos los consideraba indispensables para componer sus cartas (Jacinto no componía obras), así como los treinta y cinco diccionarios, y los manuales, y las enciclopedias, y las guías, llenando un estante aislado, fino, en forma de torre, que silenciosamente giraba sobre su pedestal, y que yo denominara el Farol. Lo que, a pesar de todo, más completamente imprimía a aquel gabinete un portentoso carácter de civilización eran los grandes aparatos facilitadores del pensamiento: la máquina de escribir, los autocopistas, el telégrafo Morse, el fonógrafo, el teléfono, el teatrófono, otros aún, todos con metales lúcidos, todos con largos hilos. Constantemente

(1) *Quinientos reis*, medio escudo de la actual moneda portuguesa, o dicho al modo popular, cinco *tostões*.—*Nota del Traductor.*

sonidos cortos y secos vibraban en el aire tibio de aquel santuario. ¡Tic, tic, tic! ¡Dlin, dlin, dlin! ¡Crac, crac, crac! ¡Trrre, trrre!... Era mi amigo comunicando. Todos esos hilos zambullíanse en fuerzas universales, transmitían fuerzas universales, las cuales, no siempre, desgraciadamente, se conservaban domadas y disciplinadas. Jacinto había recogido en el fonógrafo la voz del consejero Pinto Porto, una voz oracular y rotunda, en el momento de exclamar con respeto, con autoridad:

—*¡Maravillosa invención! ¿Quién no admirará los progresos de este siglo?*

Pues una dulce noche de San Juan, mi supercivilizado amigo, deseando que unas señoras, parientes de Pinto Porto (las amables Gouveías), admirasen el fonógrafo, hizo romper de la bocina del aparato, que parecía una trompa, la conocida voz rotunda y oracular:

—*¿Quién no admirará los progresos de este siglo?*

Mas, inhábil o brusco, desconcertó alguna rueda vital, porque, de repente, el fonógrafo comienza a repetir, sin discontinuar, interminablemente, con una sonoridad cada vez más rotunda, la sentencia del consejero:

—*¿Quién no admirará los progresos de este siglo?*

En vano Jacinto, pálido, con los dedos trémulos, torturaba el aparato. La exclamación recomenzaba y rodaba oracular y majestuosa:

—*¿Quién no admirará los progresos de este siglo?*

Enfadados, lo llevamos para una sala distante,

pesadamente revestida de tapices de Arras. ¡En vano! La voz de Pinto Porto allí estaba entre los tapices de Arras, implacable y rotunda:

—¿Quién no admirará los progresos de este siglo?

Furiosos, enterramos una almohada en la boca del fonógrafo; tiramos por encima mantas, cobertores espesos, para sofocar la voz abominable. ¡En vano! Bajo la mordaza, bajo las gruesas lanas, la voz roncaba, sorda, oracular:

—¿Quién no admirará los progresos de este siglo?

Las amables Gouveías habían huído, apretando desesperadamente los chales sobre la cabeza. Hasta la cocina, en donde nos refugiamos, la voz descendía, estrangulada y dificultosa:

—¿Quién no admirará los progresos de este siglo?

Huímos empavorecidos a la calle. Era de madrugada. De vuelta de las fuentes, un fresco bando de rapazas, con brazados de flores, pasaba cantando:

*Todas as hervas são bentas
em manhã de S. João...*

(Todas las hierbas son benditas
en mañana de San Juan.)

Jacinto, respirando el aire matinal, limpiábase las gotas lentas del sudor. Recogímonos al *Jazminero* con el sol ya alto, ya caliente. Muy en silencio abrimos las puertas, como con recelo de despertar a al-

E Ç A D E Q U E I R O Z

guien. ¡Horror! En seguida desde la antecámara percibimos sonidos estrangulados, gangosos: “*admirará... progresos... siglo...*” ¡Un electricista tuvo que enmudecer al fin aquel fonógrafo horrendo! Más apacible (para mí) que ese gabinete, temerosamente repleto de civilización, era el comedor, por su arreglo comprensible, fácil e íntimo. En la mesa sólo cabían seis amigos, que Jacinto escogía con cierto buen criterio, en la literatura, en el arte, y en la metafísica; los cuales, entre los tapices de Arras, representando colinas, pomares y puertos del Atica, llenos de clasicismo y de luz, renovaban allí repetidamente banquetes que, por su intelectualidad, recordaban los de Platón. Cada golpe de tenedor se cruzaba con un pensamiento o con palabras diestramente arregladas en forma de tal.

A cada cubierto correspondían seis tenedores, todos de formas desemejantes y astutas: uno para las ostras, otro para el pescado, otro para las carnes, otro para las legumbres, otro para la fruta, otro para el queso. Las copas, por la diversidad de los contornos y de los colores, parecían sobre el mantel, más reluciente que esmalte, como ramilletes silvestres desparramados por encima de la nieve. Pero Jacinto y sus filósofos, recordando lo que el experimentado Salomón enseña sobre las ruinas y amarguras del vino, bebían sólo en tres gotas de agua una gota de Bordeaux (Chateaubriand, 1860). Así lo recomendaban Hesiodo, en su *Nereo*, y Dio-

cles, en sus *Abejas* (1). De aguas había siempre en el *Jazminero* un lujo redundante: aguas heladas, aguas carbonatadas, aguas esterilizadas, aguas gaseosas, aguas de sales, aguas minerales, en botellas serias, con tratados terapéuticos impresos en el rótulo... El cocinero Mestre Sardão, era de aquellos que Anaxágoras equiparaba a los retóricos, a los oradores, a todos los que saben el arte divino de "templar y servir la Idea". En Sibaris, ciudad del Vivir Excelente, los magistrados habrían tributado al maestro Sardão, por las fiestas de Juno Lacina, la corona de oro y la túnica milesia, que se debía a los bienhechores cívicos. Su sopa de alcachofa y huevas de carpa; sus filetes de venado, macerados en viejo vino de Madera con *purée* de nueces; sus moras heladas en éter; otras golosinas, aun numerosas y profundas (y las únicas que toleraba mi Jacinto), eran obras de un artista, superior por la abundancia de las ideas nuevas, y juntaban siempre la rareza del sabor a la magnificencia de la forma. Tal plato de ese maestro incomparable parecía, por la ornamentación, por la gracia florida de las labores, por la armonía de los coloridos frescos y cantantes, una

(1) Por la redacción que da Eça al párrafo parece desprenderse de él esa paradoja de delicioso anacronismo: que Hesiodo y Diocles recomiendan beber Bordeaux... Claro está que el avisado lector bien entiende que lo que ambos helénicos autores aconsejan es mezclar en cada gota de un vino cualquiera (en su tiempo, de Chipre) tres gotas de agua.—N. del T.

joya esmaltada por el cincel de Cellini o Meurice. ¡Cuántas tardes no deseé yo fotografiar aquellas composiciones de excelente fantasía, antes que el trinchanté las derribase! Y esta superfinidad del comer rezaba deliciosamente con la del servir. Sobre una alfombra, más fofa y muelle que el musgo de la floresta de Brocelandia, deslizábanse, como sombras vestidas de blanco, cinco criados y un paje negro, a la manera vistosa del siglo XVIII. Las fuentes de plata subían de la cocina y de la repostería por dos ascensores; uno para los manjares calientes, forrado de tubos en donde hervía el agua, y otro, más lento, para los manjares fríos, forrado de zinc, amoníaco y sal, y ambos escondidos entre flores, tan densas y frescas, que figurábasenos como si hasta la sopa saliese humeando de los románticos jardines de Armida. Me acuerdo perfectamente de un domingo de mayo en que, comiendo con Jacinto un obispo, el erudito Obispo de Chorazim, se atascó el pescado en el medio del ascensor, siendo necesario que acudiesen picapedreros para extraerlo con palancas (1).

(1) Este erudito Obispo de Chorazim aparece en las primeras páginas de A RELIQUIA. "Don Gaspar, Bispo de Chorazim, que e em Galilea." Se ve que este nombre musical y bíblico del Episcopado *in partibus* obsesionaba a Eça.—N. del T.

II

En las tardes en que había "banquete de Platón" (que así denominábamos esas fiestas de truchas e ideas generales), yo, vecino e íntimo, asomaba al declinar el sol, y subía familiarmente a las habitaciones de nuestro Jacinto, en donde le hallaba siempre incierto entre sus levitas, porque las usaba alternadamente de seda, de paño, de franelas Jaegher y de *foulard* de las Indias. El cuarto respiraba el frescor y aroma del jardín por dos vastas ventanas, provistas magníficamente (aparte de las cortinas de seda floja Luis XV) de una vidriera interior de cristal entero, de un toldo arrollado en lo alto, de un estor de seda floja, de gasas que se fruncían y se enroscaban como nubes y de una celosía móvil de reja morisca. Todos estos refinamientos (sabia invención de Holland y Compañía, de Londres) servían para resguardar la luz y el aire, según los avisos de termómetros, barómetros e higrómetros, montados en ébano, y a los cuales un meteorologista (Cunha Guedes) todas las semanas venía a comprobar la precisión.

Entre estas dos ventanas destacaba la mesa de *toilette*, una mesa enorme, de vidrio, toda de vidrio, con el fin de hacerla impenetrable a los microbios, y cubierta de todos esos utensilios de aseo y aliño que el hombre del siglo XIX necesita en una capital

para no desentonar en el conjunto suntuario de la civilización. Cuando nuestro Jacinto, arrastrando sus ingeniosas chinelas de pellica y seda, se acercaba a este ara, yo, bien repantingado en un diván, abría con indolencia una revista, ordinariamente la *Revista Electro-Páthica*, o la de las *Indagaciones Psíquicas*. Jacinto comenzaba... Cada uno de esos utensilios de acero, de marfil, de plata, imponían a mi amigo, por la influencia omnipoderosa que las cosas ejercen sobre el dueño (*sunt tyranniae rerum*), el deber de utilizarlo con aptitud y deferencia.

Así que las operaciones del embellecimiento de Jacinto presentaban la prolijidad, reverente e insuprimible de los ritos de un sacrificio.

Comenzaba por el cabello... Con un cepillo chato, redondo y duro aplastaba el cabello liso y rubio, en lo alto, a los lados de la raya; con un cepillo estrecho y recurvo, a la manera del alfanje de un persa, ondeaba el cabello sobre la oreja; con un cepillo cóncavo, en forma de teja, empastaba el cabello, por detrás, sobre la nuca... Respiraba y sonreía. Después, con un cepillo leve y flácido, encorbaba las cejas; con un cepillo hecho de pluma regularizaba las pestañas. Y de esta manera Jacinto permanecía delante del espejo, pasando pelos sobre su pelo, unos catorce minutos.

Peinado y cansado, iba a purificar las manos. Dos criados, al fondo, maniobraban con pericia y vigor los aparatos del lavatorio, que era sólo un resumen de la maquinaria monumental de la sala de baño.

Allí, sobre el mármol verde y róseo del lavabo, había dos duchas (caliente y fría) para la cabeza; cuatro chorros, graduados *desde cero hasta cien grados*; el vaporizador de perfumes; la fuente de agua esterilizada (para los dientes); el surtidor para la barba, y otras espitas que rebrillaban y botones de ébano que, ligeramente rozados, desencadenaban el mareo y el estridor de los torrentes en los Alpes... Para mojar me los dedos, yo nunca me acerqué a aquel lavabo sin terror, escarmentado de la tarde amarga de Enero en que, bruscamente desencajada la espita, el chorro de agua *a cien grados* reventó, silbando y humeando, furioso, devastador... Huímos todos, despavoridos. Atronó un clamor *El Jazminero*. El viejo Grillo, escudero que había sido de Jacinto padre, quedó cubierto de ampollas en la cara, en las manos fieles.

Cuando Jacinto acababa de enjugarse laboriosamente en toallas de felpa, de lino, de cuerda entrelazada (para restablecer la circulación), de seda blanda (para lustrar la piel), bostezaba, con un bostezo hueco y lento.

Era este bostezo, perpetuo y vago, lo que nos inquietaba a nosotros, sus amigos y filósofos. ¿Qué faltaba a este hombre excelente? Tenía su inalterable salud de pino bravo, crecido en las dunas; una luz de inteligencia, propia para iluminarlo todo, firme y clara, sin temblor; cuarenta magníficos miles de duros de renta; todas las simpatías de una ciudad burlona y escéptica; una vida barrida de sombras y

más clara y lisa que un cielo de verano... Y, sin embargo, bostezaba constantemente, palpaba en la faz, con los dedos finos, la palidez y las arrugas... ¡A los treinta años Jacinto andaba encorvado, como bajo un peso injusto! Y por la morosidad desconsolada de toda su acción, parecía ligado desde los dedos hasta la voluntad por las mallas apretadas de una red que no se veía y que lo trituraba. Era doloroso testimoniar el hastío con que para apuntar una dirección tomaba su lápiz neumático, su pluma eléctrica, o para llamar al cochero echaba mano del tubo telefónico... En este mover lento del brazo delgado, en los pliegues que le arrugaban la nariz, en sus silencios largos y postrados, se sentía el grito constante que le salía del alma: ¡Qué aburrimiento! ¡Qué aburrimiento! Claramente la vida era para Jacinto un cansancio, o por laboriosa y difícil, o por poco interesante y hueca. Por eso mi pobre amigo procuraba constantemente sumar a ella nuevos intereses, nuevas facilidades. Dos inventores, hombres de mucho celo y pesquisa, estaban encargados, uno en Inglaterra, otro en América, de darle noticia y ofrecerle todos los inventos, hasta los más menudos, que concurriesen a perfeccionar la confortabilidad del *Jazminero*. Además, él propio mantenía correspondencia con Edison. Y, por el lado del pensamiento, Jacinto no cesaba, asimismo, de buscar intereses y emociones que le reconciasen con la vida, penetrando, a cata de esas emociones y de esos intereses, por las veredas más desviadas del saber, hasta el

punto de devorar, desde Enero a Marzo, setenta y siete volúmenes sobre *la evolución de las ideas morales entre las razas negroides*. ¡Ah! ¡Nunca hombre de este siglo batalló más esforzadamente contra el *tedio de vivir!*

En vano. ¡Hasta de exploraciones tan cautivantes como ésa, a través de la moral de los negroides, Jacinto regresaba más mustio, con bostezos más hondos!

Entonces era cuando se refugiaba intensamente en la lectura de Schopenhauer y del Ecclesiastés. ¿Por qué? Sin duda, porque entrambos pesimistas le confirmaban en las conclusiones que él sacaba de una experiencia paciente y rigurosa: "que todo es vanidad o dolor, que cuanto más se sabe más se pena, y que haber sido rey de Jerusalén y obtenido los goces todos en la vida, sólo lleva a mayor amargura..." Mas ¿por qué rodara así a tan obscura desilusión el saludable, rico, sereno e intelectual Jacinto? El viejo escudero Grillo pretendía que "¡S. E. sufría de hartura!"

III

Precisamente, después de ese invierno, durante el cual se embreñara en la moral de los negroides e instalara la luz eléctrica en los arbolados del jardín, sucedió que Jacinto tuvo la necesidad moral ineludible de partir para el Norte, a su viejo solar

de Torges (1). Jacinto no conocía Torges, y con un desusado tedio se preparó durante siete semanas para esa jornada agreste. La quinta está enclavada en las sierras y la ruda casa solariega, en donde aun queda una torre del siglo xv, hallábase ocupada hacía treinta años por los caseros, buena gente de trabajo, que comía el caldo entre la humareda del lar y extendía el trigo a secar en las salas señoriales.

Jacinto, en los comienzos de Marzo, escribió cuidadosamente a su procurador Souza, que habitaba la aldea de Torges, ordenándole que compusiese los tejados, encalase los muros, pusiese cristales a las ventanas; después mandó expedir, por medios de rápida conducción, en cajones que trasponían con trabajo los portones del *Jazminero*, todas las comodidades necesarias a dos semanas de montaña; camas de plumas, poltronas, divanes; lámparas de cárcel,

(1) Nótese una variación notable entre *Civilización* y *A Cidade e as Serras*. En esta novela Eça coloca al protagonista Jacinto, en el foco pleno de la supercivilización, en la ciudad quintaesenciada y refinada, en París, para hacer luego más vivido el contraste con las sierras de Portugal. En *Civilización* parece sobreentenderse que es Lisboa el lugar de la acción, pues al iniciarse este capítulo III, Jacinto parte hacia el Norte, simplemente, sobreentendiéndose el Norte de Portugal. Luego vino la modificación natural en la mente del novelista para hacer una antítesis más vigorosa y artística entre un palacete de la Avenida de los Campos Elíseos y la vieja casa señorial de Forges.—*N. del T.*

bañeras de níquel, tubos acústicos para llamar a los criados, alfombras persas para ablandar los suelos; uno de los cocheros partió con un *coupé*, una victoria, un *break*, mulas y cascabeles.

Al cabo de un tiempo fué el cocinero con la batería, la botillería, la heladora, una gran cantidad de trufas, cajas profundas de aguas minerales. Desde el amanecer, en los anchos patios del palacio, se clavaba, se martillaba, como en la construcción de una ciudad. El bagaje, desfilando, recordaba una página de Herodoto al narrar la invasión persa. Jacinto enflaqueció con los cuidados de aquel éxodo. Por fin partimos en una mañana de Junio, con Grillo y treinta y siete maletas.

Yo acompañaba a Jacinto, en mi camino para Guiães, donde vive una tía mía, a una legua larga de Torges; íbamos en un vagón reservado, entre vastas almohadas, con perfiles y champán en un cesto. A mitad de la jornada debíamos cambiar de tren, en esa estación que tiene un nombre sonoro en *olla*, y un tan suave y cándido jardín de rosales blancos. Era domingo, de inmensa polvareda y sol, y encontramos allí, llenando el andén estrecho, todo un populacho festivo, que venía de la romería de San Gregorio de la Sierra.

Para realizar aquel transbordo, en tarde de fiesta, el horario sólo nos concedía tres minutos avaros. El otro tren ya esperaba, junto a la marquesina, impaciente y silbando. Una campana badajeaba con furor. Y sin casi mirar a las lindas mozas, que allí

se zarandeaban en grupos, encendidas, con pañuelos flameantes, el seno vasto cubierto de oro, y la imagen del santo espetada en el sombrero, corrimos, empujamos, saltamos para el otro vagón, ya reservado, marcado por un cartón con las iniciales de Jacinto. Inmediatamente el tren rodó. ¡Entonces pensé en nuestro Grillo, en las treinta y siete maletas! Apoyado de bruces en la portezuela pude ver aún, junto al ángulo de la estación, bajo los eucaliptos, un montón de equipaje y hombres de gorra galoneada que delante de él braceaban desesperados.

Murmuré, recayendo en las almohadas:

—¡Qué servicio!

Jacinto, en su rincón, sin abrir los ojos, suspiró:

—¡Qué pesadez!

Durante una hora deslizámonos lentamente entre trigales y viñedos; y aun el sol batía en las vidrieras, caliente y polvoriento, cuando llegamos a la estación de Gondín, en donde el procurador de Jacinto, el excelente Souza, debía esperarnos con caballos que nos llevasen por la sierra hasta el solar de Torges. Detrás del jardín de la estación, todo florido también de rosas y margaritas, Jacinto reconoció en seguida sus carruajes, aun empaquetados en lona.

Pero cuando nos apeamos en el pequeño andén, blanco y fresco, sólo hallamos en torno nuestro soledad y silencio... ¡Ni procurador ni caballos! El jefe de la estación, a quien yo pregunté con ansiedad "si no había asomado por allí el señor Souza",

quitóse afablemente su gorra galoneada. Era un mozo gordo y redondo, con colores de manzana camuesa, que traía bajo el brazo un libro de versos. "Conocía perfectamente al señor Souza. ¡Tres semanas antes jugara con él a la manilla! ¡Esta tarde, sin embargo, desgraciadamente, no había visto al señor Souza". El tren desapareciera por detrás de las altas rocas que allí cuelgan sobre el río. Un cargador liaba un cigarro, silbando. Cerca de la valla del jardín, una vieja, toda de negro, dormitaba agachada en el suelo, delante de una cesta de huevos. ¿Y nuestro Grillo y nuestro equipaje?... El jefe encogió risueñamente los hombros rollizos. Todos nuestros bienes habían encallado, de seguro, *en olla*. Y allí estábamos nosotros, perdidos en la sierra agreste, sin procurador, sin caballos, sin Grillo, sin maletas.

¿Para qué referir menudamente el lance lamentable? Próximo a la estación, en una quebrada de la sierra, había un caserío que pagaba foro a la quinta, en donde conseguimos, para llevarnos y guiarnos a Torges, una yegua leprosa, un jumento blanco, un rapaz y un podenco. Y allí comenzamos a trepar, desazonadamente, esos caminos agrestes, los mismos, quizá, por donde iban y venían, de monte a río, los jacintos del siglo xv. Pasado un trémulo puente de madera que atraviesa un riachuelo, todo quebrado por peñas (y donde abunda la trucha adorable), nuestros males olvidánsenos ante la inesperada e incomparable belleza de aquella bendita sierra. El

divino artista que está en los cielos compusiera, ciertamente, ese monte en una de sus mañanas de más solemne y bucólica inspiración.

La grandeza era tanta como la gracia... Cantar los valles fofos de verdura, los bosques casi sacros, los pomares olorosos y en flor, la frescura de las aguas rientes, las ermitas blanqueando en los altos, las rocas musgosas, el aire de una dulzura de paraíso, toda la majestad y toda la lindeza;—no es para mí, hombre de pequeño arte. Ni creo siquiera que fuese para el maestro Horacio. ¿Quién puede decir la belleza de las cosas, tan simple e indecible? Jacinto, delante, en la yegua torda, murmuraba:

—¡Ah, qué belleza!

Yo, atrás, en el burro, con las piernas colgando, murmuraba:

—¡Ah, qué belleza!

Los alegres regatos jugaban, saltando de roca en roca; finos ramos de arbustos floridos rozaban nuestras caras, con familiaridad y cariño; durante largo tiempo, un mirlo nos siguió de chopo para castaño, silbando nuestros loores.

Tierra bien acogedora y amable... ¡Ah, qué belleza! Entre *ahs* maravillados llegamos a una avenida de hayas, que nos pareció clásica y noble. Dando un nuevo vergajazo al burro y a la yegua, el rapaz, con su podenco al lado, gritó: “¡Ya estamos!”

Y al fondo de las hayas había, en efecto, un portón de quinta, al cual un escudo de armas de vieja piedra, roída de musgo, señoreaba magníficamente.

Dentro ya, los perros ladraban con furor. Y apenas Jacinto y yo, detrás de él, en el burro de Sancho, trasposimos el dintel solariego, corrió hacia nosotros, desde lo alto de la escalera, un hombre canoso, rapado como un clérigo, sin cuello, sin chaqueta, que erguía para el aire, en un gran asombro, los brazos desolados. Era el casero, Zé Braz. Y en aquel punto, allí, en las piedras del patio, entre el ladrar de los perros, brotó una tumultuosa historia, que el pobre Braz balbuceaba, aturdido, y que llenaba la faz de Jacinto de lividez y de cólera. El casero no esperaba a *Su Excelencia*. Nadie esperaba a S. E. (El decía *su inselencia*.)

El procurador, el señor Souza, estaba en la frontera desde Mayo, atendiendo a la madre, que había recibido una coz de una mula. Por fuerza había habido engaño, cartas perdidas... Porque el señor Souza no contaba con S. E.... hasta Septiembre, para la vendimia. En casa ninguna obra comenzara, y, desgraciadamente para S. E., los tejados aún estaban sin tejas, y las ventanas sin vidrios...

Crucé los brazos, atacado de un justo espanto. ¿Pero los cajones, esos cajones remitidos a Torges, con tanta prudencia, en Abril, repletos de colchones, de regalos, de civilización?... El casero, vago, sin comprender, desencajaba los ojos menudos, en donde ya bailaban lágrimas. ¿Los cajones? Nada había llegado, nada había aparecido. Y en su perturbación, Zé Braz buscaba entre las arcadas del patio, en los bolsillos de los pantalones... ¿Los cajones? ¡No,

no tenía los cajones! En esto, acercóse gravemente el cochero de Jacinto, que había traído los caballos y los carruajes. Ese ya era un hombre civilizado, y acusó de todo al Gobierno. Ya cuando él servía al señor Vizconde de San Francisco habíanse perdido, por abandono del Gobierno, de la ciudad a la sierra, dos cajas de vino viejo de Madera y ropa blanca de señora. Por lo cual, él, escarmentado, sin confianza en la nación, no abandonara los carruajes, y era todo lo que restaba a S. E.: el *break*, la victoria, el *cupé* y los cascabeles. Sólo que, en aquella ruda montaña, no había carreteras por donde pudiesen rodar. Y como para subirlos hasta la quinta eran necesarios grandes carros de bueyes, los había dejado allá abajo, en la estación, quietos, empaquetados en lona...

Jacinto quedó plantado delante de mí, con las manos en los bolsillos.

—¿Y ahora?

Nada restaba, sino recogerlos, cenar el caldo del tío Zé Braz y dormir en las pajas que los hados nos concediesen. Subimos. La escalera noble conducía a un gran balcón, todo cubierto con cobertizo, haciendo más enorme la fachada del caserón y ornado, entre sus gruesos pilares de granito, con tiestos llenos de tierra, en que florecían claveles. Cogí un clavel. Entramos. ¡Y mi pobre Jacinto contempló, al fin, las salas de su solar! Eran enormes, con las altas paredes revocadas de cal, que el tiempo y el abandono habían ennegrecido, y vacías, desoladamente desnudas, ofreciendo sólo como vestigio de habitación

y de vida, por los rincones, algún montón de cestos o algún haz de azadas. En los techos altos de encina negra albeaban manchas, que eran el cielo ya pálido del fin de la tarde, sorprendido a través de los agujeros del tejado. No quedaba una vidriera. A veces, bajo nuestros pasos, una tabla podrida crujía y cedía.

Hicimos alto, allí cabo, en la última, la más vasta, donde había dos arcas inmensas para guardar el grano; y allí depositamos melancólicamente lo que nos quedara de las treinta y siete maletas: los abrigo de viaje, un bastón y un *Diario de la Tarde*. A través de las ventanas encristaladas, por donde se divisaban copas de árboles y las sierras azules de allende el río, el aire entraba montesino y amplio, circulando plenamente como en un terrado, con aromas de pinar bravío. Y allá, de lo hondo de los valles, subía, desgarrada y triste, una voz de pastora, cantando. Jacinto balbuceó:

—¡ Es horroroso!

Yo murmuré:

—¡ Es campestre!

IV

Zé Braz, en tanto, con las manos en la cabeza, desapareciera a ordenar la cena para *sus inselencias*. El pobre Jacinto, desalentado por el desastre, sin resistencia contra aquel brusco desaparecimiento

de toda la civilización, cayó pesadamente sobre el poyo de una ventana, y desde allí miraba a los montes. Y yo, a quien aquellos aires serranos y el cantar del pastor sabían bien, terminé por descender a la cocina, conducido por el cochera, a través de escalera y pasillos, en donde la obscuridad venía menos del crepúsculo que de densas telas de araña.

La cocina era una espesa masa de tonos y formas negras, color de hollín, en la cual refulgía al fondo, sobre el suelo de tierra, una hoguera roja que lamía gruesas ollas de hierro, y se perdía en humareda por la reja escasa que en lo alto colaba la luz. Un grupo alborozado y parlero de mujeres desplumaba pollos, batía huevos, limpiaba arroz con santo fervor... Del centro de ellas, el buen casero, atontado, embistió para mí, jurando que "la cena de *sus insecuencias* no se demoraba un credo". Y como yo le interrogara a propósito de las camas, el digno Braz tuvo un murmullo vago y tímido sobre "jergoncillos en el suelo".

—Es bastante, señor Zé Braz—acudí yo para consolarle.

—¡Pues así Dios sea servido!—suspiró el hombre excelente, que atravesaba en esa hora el trance más amargo de su vida serrana.

Eché a andar hacia arriba con estas consoladoras nuevas de cena y cama, y encontré aún a mi Jacinto en el poyo de la ventana, embebiéndose todo en la dulce paz crepuscular que lenta y calladamente se aposentaba sobre valle y monte. En lo alto

ya temblaba una estrella, Vesper diamantina, que es todo lo que en este cielo cristiano resta del esplendor corporal de Venus. Jacinto nunca había contemplado bien aquella estrella, ni había asistido a este majestuoso y dulce adormecer de las cosas. Ese ennegrecimiento de montes y arbolados, caseríos claros fundiéndose en la sombra, un toque adormecido de campana que venía por las quebradas, el cuchichear de las aguas entre los prados, eran para él como iniciaciones. Yo estaba enfrente, en el otro poyo. Y le sentí suspirar como un hombre que al fin descansa.

En esta contemplación nos encontró Zé Braz, con el dulce aviso de que estaba en la mesa la *cenita*. Era, en la otra sala, más desnuda, más negra. Y allí, mi supercivilizado Jacinto se echó atrás con un favor genuino. En la mesa de pino, recubierta con una toalla, arrimada a la pared sórdida, una vela de sebo medio derretida en un candelero de latón, alumbraba dos platos de loza amarilla, ladeados por cucharas de palos y por tenedores de hierro. Los vasos, de vidrio grueso y empañados, conservaban el tono rojo del vino que por ellos pasara en hartos años de hartas vendimias. El platillo de barro con las aceitunas, deleitaría, por su sencillez ática, el corazón de Diógenes. En el ancho pan de maíz estaba clavado un cuchillo... ¡Pobre Jacinto!

Pero al fin se sentó resignado, y durante algún tiempo pensativamente refregó con su pañuelo el tenedor negro y la cuchara de palo. Después, mudo,

desconfiado, probó un trago de caldo, que era de gallina y olía muy bien. Probó, y levantó hacia mí, su compañero y amigo, unos ojos abiertos que lucían sorprendidos. Volvióse a sorber una cucharada de caldo, más llena, más lenta... Y sonrió, murmurando con espanto:

—¡Está bueno!

Estaba realmente bueno; tenía hígado y mollejas; su perfume enternecía. Yo lo ataqué tres veces con energía, pero fué Jacinto el que arrebañó la sopera. Luego, separando el pan y separando la vela, el buen Zé Braz puso en la mesa una fuente vidriada, que desbordaba de arroz con habas. A pesar de que el haba (que los griegos llamaron *ciboria*) pertenezca a las épocas superiores de la civilización, y haya servido para fomentar tanto la sabiduría que había en Sycio, en Galacia, un templo dedicado a Minerva Ciboriana, Jacinto siempre detestara las habas. Probó, sin embargo, una cucharada, tímido. De nuevo sus ojos, alargados por el asombro, buscaron los míos. Otra cucharada, otra concentración... Y he aquí que mi difícilísimo amigo exclama:

—¡Está óptimo!

¿Eran los aires picantes de la sierra? ¿Era el arte delicioso de aquellas mujeres, que, abajo, removían las ollas, cantando el *Viva mi bien*? No sé; mas los loores de Jacinto a cada plato fueron ganando en amplitud y firmeza. Y delante del pollo, amarillo, asado en el asador de palo, terminó por gritar:

—¡Está divino!

Nada, sin embargo, le entusiasmó como el vino, el vino cayendo de lo alto, de la gruesa colodra verde, un vino sabroso, penetrante, vivo, caliente, que tenía en sí más alma que muchos poemas o libros santos. Viéndole poner a la luz de sebo el vaso rudo, orlado de espuma, yo recordaba el día geórgico en que Virgilio, en casa de Horacio, bajo la enramada, cantaba el fresco vino pajizo de la Retica. Y Jacinto, con un color que yo nunca le había visto en su palidez schopenhaueriana, susurró luego el dulce verso:

Rethica, quo te carmina dicat?...

¿Quién dignamente te cantará, vino de aquellas sierras?...

Así comimos deliciosamente, bajo los auspicios de Zé Braz. Y después volvimos hacia las alegrías únicas de la casa, hacia las ventanas desvidriadas, a contemplar silenciosamente un suntuoso cielo de verano, tan lleno de estrellas que todo él parecía una densa polvareda de oro vivo, suspensa, inmóvil, por encima de los montes negros. Como yo observé a Jacinto, en la ciudad nunca se miran los astros, por causa de los faroles, que los ofuscan; y por eso nunca podemos entrar en una completa comunión con el Universo. El hombre, en las capitales, pertenece a su casa, o, si lo impelen fuertes tendencias de sociabilidad, a su barrio. Todo lo aísla y lo separa de la restante naturaleza; las casas obstructoras de seis pisos, el humo de las chimeneas, el rodar moroso y rudo de los ómnibus, la trama encar-

celadora de la vida humana... ¡Pero qué diferencia en la cima de un monte como Torges! Ahí cerca, rebrillando, a la manera de ojos conscientes; unas fijamente, con sublime indiferencia; otras ansiosamente, con una luz que palpita, una luz que llama, como si intentasen revelar sus secretos o comprender los nuestros... Es imposible no sentir una solidaridad perfecta entre esos inmensos mundos y nuestros pobres cuerpos. Todos somos obra de la misma voluntad. Todos vivimos de la acción de esa voluntad inmanente. Todos, por lo tanto, desde los Uranos hasta los Jacintos, constituímos modos diversos de un ser único, y a través de sus transformaciones sumamos una misma unidad. No hay idea más consoladora que ésta: que yo, y tú, y aquel monte, y el sol que ahora se esconde somos moléculas del mismo Todo, gobernadas por la misma Ley, rodando para el mismo Fin. Desde luego se sumen las responsabilidades torturantes del individualismo. ¿Qué somos nosotros? Formas sin fuerza, que una fuerza impele. ¡Hay un descanso delicioso en esta certeza, aunque fugitiva, de que se es el grano de polvo irresponsable y pasivo que va llevado en el viento o la gota perdida en el torrente!

Jacinto concordaba, sumido en la sombra. Ni él ni yo sabíamos los nombres de esos astros admirables. ¡Yo, por causa de la maciza e irremediable ignorancia de bachiller con que salí del vientre de Coimbra, mi madre espiritual; Jacinto, porque su poderosa biblioteca tenía *trescientos diez y ocho* tra-

tados sobre astronomía! Pero ¿qué nos importaba, de otra parte, que aquel astro de allí se llamase Syrio y aquel otro Aldebarán? ¿Qué les importaba a ellos que uno de nosotros fuese José y el otro Jacinto? Eramos formas transitorias del mismo ser eterno, y en nosotros había el mismo Dios. Y si ellos también así lo comprendían, estábamos allí nosotros, en la ventana de un caserón serrano; ellos, en un maravilloso infinito, ejecutando un acto sacrosanto, un perfecto acto de Gracia, que era sentir conscientemente nuestra unidad y realizar durante un instante en la conciencia nuestra divinización.

De esta suerte filosofábamos nebulosamente, cuando nebulosamente Zé Braz, con un candil en la mano, vino a decir que "estaban preparadas las camas de *sus inselencias*"... De la idealidad descendimos gustosamente a la realidad; ¿y qué vimos entonces nosotros, los hermanos de los astros? En dos salas tenebrosas y cóncavas, dos jergones tirados en el suelo, en un rincón, con dos colchas de algodón; a la cabecera un candelero de latón, posado sobre un celemín (1), y a los pies, como lavatorio, un barreño barnizado, encima de una silla de madera.

En silencio, mi supercivilizado amigo palpó su jergón y sintió en él la rigidez del granito. ¡Después,

(1) Pongo un equivalente castellano de medidas de sólidos a la palabra *alqueiro*, que no tiene traducción exacta, porque designa una antigua medida portuguesa de capacidad.—N. del T.

corriendo por la cara decaída los dedos mustios, consideró que, perdidas sus maletas, no tenía ni zapatillas ni camisón! De nuevo Zé Braz hizo de Providencia, trayendo al pobre Jacinto para que desahogase los pies, unos tremendos zuecos de madera, y para que cubriese el cuerpo, dulcemente educado en Sybaris, una camisa de la casera, enorme, de estopa, más áspera que estameña de penitente, y con volantes crespos y duros, como labores en madera. Para consolarle, recordé que Platón, cuando componía el *Banquete*, Xenofonte, cuando mandaba los diez mil, dormían en peores catres. Los jergones austeros hacen las fuertes almas; sólo vestido de estameña se penetra en el Paraíso.

—¿Tiene usted!—murmuró mi amigo (desatento y seco—alguna cosa que yo pueda leer?... ¡No puedo dormirme sin leer!

Yo tenía únicamente el número del *Diario de la Tarde*, que rasgué por el medio, y repartí con él fraternalmente. ¡Y quién no vió entonces a Jacinto, señor de Torges, agazapado en el borde del jergón, junto a la vela que goteaba sobre el banco, con los pies desnudos, ocultos en los gruesos zuecos, recorriendo en la media hoja del *Diario de la Tarde*, con los ojos confusos, los anuncios de los barcos... no puede saber lo que es una vigorosa y real imagen del desaliento!

Así lo dejé, y de allí a poco, extendido asimismo en mi jergón, también espartano, subía a través de un sueño jovial y erudito, al planeta Venus, donde

encontraba, entre los olmos y los cipreses, en un vergel, a Platón y Zé Braz en alta camaradería intelectual, bebiendo el vino de Rethica por los vasos de Torges. Emprendimos los tres bruscamente una controversia sobre el siglo XIX. A lo lejos, por entre una floresta de rosales, más altos que encinas, albeaban los mármoles de una ciudad y resonaban cantos sacros. No recuerdo lo que Xenofonte sustentó acerca de la civilización y del fonógrafo. De repente, todo se turbó por negras nubes, a través de las cuales yo distinguía a Jacinto, huyendo en un burro que impelía furiosamente con los tacones, con una fusta, dando gritos, en la dirección del *Jasminero*.

V

Muy temprano, de madrugada, sin rumor, para no despertar a Jacinto que, con las manos sobre el pecho, dormía plácidamente, partí para Guiães. Y durante tres quietas semanas, en aquella villa donde se conservan los hábitos y las ideas del tiempo del rey Don Diniz, no supe de mi desconsolado amigo, que de cierto había huído de sus techos agujereados y había vuelto a penetrar en la civilización. Después, en una abrasada mañana de Agosto, descendí de Guiães, tomé de nuevo la avenida de las hayas, y llegué al portalón solariego de Torges, entre el furioso ladrar de los mastines. La mujer de

Zé Braz apareció alborozada a la puerta de la bodega. Y su nueva fué que el señor don Jacinto (en Torges mi amigo tenía don) andaba allá abajo con el señor Souza en los campos de Freixomil.

—¿Entonces aun anda por aquí el señor don Jacinto?

¡Su inselencia aún estaba en Torges, y su inselencia quedaba para la vendimia!... Justamente estaba yo reparando en que las ventanas del solar tenían vidrieras nuevas; y a un lado del patio posaban baldes de cal; una escalera de albañil quedara arriada contra la baranda, y en un cajón abierto, aun lleno de paja de embalar, dormían dos gatos.

—Y Grillo, ¿apareció?

—El señor Grillo está en el pomar, a la sombra.

—Bien; ¿y las maletas?

—El señor don Jacinto ya tiene su saquito de cuero...

¡Loado sea Dios! Jacinto estaba, al fin, provisto de civilización. Subí contento. En la sala noble, donde el suelo fuera recompuesto y fregado, encontré una mesa cubierta de hule, aparadores de pino con loza blanca de Barcellos y sillas de paja, orillando las paredes, muy encaladas, que daban una frescura de capilla nueva. Al lado, en otra sala, también de brillante blancura, había la comodidad inesperada de tres sillones de paja de Madeira, con brazos anchos y almohadones de indiana; sobre la mesa de pino, el papel, el candelero de aceite, las plumas de pato espetadas en un tintero de fraile,

parecían preparadas para un estudio tranquilo y dichoso de Humanidades, y en la pared, suspendido por dos clavos, un estante contenía cuatro o cinco libros hojeados y usados: *Don Quijote*, un Virgilio, una Historia de Roma, las crónicas de Froissart. La pieza contigua era ciertamente el cuarto de Don Jacinto, un cuarto claro y casto de estudiante, con un catre de hierro, un lavabo de hierro, la ropa colgada en perchas toscas. Todo resplandecía de aseo y orden. Las maderas de los ventanales cerradas defendían del sol de Agosto, que escaldaba fuera los balcones de piedra. Del suelo, rociado de agua, subía una frescura consoladora. En un viejo vaso azul un ramo de claveles alegraba y perfumaba. No había un rumor. Torges dormía en el esplendor de la siesta. Y envuelto en aquel reposo de convento remoto, terminé por extenderme en un sillón de paja junto a la mesa, abrí lánguidamente el Virgilio y murmuré:

*Fortunate, Jacinthe!, tu inter arva nota
et fontes sacros frigus captabis opacum (1).*

Ya casi irreverentemente adormeciera sobre el divino bucólico, cuando me despertó un grito amigo. Era Jacinto. Inmediatamente le comparé a una

(1) "¡Dichoso Jacinto!... Tú, entre los campos conocidos y las fuentes sagradas, tomarás el fresco opaco."—*N. del T.*

planta medio mustia y descolorida en la obscuridad, que había sido profusamente regada y había revivido a pleno sol. No andaba encorvado. Sobre su palidez de supercivilizado, el aire de la sierra o la reconciliación con la vida habíanle dado un tono moreno y fuerte que le virilizaba soberbiamente. De los ojos, que en la ciudad le había conocido siempre crepusculares, saltaba ahora un brillo de mediodía, decidido y dilatado, que entraba francamente en la belleza de las cosas. Ya no pasaba las manos mustias sobre la faz; batía con ellas fuertemente en el muslo. ¡Qué sé yo! Era una reencarnación. Y todo lo que me contó, pisando alegremente con los zapatos blancos el suelo, fué que, al cabo de tres días, en Torges, se sintiera como serenado, mandó comprar un colchón blando, reunió cinco libros nunca leídos, y allí estaba...

—¿Para todo el verano?

—¡Para siempre! Y ahora, hombre de las ciudades, ven a almorzar unas truchas que yo pesqué, y comprende al fin lo que es el cielo.

Las truchas eran, en efecto, celestes. Apareció también una ensalada de coliflor y vainas, y un vino blanco de Azaes... ¿Quién condignamente os cantará; manjares y bebidas de aquellas sierras?

A la tarde pasamos por los caminos, costeano la vasta quinta que va de valles a montes. Jacinto parábase a contemplar con cariño los altos maizales. Con la mano abierta y fuerte batía en el tronco de los castaños como en las espaldas de amigos re-

cuperados. Todo hilo de agua, toda colina de hierba, todo pie de viña le preocupaba, como vidas filiales por las cuales fuese responsable. Conocía ciertos mirlos que cantaban en ciertos chopos. Exclamaba enternecido:

—¡Qué encanto, la flor de trébol!

A la noche, después de un cabrito asado en el horno, al que el maestro Horacio hubiera dedicado una oda (tal vez un Carmen Heroico), conversamos sobre el destino y la vida. Yo cité, con discreta malicia, a Schopenhauer y al Ecclesiastés... Jacinto levantó los hombros con seguro desdén. Su confianza en esos dos sombríos explicadores de la vida desapareciera, e irremediabilmente para no volver más, como una niebla que el sol esparce. ¡Tremenda tontería afirmar que la vida se compone meramente de una larga ilusión! Es levantar un aparatoso sistema sobre un punto especial y estrecho de la vida, dejando fuera del sistema toda la vida restante como una contradicción permanente y soberbia. Era como si él, Jacinto, señalando una ortiga crecida en aquel patio declarase triunfalmente:

—¡Aquí está una ortiga! Toda la quinta de Torges, por consiguiente, es una masa de ortigas.

¡Bastaría que el huésped alzase los ojos para ver los trigales, los pomares y los viñedos!

A más que, de esos ilustres pesimistas, uno, el alemán, ¿qué conocía de la vida, de esa vida de que había hecho, con doctoral majestad, una teoría definitiva y doliente? Todo lo que puede conocer

quien, como ese genial farsante, viviera cincuenta años en una lúgubre hospedería de provincia, levantando sólo los ojos del libro para conversar en la mesa redonda con los oficiales de la guarnición. Y el otro, el israelita, el hombre de los Cantares, el muy pedantesco rey de Jerusalén, sólo descubre que la vida es una ilusión a los setenta y cinco años, cuando el poder se le escapa de las manos trémulas, y su serrallo de trescientas concubinas se torna ridículamente superfluo a su osamenta rígida. Uno dogmatiza fúnebremente sobre lo que no sabe, y el otro sobre lo que no puede. Pero que se dé a ese buen Schopenhäuer una vida tan completa y llena como la de César, ¿y adónde iría a parar su schopenhauerismo?—que se restituya a ese sultán, ensuciado de literatura, que tanto edificó en el templo y profesó en Jerusalén, su virilidad—¿y en dónde está el Eclesiastés? Y por otra parte, qué importa bendecir o maldecir la vida? Afortunada o dolorosa, fecunda o varia, ha de ser vida. Locos aquellos que para atravesarla se embozan desde luego en pesados velos de tristeza y desilusión, de suerte que en su camino todo les sea negrura, no sólo las leguas realmente oscuras, sino también aquellas en que brilla un sol amable. En la tierra todo vive. Y sólo el hombre siente el dolor y la desilusión de la vida. Y tanto más se siente cuanto más ensancha y acumula la obra de esa inteligencia que le hace hombre y que le separa del resto de la naturaleza,

C U E N T O S

impensante e inerte. En el máximum de la civilización experimenta el máximum del tedio. Así que la sabiduría está en retroceder hasta ese honesto mínimum de civilización, que consiste en tener un techo de choza, un pedazo de tierra y el grano para sembrar en ella. En resumen: para recuperar la felicidad es necesario regresar al Paraíso y quedarse allá, quieto, con la hoja de parra, enteramente desguarnecido de civilización, contemplando al cordero dando saltos entre el tomillo, y sin procurar, ni con el deseo, ¡el árbol funesto de la Ciencia!
¡Dixi!

Escuchaba, asombrado, a este Jacinto novísimo. Era verdaderamente una resurrección en el magnífico estilo de Lázaro. Al *surge et ambula* que le habían susurrado las aguas y los bosques de Torges, erguía-se del fondo de la cueva del Pesimismo, desembarazábase de sus americanas de Poole, *et ambulabat*, y comenzaba a ser dichoso. Yendo de retirada a mi cuarto, en aquellas horas honestas que convienen al campo y al optimismo, tomé entre las mías la mano ya firme de mi amigo, y pensando que al fin había alcanzado la verdadera realeza, le grité mis parabienes a la manera del moralista de Tibur:

—*¡Vive et regna, fortunate Jacinthe!*

De ahí poco, a través de la puerta abierta que nos separaba, sentí una carcajada fresca, moza, genuina y consoladora. Era Jacinto que leía el *Don*

Quijote. ¡Oh, bienaventurado Jacinto! ¡Conservaba el agudo poder de criticar, y recuperaba el don divino de reír!

VI

Cuatro años han pasado. Jacinto aún habita Torges. Las paredes de su solar continúan bien encaladas, pero desnudas.

Por el invierno pónese un gabán de lana y enciende un brasero. Para llamar a Grillo o a la moza, bate las manos como hacía Catón. En sus deliciosos vagares ya leyó *La Ilíada*. No se afeita. En los caminos silvestres párase y habla con las criaturas. Todos los caseríos de la sierra le bendicen. Oigo que se va a casar con una fuerte, sana y bella rapaza de Guiães. ¡De seguro crecerá allí una tribu que será grata al señor!

Como él recientemente me pidiera libros (una *Vida de Budha*, una *Historia de Grecia* y las obras de San Francisco de Sales), fuí después de estos cuatro años al *Jazminero* desierto. ¡Cada paso mío sobre las fofas alfombras de Karamania sonaba triste, como en un cementerio! Todos los brocados estaban arrugados, resquebrajados. Por las paredes colgaban como ojos fuera de órbitas los botones eléctricos de los timbres y de las luces, y había vagos hilos de alambre sueltos, enroscados, donde la araña, regalada y reinando, tejiera telas espesas.

En la librería, todo el vasto saber de los siglos yacía en una inmensa mudez, debajo de una inmensa polvareda. Sobre los lomos de los tomos filológicos blanqueaba el moho; vorazmente devastara la polilla las Historias Universales; erraba allí un olor blando de literatura podrida; y yo me marché con el pañuelo en la nariz, seguro de que en aquellos veinte mil volúmenes no restaba una verdad viva. Quise lavarme las manos, manchadas por el contacto con esos detritus de conocimientos humanos. Pero los maravillosos aparatos del lavatorio, de la sala de baño, herrumbrosos, sórdidos, perdida la soldadura, no echaban una gota de agua; y como llovía en esa tarde de Abril, tuvo que salir al balcón y pedir al cielo que me lavase.

Al bajar, penetré en el gabinete de trabajo de Jacinto, y tropecé en un montón negro de herrajes, ruedas, láminas, campanillas, tornillos... Entreabrí la ventana y reconocí el teléfono, el teatrófono, el fonógrafo, otros aparatos, caídos de sus soportes, sórdidos, deshechos, bajo el polvo de los años. Empujé con el pie esta basura del ingenio humano. La máquina de escribir, descubierta, con los agujeros negros marcando las letras desenclavadas, era como una boca desdentada. El telégrafo parecía aplastado, enredado en sus tripas de alambre. En la trompa del fonógrafo, torcida, para siempre muda, revolviáanse cucarachas. Así yacían aquellas geniales invenciones, tan grotescas y lamenta-

E Ç A D E Q U E I R O Z

bles, que yo salí riendo, como de una enorme facecia, de aquel supercivilizado palacio.

La lluvia de Abril cesara; los tejados remotos de la ciudad negreaban sobre un poniente de carmesí y oro. Y, a través de las calles más frescas, iba yo pensando que este nuestro magnífico siglo XIX se asemejaría, un día, a aquel *Jazminero* abandonado, y que otros nombres, con una certeza más pura de lo que es la Vida y la Felicidad, darían como yo, con el pie en la basura de la supercivilización, y, como yo, reirían alegremente de la gran ilusión, que quedaría inútil y cubierta de herrumbre.

De seguro que a aquella hora, Jacinto, en el balcón, en Torges, sin fonógrafo y sin teléfono, vuelto a la sencillez, veía bajo la paz lenta de la tarde, al temblar de la primera estrella, recogerse la boyada entre el canto de los boyeros.

V

EL TESORO

I

Los tres hermanos de Medranos, Ruy, Guannes y Rostabal, eran entonces en todo el reino de Asturias, los hidalgos más hambrientos y los más remendados.

En los Palacios de Medranos, a los cuales el viento de la sierra había arrancado las vidrieras y las tejas, pasaban las tardes de ese invierno, helados en sus capotes de piel de camello, batiendo las suelas rotas sobre las losas de la cocina, delante del vasto fogón negro, donde desde mucho tiempo antes no crepitaba lumbre ni hervía la olla de hierro... Al obscurecer devoraban una corteza de pan negro, untada con ajo. Después, sin candela, al través del patio, iban a dormir al muladar, para aprovechar el calor de tres yeguas sarnosas que, hambrientas, como ellos, roían las vigas del pesebre. Y la miseria había hecho a estos señores más bravíos que lobos.

En la primavera, en una silenciosa mañana de domingo, andando todos tres por el matorral de

Roquelanes, espiondo residuos de caza y cogiendo hongos entre los robles, mientras las tres yeguas pastaban la hierba nueva de Abril, los hermanos de Medranos encontraron, por detrás de una enramada de espinares, en una cueva de roca, un viejo cofre de hierro. Como si lo resguardase una torre fuerte, conservaba sus tres llaves en sus tres cerraduras. Sobre la tapa había un dístico en caracteres árabes, indescifrable a través de la herrumbre. ¡Y dentro, hasta los bordes, estaba lleno de doblones de oro!...

En el terror y en el esplendor de la emoción, los señores quedaron más lívidos que cirios. Después, sumergiendo furiosamente las manos en el oro, estallaron a reír, en una risa de tan enorme ímpetu, que las hojas tiernas de los olmos, en derredor, temblaban... Y de nuevo retrocedieron, bruscamente se miraron a la cara, con los ojos llameantes, en una desconfianza tan desabrida, que Guanés y Rostabal palpaban en los cinturones los puños de las facas grandes...

Entonces Ruy, que era gordo y rubio y el más astuto, levantó los brazos como un árbitro y comenzó por decir que el tesoro—viniese de Dios o del demonio—perteneía a los tres, y entre ellos se repartiría rigurosamente, pesándose el oro en balanzas. Pero ¿cómo podrían cargar para Medranos, para las cimas de la sierra, aquel cofre tan lleno? Ni convenía que saliesen del matorral con su te-

soro antes de cerrar la obscuridad. Por eso él entendía que el hermano Guannes, como más ligero, debía trotar hacia la villa vecina de Retortillo, llevando ya oro en la bolsa, y comprar tres alforjas de cuero, tres maquilas de cebada, tres empanadas de carne y tres botellas de vino. Vino y carne eran para ellos, que no comían desde la vispera; la cebada era para las yeguas. Y así repuestos, señores y cabalgaduras, guardarían el oro en las alforjas y subirían para Medranos bajo la seguridad de la noche sin luna.

—¡Bien tramado!—gritó Rostabal, hombre más alto que un pino, de larga guedeja y con una barba que le caía desde los ojos, estriados de sangre, hasta la hebilla del cinturón.

Pero Guannes no se apartaba del cofre, encogido, desconfiando, restregando entre los dedos la piel negra de su pescuezo de grulla. Por fin, bruscamente, dijo:

—¡Hermanos! El cofre tiene tres llaves... ¡Yo quiero cerrar mi cerradura y llevar mi llave!

—¡También yo quiero la mía, mil rayos!—rugió en seguida Rostabal.

Ruy sonrió. ¡Ciertamente, ciertamente! A cada dueño del oro correspondía una de las llaves que lo guardaban. Y cada uno, en silencio, agachado delante del cofre, cerró su cerradura con fuerza. Inmediatamente Guannes, desarrugado el entrecejo, saltó en la yegua y se entró por las veredas de ol-

E Ç A D E Q U E I R O Z

mos, camino de Retortillo, lanzando a la enramada su canción acostumbrada y doliente:

¡Ole, ole!
Sale la cruz de la iglesia
vestida de negro luto... (1).

II

En el claro del bosque, enfrente a las zarzas que encubrían el tesoro (y que los tres habían desbrozado a cuchilladas) un hilo de agua, brotando entre rocas, caía sobre una vasta losa excavada, donde hacía como un estanque claro y quieto antes de fluír hacia las hierbas altas... Y al lado, a la sombra de un haya, yacia un viejo pilar de granito, caído y musgoso. Allí vinieron a sentarse Ruy y Rostabal, con sus tremendos espadones entre las rodillas. Las dos yeguas esquilaban la buena hierba,

(1) En este cuento de sabor castellano que Eça ideó en los últimos años de su vida, en que parece que a nuestras viejas leyendas tanto se aficionara, pues *O defunto* también se desarrolla en tierras de Castilla, todo es de invención del autor, así los nombres, que no tienen sabor montañés (Roquelanes, Guamés, Rostabal: nada menos montañés, menos *cántabro*), salvo Ruy, como esta copla, que con ese *¡ole, ole!* rebosando flamenquismo, más adecuado sería a un cuento de cortijeros andaluces que de hidalgos rurales de las montañas de Asturias.—*N. del T.*

salpicada de amapolas y botones de oro. Por la enramada andaba un mirlo silbando... Un olor errante de violetas endulzaba el aire luminoso. Y Rostabal, mirando al sol, bostezaba de hambre.

Entonces Ruy, que se había quitado el sombrero y le alisaba las viejas plumas rojas, comenzó a meditar, en su habla prudente y mansa, que Guannes en aquella mañana no había querido bajar con ellos al matorral de Roquelanes. ¡Y así era la suerte ruin! Pues que si Guannes se hubiera quedado en Medranos, ¡sólo ellos dos hubieran descubierto el cofre y sólo entre ellos dos se dividiría el oro! ¡Gran pena! Tanto más cuanto que la parte de Guannes sería pronto disipada con rufianes, a los dados, por las tabernas.

—¡Ah, Rostabal, Rostabal! Si Guannes hubiera encontrado este oro, paseando por aquí solito, no dividía con nosotros, Rostabal.

El otro rezongó sordamente y con furor, dando un tirón a las barbas negras.

—¡No, con mil rayos! Guannes es avaro... Cuando el año pasado, ¿no te acuerdas?, ganó los cien ducados al espadero de Fresno, no me quiso prestar tres para comprar un jubón nuevo.

—¿Ves tú?—gritó Ruy, resplandeciente.

Ambos se habían levantado del pilar de granito, como impulsados por la misma idea que los deslumbraba. Y a través de sus largas zancadas, las hierbas altas silbaban.

—¿Y para qué?—proseguía Ruy—. ¿Para qué le

sirve todo el oro que se nos lleva? ¿No le oyes de noche cómo tose? Alrededor de la paja en que duerme, todo el suelo está negro de la sangre que escupe. ¡No dura ni hasta las otras nieves, Rostabal! Pero para entonces habrá disipado los buenos doblones que debían ser nuestros, para levantar nuestra casa, y para que tú tuvieses jinetes, y armas, y trajes nobles, y tu tercio de solarengos, como compete a quien es como tú, el mayor de los Medranos...

—¡Pues que muera, y muera hoy!—clamó Rostabal.

—¿Quieres?

Vivamente, Ruy había agarrado el brazo del hermano y apuntaba para la vereda de olmos por donde Guannes se había marchado cantando.

—Allá adelante, al fin de las mieses, hay un sitio bueno, entre las zarzas. Y has de ser tú, Rostabal, que eres el más fuerte y el más diestro... Un golpe de punta por las espaldas. Y es justicia de Dios que seas tú quien lo des..., que muchas veces en las tabernas, sin pudor, te trataba Guannes de *cerdo* (1) y de torpe, porque no sabes las letras ni los números.

—¡Malvado!...

—¡Ven!...

(1) En castellano, en el original portugués, usa, como al principio de este capítulo, la palabra "sombbrero".—*Nota del traductor.*

Echaron a andar. Ambos se emboscaron por detrás de unas zarzas que dominaban el atajo, estrecho y pedregoso como un lecho de torrente. Rostabal, escondido tras de la valla, tenía ya la espada desnuda... Un viento ligero estremeció en la cuesta las hojas de los álamos... Sintieron el repicar suave de las campanas de Retortillo. Ruy, acariciándose la barba, calculaba la hora por el sol, que ya se inclinaba hacia las sierras. Una bandada de cuervos pasó sobre ellos, graznando. Y Rostabal, que les había seguido el vuelo, comenzó de nuevo a bostezar con hambre, pensando en las empanadas y en el vino que el otro traía en las alforjas...

¡Por fin!... ¡Alerta!... Se oía en la vereda la canción doliente y ronca, lanzada a los ramajes:

¡Olé, olé!...
Sale la cruz de la iglesia,
toda vestida de negro...

Ruy murmuró: “¡El golpe en la cadera! ¡Apenas pase!...” La pezuña de la yegua removió los guijarros; una pluma en un sombrero enrojeció sobre la punta de las zarzas...

Rostabal salió de entre las zarzas por una brecha, sacó el brazo y la larga espada; y toda la lámina se embebió blandamente en la cadera de Guan-nes, cuando al rumor, éste se había levantado en la silla, bruscamente. Con un sordo golpe cayó de lado

sobre las piedras... Ya Ruy se abalanzaba a los frenos de la yegua. Rostabal, cayendo sobre Guannes, que daba las boqueadas, de nuevo le hundió la espada—agarrada por la hoja como un puñal—en el pecho y en la garganta.

—¡La llave!—gritó Ruy.

Y arrancada la llave del cofre al pecho del muerto, ambos corrieron por la vereda; Rostabal delante, huyendo, con la pluma del sombrero quebrada y torcida, la espada aun desnuda, apretada bajo el brazo, todo encogido, estremecido con el sabor de sangre, que le abrasaba la boca; detrás Ruy, espolleando desesperadamente los frenos de la yegua, que con las patas clavadas en el suelo pedregoso, apretando la larga dentadura amarilla, no quería dejar a su amo, así estirado, abandonado a lo largo de las *sebes* (1).

Tuvo que pincharle las ancas escuálidas con la punta de la espada; y corriendo sobre ella, con la espada en lo alto, como si persiguiese a un moro, desembocó en el claro del bosque, donde el sol ya no doraba las hojas. Rostabal había arrojado a la hierba el sombrero y la espada; y de bruces sobre la losa, excavada en forma de estanque, con las

(1) Ya en otra obra de Eça por mí traducida (y anteriormente publicada por esta Biblioteca con el título de *Ultimos Ensayos*; Madrid, 1920) he dicho que quería conservar esta palabra portuguesa tan expresiva, y que se emplea en dialecto asturiano—*N. del T.*

mangas arremangadas, se lavaba ruidosamente las barbas y el rostro.

La yegua, quieta, comenzó de nuevo a pastar, cargada con las alforjas nuevas que Guannes había comprado en Retortillo. De la más ancha, abarrotada, salían dos cuellos de garrafas... Entonces Ruy sacó una enorme faca, lentamente, de la cintura... Sin un rumor en la hierba espesa, deslizóse hasta Rostabal, que se resfregaba, con las largas barbas pingándole agua... Y serenamente, como si clavase una estaca en un macizo de arbustos, enterró la hoja toda en el ancho dorso doblado, yendo certera al corazón... Rostabal cayó sobre el estanque, sin un gemido, con la cara y los largos cabellos fluctuando en el agua. Su vieja escarcela de oro había quedado aplastada bajo la cadera. Para sacar de dentro la tercera llave del cofre, Ruy levantó el cuerpo; y una sangre más espesa chorreó y corrió al borde del estanque...

III

¡Ahora eran de él, sólo de él, las tres llaves del cofre!... Y Ruy, estirando los brazos, respiró deliciosamente... Apenas cayese la noche, con el oro metido en las alforjas, guiando la hilera de yeguas por los senderos de la sierra, subiría a Medranos y enterraría en la bodega su tesoro... Y cuando allí, en la fuente, y más allá, frente a las zar-

zas, sólo quedasen, bajo las nieves de Diciembre, algunos huesos sin nombre, sería el magnífico señor de Medranos, y en la capilla nueva del solar resucitado mandaría decir ricas misas por sus dos hermanos muertos... ¡Muertos! ¿Cómo?... ¡Como deben morir los de Medranos: peleando contra el moro!...

Abrió las tres cerraduras, palpó un puñado de doblones, que hizo resonar sobre las piedras. ¡Qué puro oro, de finos quilates!... ¡Y era suyo!... Después fué a examinar la capacidad de las alforjas; y encontrando las dos garrafas de vino y un gordo capón asado, sintió un hambre inmensa. Desde la víspera sólo había comido una cola de pescado seco. ¡Y cuánto tiempo hacía que no probaba el capón!... ¡Con qué delicia se sentó en la hierba, con las piernas abiertas y entre ellas el ave rubia, que olía bien, y el vino del color del ámbar! ¡Ah, Guannes había sido buen mayordomo! ¡Ni de las aceitunas se había olvidado! Pero ¿por qué había traído para tres comensales sólo dos garrafas? Rasgó un ala del capón; devoraba a grandes dentelladas...

La tarde descendía, pensativa y dulce, con nubes de color de rosa. Más allá, en la vereda, una bandada de cuervos graznaba. Las yeguas, hartas, dormitaban con el hocico colgante. Y la fuente cantaba, lavando al muerto... Ruy puso a la luz la botella de vino... Con aquel color añejo y cálido, no habría costado menos de tres maravedíes. Y poniendo el cuello de la botella en la boca, bebió en sorbos

lentos, que le hacían ondular el pescuezo velludo...
¡Oh, vino bendito, que tan prontamente calentabas
la sangre!...

Tiró la botella vacía y destapó otra. Pero, como era astuto, no bebió, porque la jornada hasta la sierra, con el tesoro, exigía acierto y firmeza. Apoyado en el codo, tendido, descansando, pensaba en el palacio de Medranos, cubierto de teja nueva, en las altas llamas del fogón, en noches de nieve, y en su lecho con brocados donde habría siempre mujeres...

De repente, atacado de una ansiedad, tuvo prisa por cargar las alforjas... Ya entre los troncos se hacía más densa la sombra... Empujó a una de las yeguas junto al cofre, levantó la copa, cogió un puñado de oro... Pero vaciló soltando los doblones, que resonaron en el suelo, y llevó las dos manos afligidas al pecho. ¿Qué es eso, don Ruy?... ¡Rayos del cielo!... Era un fuego, un fuego vivo, que se le había encendido dentro y le subía hasta la garganta... Ya había rasgado el jubón y quería dar unos pasos inciertos... Con la lengua colgante, jadeando, limpiábase gruesas gotas de un sudor horrendo, que le helaba como la nieve... ¡Oh, Virgen Madre!... Otra vez el fuego, más fuerte, que le incendiaba... Entonces gritó:

—¡Socorro! ¡Alguien! ¡Guannes! ¡Rostabal!...

Sus brazos torcidos batían en el aire desesperadamente. Y la llama dentro aumentaba, y sentía los huesos estallarle como las vigas de una casa incendiada... Rodó hasta la fuente para apagar aquella

hoguera, y tropezó con el cadáver de Rostabal; y con la rodilla clavada en el muerto, arañando la roca, buscaba, entre horribles alaridos, el hilo de agua que recibía sobre los ojos y por los cabellos... Pero el agua le quemaba más, como si fuese un metal derretido... Retrocedió, cayó encima de la hierba, que arrancaba a puñados y que mordía, mordiendo a la vez los dedos para chupar su frescura... Aún se levantó con una baba espesa corriéndole por las barbas; y de repente, abriendo pavorosamente los ojos, gritó como si comprendiese al fin la traición en todo su horror:

—¡Es veneno!...

¡Oh, Don Ruy, el astuto, era veneno!... Porque Guannes, apenas había llegado a Retortillo, aun antes de comprar las alforjas, corrió cantando a una callejuela, detrás de la catedral, a comprar al viejo droguero judío el veneno que, mezclado con el vino, le haría a él solamente dueño de todo el tesoro...

Anocheció. Dos cuervos, entre la bandada que graznaba más allá de las zarzas, ya se habían posado sobre el cuerpo de Guannes. La fuente, cantando, lavaba al otro muerto. Medio enterrada en la hierba negra, toda la cara de Ruy se había puesto negra...

Una estrellita tremelucía en el cielo...

El tesoro aun está allí, en el matorral de Roque-lanes...

VI

FRAY GENE BRO

I

En aquel tiempo aún vivía en su soledad de las montañas de la Umbría el divino Francisco de Asís, y ya por toda Italia se loaba la santidad de fray Genebro, su amigo y su discípulo.

Fray Genebro, en verdad, completaba la perfección en todas las virtudes evangélicas. Con la abundancia y perpetuidad de la oración, arrancaba de su alma las raíces más menudas del pecado y tornábala limpia y cándida, como uno de esos celestes jardines en que el suelo anda regado por el Señor, y en donde sólo pueden brotar azucenas. Su penitencia durante veinte años de claustro fué tan dura y áspera que ya no temía al Tentador, y ahora, sólo con sacudir la manga del hábito, rechazaba las tentaciones, las más pavorosas o las más deliciosas, como si fuesen sólo moscas importunas. Benéfica y universal, a la manera de un rocío de verano, su caridad no se derramaba únicamente sobre las miserias del pobre, sino sobre las melancolías del rico. En su humildísima humildad no se consideraba ni el igual de un gusano. Los bravíos barones, cuyas negras torres asombraban a Italia, acogíanle reve-

rentemente y curvaban la cabeza ante este franciscano descalzo y mal remendado, que les enseñaba la mansedumbre. En Roma, en San Juan de Letrán, el papa Honorio besó las heridas de cadenas que le habían quedado en las muñecas, del tiempo de un año que pasó en medio de la Morisma, por amor de los esclavos padeciendo esclavitud. Y como en esas edades los ángeles aun viajaban por la tierra con las alas escondidas, arrimados a un bordón, muchas veces, trillando un viejo camino pagano o atravesando una selva, encontrábase un mozo de inefable hermosura que le sonreía y murmuraba:

—¡Buenos días, hermano Genebro!

Un día, yendo este admirable mendicante de Spoleto para Terni, y viendo en el azul y en el sol de la mañana, sobre una colina, cubierta de encinas, las ruinas del castillo de Otofrid, pensó en su amigo Egidio, antiguo novicio como él en el convento de Santa María de los Angeles, que se retiró a aquel desierto para avecinarse más de Dios, y allí habitaba una cabaña de rastrojos, junto a las murallas derrocadas, cantando y regando las lechugas de su huerto, porque su virtud era amena. Y como ya habían pasado más de tres años desde que visitara al buen Egidio, dejó el camino, vadeó, abajo, en el valle, sobre los puentecillos de piedra, el riachuelo que huía por entre los laureles-rosas, y comenzó a subir lentamente la frondosa colina.

Después de la polvareda y ardor del camino de Spoleto, era dulce la larga sombra de los castaños

y el césped que le refrescaba los pies doloridos. A la mitad de la cuesta, en una roca en donde se embrollaban las zarzas, susurraba y lucía un hilo de agua. Extendido al lado, en las hierbas húmedas, dormía, roncando consoladamente, un hombre que seguramente guardaba cerdos por allí, porque vestía un grueso zurrón de cuero y traía pendiente del cinto una bocina de porquero. El buen fraile bebió ligero, ahuyentó los moscardones que zumbaban sobre la ruda cara adormecida y continuó trepando por la colina con su alforja y su cayado, agradeciendo al Señor aquella agua, aquella sombra, aquella frescura, tantos bienes inesperados. Pronto pudo echar de ver, en efecto, el rebaño de puercos diseminados bajo las frondas, roncando y hozando las raíces: unos magros y agudos, de cerdas duras; otros redondos, con el hocico corto, ahogado en gordura; y los lechones, corriendo en torno a las tetas de las madres, lúcidos y color de rosa.

Fray Genebro pensó en los lobos y lamentó el sueño del pastor descuidado. Al fin del matorral comenzaba la roca, donde los restos del castillo lombardo se erguían revestidos de hiedra, conservando aún alguna saetera agujereada frente al cielo, o, en una esquina de torre, una claraboya que, extendiendo el cuello de dragón, acechaba por medio de las selvas bravas.

La cabaña del ermitaño, con tejado de choza que unos pedazos de piedra aseguraban, apenas se distinguía entre aquellos oscuros granitos, por la huer-

ta que enfrente verdeaba, con sus sembrados de col y matas de habas entre espliego oloroso. Egidio no andaría muy lejos, porque sobre el muro de piedra suelta había quedado su cántaro, su podadera y su azada. Dulcemente, para no importunarle, por si a aquella hora de siesta estuviese recogido y orando, fray Genebro empujó la puerta de tablas viejas, que no tenía cerrojo para ser más hospitalaria:

—¡ Hermano Egidio!

Del fondo de la ruda choza, que más parecía cueva de algún bicho, vino un lento gemido:

—¿ Quién me llama? Aquí, en este rincón, ¡ en este rincón de muerte!... De muerte, ¡ hermano!

Fray Genebro acudió, y encontró al buen ermitaño estirado en un montón de hojas secas, encogido entre harapos; y tan delgado, que su cara, en otro tiempo harta y rosada, era como un pedacito de viejo pergamino, muy arrugado, perdido entre los rizos de las barbas blancas. Con infinita caridad y dulzura le abrazó:

—¿ Y ha cuánto tiempo, ha cuánto tiempo en este abandono, hermano Egidio?

¡ Loado Dios, desde la víspera! Aun en la víspera, a la tarde, después de mirar el sol y a su huerto, viniera a extenderse en aquel rincón para acabar... Mas hacía meses que se había apoderado de él un cansancio que ni le permitía asegurar la cántara llena al volver de la fuente.

—Y decidme, hermano Egidio, pues que el Señor me trajo, ¿ qué puedo yo hacer por vuestro cuerpo?

Por el cuerpo digo, que por el alma bastante tenéis hecho en la virtud de esta soledad.

Gimiendo, arrebañando para el pecho las hojas secas en que yacía, como si fuesen pliegues de una sábana, el pobre ermitaño murmuró:

—Mi buen fray Genebro, no sé si es pecado; mas toda esta noche, en verdad, os confieso, me apeteció comer un pedazo de carne, un pedazo de puerco asado. ¿Será pecado?

Fray Genebro, con su inmensa misericordia, le tranquilizó. ¿Pecado? No ciertamente. Aquel que por torturarse niega a su cuerpo un contentamiento honesto, desagrada al Señor. ¿No ordenaba El a sus discípulos que comieran las buenas cosas de la tierra? El cuerpo es siervo; y está en la voluntad divina que sus fuerzas sean sustentadas para que preste al espíritu, su amo, bueno y leal servicio. Cuando fray Silvestre, ya tan enfermito, sintió aquel intenso deseo de uvas moscateles, el buen Francisco de Asís le condujo a la viña, y por sus manos le cogió los mejores racimos, después de bendecirlos, para que fuesen más jugosos y más dulces...

—¿Es un pedazo de cerdo asado lo que apetecís?—exclamó risueñamente el buen fray Genebro, acariciando las manos transparentes del ermitaño—. Pues sosegaos, hermano querido, que ya sé cómo os voy a contentar.

E inmediatamente, con los ojos relucientes de caridad y de amor, tomó la afilada podadera que

había visto sobre el muro del huerto. Recogiendo las mangas del hábito, y más ligero que un gamo, ya que era aquél un servicio del Señor, encaminóse por la colina hasta los densos castañedos, donde había encontrado el rebaño de puercos. Y en llegando allí, metiéndose subrepticamente por entre los troncos, sorprendió un lechoncito abandonado, que hozaba en las bellotas, se echó sobre él y, en tanto le sofocaba el hocico y los gritos, le cortó con dos golpes certeros de podadera la pierna por donde lo agarrara. Después, con las manos salpicadas de sangre, la pierna de puerco bien alta y goteando sangre, dejando la res jadeando en un pozo de sangre, el piadoso hombre trepó la colina, corrió a la cabaña, gritó hacia dentro alegremente:

—Hermano Egidio, la pieza de carne ya el Señor la dió; y yo, en Santa María de los Angeles era buen cocinero.

En el huerto del ermitaño arrancó una estaca de las habas, que con la podadera apuntó en forma aguda. Entre dos piedras encendió una hoguera. Con celoso cariño asó la pierna de puerco. Era tanta su caridad, que para dar a Egidio todos los gustos anticipados de aquel banquete, raro en tierra de mortificación, anunciaba con voces festivas y de buena promesa:

—¡Ya se va dorando el puerquito, hermano Egidio! ¡Ya se va tostando la piel, santo!

Y por fin entró en la choza, triunfalmente, con el asado, que humeaba y exhalaba buen olor, cercado

de frescas hojas de lechuga. Tiernamente ayudó a sentar al viejo, que temblaba y se babeaba de gula. Apartóle de las pobres mejillas maceradas los cabellos que el sudor de la flaqueza empastara. Y para que el buen Egidio no se mortificase con su voracidad y con tan carnal apetito, afirmábale, mientras le partía las fibras gordas, que también él hubiese comido regaladamente de aquel excelente puerco si no hubiera almorzado de sobra en la *Posada de los Tres Caminos*.

—Ni un bocado más me podría entrar ahora, hermano; ¡me comí una gallina entera! ¡Y después una fritada de huevos! ¡Y un cuartillo de vino blanco!

El santo hombre mentía santamente, porque desde la madrugada no había probado más que un magro caldo de hierbas, recibido por limosna en la cancela de una granja.

Harto y consolado Egidio, dió un suspiro y recayó en su lecho de hoja seca. ¡Qué bien le hiciera, qué bien le hiciera! ¡El Señor, en su justicia, pagase a su hermano Genebro aquel pedazo de puerco! Hasta sentía el alma más fuerte para emprender la temerosa jornada... Y el ermitaño, con las manos alzadas, y Genebro, arrodillado, ambos loaron ardentemente al Señor, que a toda necesidad solitaria manda de allá lejos el socorro.

Entonces, habiendo cubierto a Egidio con un pedazo de manta y puesto a su lado la cántara llena de agua fresca, y tapado, contra el aire de la tarde, la

puerta de la cabaña, fray Genebro, inclinado sobre él, murmuró:

—Mi buen hermano, vos no podéis quedar en este abandono... Yo voy llevado por obra de Jesús, que no admite tardanza; mas pasaré por el convento de Sambricena y daré recado para que venga un novicio y os cuide con amor en vuestro trance. ¡Dios os vele entretanto, hermano! ¡Dios os sosiegue y os ampare con su mano derecha!

Mas Egidio cerrara los ojos; no se movió, o porque adormeciera, o porque su espíritu, habiendo pagado aquel último salario al cuerpo, como a un buen servidor, para siempre se había ido, terminada su obra en la tierra. Fray Genebro bendijo al viejo, tomó su bordón y descendió a la colina de las grandes encinas. Bajo la fronda, hacia los lados donde andaba el rebaño, la bocina del porquero resonaba ahora en un toque de alarma y de furor. Ciertamente había despertado y había descubierto el lechón mutilado. Apurando el paso, fray Genebro pensaba cuán magnánimo es el Señor en permitir que el hombre, hecho a su imagen augusta, reciba tan fácil consuelo de una pierna de cerdo asada entre dos piedras.

Volvió a seguir la carretera, marchando hacia Terni. Desde ese día fué prodigiosa la actividad de su virtud. A través de toda Italia, sin descanso, predicó el Evangelio Eterno, endulzando la aspereza de los ricos, alentando la esperanza de los pobres. Su inmenso amor iba aún más allá de los que sufren,

hasta aquellos que pecan, ofreciendo un alivio a cada dolor, extendiendo un perdón a cada culpa; y con la misma caridad con que trataba a los leprosos, convertía a los bandidos. Durante las internadas y la nieve, innumerables veces daba a los mendigos su túnica, sus alpargatas; los abades de los monasterios ricos, las damas devotas, vestíanle de nuevo, para evitar el escándalo de su desnudez a su paso por las ciudades; pero él, sin demora, en la primera esquina, ante cualquier desarrapado, desvestíase otra vez sonriendo. Para redimir siervos, que sufrían bajo un amo fiero, penetraba en las iglesias y arrancaba del altar los candelabros de plata, afirmando jovialmente que más grato le era a Dios un alma libertada que una vela encendida.

Cercado de viudas, de criaturas famélicas, invadía las panaderías, las carnicerías, hasta las tiendas de cambio, y reclamaba imperiosamente, en nombre de Dios, la parte de los desheredados. Sufrir, sentir la humillación, eran para él las únicas alegrías completas; nada le deleitaba más que llegar de noche, mojado, hambriento, tiritando, a una opulenta abadía feudal, y ser repelido de la portería como un mal vagabundo; sólo entonces, agachado en un rincón, lleno de lodo, masticando un puñado de hierbas crudas, reconocíase verdaderamente hermano de Jesús, que ni siquiera había tenido, como tienen las fieras del monte, un cubil para abrigarse. Cuando en una ocasión, en Perusa, las cofradías salieron a su encuentro, con festivas banderas, al repique de

las campanas, él echó a correr hacia un monte de estiércol, en donde se revolcó y se ensució todo para que de aquellos que venían a ensalzarle sólo pudiera recibir compasión y escarnio. En los claustros, en los descampados, en medio de las multitudes, durante las lides más pesadas, oraba constantemente, no por obligación, sino porque en la oración encontraba un deleite adorable. Deleite mayor, sin embargo, era para el franciscano enseñar y servir.

Así, largos años, erró entre los hombres, vertiendo su corazón como el agua de un río, ofreciendo sus brazos como incansables palancas; y tan pronto, en una desierta ladera aliviaba a una pobre vieja de su carga de leña, como en una ciudad revuelta, donde reluciesen armas, adelantábase con el pecho abierto y amansaba las discordias.

En fin, una tarde, en víspera de Pascua, hallándose sentado, descansando en los escalones de Santa María de los Angeles, vió de repente en el aire liso y blanco una vasta mano luminosa, que sobre él se abría y chispeaba. Pensativo murmuró:

—He ahí la mano de Dios, su mano derecha, que se extiende para acogirme o para repelerme.

Dió en seguida a un pobre que allí rezaba el Ave María, con su alforja debajo de las rodillas, todo lo que en el mundo le restaba, que era un volumen del Evangelio, muy usado y manchado de sus lágrimas. El domingo, en la iglesia, al alzar la Hostia, se desmayó; sintiendo entonces que iba a terminar su jornada terrestre, quiso que le llevasen para un

corral y le acostaran sobre una camada de cenizas.

En santa obediencia al guardián del convento, consintió que le limpiasen de sus trapos, le vistiesen un hábito nuevo; mas con los ojos inundados de ternura, imploró que le enterrasen en un sepulcro prestado, como fuera el de Jesús, su señor.

Y suspirando, sólo se quejaba de no sufrir.

—¡Oh, Señor, que tanto sufristeis!, ¿por qué no me mandáis a mí el padecimiento bendito?

Al amanecer pidió que abriesen el portón del corral.

Contempló el cielo, que clareaba; escuchó las giondrinas, que, en la frescura y silencio, comenzaban a cantar sobre el borde del tejado, y, sonriendo, recordó una mañana, así de silenciosa y fresca, en que andando con Francisco de Asís a la orilla del lago de Perusa, el maestro incomparable detuviérase ante un árbol lleno de pájaros, y paternalmente les recomendara que loasen siempre al Señor. “¡Hermanos míos, hermanos pajaritos, cantad bien a vuestro Creador, que os dió ese árbol para que en él habitéis, y toda esta limpia agua para en ella beber, y esas plumas bien calientes para abrigaros vosotros, y vuestros hijitos!” Luego, besando humildemente la manga del monje que lo amparaba, fray Genebro murió.

II

En seguida que cerró sus ojos carnales, un Angel penetró diáfanamente en el corral y tomó en los brazos el alma de fray Genebro. Durante un momento, en la fina luz de la madrugada, deslizóse sobre el frontero prado, tan levemente, que ni rozaba las briznas de la hierba alta, mojadas de rocío. Después, abriendo las alas, radiantes y niveas, traspuso en un vuelo sereno, las nubes, los astros, todo el cielo que los hombres conocen. Anidada en sus brazos como en la dulzura de una cuna, el alma de Genebro conservaba la forma del cuerpo que sobre la tierra quedara; aun la cubría el hábito franciscano con un resto de polvo de ceniza en los rudos pliegues; y con un mirar nuevo, que ahora todo lo traspasaba y todo lo comprendía, contemplaba, en un deslumbramiento, aquella región en que el Angel había hecho alto, más allá de los universos transitorios y de todos los rumores siderales. Era un espacio sin límite, sin contorno y sin color. Por encima comenzaba una claridad, subiendo desparramada a la manera de una aurora, cada vez más blanca, y más luciente, y más radiante, hasta que resplandecía en un fulgor tan sublime, que en ella un sol corruscante sería como una mancha parduzca. Y por abajo extendíase una sombra cada vez más deslucida, más obscura, más cenicienta, hasta que formaba

C U E N T O S

como un espeso crepúsculo de profunda, insondable tristeza. Entre esa refulgencia ascendente y la obscuridad inferior permaneciera el Angel inmóvil, esperando, con las alas cerradas. También el alma de Genebro sentía perfectamente que estaba allí, esperando entre el Purgatorio y el Paraíso. En esto, súbitamente, en las alturas, aparecieron los dos inmensos platos de una balanza; uno, que rebrillaba como el diamante y estaba reservado a sus Buenas Obras; otro, más negro que el carbón, para recibir el peso de sus Obras Malas. En los brazos del Angel, el alma de Genebro estremeciósese... El plato diamantino comenzó a descender lentamente. ¡Oh contentamiento y gloria! Cargado con sus Buenas Obras, descendía, tranquilo y majestuoso, esparciendo claridad. Tan pesado venía, que sus gruesas cuerdas rechinaban, crujían, y entre ellas, formando como una montaña de nieve, resaltaban magníficamente sus virtudes evangélicas; allí, en el mundo, ahora expandidas en blancas flores llenas de aroma y de luz.

Su humildad era una cumbre, aureolada por un resplandor. Y cada una de sus penitencias centelleaba más lípidamente que cristales purísimos. Su perenne oración subía y enroscábase en torno de las cuerdas, a la manera de una deslumbrante niebla de oro.

Sereno, con la majestad de un astro, el plato de las Buenas Obras paró, finalmente, con su carga preciosa. El otro, allá arriba, no se movía, negro,

E Ç A D E Q U E I R O Z

del color del carbón, inútil, olvidado, vacío. Ya de las profundidades, sonoros bandos de Serafines volaban, balanceando palmas verdes. El pobre franciscano iba a entrar triunfalmente en el Paraíso, y aquella era la milicia divina que le acompañaría cantando. Un temblor de alegría pasó en la luz del Paraíso, que un santo nuevo enriquecía, y el alma de Genebro por anticipado probó las delicias de la Bienaventuranza. ¡Y estando así, súbitamente, en lo alto, el plato negro osciló como a un peso inesperado que sobre él cayese! Comenzó a descender, duro, temeroso, haciendo una sombra doliente a través de la celestial claridad. ¿Qué mala acción de Genebro traía, tan menuda que ni se dejaba ver, tan pesada que forzaba el plato luminoso a subir, montar ligeramente, como si la montaña de las Buenas Acciones que en él transbordaban fuesen un humo mentiroso?... ¡Oh, dolor! ¡Oh, desesperanza!

Retrocedían los Serafines con las alas temblorosas. En el alma de fray Genebro corrió un calofrío inmenso de terror. El negro plato descendía, firme, inexorable, con las cuerdas tirantes, y en la región que se hallaba bajo los pies del Angel, cenicienta, de inconsolable tristeza, una masa de sombra, muellemente y sin rumor, palpitó, creció, rodó, como la onda de una marea devoradora.

El plato, más triste que la noche, detuviérase, parara en pavoroso equilibrio con el plato que rebrillaba. Y los Serafines, Genebro, el Angel que le trajera, descubrieron, en el fondo de aquel plato que

inutilizaba a un Santo, un cerdo, un pobre lechoncillo, con una pierna bárbaramente mutilada, revolcándose, al morir, en una poza de sangre... ¡El animal mutilado pesaba tanto en la balanza de la justicia como la montaña luminosa de perfectas virtudes!

En aquel punto, de las alturas surgió una amplia mano, abriendo los dedos, que chispeaban. Era la mano de Dios, su mano derecha, que ya se le apareciera a Genebro en la escalera de Santa María de los Angeles, y que ahora supremamente se extendía para acogerle o para repelerle. Toda la luz y toda la sombra, desde el Paraíso fulgente al Purgatorio crepuscular, se contrajeron en un recogimiento de indecible amor y terror. En la extática mudez, la vasta mano, a través de las alturas, lanzó un gesto que repelía... Entonces el Angel, bajando la faz compadecida, alargó los brazos y dejó caer el alma de fray Genebro en la obscuridad del Purgatorio.

VII

ADAN Y EVA EN EL PARAISO

I

Adán, Padre de los Hombres, fué creado en el día 28 de octubre, a las dos de la tarde... Afírmalo así, con majestad, en sus *Annales Veteris et Novis Testamenti*, el muy docto y muy ilustre Usserius, obispo de Meath, arzobispo de Armagh y canciller mayor de la Catedral de San Patricio.

La Tierra existía desde que se había hecho la Luz, el 23, en la mañana de todas las mañanas. Pero ya no era aquella Tierra primitiva, parda y muelle, empapada en aguas fangosas, ahogada en una niebla densa, irguiendo aquí y allí rígidos troncos de una sola hoja y de un solo retoño, muy solitaria, muy silenciosa, con una vida escondida, apenas sordamente revelada por el removerse de los bichos oscuros, gelatinosos, sin color, y casi sin forma, creciendo en el fondo del lodo. ¡No! Ahora, durante los días genesíacos, 26 y 27, habíase completado, abastecido y ataviado, para acoger condignamente al Predestinado que venía. El día 28 ya apareció *perfecta*, con los atavíos y provisiones que enumera la Biblia; las hierbas verdes de espiga madura, los árboles provistos de fruto entre la flor, todos los peces

nadando en los mares resplandecientes, todas las aves volando por el aire sereno, todos los animales pastando sobre las colinas lozanas, y los arroyos regando, y el fuego almacenado en el seno de la piedra, y el cristal y el ónix, y el oro de ley del país de Hevilath...

En aquellos tiempos, amigos míos, el Sol aún giraba en torno de la Tierra... Esta era moza y hermosa y preferida de Dios. Aquél aún no se sometiera a la inmovilidad Augusta que, entre enfurruñados suspiros de la Iglesia, le impuso más tarde el maestro Galileo, alargando un dedo desde el fondo de su pomar, contiguo a los muros del convento de San Mateo de Florencia. Y el Sol, amorosamente, corría alrededor de la Tierra, como el novio de los *Cantares*, que, en los lascivos días de la ilusión, sobre el otero de mirra, sin descanso y saltando más ligeramente que los gamos de Galaad, circundaba a la Bien Amada, la cubría con el fulgor de sus ojos, brillando de fecunda impaciencia. Desde esa alborada del día 28, según el cálculo mayestático de Usse-rius, el Sol, nuevo, sin manchas, sin arrugas, sin lacras en su cabellera flamante, envolvió a la Tierra, durante ocho horas, en una continua e insaciable caricia de calor y de luz. Cuando a la octava hora resplandeció por último y huyó, una emoción confusa, hecha de miedo y hecha de gloria, pasó por toda la Creación, agitando en un temblor los prados y las frondas, erizando el pelo de las fieras, hinchando el dorso de los montes, apresurando el bor-

botar de los manantiales, arrancando de los pórfidos un brillo más vivo...

Entonces, en una floresta muy cerrada y muy tenebrosa, cierto ser, desprendiendo lentamente la garrá del retoño del árbol en donde estuviera colgado toda aquella larga mañana de largos siglos, resbaló por el tronco comido de hiedra, posó las dos patas en el suelo, que el musgo mullía, se afirmó sobre ellas con esforzada energía, quedó tieso, y alargó los brazos libres, y dió un paso fuerte, y sintió su desemejanza de la Animalidad, y concibió el deslumbrado pensamiento de que *era*; y verdaderamente fué. Lo había amparado Dios, y en aquel instante lo creó. Vivo, de la vida superior, descendido de la inconsciencia del árbol, Adán se encaminó hacia el Paraíso.

Era horrible; un pelo crespó y lúcido cubría todo su corpulento, macizo cuerpo, rareando solamente en torno de los codos, de las rodillas rudas, donde la piel aparecía curtida y del color del cobre sucio. Del achatado, arisco cráneo, surcado de arrugas, brotaba una melena rala y rubia, hinchada sobre las orejas agudas. Entre las romas quijadas, en la abertura enorme de los labios, trompudos, alargados en forma de hocico, relucían los dientes, afilados poderosamente para rasgar la fibra y despedazar el hueso. Bajo los arcos sombríamente hondos de las cejas, que un pelo hirsuto orlaba, como un zarzal orla el arco de una caverna, los ojos redondos, de un amarillo de ámbar, movíanse sin cesar, temblaban, des-

mesuradamente abiertos de inquietud y de espanto... ¡No, no era bello nuestro Padre venerable, en aquella tarde de otoño, cuando Jehová le ayudó con cariño a descender de su Arbol! Y, sin embargo, en esos ojos redondos, de ámbar fino, aun a través del temblor y del espanto, brillaba una belleza superior; la Energía Inteligente que le iba dificultosamente llevando, sobre las piernas encorvadas, hacia fuera del matorral en donde había pasado su mañana de largos siglos, saltando y gritando por encima de las ramas más altas.

Pero (si los Compendios de Antropología no nos engañan), los primeros pasos humanos de Adán no fueron dados desde luego, con celeridad y confianza hacia el destino que le esperaba entre los cuatro ríos del Edén. Entorpecido, envuelto por las influencias de la selva, desgarró con trabajo la pata del hojoso suelo de helechos y begonias, y gustosamente se roza con los pesados racimos de flores que le rozan el pelo, y acaricia las largas barbas de líquen blanco, pendientes de los troncos de roble y de teca, donde había gozado las dulzuras de la irresponsabilidad. En el ramaje que tan generosamente le nutriera y le meciera, a través de tan largas edades, aun coge las ramas jugosas, los retoños más tiernos. Para vadear los arroyos, que por todo el bosque relucen y susurran después de la sazón de las lluvias, aun se cuelga de una rígida liana entrelazada de orquídeas, y se balancea y salta con pesada indolencia... Y hasta sospecho que cuando el

viento bramase por la espesura, cargado con el olor tibio y acre de las hembras acurrucadas en las cimas, el Padré de los Hombres aún dilataría las chatas ventanas de la nariz y soltaría del peludo pecho un gruñido ronco y triste.

Camina... Sus pupilas amarillas, en donde brilla el querer, sondan, muy abiertas, a través del ramaje, más allá, el mundo que desea y que recela, y del cual percibe ya el rumor violento, como todo hecho de batalla y de rencor. A medida que la penumbra del follaje clarea, va surgiendo dentro de su cráneo bisono—como una alborada que penetra en una choza—el sentimiento de las formas diferentes y de la vida diferente que las anima. Esa comprensión rudimentaria sólo trajo turbación y terror a nuestro Padre venerable. Todas las tradiciones, las más orgullosas, concuerdan en que Adán, en su entrada inicial por las planicies del Edén, tembló y gritó como criaturita perdida en gentío turbulento. Y bien podemos pensar que de todas las formas, ninguna le empavorecía más que la de esos mismos árboles, en los cuales había vivido, ahora que los reconocía como seres tan desemejantes de su ser e inmovilizados en una inercia tan contraria a su energía. Emancipado de la animalidad, en camino para su humanización, el árbol que le había servido de abrigo natural y dulce sólo le parecía ahora un cautiverio de degradante tristeza. Esas ramas tortuosas embrazando su marcha, ¿no serían brazos fuertes que

se alargaban para aprehenderlo, empujarlo para atrás y retenerlo en las cimas frondosas? Ese susurrar de las ramas de los árboles que le seguía, compuesto del desasosiego irritado de cada hoja, ¿no era toda la selva que, alborozada, reclamaba a su secular morador?... Tal vez de tan extraño miedo nació la primera lucha del hombre con la Naturaleza. Es de creer que cuando un vástago le rozase, nuestro Padre lo rechazaría con las garras desesperadas. ¡Cuántas veces en estos bruscos ímpetus se desequilibraría, humillando sus manos sobre el suelo de bosque o roca, otra vez precipitado en la postura bestial, retrogradando a la inconsciencia, entre el clamor triunfal de la Selva! Y luego, ¡qué angustioso esfuerzo para erguirse, recuperar la actitud humana y correr con los peludos brazos despegados de la tierra bruta, libres para la obra inmensa de su humanización! Esfuerzo sublime, en el cual ruge, muerde las raíces aborrecidas, y, ¿quién sabe?, tal vez levante ya los ojos de ámbar lustroso hacia los cielos, en donde confusamente siente alguien que le viene protegiendo y que en la realidad le levanta.

De cada una de estas caídas modificantes, nuestro Padre resurge más humano, más nuestro Padre. Hay ya conciencia, prisa de racionalidad, en los resonantes pasos con que se arranca a su limbo arbóreo, despedazando los enredijos de hojas, hendiendo la maleza densa, despertando a los tapires adormecidos debajo de hongos monstruosos o es-

pantando a algún oso joven y perdido que, apoyándose contra un olmo, chupa, medio borracho, las uvas de aquel abundante otoño.

II

Al fin, Adán emerge de la selva oscura, y sus ojos de ámbar se cierran vivamente bajo el deslumbramiento en que le envuelve el Edén.

Al fondo de esa colina, donde se para, resplandecen vastas campiñas (si las tradiciones no exageran) con desordenada y sombría abundancia. Lentamente, al través, corre un río sembrado de islas, mojado en fecundos y explayados remansos el verdor donde ya tal vez crece la lenteja y se extiende el arrozal. Rocas de mármol rosado brillan con un rubor caliente. Por entre bosques de algodoneros, blancos como rizada espuma, suben otros cubiertos de magnolias, de un esplendor mucho más blanco. Del lado de allá la nieve corona una sierra con un radiante nimbo de santidad, y se escurre por entre los flancos despedazados en finas franjas que refulgen. Otros montes dardean mudas llamas. Del borde de ásperos declives penden perdidamente, sobre inmensas profundidades, palmeras desgrefiadas. En las lagunas, la bruma arrastra la luminosa mollicie de sus encajes, y el mar, en los confines del mundo, centelleando, enciérralo todo como un aro de oro.

En este fecundo espacio se alcanza toda la Creación con la fuerza, la gracia, la bravura vivaz de una mocedad de cinco días, aún caliente de las manos de su Creador. Profusos rebaños de aurocos, de pelambre rubia, pastan majestuosamente enterrados en hierbas tan altas que en ellas desaparece la oveja y sus corderillos. Temerosos y barbudos uros, peleando con gigantescos venados—elefantes entrechocan sus cuernos y vástagos con el seco fragor de robles que el viento raja. Un bando de girafas rodea una mimosa, de la cual van mordiendo delicadamente en los trémulos brotes las hojitas más tiernas. A la sombra de los tamarindos reposan disformes rinocerontes, bajo el vuelo apresurado de pájaros que les comen servicialmente los gusanos.

Cada arremetida de tigre causa una desbandada furiosa de ancas y cuernos y crines, donde más certero y más ligero se arquea el empuje grácil de los antílopes. Una enhiesta palmera dóblase toda al peso de una culebra que se enrosca en ella. A las veces, entre dos peñascos, en medio de una profusa melena, aparece la faz magnífica de un león que mira serenamente al sol, a la inmensidad radiante. En el remoto azul duermen inmóviles enormes cóndores, con las alas abiertas, entre el surco níveo y róseo de las garzas y de los flamencos. Enfrente a la colina, en un alto, por medio del matorral, pasa lenta una recua de mastodontes, con la ruda crin del dorso erizada al viento y la trompa meciéndose entre los dientes, más curvos que hoces.

Vetustísimas crónicas describen así el vetustísimo Edén, que era en las campiñas del Eufrates, quizá en la trigüeña Ceilán, o entre los cuatro claros ríos que hoy riegan la Hungría, o acaso en estas tierras benditas donde nuestra Lisboa calienta su vejez al sol, cansada de proezas y navegaciones por los mares.

Mas ¿quién puede garantizar estos bosques y estos bichos si desde ese día 25 de Octubre, en que estaba inundado el Paraíso de esplendor otoñal, pasaron, muy breves y muy llenos, sobre el grano de polvo que viene a ser nuestro mundo, más de siete veces setecientos mil años? Lo único que parece cierto es que delante de Adán empavorecido pasó un pájaro grandísimo; un pájaro ceniciento, calvo y pensativo, con las plumas desgredadas como los pétalos de un crisantemo, que daba saltitos pesadamente con una pata, irguiendo en la otra, bien agarrado, un manojo de hierbas y ramas. ¡Nuestro Padre venerable, con la hosca faz fruncida, en un esfuerzo doloroso para comprender, quedó pasmado ante aquel pájaro que junto a él, bajo el abrigo de las azaleas en flor, terminaba muy gravemente la construcción de una cabaña! ¡Vistosa y sólida cabaña, con suelo de greda bien alisado, vástagos fuertes de pino y haya formando estacas y vigas, un seguro techo de hierba seca, y en la pared, de enredaderas bien enlazadas, el desahogo de una ventana!... Pero el Padre de los Hombres, en aquella tarde, aun no comprendió.

Se encaminó después hacia el largo río, desconfiadamente, sin apartarse del límite del bosque amparador... Lentamente, olfateando el olor nuevo de los gordos herbívoros de la llanura, con los puños reciamente cerrados contra el pecho peludo, Adán va vacilando entre el apetito de aquella resplandeciente Naturaleza y el terror de los seres nunca vistos que la llenan y atruenan con tan fiera turbulencia. Dentro de él borbotea, no cesa el sublime manantial de la Energía que le impele a desentrañar la crasa brutalidad, y a ensayar, con esfuerzos que son semipenosos, porque son ya semilúcidos, los dones que establecerán su supremacía sobre esa Naturaleza incomprendia, y le libertarán de su terror. Así que en la sorpresa de todas aquellas inesperadas apariciones del Edén, reses, pastos, montes nevados, inmensidades radiosas, Adán suelta roncadas exclamaciones, gritos con que desahoga, voces balbucientes en que por instinto reproduce otras voces, y gritos, y rumores, y hasta el lloriquear de las criaturas, y hasta el estruendo de las aguas despeñadas... Estos sonidos quedan ya en la obscura memoria de nuestro Padre ligados a las sensaciones que se los arrancan; de suerte que el aullido áspero que se le escapa al topar un canguro con su nidada embolsada en el vientre, de nuevo resonará en sus labios trompudos cuando otros canguros, huyendo de él hacia adelante, se embreñen en la sombra negra de los arbustos que producen la canela...

Cuenta la Biblia, con su exageración oriental,

cándida y simplista, que al entrar Adán en el Edén distribuyó nombres a todos los animales y a todas las plantas, definitivamente, eruditamente, como si compusiese el léxico de la creación, entre Buffon ya con sus bocamangas y Linneo ya con sus lentes. ¡No! Eran sólo gruñidos roncós, más verdaderamente augustos, porque todos ellos se fijaban en su conciencia, naciente como las toscas raíces de esa palabra, por la cual verdaderamente se humanizó y llegó a ser después sobre la tierra tan sublime y tan burlesco...

Con orgullo podemos pensar que al descender nuestro Padre al borde del río Edénico, compenetrado de lo que era, ¡y cuán diverso de otros seres!, ya se afirmaba, se individualizaba, y batía en el pecho sonoro, y rugía soberbiamente: "*Eheu! Eheu!*" Luego, alargando los ojos relucientes por aquella agua que corría perezosamente hacia allá, ya intenta exteriorizar su espantado sentimiento de los espacios, y murmura con pensativa codicia: "*Lhla! Lhla!*"...

III

Tranquilo, magníficamente fecundo, corría el noble río del Paraíso por entre las islas, casi cubiertas bajo el peso del arbolado, todas fragantes y atronadas por el clamor de las cacatúas. Adán, trocando pesadamente por la orilla baja, ya siente la

atracción de las aguas disciplinadas que andan y viven, esa atracción que será tan fuerte en sus hijos cuando descubran en el río al servidor que sosiega la sed, abona, riega, muele y acarrea. ¡Pero cuántos terrores especiales le horripilan aún, haciéndole correr con despavoridos saltos por detrás de los sauces y de los chopos! En otras islas, de arena fina y rosada, reposan pedregosos cocodrilos, achatados sobre el vientre, que palpita muellemente, abriendo las hondas bocas en la tibia pereza de la tarde, absorbiendo todo el aire con un perfume de almizcle. Por entre los cañaverales colean y resfulgen gordas culebras, de cuello erguido, que miran a Adán con furor, dardeando y silbando. A nuestro Padre, que nunca las había visto, es de creer que habían de figurársele pavorosas las inmensas tortugas del comienzo del mundo, pastando con arrastrada mansedumbre en la hierba de los prados nuevos. De improvisó, una curiosidad le atrae, y casi resbala en la orilla lodosa, donde la franja de agua roza y se agita. En la amplitud del río explayado, una negra fila de aurocos, serenamente, con los cuernos altos y la espesa barba flotando, nada hacia la otra margen; campiña cubierta de rubias mieses, en la cual tal vez maduran ya las sociables (1) espigas de centeno y de maíz. Nuestro

(1) Conservo este expresivo, aunque atrevidísimo adjetivo, que emplea Eça de Queiroz: las sociables espigas de centeno y de mijo—*as espigas sociaveis do centeno e do*

Padre venerable mira la fila lenta, mira el río lustroso, concibe el nebuloso deseo de atravesar también hacia aquellas lejanías en que las hierbas brillan, arriesga la mano en la corriente, la cual se la empuja para atrás como para atraerle e iniciarle. Entonces gruñe, retira la mano y sigue con ásperas patadas aplastando, sin sentir siquiera el perfume, las frescas fresas silvestres que ensangrientan el césped...

Al cabo de un tiempo detiéndose, contemplando un bando de aves perchadas en un peñasco todo cubierto de guano, que acechan, con el pico atento hacia abajo, en donde hierven las aguas apretadas. ¿Qué espían las blancas garzas? Un bando de lindos peces, que rompen contra la corriente, y saltan, centelleando en la clara espuma. De pronto, en un desabrido sacudir de alas blancas, una garza, luego otra, hiende el alto cielo, llevando atravesado en el pico un pez que se retuerce y reluce. Nuestro Padre venerable se rasca el costado. Ante aquella abundancia del río, su crasa gula también apetece una presa; y lanza la garra, y coge en su vuelo sonante cascarudos insectos que olfatea y muerde. Pero nada ciertamente asombró al Primer Hombre como

milho (CONTOS, p. 105; 1.^a Edicão, Porto, 1907); es decir, espigas que ya forman la sociedad humana. El otro traductor de este cuento, con el cual tituló el volumen publicado en *Renacimiento*, tradujo urbanas, que no es tan adecuado.—N. del T.

un grueso tronco de árbol medio podrido que boyaba, descendía en la corriente, llevando sentados en una punta, con seguridad y gracia, dos bichos sedosos, rubios, de hocico experto y fofas colas vanidosas. Corrió ansiosamente, enorme y descoyuntado, para seguirlos y observarlos; sus ojos brillaban como si ya comprendiese la malicia de aquellos dos bichos, embarcados en un tronco de árbol, y viajando bajo la suave frescura de la tarde en el río del Paraíso.

Entretanto, el agua que iba orillando hacía-se más baja, turbia y tarda. En su extensión no verdean islas, ni se mojan los patos en ella. Allá, ilimitadas casi, fundidas en las neblinas, adivinanse descampadas soledades, de donde sopla un viento lento y húmedo. Nuestro Padre venerable enterraba las patas en tierras blandas, a través de aluviones, de inmundicia silvestre, en la cual, para su intenso horror, chapoteaban enormes ranas, croando furiosamente. A poco perdióse el río en una vasta laguna, oscura y desolada, resto de las grandes aguas sobre las que flotara el espíritu de Jehová. Una humana tristeza oprimió el corazón de nuestro Padre. Del centro de gruesas burbujas, que se hinchaban en la tranquila lisura del agua triste, constantemente trotaban horrendas trombas, escurriendo algas verdes, que bufaban ruidosamente y hundíanse luego como empujadas por el lodo viscoso. Y cuando de entre los altos y negros cañaverales, manchando la pureza del cielo de la tarde, se elevó, alargán-

dose por encima de él, una nube estridente de moscardones voraces, Adán huye, atolondrado, surca arenales pegajosos, rasga la piel en la aspereza de los cardos blancos que el viento retuerce, resbala por una vertiente de cascajo y guijarros, y se detiene en una playa de arena fina. Jadea; sus largas orejas tiemblan, escuchando del lado de allá de las dunas un vasto rumor que rueda, abate y retumba... Es el mar. ¡Nuestro Padre traspone las pálidas dunas, y delante de él está el mar!

IV

Entonces fué el pavor supremo. De un salto, batiendo convulsamente los puños contra el pecho, retrocede hasta donde tres pinos muertos y sin rama le ofrecen el refugio hereditario. ¿Por qué avanzan así hacia él, sin cesar, en una hinchada amenaza, aquellos oleajes verdes, con su crin de espuma, y se arrojan, se despedazan, hierven y babosean rudamente la arena? El resto de la vasta agua permanece inmóvil, como muerta, con una gran mancha de sangre que palpita. De seguro que toda esa sangre cayó de la herida del sol, redonda y bermeja, sangrando encima en un cielo dilacerado por hondos golpes ya rojos. Más allá de la niebla lechosa que cubre las aguas de los charcos salados, adonde la marea aun llega y se explaya lejos, un monte flamea y humea. Y siempre delante de Adán y con-

C U E N T O S

tra Adán, los verdes oleajes de verdes ondas avanzan, y retumban, y siembran la playa de algas, de conchas, de gelatinas que albean lívidamente.

¡Mas he ahí que todo el mar se puebla! Encogido contra el pino, nuestro Padre venerable vuelve los ojos inquietos y trémulos, aquí y acullá, a las rocas cubiertas de sargazo, donde gordísimas focas bamboléanse majestuosamente; hacia los chorros de agua, que brotan a lo alto, hasta las nubes rojas y vuelven a caer en una lluvia ardiente; a una linda oleada de conchas, inmensas conchas blancas y nacaradas, bogando de bolina, circundando las peñas, con maniobra elegante... Adán se asombra sin saber que éstas son las Anmonitas, y que ningún otro hombre después de él verá la lucida y rósea armada singlando en los mares de este mundo. ¡El la admira quizá con la impresión inicial de la belleza de las cosas, cuando bruscamente, en un temblor de surcos blancos, toda la maravillosa flota zozobra! Con el mismo salto muelle, las focas caen, ruedan en las aguas profundas. Pasa un terror, un terror levantado del mar, tan intenso que un bando de albatros muy seguro sobre una escarpadura, bate con irritados gritos el vuelo despavorido.

Nuestro Padre venerable se aferra con la mano a un vástago de pino, y sonda horrorizado la inmensidad desierta. Y estando así, a lo lejos, bajo el pálido resplandor del sol que se esconde lentamente, un inmenso dorso sale de las aguas como una larga colina, toda espetada de negras, agudas astillas de

E Ç A D E Q U E I R O Z

roca. ¡Y avanza! Precediéndolo, un tumulto de burbujas se remolina y revienta, y de entre ellas emerge, por último, respirando hondamente una tromba disforme de fauces entreabiertas, donde centellean y se sumen bandos de peces que sus sorbas vienen tragando...

¡Es un monstruo, un pavoroso monstruo marino! Es de suponer que nuestro Padre, olvidando toda su dignidad humana (aun reciente), trepase desesperadamente por el pino hasta donde las ramas terminaban. Pero hasta en aquel abrigo sus poderosas quijadas temblaban, en un miedo convulso, ante el horrendo ser surgido de las profundidades. Con un sonido raspante, despedazando conchas, guijarros y corales, el monstruo cae en la arena, que cava profundamente, y sobre la cual estira las dos patas, más gordas que troncos de teca, con las uñas enrolladas de zarzas marinas. De la caverna de sus fauces, a través de los dientes terríficos, que las algas y musgos verdean, sopla un vaho espeso de fatiga y de furor tan fuerte que hace girar las algas secas y las conchas ligeras. Entre la corteza pedregosa que le cubre la frente negrean dos cuernos cortos y romos. Sus ojos lívidos y vítreos son como dos enormes lunas muertas. La inmensa cola dentada se arrastra por el mar distante, y a cada coletazo levanta una tempestad.

Por estas facciones poco amables ya reconocisteis al Ictiosaurio, el más horrendo de los cetáceos concebidos por Jehová. ¡Era él! Tal vez el último que

subsistió en las tinieblas oceánicas hasta ese memorable día de 28 de Agosto, a fin de que nuestro Padre entreviese los orígenes de la vida. Está enfrente de Adán, ligando los tiempos viejos a los tiempos nuevos, y con las escamas del dorso enfurecidas, muge devastadoramente. Enroscado en el tronco alto, nuestro Padre venerable aúlla de vivo horror... Y he aquí que del lado de los charcos anublados un silbo hiende los cielos, silbado y lanzado, como el de un áspero viento en una garganta de serranía. ¿Qué es? ¿Otro monstruo? Sí, el Plesiosaurio. Es también el último Plesiosaurio que corre del fondo de los pantanos. Y ahora se traba de nuevo, para asombro del Primer Hombre (y gusto de los paleontólogos), el combate que fué la desolación de los prehumanos días de la tierra. Allí aparece la fabulosa cabeza del Plesio, terminada en pico de ave, pico de dos brazas, más agudo que el dardo más sutil, erguido sobre un larguísimo y fino pescuezo, que ondula, arquea, hiere y silba con paavorosa elegancia. Dos aletas de incomparable rigidez vienen moviendo su disforme cuerpo, muelle, glutinoso, todo en arrugas, manchado por una lepra de hongos verdosos. Tan inmenso es así, arrastrándose, con el pescuezo empinado, que delante de la duna donde se levantan los pinos, en los cuales se refugia Adán, parece otra duna negra sustentando un pino solitario. Avanza furiosamente. Y de repente ármase un horroroso tumulto de mugidos y silbidos y choques retumbantes y torbellinos de arena y

E Ç A D E Q U E I R O Z

gruesos oleajes rugiendo. Nuestro Padre venerable salta de un pino a otro, temblando tanto que con él tiemblan los troncos. Cuando se arriesga a espiar, en el punto en que aumentan los bramidos, sólo percibe en la enrollada masa de los dos monstruos, a través de una niebla de espuma que los chorros de sangre enrojecen, el pico del Plesio enterrado en el vientre muelle del Ictio, cuya cola erguida se retuerce furiosamente en la palidez de los cielos espantados. ¡Nuestro Padre venerable esconde otra vez la faz! Un gemido de monstruosa agonía rueda por la playa. Las pálidas dunas se estremecen, resuenan las cavernas lúgubres. Sucédese luego una paz muy larga en que el ruido del Océano no es más que un consolado murmurio de alivio.

Adán espía refugiado entre las ramas... El Plesio retrocede herido hacia el tibio fango de los pantanos. Sobre la playa yace muerto el Ictio, como una colina en donde las olas de la tarde se quiebran.

Entonces nuestro Padre venerable deslízase cautelosamente de su pino y se acerca al monstruo. La arena, en derredor, está horriblemente revuelta, y por toda ella, en lentos surcos, en pozos oscuros, humea la sangre mal chupada. Tan monstruoso es el Ictio, que Adán, irguiendo la faz asombrada, ni alcanza a ver las púas del monstruo, erizadas a lo largo de aquel escarpado espinazo, al cual el pico del Plesio arrancó escamas más pesadas que piedras. Delante las manos trémulas del hombre están

C U E N T O S

los rasgones del vientre muelle, por donde chorrea la sangre, y salen las grasas, e inmensas tripas deshilachadas se escurren, y penden fibras desgarradas de carne rosada... Las chatas ventanas de la nariz de nuestro Padre venerable se ensanchan y olfatean.

En toda aquella tarde camina desde la Selva a través del Paraíso chupando bayas, royendo raíces, comiendo los insectos de cáscara picante. Mas ahora el sol se hundió en el mar, y Adán tiene hambre en ese arenal estéril donde sólo albean cardos que el viento retuerce. ¡Oh, aquella carne fuerte, sangrienta, aún viva, que exhala un olor tan fresco y salino! Sus romas mandíbulas se abren ruidosamente en un bostezo disgustado y famélico... El Océano oscila como adormecido... Entonces, irresistiblemente, Adán entierra en una de las heridas del saurio los dedos que, lame y rechupa, blandos de grasas y sangre. El espanto de un sabor nuevo inmoviliza al hombre frugal que viene de las hierbas y de las frutas. Luego, con un salto, arremete contra la montaña de la abundancia, y arranca una fibra, que parte y traga, gruñendo con un furor y una prisa en que hay el gozo y hay el miedo de la primera carne comida.

V

Habiendo cenado así, tajadas crudas de un monstruo marino, nuestro Padre venerable siente una gran sed. Los pozos que rebrillan en la arena son salados. Con los labios empastados de grasa y de sangre, pesado y triste bajo el callado crepúsculo, Adán atraviesa las dunas, vuelve a entrar en las tierras, rebuscando desoladamente agua dulce. En aquellos tiempos de universal humedad, por todo el césped huía y murmuraba un arroyo. Al cabo de un tiempo, extendido en una orilla lodosa, Adán bebió consoladamente, en sorbos profundos, bajo el vuelo espantado de moscas fosforescentes que se le prendían en la melena.

Era junto a un bosque de encinas y hayas. La noche, que había cerrado, ennegrecía una llanura cubierta de plantas, donde la malva se recostaba en la menta y el perejil en el hinojo ligero. En ese fresco espacio penetró nuestro Padre venerable, cansado por la marcha y los espantos de aquella tarde del Paraíso; y apenas se extendiera en la alfombra olorosa, con la hirsuta faz posada sobre las palmas unidas, las rodillas encogidas contra el vientre distendido como un tambor, se sumergió en un sueño como jamás lo había tenido, todo poblado de sombras movientes, que eran aves construyendo una

C U E N T O S

casa, patas de insecto tejiendo una tela, dos animales bogando en las aguas arrolladoras.

Cuenta la leyenda que entonces en torno del Primer Hombre adormecido, comenzaron a surgir por entre las matas bajas hocicos olfateantes, finas orejas tiesas, ojitos reluciendo como botones de azabache, y espinazos inquietos que la emoción arqueaba, en tanto que de las cumbres de las encinas y de las hayas, en un apagado estremecimiento de alas, se tendían picos curvos, picos retesos, picos bravíos, picos pensativos, todos albeando en la claridad tenue de la luna, que subía por detrás de los montes y bañaba las altas frondas. Después apareció una hiena, cojeando, maullando con lástima, en el borde del matorral. A través de la campiña trotaron dos lobos flacos, famélicos, con los verdes ojos encendidos. No tardaron en llegar los leones, con las reales faces erguidas, soberanamente arrugadas, en una profusión de melenas flameantes. En confusa manada, que llegaba bufando, los cuernos de los aurocos entrechocaban con impaciencia los retoños palmares de los renos. Todos los pelos se erizaron cuando el tigre y la pantera negra, ondulando callada y aterciopeladamente, resbalaron con las lenguas pendientes y bermejas como coágulos de sangre. De los valles, de las sierras, de las rocas, acudían otros con una prisa tan ansiosa, que los horrendos caballos primitivos se empinaban por encima de los canguros y la trompa del hipopótamo, escurriendo algas, empujaba las ancas lentas del dro-

E Ç A D E Q U E I R O Z

medario. Entre las patas y los cascos apiñados coleaban en alianza el hurón, la lagartija, la comadreja, la culebra fulgente que engulle a la comadreja y el alegre mangusto que asesina a la culebra. Un bando de gacelas tropezaba, lastimándose las piernas finas, contra la costra de los cocodrilos, que subían en fila del borde de las lagunas, con las bocas preparadas y gimiendo. Toda la planicie palpataba bajo la luna en el muelle movimiento de dorsos apretados, del cual se erguía, ora el pescuezo de la girafa, ora el cuerpo del boa, como mástiles naufragos, balanceados entre olas. Y, en fin, conmoviendo el suelo, llenando el cielo, con la trompa enrollada entre los dientes curvos, asomó el rugoso mastodonte.

Era toda la animalidad del Paraíso que sabiendo que el Primer Hombre hallábase dormido, sin defensa, en un bosque desierto, corría con la inmensa esperanza de destruirlo y eliminar de la tierra la Fuerza Inteligente, destinada a someter a la Fuerza Bruta. Sin embargo, en aquella pavorosa turba que humeaba y se atropellaba al borde del matorral, en donde Adán dormía sobre la menta y la malva, ninguna fiera avanzaba. Relucían los fieros dientes, fieramente amenazadores; todos los cuernos acometían; cada garra salida despedazaba con ansia la tierra blanda, y los picos, desde lo alto de las ramas, atravesaban los hilos de la luna con picotazos hambrientos... Mas ni ave descendía ni fiera avanzaba, porque al lado de Adán velaba una Figura

seria y blanca, de blancas alas cerradas, los cabellos sujetos con un aro de estrellas, el pecho guardado por una coraza de diamante y las dos resplandecientes manos apoyadas en el puño de una espada, que era de lumbre y vivía.

VI

Despuntó la aurora con ardiente pompa, comunicando a la tierra alegre, a la tierra braviamente alegre, a la tierra aun sin andrajos, a la tierra aun sin sepulturas, una alegría superior, más grave, religiosa y nupcial. Adán despertó, y, restregándose, en la sorpresa de su despertar humano, sintió sobre el costado un peso dulce y suave. En aquel terror que desde los árboles no desamparaba su corazón saltó, y con tan ruidoso salto, que por la selva, los mirlos, los ruiseñores, las currucas, todos los pajaritos de fiesta y de amor despertaron y rompieron en un canto de congratulaciones y de esperanzas. Y, ¡oh maravilla!, delante de Adán, y como despegado de él, estaba otro ser, a él semejante, pero más esbelto, suavemente cubierto de una piel más sedosa, que le contemplaba con grandes ojos, lustrosos y líquidos. Una cabellera rubia, de un rubio tostado, caía en espesas ondas hasta sus caderas, redondeadas en una plenitud armónica y fecunda. De entre los brazos, que cruzara, surgían abundantes y erguidos los dos pechos, de

E Ç A D E Q U E I R O Z

color de madroño, con un vello crespó orlando la mamila, que se enristraba entumecida. Y rozando, con un rozar lento, con un rozar muy dulce, las rodillas peladas, todo aquel sedoso y tierno ser ofrecíase con una sumisión embelesada y lasciva. Era Eva... ¡Eras tú, Madre Venerable!...

VII

Comenzaron entonces para nuestros Padres los días abominables del Paraíso.

Su constante y desesperado esfuerzo fué sobrevivir en medio de una Naturaleza que, sin cesar y furiosamente, tramaba su destrucción. ¡Adán y Eva pasaron esos tiempos que los poemas semíticos celebran como inefables, temblando siempre, siempre gritando y siempre huyendo! La tierra aún no era una obra perfecta, y la Divina Energía, que la andaba componiendo, incesantemente la enmendaba, con inspiración tan móvil, que en un paraje cubierto al amanecer por una floresta, de noche se espejeaba una laguna, donde la Luna, ya doliente, venía a observar su palidez. ¡Cuántas veces nuestros Padres, reposando en la cuesta de un otero inocente, entre el tomillo y el romero; Adán con el rostro descansando sobre el muslo de Eva; Eva con dedos ágiles espulgando el pelo de Adán, fueron sacudidos por la pendiente amena como por un dorso irritado, y rodaron confundidos entre el retumbo y

la llama, y la humareda, y la ceniza caliente del volcán que improvisara Jehová! ¡Cuántas noches escaparon, aullando, de alguna abrigada caverna, cuando ya sobre ella corría un gran mar hinchado, que bramaba, se desarrollaba y quedaba hirviendo entre las rocas, con negras focas muertas bogando!... O cuando no, era el suelo, el suelo seguro, ya social y fertilizado para las siembras sociables, que de improviso rugía como una fiera, abría una insondable garganta y tragaba rebaños, prados, nacientes cosechas, benéficos cedros, con todas las tórtolas que en su ramaje se arrullaban.

Después eran las lluvias, las largas lluvias edénicas, cayendo en chorros clamorosos durante inundados días, durante tormentosas noches, tan desmedidamente, que del Paraíso, vasto charco barroso, apenas aparecían las puntas del arbolado sumergido en el agua y las cumbres de los montes llenas de bichos transidos, que bramaban con el terror de las aguas sueltas. Entretanto, nuestros Padres, refugiados en alguna erguida roca, gemían lamentablemente, escurriéndoseles ríos de los hombros y de los pies, de modo que parecía que el barro nuevo de que Jehová los hiciera se estaba ya deshaciendo.

Más terroríficos aún eran los estíos. ¡Oh, el incomparable tormento de las sequías en el Paraíso! Lentos días tristes, tras lentos días tristes; la inmensa brasa del sol candente coruscaba furiosamente en un cielo de color de cobre, en que el aire,

bajo y espeso, a: ía y crepitaba. Los montes estaban agrietados y las planicies desaparecían bajo una ennegrecida capa de hilos retorcidos, enmarañados, rígidos como alambres, que eran los restos de los verdes pastos. Todo el manchado follaje rodaba en los vientos abrasados con rugidor restallido. El lecho de los ríos chupados tenía la rigidez del hierro fundido. El musgo escurría por las rocas a manera de una piel seca que se despega, descubriendo largos huesos. Ardía un bosque cada noche, hoguera restallante de leña reseca, escaldando más la bóveda del horno inclemente. Estaba todo el Edén cubierto de buitres y cuervos, porque con tanto animal muerto de hambre y de sed, abundaba la carne podrida. La poca agua que restaba en el río se movía atascada por la masa hirviente de culebras, ranas, nutrias, tortugas, refugiadas en aquella última capa lodosa y tibia. Nuestros Padres venerables, con las magras costillas arqueadas contra el pelo chamuscado, la lengua colgante más dura que corcho, erraban de fuente en fuente, sorbiendo desesperadamente alguna gota que aún brotase; gota rara, que silbaba al caer sobre las piedras abrasadas...

VIII

Así Adán y Eva, huyendo del Fuego, -huyendo de la Tierra, huyendo del Aire, empezaban la vida en el Jardín de las Delicias.

¡En medio de tantos peligros constantes era necesario comer! ¡Ah! ¡Comer, qué portentosa empresa para nuestros Padres venerables! Sobre todo desde que Adán (y después Eva, por Adán iniciada), habiendo probado los góleites fatales de la carne, ya no encontraban sabor, ni hartura, ni decencia en los frutos, en las raíces y en los granos de uvas del tiempo de su animalidad. Las buenas carnes no faltaban en el Paraíso, ciertamente. Sería delicioso el salmón primitivo; pero nadaba alegremente en las aguas rápidas. Sería sabrosa la becada o el faisán rutilante, nutridos con los granos que el Creador considerara buenos; mas volaban por los cielos en triunfal seguridad. El conejo, la liebre..., ¡qué ligeros huían por el matorral oloroso!... Nuestro Padre, en esos días cándidos, no poseía el anzuelo ni la flecha. Por eso rondaba sin cesar en torno de las lagunas, en las márgenes del mar, en donde casualmente encallaba, bogando, algún cetáceo muerto. Esos hallazgos de la abundancia eran raros, y la triste pareja humana, en sus marchas hambrientas, orillando las aguas, conquistaba solamente, aquí y allá, en los peñascos o en la arena revuelta, algún feo cangrejo, en cuya dura caparazón se desgarraban sus labios. Esas soledades marinas hallábanse también infectadas por bandos de fieras que, como Adán, esperaban que la marea arrojase los peces vencidos en borrasca o batalla. ¡Cuántas veces nuestros Padres, ya con la garra clavada en una tajada de foca o de delfín, huían desconsolada

mente sintiendo el paso fofo del horrendo espeleo o el aliento de los osos blancos, bamboleándose por el blanco arenal, bajo la blanca indiferencia de la Luna!

Ciertamente, su ciencia hereditaria de trepar a los árboles socorrería a nuestros Padres en esta conquista de la presa. Cuando acontecía que bajo el ramaje del árbol desde donde ellos, solapadamente, espiaban, veían aparecer algún cabrito suelto o una tortuga moza y bisoña, arrastrándose hacia la hierba húmeda, tenían banquete seguro. En un momento el cabrito quedaba despedazado, toda su sangre chupada en sorbos convulsos; y Eva, nuestra Madre fuerte, gritando sombríamente, arrancaba una por una, de entre la concha, las patas de la tortuga... ¡Cuántas veces, de noche, después de ayunos angustiosos, los Elegidos de la Tierra veíanse forzados a ahuyentar a la hiena, con fuertes voces, a través de los prados, para robarle un oso fétidamente baboso, que era ya las sobras de un león harto! Sucedianse días peores, en que el hambre reducía a nuestros Padres a retrogradarse a la desagradable frugalidad del tiempo del árbol: a las hierbas, a los brotes, a las raíces amargas, conociendo así, entre la Abundancia del Paraíso, la primera forma de la Miseria!

¡En el transcurso de estos trabajos no les desamparaba el terror de las fieras! Porque si Adán y Eva comían los bichos flacos y dóciles, ellos, al mismo tiempo, eran también una presa apetecida

por todos los brutos superiores. Comerse a Eva, tan redonda y carnosa, fué de seguro el sueño de muchos tigres en los juncales del Paraíso. ¡Cuánto oso, ocupado en robar panales de miel en un descarnado tronco de roble, no se detuvo y se balanceó y se lamió el hocico en una gula más fina, al encontrarse por detrás del ramaje, en un rebrilleo errante del sol, el sombrío corpachón de nuestro Padre venerable! Ni el peligro venía sólo de las hordas hambrientas de carnívoros, sino también de los lentos y hartos hervíboros: el auroco, el uros, el ciervo-efante, que alegremente cornearían y maltratarían a nuestros Padres por estupidez, por semejanza de raza y de olor, por el empleo de la vida ociosa. Y aumentábanse aún los que mataban para no ser muertos, porque Miedo, Hambre y Furor fueron las leyes de la vida en el Paraíso.

Claro está que nuestros Padres eran también feroces, de fuerzas tremendas y perfectos en el arte salvador de trepar a las copas frondosas. ¡Mas el leopardo saltaba de rama en rama, sin rumor, con una destreza más segura y felina! La serpiente boa llegaba con la cabeza hasta los vástagos extremos del más levantado cedro para coger los monos, y bien podía engullirse a Adán, con aquella obtusa incapacidad que las boas tuvieron siempre para distinguir, bajo la similitud de las formas, la diversidad de los méritos. ¿De qué valían las garras de Adán, aun aliadas a las garras de Eva, contra esos pavo-

rosos leones del Jardín de las Delicias, que la zoolo-
gía todavía hoy horripilada llama el *Leo Anticus*? ¿O contra la hiena espelea, tan osada, que en
los primeros días del génesis, los Angeles, cuando
descendían al Paraíso, caminaban siempre con las
alas plegadas, por temor de que ella, saltando de
entre los bambús, les arrancase las plumas reful-
gentes? ¿O contra los perros, los horrendos perros
del Paraíso, que, atacando en cerradas y ululantes
huestes, fueron en esos comienzos del Hombre, los
peores enemigos del Hombre?

Entre toda esta animalidad adversa, Adán no
contaba un aliado; sus propios parientes, los an-
tropoides, envidiosos y farsantes, le apedreaban con
enormes cocos. Sólo un animal, y éste formidable,
sentía por el Hombre una majestuosa y pachor-
rrenta simpatía. Era el Mastodonte. Mas la anu-
blada inteligencia de nuestro Padre, en esos días
edénicos, aún no comprendía la bondad, la justi-
cia, el servicial corazón del paquidermo admirable.
Por lo cual, seguro de su flaqueza y de su aisla-
miento, vivió durante esos trágicos años en un an-
gustioso terror. Tan angustioso y largo, que su mie-
do, como una continua ondulación, se perpetuó por
toda su descendencia, y es el viejo miedo de Adán el
que nos torna inquietos cuando atravesamos el ma-
torral más seguro en la soledad crepuscular.

Y luego consideremos que aún quedaban por el
Paraíso, entre bichos de formas racionales, puli-

das, ya preparadas para la prosa noble de Mr. de Buffon, algunos de los grotescos monstruos que deshonraron a la Creación antes de la madrugada purificadora del 25 de Octubre. Seguramente Jehová evitó a Adán el degradante horror de vivir en el Paraíso en compañía de ese encandaloso engendro, al cual los Paleontologistas, asombrados, dieron el nombre de Iguanodan. En la víspera del advenimiento del Hombre, Jehová, muy benévola-mente, ahogó a todos los Iguanodanes en el lodo de un pantano, en un rincón escondido del Paraíso, donde hoy se extiende Flandes. Pero Adán y Eva aún conocieron los Pterodáctilos. ¡Oh, los Pterodáctilos!... Cuerpos de caimán, espumosos y emplumados; dos lúgubres, negras, carnosas alas de murciélago; un pico disparatado, más gordo que el cuerpo, tristemente caído, erizado de cientos de dientes, finos como los de una sierra. ¡Y no volaba! Descendía con las alas muelles y mudas y en ellas arrebujaba la presa como en un paño viscoso y helado, para partirla en pedazos con los estallantes golpes de sus mandíbulas fétidas. Este funambulesco avechucho enturbiaba el cielo del Paraíso con la misma abundancia con que los mirlos o las golondrinas cruzan los santos aires de Portugal. Torturados los días de nuestros Padres venerables, nunca su pobre corazón se agitaba tanto como cuando del lado de allá de los montes veníase despeñando, con siniestro estridor de alas y picos,

E Ç A D E Q U E I R O Z

una bandada de Pterodáctilos. ¿Cómo sobrevivieron nuestros Padres en este Jardín de las Delicias? ¡Indudablemente brilló y trabajó mucho la espada del Angel que los guardaba!

IX

¡Pues bien, amigos míos! A todos estos furiosos seres debe el hombre su carrera triunfal. Sin los Saurios, y los Pterodáctilos, y la Hiena Espelea, y el horripilante terror que esparcían, y la necesidad de tener contra su ataque, siempre bestial, una defensa siempre racional, la Tierra seguiría siendo un temeroso Paraíso, en donde erraríamos todos, desgreñados y desnudos, chupando por las orillas de los mares las grasas crudas de los monstruos naufragados. Al encogido miedo débese la supremacía de su descendencia. El bicho perseguidor fué quien le forzó a subir a las cumbres de la Humanidad. ¡Bien sabedores de los orígenes se muestran los Poetas Mesopotámicos del Génesis en aquellos sutiles versículos, en que un animal, y el más peligroso, la Serpiente, lleva a Adán, por amor de Eva, a coger el fruto del saber! Si no rugiese en otro tiempo el León de las cavernas, no trabajaría hoy el Hombre de las ciudades, porque la civilización nació del desesperado esfuerzo defensivo contra lo Inanimado y lo Inconsciente. Realmente, la sociedad es la obra de la fiera. Que la Hiena y el Ti-

gre, en el Paraíso, comenzasen por acariciar lánguidamente el hombro peludo de Adán con pata amiga, y Adán habríase hecho hermano del Tigre y de la Hiena, compartiendo con ellos sus chozas, sus presas, sus ocios y sus gustos bravíos, y la Energía Inteligente que le había hecho descender del Arbol en seguida se apagaría, dentro de su brutalidad inerte, a la manera que se apaga el fuego, aun entre ramas secas, si un frío soplo, viniendo de un agujero obscuro, no lo estimulara a vivir, venciendo la frigidez y la obscuridad.

Y una tarde (como enseña el exacto Usse-rius), saliendo Adán y Eva de la espesura de un bosque, un Oso enorme, el Padre de los Osos, apareció delante de ellos, irguió las negras patas, abrió la boca sangrienta... Y estando así, cogido, sin refugio, en la apresurada ansia de defender a su hembra, el Padre de los Hombres lanzó contra el Padre de los Osos el cayado en que se apoyaba, un fuerte retoño de teca, arrancado en el bosque, que terminaba en punta aguda... Y el palo atravesó el corazón de la fiera.

X

¡Ah! Verdaderamente, desde esa bendita tarde hubo sobre la tierra un Hombre.

Ya era un Hombre, y muy superior, cuando dió un paso espantado y arrancó el palo del pecho del

monstruo extendido y le miró la punta, que goteaba sangre, con la frente toda arrugada, en el afán de comprender. Resplandecieron sus ojos en un deslumbrado triunfo. Adán había comprendido...

¡Ni se cuidó siquiera de la buena carne del oso! Retornó a la selva, y durante toda la tarde, en tanto la luz se arrastraba por las frondas, arrancó ramas a los troncos cautelosamente, diestramente, de modo que las puntas rompiesen bien afiladas y agudas. ¡Ah! ¡Qué soberbio estallar de astas por el hondo bosque, a través de la frescura y de la sombra, para la obra de la primera Redención! ¡Selva amable, que fuiste la primera fábrica, quién supiera en dónde yaces, en tu secular sepultura, convertida en negro carbón!... Cuando salieron del bosque, humeando de sudor, para retrotraerse a la choza distante, nuestros Padres venerables se humillaban bajo el peso glorioso de dos grandes haces de armas.

Desde entonces no cesan los hechos del Hombre. Los cuervos y los chacales aun no habían descarnado la osamenta del Padre de los Osos y ya nuestro Padre rajaba una punta de su cayado victorioso, entablillaba en la hendidura uno de esos guijarros afilados y picudos, en los cuales a las veces se herían sus patas descendiendo a la orilla de los ríos, y aseguraba el fino astillado en la raja, con las hoces muy agarrotadas de una fibra de enredadera seca. ¡Y he aquí la lanza! Como esas piedras no abundan, Adán y Eva se ensangrientan las garras

intentando hendir los pedruscos redondos de sílex en astillas cortas, de manera que salgan perfectas con punta y con filo, para rasgar y clavar. Resístese la piedra, poco deseosa de ayudar al Hombre, al cual, en los días genesíacos del gran mes de Octubre, había querido suplantar (como cuentan las prodigiosas crónicas de Backum); pero de nuevo ilumínase la faz de Adán con una idea que la surca, como chispa emanada de la Eterna Sabiduría. Coge un pedrusco, bate la roca, arranca la astilla... ¡Y he aquí el martillo!

Pasado algún tiempo, en otra tarde bendita, costeano una obscura y bravía colina, avizora, con aquellos ojos que ya rebuscan y comparan, un guijarro negro, áspero, facetado, sombríamente lúcido. Se asombra de su peso, y en seguida presiente en él un mazo superior de decisiva dureza. ¡Con qué alborozo lo lleva, agarrado contra el pecho, para romper el sílex rebelde! Al lado de Eva, que le espera a la orilla del río, martillea reciamente sobre el pedernal... ¡Oh, espanto! ¡Salta una chispa, refulge, muere! ¡Ambos retroceden, se miran con un terror casi sagrado! Es una luz, una luz viva que arrancó él mismo con sus manos de la roca bruta, semejante a la luz que irradia de entre las nubes. Bate de nuevo, temblando. La chispa brilla, la chispa pasa. Y Adán remira y olfatea el obscuro guijarro. No comprende. Nuestros Padres venerables, pensativos, con los cabellos al viento, suben hacia su choza acostumbrada, que se halla en la pendiente

E Ç A D E Q U E I R O Z

de un cerro, junto a una fuente que borbotea entre helechos.

Y allí, en su retiro, Adán, con una curiosidad en donde late una esperanza, de nuevo entablilla el sílex, grande como una calabaza, entre los callosos pies, y recommienza a martillear, bajo el aliento de Eva, que, apoyada de bruces, sopla. La chispa salta siempre y rebrilla en la sombra, tan refulgente como aquellas luces que ahora palpitan, miran, desde allá, de las alturas. Pero aquellas luces permanecen a través de la negrura del cielo y de la noche, vivas, espiando en su radiación. Y aquellas estrellitas de piedra apenas viven y ya mueren... ¿Se las llevará el viento, que se lleva todo: voces, nubes y hojas? Para huír del viento malévolo que ronda en el monte, nuestro Padre venerable retrocede hasta el fondo más abrigado de la caverna, en donde se afofan las capas de heno muy seco, que forman su lecho. De nuevo hierde la piedra, despidiendo chispa tras chispa, en tanto Eva, agachada, abriga con las manos aquellos refulgentes y fugitivos seres. Estando en esto, he aquí que del heno se eleva una columnita de humo, que aumenta, se enrosca, y a través de la cual rojea y salta una llama... ¡Es el fuego! Nuestros padres huyen desoladamente de la caverna, obscurecida por una humareda olorosa, en donde flamean alegres, rutilantes lenguas que lamen la roca. Acurrucados en la puerta de la choza, ambos, atacados del pasmo y terror de su obra, míranse, con los ojos llorosos

C U E N T O S

por el humo acre; mas a pesar del susto y del espanto, sienten una nueva dulzura que los penetra y que de seguro viene de aquella luz y de aquel calor... Ya el humo se escapó de la caverna; el viento robador se lo llevó. Arrástranse las llamas, inciertas y azuladas; a poco, sólo resta una ceniza mezclada con algunas brasas, que palidece y se abate hecha carbón: la última chispa corre, se estremece y pasa. ¡Murió el fuego! Entonces, en el alma naciente de Adán, entra el dolor de una ruina. Chupa desesperadamente los grandes labios y gime. ¿Sabrá otra vez volver a comenzar el acto maravilloso?... Nuestra madre, ya consolada, es quien le consuela con sus rudas manos conmovidas, porque realiza su primera obra sobre la tierra; junta otro montón de heno seco, coloca encima el sílex redondo, coge el obscuro guijarro, bate fuertemente, produciendo un chispear de estrellitas, y de nuevo se inicia el humo y otra vez refulge la llama. ¡Oh, triunfo, he ahí la hoguera, la hoguera inicial del Paraíso, y no casualmente nacida, sino encendida por una clara voluntad, que ahora, para todo, y siempre, cada día y cada mañana, podrá repetir con seguridad la hazaña suprema!

A nuestra madre venerable pertenece desde entonces, en la choza, la dulce y augusta tarea de la Lumbre. Ella la cría y la alimenta, ella la defiende, ella la perpetúa. Como madre deslumbrada, va descubriendo día por día, en ese resplandeciente hijo de sus cuidados, una virtud o gracia nuevas. Ahora ya

E Ç A D E Q U E I R O Z

sabe Adán que *su* fuego espanta a todas las fieras, y que, al fin, existe en el Paraíso una cueva segura, que es la *suya*. No sólo segura, sino amable, porque el fuego la alumbra, la calienta, la alegre y la purifica. Así que cuando Adán, con un haz de lanzas, desciende a la planicie o se embreña en la selva para cazar, ya mata con ansia redoblada, a fin de retornar lo más pronto a aquella seguridad y consolación de la lumbre. ¡Ah, qué dulcemente le penetra y le seca en la piel la frialdad de las matas y dora como un sol el peñasco de su choza! Y además le cautiva los ojos y le exalta, y le guía en un soñar fecundo, en que inspiradamente se le aparecen formas de flechas, martillos con mango, huesos curvos que pescan los peces, astillas dentadas que sierran el palo... ¡A su fuerte hembra debe Adán esta hora creadora!

¡Y cuántas no le debe la Humanidad! Recordemos, hermanos, que nuestra Madre, con aquella adivinación superior, que más tarde la tornó Profetisa y Sibila, no vaciló, cuando la serpiente le dijo, coleando entre las Rosas: "Come del fruto del saber, que tus ojos se abrirán y serás como los Dioses sabios." Adán se habría engullido la serpiente, bocado más succulento. Es de creer que no tendría mucha fe en frutos que comunican la Divinidad y Sapiencia quien, como él, tanta fruta comiera en los árboles y se conservaba ignorante y bestial como el oso y el auroco. En cambio, Eva, con la sublime credulidad que siempre en el mundo opera

las transformaciones sublimes, en seguida se comió la manzana, la cáscara y la pepita. Y persuadiendo a Adán a que participase del transcendente fruto, muy dulce y traviesamente le convenció del provecho, de la felicidad, de la gloria y de la fuerza que da el saber! Esta alegoría de los poetas del Génesis nos revela, con espléndida sutileza, la inmensa obra de Eva en los años dolorosos del Paraíso. Sólo por ella continúa Dios la creación superior, la del Reino Espiritual, la que desarrolla sobre la tierra el hogar, la familia, la tribu, la ciudad. ¡Eva es quien cimenta y bate las grandes piedras angulares en la construcción de la Humanidad!

¡Si no, ved! Cuando el bravío cazador retráese a la caverna, derrengado bajo el peso de la caza muerta, oliendo todo a selva y a sangre y a fiera, él es seguramente el que desuella la res y la corta en pedazos, descarna los huesos (que ávidamente guarda bajo el muslo y reserva para su ración, porque contienen la molleja preciosa); pero Eva junta esa piel cuidadosamente con las otras pieles almacenadas; esconde los huesos partidos, porque sus astillas agudas clavan y agujerean, y en una fresca cavidad de roca guarda la carne que sobró. Al cabo de un tiempo, una de esas abundantes tajadas olvidase, caída cerca de la hoguera perpetua. Extiéndese la lumbre y lame lentamente la carne por el lado más gordo, hasta que un olor desconocido y sabroso halaga y ensancha las rudas ventanas de

la nariz de nuestra Madre venerable. ¿De dónde viene el gustoso aroma? Del fuego, en el cual la tajada de venado o de liebre está entre ascuas y rechina. Entonces Eva, inspirada y grave, empuja la carne para la brasa viva, y espera, arrodillada, hasta que la espeta con la punta de un hueso, la retira de la llama ruidosa y se la come en sombrío silencio. Sus ojos brillantes anuncian otra conquista. ¡Y con la misma prisa amorosa con que ofreciera a Adán la manzana, le presenta ahora aquella carne tan diferente, que él huele desconfiado y después devora a dentelladas abiertas, roncando de gozo! ¡Y he aquí cómo por medio de este pedazo de ganso asado, nuestros Padres suben victoriosamente otro escalón de la Humanidad!

El agua todavía la beben en el manantial vecino, entre los helechos, con la faz sumergida en la vena clara. Después de beber, Adán, arrimado a su enorme lanza, mira a lo lejos el discurrir lento del río, los montes coronados de nieve o de fuego, el sol sobre el mar, pensando, con arrastrado pensar, si en esas tierras que se extienden y se esconden más allá, la presa será más cierta y las selvas menos cerradas. Eva retorna en seguida a la caverna para entregarse, sin descanso, a una tarea que la encanta. Acurrucada en el suelo, toda atenta bajo la melena crespa, nuestra Madre hace, con un huesecito agudo, finos agujeros en la orla de una piel y luego en la orla de otra piel. Tan embebida se

halla en su labor, que no siente a Adán entrar y revolver en sus armas, mientras ella une las dos pieles sobrepuestas, pasando a través de los agujeros una delgada fibra de algas, que se secan delante del fuego. Adán contempla con desdén ese trabajo menudo, que no aumenta fuerza a su fuerza. ¡El bruto Padre no presiente aún que aquellas pieles cosidas serán el abrigo de su cuerpo, la armazón de su tienda, el saco de su ropa, el odre de su agua y el tambor en que bata cuando sea un guerrero y la página en que escriba cuando sea un Profeta!

Otros gustos y modos de Eva también le irritan; y a las veces, con una humanidad que ya es toda humana, nuestro Padre agarra por los cabellos a su hembra y la derriba y la pisa bajo la pata callosa. Un furor así se apoderó de él una tarde, viendo en el regazo de Eva, sentada delante de la hoguera, un cachorrito flojo y renco, que ella, con cariño y paciencia, enseñaba a chupar en una fibra de carne fresca. Al borde de la fuente descubriera al cachorrito perdido y gañindo, y muy mansamente lo recogiera, lo calentara, lo alimentara, con una sensación que le era dulce y le abría en la espesa boca, aun mal sabedora de sonreír, una sonrisa de maternidad. Nuestro Padre venerable, con las pupilas relucientes, echa la garra y pretende devorar al cachorro que entrara en su choza. Mas Eva defiende al animalito, que tiembla y la lame. ¡El primer sentimiento de caridad, informe como la primera

flor que brotó de las algas, aparece en la tierra! Con las cortas y gangosas voces que eran el habla de nuestros Padres, Eva intenta acaso afianzar que será útil la amistad de un bicho en la caverna del hombre... Adán estira el labio trompudo. Después, en silencio, mansamente, corre los dedos por el lomo blando del cachorrito encogido. ¡En la Historia, este es un momento espantoso! ¡He aquí que el Hombre domestica al Animal! De ese cachorro acariciado en el Paraíso, nacerá el perro amigo, por él la alianza con el caballo, después el dominio sobre la oveja. El rebaño crecerá; el pastor lo llevará; el perro fiel lo guardará. Junto a la lumbre, Eva prepara los pueblos errantes que pastorearán los ganados.

Después, en aquellas largas mañanas en que el bravío Adán cazaba, Eva, errando por los valles, y los montes, cogía conchas, huevos de aves, curiosas raíces, semillas, por el gusto de acumular, de abastecer su choza de nuevas riquezas, que escondía en las hendeduras de la roca.

Sucedió que un puñado de esas semillas cayó por entre sus dedos, sobre la tierra húmeda y negra, cuando se recogía por el borde de la fuente. Brotó una puntita verde; después creció una vara; más tarde maduró una espiga. Sus granos son gustosos. Eva, pensativa, entierra otras semillas con la esperanza de crear en torno de su lar, en un pedazo de su terreno, altas hierbas que espiguen y le traigan el grano endulzado y tierno...

¡Y he ahí la siembra! Del fondo del Paraíso, nuestra Madre hace posibles los pueblos estables que labrarán la tierra.

XI

Entretanto, bien podemos suponer que nació Abel, y, unos detrás de otros, deslizanse los días en el Paraíso, más seguros y fáciles. Lentamente vanse apagando los volcanes. Las rocas ya no se despeñan con fragor sobre la inocente abundancia de los valles. Discurren tan amansadas las aguas, que en su transparencia se miran, con demora y cuidado, las nubes y las ramas de los olmos. Raras veces un Pterodáctilo macula, con el escándalo de su pico y de sus alas, los cielos en donde el sol alterna con la bruma, y los estíos se franjan de lluvias ligeras. En esta tranquilidad que se establece, hay como una sumisión consciente. El Mundo presente y acepta la supremacía del hombre. Ya no arde la selva con la ligereza del rastrojo, sabiendo que muy pronto el Hombre le pedirá la estaca, la madera, el remo, el mástil. En las gargantas de la sierra, el viento se disciplina blandamente, y ensaya los soplos regulares con que trabajará la piedra del molino. El mar ahoga sus monstruos, y estira el dorso preparado, que le ha de cortar la quilla. La tierra hace estable su suelo, para cuando llegue el arado y la semilla. Y todos los metales se alinean en filón y se dispo-

nen alegremente para el fuego que les ha de dar forma y belleza.

Por la tarde, Adán toma el camino de la choza contento, con caza abundante. El hogar flamea y alumbra la faz de Nuestro Padre, que el esfuerzo de la vida embelleció, en donde los labios se adelgazaron, y la cabeza se llenó con el lento pensar, y los ojos arden con un brillo más seguro. El corde-ro, espetado en un palo, se asa y gotea en las brasas. Pósanse en el suelo cortezas de coco, llenas de agua clara de la fuente. Una piel de oso torna blando el lecho de helechos. Otra piel, colgada, abriga la boca de la caverna. En un rincón, que es el almacén, están los montones de sílex y el martillo, y en otro, que es el arsenal, están las lanzas y los huesos. Eva tuerce los hilos de una lana de cabra. Sobre un montón de hojas, junto a la lumbre, duerme Abel, muy gordo, todo desnudo, con una piel más rala en una carnicilla más blanca. Participando del montón de hojas y del mismo calor, vela el perro, ya crecido, con el mirar amable y el hocico entre las patas. Y Adán, ¡oh, extraña tarea!, muy absorto intenta grabar, con la punta de una piedra, sobre un ancho hueso, los cuernos, el dorso y las piernas estiradas de un ciervo corriendo... Estalla la leña. Todas las estrellas del cielo están presentes. Dios, pensativo, contempla el crecer de la Humanidad.

XII

¡Y ahora que encendí, en la noche estrellada del Paraíso, con vástagos bien secos del Arbol de la Ciencia, este verídico hogar, consentid que os deje, oh, Padres venerables!

Ya no temo que la Tierra inestable os aplaste, o que las fieras superiores os devoren, o que, apagada, a la manera de una lámpara imperfecta, la Energía que os trajo de la Selva, os retrogradéis a vuestro Arbol! Ya sois irremediabilmente humanos, y mañana por mañana progresaréis, con tan poderoso ímpetu, para la perfección del Cuerpo y para el esplendor de la Razón, que en breve, dentro de unas centenas de millares de cortos años, Eva será la hermosa Helena, y Adán será el inmenso Aristóteles.

¡Mas no sé si os felicite, oh, Padres venerables! Otros hermanos vuestros quedaron en la espesura de los árboles, y su vida es dulce. El orangután despierta todas las mañanas entre sus sábanas de hojarasca, sobre el fofo colchón de musgo que él, con cuidado, mulló por encima de un catre de ramas olorosas. Lánguidamente, sin recelos, desperézase en la molicie del musgo, escuchando las límpidas arias de los pájaros, gozando los hilos del sol que se enmarañan por entre el encaje de las hojas y lamiendo

E Ç A D E Q U E I R O Z

en la piel de sus brazos, el rocío azucarado. Después de rascarse, y refregarse bien, sube con pachorra al árbol dilecto, que eligió entre todos los del bosque por su frescura y por la elasticidad balanceadora de su ramaje. Desde allí, habiendo respirado la brisa cargada de aromas, salta, con rápidos brincos, a través de las siempre fáciles, siempre hartas despensas del bosque, en donde almuerza bananas, mangos, guayabas y todos los delicados frutos que le tornan tan sano y ajeno a males como los árboles en los cuales los cogió. Recorre luego sociablemente las calles y las callejuelas parleras de la espesura; cabriolea con diestros amigos en amables juegos de fuerza y ligereza; galantea a las orangutanas gentiles que le buscan, y suspendidas con él de un columpio florido, se balancean charlando; trota, entre alegres bandos, por la margen de las aguas claras, o, sentado en la punta de una rama, escucha a algún viejo y fecundo chimpancé contar divertidas historias de caza, de viajes, de amores y de mofas a las fieras pesadas que circulan por el césped y no pueden trepar; se recoge temprano a su árbol y, extendido en la hojosa red, se abandona blandamente a la delicia de soñar, en un sueño despierto, semejante a nuestras Metafísicas y a nuestras Epopeyas, sino que, girando todo sobre sensaciones reales, es al contrario de nuestros inciertos sueños, un sueño todo hecho de certeza. Lentamente, la selva se calla; la sombra se densifica entre los troncos, y el orangután, dichoso, retorna a su catre de hojaras-

cas y de musgo, y se adormece en la inmensa paz de Dios, de Dios, al cual nunca se cansó en comentar, ni siquiera en negar, y que, sin embargo, derrama sobre él, con imparcial cariño, los bienes enteros de su misericordia.

De esta manera ocupó su día el orangután en los árboles. En tanto, ¿cómo gastó el suyo, en las ciudades, el Hombre, primo del orangután? ¡Sufriendo por tener los dones superiores que faltan al orangután! ¡Sufriendo, por arrastrar consigo, irrevocablemente, ese mal incurable que es su alma! ¡Sufriendo, porque nuestro Padre Adán, en el terrible día 28 de Octubre, después de avizorar y olfatear el Paraíso, no osó declarar reverentemente al Señor: "Muchas gracias, oh mi dulce Creador; da el gobierno de la Tierra a quien mejor eligieres, al elefante o al canguro, que yo, por mí, un poco más avisado, vuelvo a mi árbol..."!

Mas, en fin, ya que nuestro Padre venerable no tuvo la prevención o la abnegación de declinar la gran supremacía, continuemos reinando sobre la creación y siendo sublimes... Sobre todo, continuemos usando insaciablemente del don mejor que Dios nos concedió, entre todos los dones, el más puro, el único genuinamente grande: el don de amarle, pues que no nos concedió también el don de comprenderle. Y no olvidemos que El ya nos enseñó, a través de voces que sonaron en Galilea, y bajo los manglares de Veluvana, y en los valles severos de Yen-Chou, que la mejor manera de amarle es

E - Ç A D E Q U E I R O Z

que unos a otros nos amemos, y que amemos toda su obra... hasta el gusano, y la roca dura, y la raíz venenosa, y hasta esos vastos seres que no parecen necesitar de nuestro amor, esos soles, esos mundos, esas diseminadas nebulosas que, inicialmente encerradas, como nosotros, en la mano de Dios, y hechas de nuestra substancia, ni nos aman ni tal vez nos conocen.

VIII

LA NODRIZA

Era una vez un rey mozo y valiente, señor de un reino abundante en ciudades y mieses, que marchara a batallar por tierras distantes, dejando solitaria y triste a su reina y a un hijito que aun vivía metido en su cuna, dentro de sus fajas...

La luna llena, que lo había visto marchar, arrebatado en su sueño de conquista y de fama, comenzara a menguar cuando apareció uno de sus caballeros, con las armas destrozadas, negro de la sangre seca y del polvo de los caminos, trayendo la amarga noticia de una batalla perdida y de la muerte del rey, traspasado por siete lanzas, entre la flor de su nobleza, a orillas de un río caudaloso...

La reina lloró magníficamente al rey. Lloró también desconsoladamente al esposo, que era hermoso y alegre. Pero sobre todo lloró ansiosamente al padre, que así dejaba al hijito desamparado, en medio de tantos enemigos de su frágil vida y del reino que sería suyo, sin un brazo que lo defendiese, fuerte por la fuerza y fuerte por el amor.

De esos enemigos el más temible era su tío, hermano bastardo del rey, hombre depravado y bravío, consumido de codicias groseras, deseando sólo la

E Ç A D E Q U E I R O Z

realeza por causa de sus tesoros y que hacía años vivía en un castillo sobre los montes, con una horda de rebeldes, a manera de un lobo que, atalayado en su cubil, acecha la presa. ¡Ay, la presa era ahora aquella criaturita, rey de teta, señor de tantas provincias y que dormía en su cuna con su cascabel de oro agarrado en la mano!...

Al lado de él otro niño dormía en otra cuna. Pero éste era un esclavito, hijo de la bella y robusta esclava que amamantaba al príncipe. Ambos habían nacido en la misma noche de verano. El mismo seno los criaba... Cuando la reina, antes de dormir, venía a besar al principito, que tenía el cabello rubio y fino, besaba también por amor de él al esclavito, que tenía el cabello negro y crespo. Los ojos de ambos relucían como piedras preciosas. Solamente la cuna de uno era magnífica y de marfil entre brocados, y la del otro, pobre y de madera. La leal esclava los mimaba a ambos con igual cariño, porque el uno era su hijo y el otro sería su rey.

Nacida en aquella casa real, tenía la pasión, la religión de sus señores. Ningún llanto corrió más sentidamente que el suyo por el rey muerto a orillas del gran río... Perteneecía, sin embargo, a una raza que cree que la vida de la tierra se continúa en el cielo... El rey su amo, ciertamente ya estaría ahora reinando en otro reino, más allá de las nubes, abundante también en mieses y ciudades... Su caballo de batalla, sus armas, sus pajes, habían subido con él a las alturas. Sus vasallos, que fuesen

muriendo, pronto irían en ese reino celeste a recobrar en torno suyo su vasallaje... Y ella a su vez, un día, remontaríase en un rayo de luz a habitar el palacio de su señor, y a hilar de nuevo el hilo de sus túnicas y a encender de nuevo la cazoleta de sus perfumes; sería en el cielo como había sido en la tierra, feliz en su servidumbre...

¡No obstante, también ella temblaba por su principito! ¡Cuántas veces, con él colgado del pecho, pensaba en su fragilidad, en su larga infancia, en los años lentos que correrían antes de que él fuese al menos del tamaño de una espada, y en aquel tío cruel, de semblante más obscuro que la noche y de corazón más obscuro que el semblante, hambriento del trono y acechando desde lo alto de su roca, entre los alfanjes de su horda!... ¡Pobre principito de su alma! Con una ternura mayor le apretaba entonces en los brazos... Pero si su hijo gemía al lado, era para él para quien sus brazos corrían con un ardor más feliz... Este, en su indignancia, nada tenía que temer de la vida. Desgracias, asaltos de la mala suerte, nunca le podrían dejar más despojado de glorias y bienes de este mundo de lo que ya estaba allí en su cuna, bajo el pedazo de lino blanco que resguardaba su desnudez... La existencia, en verdad, era para él más preciosa y digna de ser conservada que la de su príncipe, porque ninguno de los duros cuidados con que ella ennegrece el alma de los señores rozaría siquiera su alma sencilla y libre, de esclavo. Y, como si lo

amase más, por aquella humildad dichosa, cubría su cuerpecito gordo de besos pesados y devoradores; de los besos que hacía ligeros y suaves sobre las manos de su príncipe...

Entretanto, un gran temor llenaba el palacio donde ahora reinaba una mujer entre mujeres. El bastardo, el hombre de rapiña, que erraba por la cumbre de las sierras, había bajado a la planicie con su horda, y ya a través de caseríos y de aldeas felices iba dejando un surco de matanza y de ruinas. Las puertas de la ciudad habían sido aseguradas con cadenas más fuertes. En las atalayas ardían lumbres más altas. Pero a la defensa faltábale disciplina viril... Una rueda no gobierna como una espada. Toda la nobleza fiel había perecido en la gran batalla. Y la reina desventurada sólo sabía correr a cada instante a la cuna de su hijito y llorar sobre él, con una flaqueza de viuda. Sólo el ama leal parecía segura, como si los brazos en que estrechaba a su príncipe fuesen murallas de una ciudadela que ninguna audacia puede trasponer...

En esto, una noche, noche de silencio y de obscuridad, yendo ella a adormecerse, ya desnuda, en su catre, entre sus dos niños, adivinó, más que sintió, un corto rumor de hierro y de riña, lejos, en la senda de los vergeles reales. Envuelta aprisa en un manto, echando los cabellos hacia atrás, escuchó ansiosamente. En la tierra arenosa, entre los jazmineros, corrían pasos pesados y rudos... Después hubo un gemido, un cuerpo cayendo blandamente

sobre las losas, como un fardo. Descorrió violentamente la cortina... Y allá, al fondo de la galería, divisó hombres, un claror de linternas, brillo de armas... En un instante lo comprendió todo: ¡el palacio sorprendido, el bastardo cruel viniendo a matar y a robar a su príncipe!... Entonces, rápidamente, sin una vacilación, sin una duda, arrebató al príncipe de su cuna de marfil, lo echó en la pobre cuna de mimbres, y sacando a su hijo de la cuna servil, entre besos desesperados, lo acostó en la cuna real, que cubrió con un brocado...

Bruscamente, un hombre enorme, de rostro llameante, con un manto negro sobre la cota de malla, surgió a la puerta de la cámara entre otros que llevaban linternas... Miró y corrió a la cuna de marfil donde los brocados lucían, arrancó a la criatura como se arranca una bolsa de oro, y ahogando sus gritos en el manto, lo arrebató furiosamente...

El príncipe dormía en su nueva cuna. El ama quedó inmóvil en el silencio y las tinieblas... Pero gritos de alarma atronaron de repente el palacio. Por las ventanas cruzó un largo flamear de antorchas... Los patios resonaban con el chasquido de las armas. Y desgrefñada, casi desnuda, la reina invadió la cámara, entre sus ayas, gritando y llamando a su hijo... Al divisar la cuna de marfil, con las ropas destrozadas, y que estaba vacía, cayó sobre las losas, sumida en llanto, despedazada... Entonces, callada, muy lenta, muy pálida, la nodriza descubrió la pobre cuna de mimbres... El príncipe esta-

ba allí quieto, adormecido, en un sueño que le hacía sonreír y le iluminaba toda la faz entre sus cabellos de oro... La madre cayó sobre la cuna con un suspiro, como cae un cuerpo muerto...

Y en ese instante un nuevo clamor invadió la galería de mármol. Era el capitán de los guardias y su gente fiel. En sus clamores había, sin embargo, más tristeza que triunfo... ¡El bastardo había muerto!... Cogido al huir, entre el palacio y la ciudadela, aplastado por la fuerte legión de los arqueros, sucumbió él con veinte de su horda. Su cuerpo allí había quedado atravesado de flechas, en un pozo de sangre... Pero ¡ay!, ¡oh dolor sin nombre!... El cuerpecito tierno del príncipe allí había quedado también, envuelto en un manto, ya frío, aun amaratado de las manos feroces que lo habían desgañitado... Así, tumultuosamente, lanzaban la noticia cruel los hombres de armas; cuando la reina, deslumbrada, con lágrimas entre risas, levantó en los brazos, para enseñarlo, al príncipe que se había despertado...

Fué un espanto, una aclamación... ¿Quién lo había salvado? ¿Quién?... Allí estaba junto a la cuna de marfil vacía, muda y yerta la que le había salvado... ¡Sierva sublimemente leal!... Ella había sido quien, para conservar la vida a su príncipe, había destinado a la muerte a su hijo... Entonces, sólo entonces, la madre dichosa, emergiendo de su alegría extática, abrazó apasionadamente a la madre dolorosa, y la besó y la llamó hermana de su

corazón... Y entre aquella multitud que se oprimía en la galería surgió una nueva y ardiente aclamación, con súplicas de que fuese recompensada magníficamente la sierva admirable que así salvara al rey y al reino...

Pero ¿cómo? ¿Qué bolsas de oro pueden pagar a un hijo?... Entonces un viejo de casta noble recordó que debía ser llevada al tesoro real para que escogiera entre esas riquezas que eran como las mayores de los mayores tesoros de la India, todas las que su deseo apeteciese...

La reina cogió la mano de la sierva. Y sin que su rostro de mármol perdiera la rigidez, con un andar de muerta, como en un sueño, fué así conducida a la Cámara de los Tesoros... Señores, ayas, hombres de armas, la seguían en un respeto tan conmovido, que sólo se oía el rozar de las sandalias en las losas... Las enormes puertas que cerraban el Tesoro crujieron lentamente. Y cuando un siervo desatrancó las ventanas, la luz de la madrugada, ya clara y rosada, entrando por las rejas de hierro, iluminó un maravilloso y resplandeciente incendio de oro y pedrerías... Desde el suelo de roca hasta las sombrías bóvedas, por toda la cámara relucían, centelleaban, refulgían los escudos de oro, las armas esmaltadas, los montones de diamantes, las pilas de monedas, los largos hilos de perlas; todas las riquezas de aquel reino acumuladas por cien reyes durante veinte siglos. ¡Un largo ¡ah!, lento y maravillado, flotó sobre la turba, que había

enmudecido! Después se hizo un silencio ansioso. Y en medio de la cámara, envuelta en una refulgencia preciosa, la nodriza no se movía... Sólo sus ojos, brillantes y serenos, se habían levantado hacia aquel cielo que más allá de las rejjas teñíase de rosa y oro... Era allí, en ese cielo fresco de madrugada donde estaba ahora su niño... ¡Estaba allí, y el sol ya asomaba, y era tarde, y su niño lloraba seguramente y buscaba su pecho!... Y entonces el ama sonrió y extendió la mano... Todos seguían su respirar, el lento movimiento de su mano abierta... ¿Qué joya maravillosa, qué hilo de diamantes, qué puñado de rubíes iba a escoger?...

La nodriza extendía la mano; y sobre un escabel, al lado, entre un manojo de armas, agarró un puñal... Era un puñal de un viejo rey, todo engarzado de esmeraldas y que valía una provincia...

Había agarrado el puñal, y con él apretado fuertemente en la mano, señalando al cielo, donde ascendían los primeros rayos de sol, miró a la reina y a la multitud y gritó:

—¡Salvé a mi príncipe..., y ahora voy a dar de mamar a mi hijo!...

Y se clavó el puñal en el corazón...

IX

EL DIFUNTO (1)

I

En el año 1474, que fué tan abundante en mercedes divinas para toda la cristiandad, reinando en Castilla el rey Enrique IV, vino a habitar en la ciudad de Segovia, en donde había heredado rentas y una huerta de señorial mansión, un joven caballero, de linaje limpio y gentil parecer, que se llamaba don Ruy de Cárdenas.

Su casa, legado de un tío arcediano y maestro en cánones, quedaba al lado y en la sombra silenciosa de la iglesia de Nuestra Señora del Pilar; y enfrente, más allá del atrio, donde cantaban los tres chorros de una fuente antigua, erguíase el oscuro y enrejado palacio de don Alonso de Lara, hidalgo

(1) He aquí un cuento de verdadero y auténtico sabor castellano, que parece inspirado a Eça de Queiroz por la lectura de viejos cronicones en archivos de nuestros Municipios y de nuestras Catedrales. Sugiere la idea de que tal vez en los últimos años de su vida se hubiera aficionado a los temas de ambiente español, y se piensa cuántas páginas maravillosas de prosa tersa nos habrá robado la muerte prematura del novelista.—N. del T.

de riquezas dilatadas y maneras sombrías, que ya en la madurez de la edad, todo grisáceo, desposárase con una joven afamada en Castilla por su blancura, por sus cabellos del color de la aurora y por su cuello de garza real. Don Ruy había sido apadrinado, al nacer, por Nuestra Señora del Pilar, de quien siempre se conservó devoto y fiel servidor; aunque siendo de sangre brava y alegre, gustábanle las armas, la caza, los saraos galantes, y a veces, las noches ruidosas de taberna, con dados y pellejos de vino. Por amor, y por las facilidades de la santa vecindad, adquiriera la piadosa costumbre, desde su llegada a Segovia, de visitar todas las mañanas a su celestial madrina, y de pedirla, por medio de tres Avemárias, la bendición y la gracia.

Al obscurecer, después de alguna ruda correría por campo y monte con los lebreles y el halcón, aun volvía, a la hora de las vísperas, para murmurar dulcemente una salve. Y todos los domingos compraba en el atrio, a una ramilletera morisca, algún atado de junquillos o claveles o rosas silvestres, que esparcía con ternura y cuidados galantes enfrente del altar de la Virgen.

A esa venerada iglesia del Pilar venía también cada domingo doña Leonor, la tan afamada y hermosa mujer del señor de Lara, acompañada por un aya enfurruñada, de ojos más abiertos y duros que una lechuza, y por dos fuertes lacayos, que la envolvían y guardaban como unas torres. Tan celoso

era el señor don Alonso, que sólo por habérselo ordenado severamente el confesor y con miedo de ofender a la Virgen, su vecina, permitía esta visita fugitiva, cuyos pasos y demora espiaba impacientemente entre las rejas de una celosía. Toda la semana se la pasaba doña Leonor en la cárcel del enrejado solar de granito negro, no teniendo para recrearse y respirar, aun en las ardorosas calmas del estío, más que un fondo de jardín verdinegro, cercado de tan altos muros, que apenas se alcanzaba a ver emergiendo de ellos, allá y acullá, alguna copa de triste ciprés. Mas esa corta visita a Nuestra Señora del Pilar bastó para que don Ruy se enamorase de ella locamente en la mañana de Mayo que la vió de rodillas ante el altar, envuelta en un haz de rayos de sol, aureolado por sus cabellos de oro, con las largas pestañas prendidas sobre el Libro de las Horas, y el rosario cayendo entre sus finos dedos, toda ella fina, blanca, de una blancura de lirio abierto en la sombra, más blanca entre los negros encajes y las sedas negras que, alrededor de su cuerpo, lleno de gracia, quebrábanse en arrugas sobre las losas de la capilla, viejas lápidas de sepultura sin fecha. Cuando después de un momento de éxtasis y de delicioso pasmo se arrodilló, fué menos ante la Virgen del Pilar, su celestial madrina, que ante aquella aparición mortal, de quien no conocía el nombre ni la vida, y por la cual daría vida y nombre si ella se rindiese por tan incierto precio.

Balbuceando como una prez ingrata las tres ave-
marías de costumbre, echó mano al sombrero, des-
cendió levemente la nave sonora y quedóse en el
portal aguardándola, confundido con los mendigos
leprosos que se calentaban al sol. Y cuando al
cabo de un tiempo, en que don Ruy sintió en el
corazón un desusado latir de ansiedad y miedo,
doña Leonor pasó y se detuvo, mojado los dedos
en la pila del agua bendita, sus ojos, bajo el velo
caído, no se irguieron ante él ni tímidos ni desaten-
tos. Con el aya de ojos muy abiertos pegada a sus
vestidos, entre los dos lacayos como protegida por
dos torres, atravesó el atrio, piedra por piedra, go-
zando seguramente como una recluída del aire y el
sol que la inundaban. Y fué un espanto para don
Ruy cuando la vió penetrar en la sombría arcada
de gruesos pilares y desaparecer por una puerteci-
lla de servicio cubierta de herrajes. ¡Era, pues,
doña Leonor, la linda y noble señora de don Alonso
de Lara!...

Entonces comenzaron siete penosos días, que él
gastó en un poyo de su ventana, contemplando aque-
lla negra puerta cubierta de herrajes como si fue-
ra la del Paraíso y por ella tuviese que salir un
ángel para anunciarle la bienaventuranza. Hasta
que llegó el esperado domingo; y pasando él por el
atrio a la hora de prima, cuando repicaban las cam-
panas, con la ofrenda de un manojo de claveles
amarillos para su madrina, cruzó doña Leonor,
que salía de entre los pilares de la obscura arcada,

blanca, dulce y pensativa, al modo que sale la luna de entre las nubes. Los claveles casi se le cayeron a don Ruy en aquel alborozo, en que el pecho se le arqueó con la violencia del mar y el alma toda le huyó en tumulto a través de los ojos con que la devoraba. También ella levantó los suyos hacia don Ruy; pero unos ojos reposados, serenos, en que no lucía curiosidad ni acaso conciencia de estarse trocando con otros tan encendidos y ennegrecidos por el deseo.

El caballero no entró en la iglesia quizá por el piadoso recelo de no prestar a su celestial madrina la atención que de seguro había de robarle aquella mujer que era sólo humana, mas dueña ya de su corazón y en él divinizada.

Esperó ansiosamente a la puerta entre los mendigos, secando los claveles con el ardor de las manos trémulas, pensando cuánto se demoraba el rosario que doña Leonor rezaba. Aun no descendía ella por la nave, y ya don Ruy advertía dentro del alma el dulce crugir de la seda que arrastraba por las losas. Pasó la blanca señora, y la misma mirada distraída que echó sobre los mendigos y por el atrio, dejó correr sobre él, o porque no comprendiese a aquel joven que de repente se tornaba tan pálido, o porque no le diferenciaba aún de las formas y de las cosas indiferentes.

Don Ruy partió, conteniendo un suspiro, y en su cuarto puso devotamente ante la imagen de la Virgen las flores que no le ofreciera en la iglesia ante

un altar. Toda su vida se tornó entonces una larga queja, por sentir tan fría e inhumana a la mujer única entre las mujeres, que prendiera y cautivara su corazón ligero y errante. Con una esperanza, en la que se entreveía el desengaño, comenzó a rondar los altos muros del jardín, y otras veces, embozado en la capa, con el hombro contra una esquina, quedábase contemplando lentas horas las rejas de las celosías, gruesas y negras como las de una cárcel. Los muros no se abrían, de las rejas no salía siquiera un rastro de luz prometedor. Todo el solar era como un sepulcro. Para desahogarse compuso en largas veladas, sobre pergaminos, trovas gimientes que no le consolaban. Delante del altar de la Virgen, sobre las mismas losas en que la había visto arrodillada, doblaba él las rodillas y quedaba sin palabras de oración, en una esperanza amarga y dulce, esperando que su corazón se serenase bajo la influencia de Aquella que todo lo serena y consuela; pero siempre se erguía más desdichado, teniendo apenas la sensación de cuán frías y rígidas eran las piedras sobre las cuales se arrodillara. El mundo todo, sólo le parecía contener rigidez y frialdad.

Otras claras mañanas de domingo encontró a doña Leonor, y siempre sus ojos permanecían descuidados, o cuando se cruzaban con los suyos era tan sencillamente, tan limpios de toda emoción, que don Ruy los hubiera preferido ofendidos y brillando de ira o desviados con soberbio desdén. Cierto que

C U E N T O S

ya doña Leonor le conocía; pero así conocía también a la vendedora morisca, recogida delante de su cesto al borde de la fuente, o a los pobres que se espulgaban al sol ante el portal de la iglesia. Ni don Ruy podía pensar que fuese inhumana y fría. Era sólo soberanamente remota, como estrella que en las alturas gira y refulge, sin saber que abajo, en un mundo que ella no distingue, ojos que no sospecha la contemplan, la adoran y la entregan el gobierno de su ventura y de su suerte.

Entonces don Ruy pensó:

—Ella no quiere, yo no puedo; fué un sueño que debe terminar. ¡Nuestra Señora nos tenga de su mano!

Y como era un caballero discreto, desde que la reconoció así, imperturbable en su indiferencia, no la buscó más, ni siquiera volvió a levantar los ojos para los hierros de sus rejas, y hasta ni penetraba en la iglesia de Nuestra Señora cuando casualmente, desde el pórtico, la veía arrodillada, con su cabeza, tan llena de oro y de gracia, inclinada sobre el Libro de Horas...

II

La vieja aya de ojos más abiertos y duros que los de una lechuza no tardó en contar al señor de Lara que un mozo audaz, de gentil parecer, nuevo

morador en las casas viejas del Arcediano, se atravesaba constantemente en el atrio y apostábase delante de la iglesia para echar el corazón por los ojos a la señora doña Leonor. Bien amargamente lo sabía ya el celoso hidalgo, porque cuando desde su ventana espiaba como un halcón a la airosa señora camino de la iglesia, observara las vueltas, las esperas y las miradas dardeantes de aquel mozo galanteador, y se tiraba de las barbas con rabia. Desde entonces, a la verdad, su más intensa preocupación era odiar a don Ruy, el imprudente sobrino del canónigo que osaba levantar sus bajos deseos hasta la alta señora de Lara. Constantemente le tenía vigilado por un criado, y conocía sus pasos, y sus descansos, y los amigos con quienes holgaba y cazaba, y hasta quién le cortaba los jubones, y hasta quién le pulía la espada, y cada hora de su vivir. Y aun vigilaba más a doña Leonor; todos sus movimientos, sus modos más fugitivos, sus silencios, la plática con las ayas, las distracciones sobre el bordado, el gesto soñador sobre los árboles del jardín, y el aire y el color con que volvía de la iglesia...

Pero tan inalterablemente serena en el sosiego de su corazón mostrábase la señora doña Leonor, que ni el celoso más imaginador de culpas podría hallar manchas en aquella pura nieve. Redoblóse entonces el rencor de don Alonso contra el sobrino del canónigo por haber apetecido aquella pureza y aquellos cabellos color de sol claro, y aquel cuello de garza real, que eran sólo suyos, para espléndido

gusto de su vida. Y cuando paseaba por la triste galería del solar, sonora y abovedada, enfundado en su zamarra orlada de pieles, con el pico de la barba grisácea echado hacia adelante, la cabellera erizada para atrás y los puños cerrados, iba siempre removiendo la misma hiel.

—Atentó contra la virtud de ella y contra mi honra... ¡Es culpable por dos delitos, merece dos muertes!

Mas a su furor se mezcló el terror cuando supo que don Ruy ya no esperaba en el atrio a doña Leonor, ni rondaba amorosamente las tapias del palacio, ni penetraba en la iglesia mientras ella rezaba, los domingos, y que tan enteramente escapaba de su vista, que una mañana, hallándose frente a la arcada y habiendo sentido cómo se abría la puerta por la cual la señora iba a aparecer, quedóse vuelto de espaldas, sin moverse, riendo con un caballero gordo, que leía un pergamino. ¡Tan bien afectada indiferencia sólo servía (pensó don Alonso) para esconder alguna intención dañina!... ¿Qué tramaba el diestro engañador? Todo se exarcebó en el desabrido hidalgo: celos, rencor, vigilancia, a pesar de su edad, fea y grisácea. En el sosiego de doña Leonor sospechó maña y fingimiento, e inmediatamente quedaron prohibidas las visitas a Nuestra Señora del Pilar.

En las mañanas de domingo corría él a la iglesia para rezar el rosario y llevar las disculpas—*¡que no puede venir* (murmuraba curvado delante del

altar) *por lo que sabéis, Virgen purísima!* (1)— Cuidadosamente revisó y reforzó todos los negros cerrojos de la puerta de su solar.

De noche soltaba dos mastines en las sombras del jardín murado.

A la cabecera del vasto lecho, junto a la mesa, en donde quedaba la lámpara, un relicario y un vaso de vino caliente con canela y clavo, para templar sus fuerzas, lucía siempre una gran espada desnuda. Pero con tantas seguridades apenas dormía, y a cada instante se levantaba sobresaltado de entre las hondas almohadas, agarrando a doña Leonor con mano brutal y ansiosa, que le oprimía el cuello, para rugir muy bajo, presa de terribles ansias: “¡Di que me quieres solo a mí!” Después, en cuanto amanecía, iba a espiar como un halcón las ventanas de don Ruy. Nunca le echaba la vista encima; ahora ni a la puerta de la iglesia, en las horas de misa, ni recogándose del campo, a caballo, al toque del Avemaría.

Y por verle así, lejos de los sitios y giros acostumbrados, más lo sospechaba dentro del corazón de doña Leonor.

Por fin una noche, después de recorrer mil veces el pavimento de la galería, removiendo sordamente odios y desconfianzas, gritó por el intendente y ordenó que se preparasen sus ropas y cabalgaduras. ¡Temprano, de madrugada, partiría con la

(1) En castellano en el original portugués.—N. del T.

señora doña Leonor para su heredad de Cabril, a dos leguas de Segovia! La partida no fué de madrugada, como huida de avariento que va a esconder su tesoro; realizóse con todo aparato y demora, quedando la litera delante de la arcada largas horas, con las cortinas abiertas, entretanto un caballerizo paseaba por el atrio la mula blanca del hidalgo, enjaezada a la morisca, y del lado del jardín la recua de machos, cargados de baúles, presos a las argollas, bajo el sol y las moscas, aturdíán la ciudad con el tintineo de los cascabeles. Así supo don Ruy la jornada del señor de Lara y así la supo toda la ciudad.

Fué un gran contento para doña Leonor la noticia del viaje; gustaba ella de Cabril, de sus sotos y pomares, de los jardines, para donde abrían rasgadamente, sin rejas ni celosías, las ventanas de sus claros aposentos; allí, por lo menos, tenía aire y sol y platabandas que regar, un vivero de pájaros y tantas calles de laurel y tejo, que le significaban casi la libertad. Luego esperaba que en el campo se aligerasen aquellos cuidados que traían, durante los últimos tiempos, tan arrugado y taciturno a su marido y señor.

Mas no logró esta esperanza, porque al cabo de una semana aun no se desvaneciera la faz de don Alonso, ni de seguro había frescura de arbolado, susurro de agua corriente o espesos aromas de rosales en flor que calmaran agitación tan amarga y honda. Como en Segovia, en esa galería arbolada

paseaba sin descanso, enterrado en su zamarra, el pico de la barba echado hacia adelante, la melena erizada hacia atrás y un terrible rictus en los labios, como si meditase maldades, gozando de antemano su sabor acre y picante. Y todo el interés de su vida concentrárase en un criado que galopaba de continuo entre Segovia y Cabril, y que esperaba a las veces en el comienzo de la aldea, junto al crucero, atento para escuchar al hombre que se desmontaba, sofocado, para contarle las noticias recogidas.

Una noche en que doña Leonor en su cuarto rezaba el trisagio con las ayas, a la luz de un hachón de cera, el señor de Lara entró pausadamente, trayendo en la mano una hoja de pergamino y una pluma enterrada en el tintero de hueso. Con rudo acento despidió a las ayas, que le temían como a un lobo, y empujando un escabel, volvióse a doña Leonor con cara tranquila, como si sólo viniese a tratar con ella de cosas fáciles y naturales.

—Señora—dijo—, quiero que me escribáis una carta que me conviene mucho escribir...

Tan acostumbrada era en ella la sumisión, que sin otra curiosidad, luego de ir a colgar en la barra de la cama el rosario con que rezara, se acomodó sobre el escabel, y aplicando sus dedos finos para que la letra fuese esmerada y clara, trazó la primera línea que el señor de Lara la dictó, y que era: *Mi caballero...* Pero cuando dictó la otra más larga, con un

tono amargo, doña Leonor arrojó la pluma como si le escaldase las manos y, apartándose de la mesa, gritó con aflicción:

—Señor, ¿para qué conviene que yo escriba semejantes falsedades?

En un brusco movimiento de furor, el señor de Lara echó mano al cinto, y poniéndole un puñal junto a la cara rugió sordamente:

—¡O escribís lo que os mando, porque a mí me conviene, o por Dios que os parto el corazón!

Más blanca que la cera de la vela con que se alumbraban, con la carne sobrecogida ante aquel hierro brillante, en un terror supremo y que todo lo aceptaba, doña Leonor murmuró:

—¡Por la Virgen María, no me hagáis mal!... ¡No os incomodéis, señor, que yo vivo para servirlos! Mandad, que yo escribiré.

Entonces, con los puños cerrados en el borde de la mesa, en donde dejara el puñal, abrumando a la frági! y desdichada mujer con una mirada que la amenazaba, el señor de Lara dictó una carta que decía, una vez conclusa, en letra trémula e incierta:

“Caballero: Muy mal me habéis comprendido o mal me pagáis el amor que os tengo y que no os pude nunca, en Segovia, mostrar claramente... Ahora estoy aquí, en Cabril, ardiendo por veros, y si vuestro deseo corresponde al mío, bien fácilmente lo podéis realizar, puesto que mi marido se halla ausente de la heredad. Venid esta noche; entrad por la puerta del jardín del lado del camino,

pasando el estanque, hasta la terraza. Allí veréis una escalera apoyada en una ventana, que es la de mi cuarto, en donde seréis dulcemente agasajado por quien con tanta ansia os espera...”

—Ahora, señora, firmad con vuestro nombre, que es lo que más importa.

Doña Leonor trazó muy despacito su nombre, con la faz tan roja como si la desnudasen delante de una multitud.

—Y ahora—ordenó el marido sordamente—, dirigidla a don Ruy de Cárdenas.

Osó levantar los ojos ante la sorpresa que le causaba aquel nombre desconocido.

—¡Pronto!... ¡A don Ruy de Cárdenas!—gritó el hombre sombrío—. Y ella enderezó su deshonesto carta a Don Ruy de Cárdenas...

Don Alonso metió el pergamino en el cinto, junto al puñal, ya envainado, y salió en silencio, con la barba tiesa, apagando el rumor de los pasos en las losas del corredor.

Quedó doña Leonor sobre el escabel, las manos cansadas y caídas en el regazo, en un infinito espanto, la mirada perdida en la obscuridad de la noche silenciosa. ¡Menos obscura le parecía la muerte que esa obscura aventura en que la habían envuelto! ¿Quién era don Ruy de Cárdenas, de quien nunca oyera hablar, que no había tropezado en su vida, tan quieta, tan poco poblada de hombres y de recuerdos? El seguramente la conocería, la habría seguido, cuando menos con los ojos, pues

que era cosa natural y bien combinada recibir una carta de ella de tanta pasión y promesas tantas.

¿Y así, un hombre joven, acaso bien nacido, tal vez gentil, penetraba en su destino, bruscamente traído por la mano de su esposo? ¡Y lo hacía de una manera tan íntima que ya se le abrían de noche las puertas del jardín y se le arrimaba una escala para que subiese a su cuarto!... ¡Y era su marido el que muy secretamente abría la puerta y muy secretamente colocaba la escalera!... ¿Para qué?

Entonces, de repente, doña Leonor comprendió la verdad, la vergonzosa verdad, que le arrancó un grito de angustia. ¡Era una celada! ¡El señor de Lara atraía a Cabril a ese don Ruy con una promesa magnífica, para apoderarse de él y matarlo, indefenso y solitario! Y ella, su amor, su cuerpo, eran las promesas que se hacían brillar ante los ojos seducidos del pobre galán. ¡Su marido usaba de su belleza y de su lecho como red de oro en que debía caer aquella presa enloquecida! ¿Dónde habría mayor ofensa? ¡Y cuánta imprudencia! ¡Bien podía ese don Ruy de Cárdenas desconfiar, no acceder a convite semejante, y después mostrar por Segovia aquella carta, triunfador y gozoso; aquella carta en que se le hacía oferta del lecho y del cuerpo de la mujer de don Alonso de Lara! ¡Pero, no; el desventurado correría a Cabril para morir, y morir miserablemente, en el negro silencio de la noche, sin sacerdote ni sacramentos, con el alma encharcada en el pecado de amor. ¡Para morir de

seguro, porque jamás el señor de Lara consentiría que viviese el hombre portador de aquella carta. ¡De modo que aquel joven moría de amor por ella, y por un amor que sin haberle valido nunca un gusto, le llevaba en seguida a la muerte! Ciertamente moría de amor por ella, puesto que el odio del señor de Lara (odio que con tanta deslealtad y villanía se cebaba) sólo pudo nacer de celos, que le nublaban los más puros deberes de cristiano y caballero. Sin duda él sorprendiera miradas, paseos, intenciones de ese señor don Ruy, tan poco cauteloso como bien enamorado.

Pero ¿cómo? ¿Cuándo? Confusamente se acordaba de aquel joven que un domingo la cruzara en el atrio, esperándola luego en el portal de la iglesia con un manojo de claveles en la mano... ¿Sería ése? Era de noble parecer, pálido, con grandes ojos negros y ardientes... Ella pasara indiferente... Los claveles que tenía en la mano eran rojos y amarillos... ¿A quién se los llevaba?... ¡Ah, si le pudiese avisar muy temprano, de madrugada!

¿Cómo, si no había en Cabril aya o criado de quién fiarse? ¡Pero iba a dejar que una espada in-noble inmovilizase aquel corazón que venía lleno de ella, palpitando por ella, todo lleno de sus esperanzas!

¡Oh, la ardiente correría de don Ruy de Segovia a Cabril con la promesa del jardín abierto, de la escalera apoyada en la ventana, bajo la desnudez y protección de la noche! ¿Mandaría realmente

el señor de Lara arrimar la escalera a la ventana?

Sí, de seguro, para matar con más facilidad al pobre, dulce e inocente mozo cuando subiese confiado, con las manos embarazadas y la espada durmiendo en la vaina... ¡De modo que a la noche siguiente, frente a su lecho, estaría abierta la ventana y habría una escalera arrimada contra el muro esperando a un hombre! Su marido, emboscado en la sombra del cuarto, mataría seguramente a ese hombre...

¿Y si el señor de Lara lo esperase fuera de los muros de la quinta, para ensartarlo brutalmente en algún sendero, y, o por menos diestro o por menos fuerte en lucha de armas, cayese él traspasado, sin que el otro conociese a quién mataba? Y ella, allí, en su cuarto, sin saber nada, con las puertas abiertas y la escalera arrimada, y el hombre aquel asomado a la ventana, en la sombra de la noche tibia, mientras el marido que debía defenderla quedaba muerto en el fondo de un barranco... ¿Qué hacer, Virgen Santísima? ¡Oh, rechazaría soberbiamente al imprudente! Pero ¿y el espanto de él y la cólera de su deseo engañado? “¡Me habéis llamado, señora!” Y allí traía, sobre el corazón, una carta con su firma. ¿Cómo le podría contar la terrible emboscada y el engaño?

¡Era tan largo de explicar en aquel silencio y soledad de la noche, mientras sus ojos, húmedos y negros, la estuviesen suplicando y traspasando!... ¡Desgraciada de ella si el señor de Lara muriese



y la dejara sola, sin defensa, en aquel caserón abierto! ¡Cuán desgraciada también si aquel joven, llamado por ella, que la amaba y que por ese amor venía corriendo, deslumbrante, encontrase la muerte en el sitio de su ilusión, que era el sitio de su pecado, y muerto en pleno pecado rodase por la eterna desesperación!...

Tendría unos veinticinco años, si era aquel joven airoso y pálido, con un jubón de terciopelo negro y un ramo de claveles rojos, que estaban a la puerta de la iglesia, en Segovia...

Saltaron las lágrimas de los cansados ojos de doña Leonor. Y doblando las rodillas, el alma puesta en los cielos, donde la luna se comenzaba a levantar, murmuró con infinita amargura y fe:

“¡Oh, Virgen del Pilar, Señora mía; vela por los dos, por todos nosotros!...”

III

Entraba don Ruy en el fresco patio de su casa, cuando de un banco de piedra, en la sombra, irguióse un mozo campesino, que sacó del zurrón una carta y se la entregó, murmurando:

—Señor, daos prisa en leer que tengo que volverme a Cabril...

Don Ruy abrió el pergamino, y en el deslumbramiento que le causó lo oprimió contra el pecho, como para enterrarlo en el corazón.

El mozo campesino insistió, presa de gran inquietud:

—¡Pronto, señor, pronto! No necesitáis respon-

der. Basta que me deis una señal de haber recibido el recado.

Don Ruy arrancó uno de los guantes bordado con hilo de seda y que el criado cogió y metió en el zurron. Y ya corría el criado sobre las puntas de las abarcas cuando, con un grito, le detuvo don Ruy:

—Escucha. ¿Qué camino llevas tú para ir a Cabril?

—El más seguro y solitario para gente atrevida, que es por el Cerro de los Ahorcados...

—Bien...

Don Ruy trepó a paso de galgo las escaleras de piedra, y en su aposento, sin quitarse siquiera el sombrero, de nuevo leyó junto a la celosía aquel pergamino divino, en que doña Leonor le llamaba de noche a su cuarto, a la posesión entera de su sér... Y no le maravillaba esta oferta; después de una tan constante e imperturbable indiferencia... Más bien advirtió en ella al punto un amor muy astuto, por ser muy fuerte, que con gran paciencia se esconde ante los estorbos y los peligros, y mudamente prepara su hora de contento, mejor y más deliciosa por tan preparada... Siempre ella le había amado, pues, desde aquella mañana bendita en que sus ojos se habían cruzado en el portal de Nuestra Señora... Y mientras él rondaba aquellos muros del jardín, maldiciendo una frialdad que le parecía más fría que la de los fríos muros, ya ella le había dado su alma, y llena de constancia, con

amorosa sagacidad, reprimiendo el menor suspiro, adormeciendo desconfianzas, preparaba la noche radiante en que le daría también su cuerpo.

¡Tanta firmeza, un ingenio tan fino en las cosas del amor, aun se la tornaban más bella y más apetecida!

¡Con qué impaciencia miraba entonces el sol, tan perezoso aquella tarde en descender tras los montes! Sin reposo, en su cuarto, con las ventanas cerradas para mejor concentrar su felicidad, preparábase amorosamente para la triunfal jornada: las finas ropas con encajes, un jubón de terciopelo negro, esencias perfumadas. Dos veces descendió a las caballerizas para asegurarse de que su caballo se hallaba dispuesto. Sobre el suelo dobló y volvió a doblar la hoja de la espada que llevaría al cinto... Pero su mayor cuidado era el camino de Cabril, a pesar de conocerlo bien, y la aldea apiñada en torno del monasterio franciscano, y el viejo puente romano con su calvario, y la honda torrentera que conduce a la heredad de don Alonso. Aun en aquel invierno había cazado por allí, yendo de montería con dos amigos de Astorga; y pensara al contemplar la torre de los Lara: "He ahí la torre de la ingrata." ¡Cómo se engañaba!

Las noches eran de luna; saldría de Segovia calladamente por la puerta de San Mauro... Un galope corto lo pondría en el Cerro de los Ahorcados... También conocía este sitio de tristeza y pavor, con sus cuatro pilares de piedra, en los que se ahor-

caba a los criminales, dejando luego sus cuerpos balanceados por el aire y secos por el sol hasta que se pudriesen las cuerdas y cayeran los esqueletos blancos y limpios de carne por el pico de los cuervos. Tras del cerro estaba la laguna de las Dueñas. La última vez que la había pasado fué en el día del Apóstol San Matías, cuando el corregidor y las cofradías de la Paz y Caridad, en solemne procesión, iban a dar sagrada sepultura a los huesos recogidos en el suelo. Después el camino corría liso y derecho hasta Cabril.

Así meditaba don Ruy la jornada venturosa mientras caía la tarde. Cuando obscureció, y en torno de las torres de la Iglesia comenzaron a girar los murciélagos, y en las esquinas del atrio encendiéronse los nichos de las Animas, el valiente caballero sintió un miedo extraño, el miedo de aquella felicidad que se acercaba y que le parecía sobrenatural. ¿Era, pues, cierto que esa mujer de divina hermosura, famosa en Castilla y más inaccesible que un astro, sería suya, toda suya, en el silencio y seguridad de una alcoba dentro de breves instantes, cuando aun no se hubiesen apagado delante de los retablos de las Animas aquellas luces devotas? ¿Qué había hecho él para lograr tanto bien? Pisara las losas de un atrio buscando con los ojos otros ojos que no se levantaban ante él, desatentos, indiferentes... Entonces, sin dolor, abandonó su esperanza... Y he aquí que, de repente, aquellos ojos distraídos le buscan, aquellos brazos cerra-

dos se le abren, francos y desnudos, y con el cuerpo y con el alma aquella mujer le grita: "¡Oh, mal avisado, que no me entendiste! ¡Ven! ¡Quien te desanimó, te pertenece!" ¿Dónde hubo jamás igual ventura? ¡Tan alta, tan rara era, que de seguro, tras de ella, si no yerra la ley humana, debía caminar la desventura! Y de fijo que caminaba, ¡pues cuánta desventura era saber que después de aquella felicidad, cuando de madrugada, saliendo de los divinos brazos, se retirase a Segovia, su Leonor, el bien sublime de su vida, tan inesperadamente adquirido por un instante, recaería de nuevo bajo el poder de otro amo!

¡Qué importaba! ¡Vinieran después dolores y celos!

¡Aquella noche era espléndidamente suya; todo el mundo una apariencia vana; y la única realidad ese cuarto de Cabril, mal alumbrado, donde ella le esperaría con los cabellos sueltos! Bajó de prisa la escalera y se acomodó sobre el caballo. Después, por prudencia, atravesó el atrio lentamente, con el sombrero bien en la cara, como en un paseo natural, dando a entender que fuera de los muros el fresco de la noche le atraía.

Nada le inquietó hasta la puerta de San Mauro. Allí, un mendigo, agachado en la obscuridad de un arco, que tocaba monótonamente su zanfoña, pidié a la Virgen y a todos los santos, en cantilena, que llevasen a aquel gentil caballero en su santa y dulce guarda. Parárase don Ruy para darle una limosna,

cuando acordóse que aquella tarde no había pasado por la iglesia, a la hora de Vísperas, para recoger la celestial bendición de su madrina. De un salto apeóse del caballo, porque, precisamente, cerca del viejo arco, relucía una lámpara alumbrando un viejo retablo. Era una imagen de la Virgen con el pecho atravesado por siete espadas. Arrodillóse don Ruy, dejando el sombrero sobre las losas, y con las manos erguidas celosamente, rezó una Salve. La claridad amarilla de la luz envolvía el rostro de la Virgen, que sin sentir el dolor de los siete aceros, o como si ellos sólo le proporcionasen inefables goces, sonreía con los labios abiertos. Mientras rezaba, en el convento de Santo Domingo comenzaron a tocar la agonía. Entre la sombra negra del arco, cesando la sonata en la zanfoña, el mendigo murmuró: “¡Un fraile se está muriendo!” Don Ruy dijo un Ave María por el fraile. La Virgen de las siete espadas sonreía dulcemente—¡el toque de agonía no era, pues, de mal presagio!—, y don Ruy montó de nuevo en el caballo y partió alegremente.

Más allá de la puerta de San Mauro, después de los hornos de los alfareros, el camino seguía triste y negro entre altas piteras. Tras las colinas, al fondo de la planicie oscura, subió la primera claridad, amarilla y lánguida, de la luna llena, próxima a aparecer. Y don Ruy marchaba al paso, recelando llegar a Cabril con tiempo de sobra, antes que las ayas y los criados terminasen de rezar el rosario y la velada. ¿Por qué no le había marcado doña Leonor

la hora en aquella carta tan clara y tan pensada?... Su imaginación entonces corría adelante, rompía por el jardín de Cabril, escalaba aladamente la escalera prometida, y él corría también detrás, en una carrera violenta, hasta levantar las piedras del camino mal afirmado. Después, sofrenaba el caballo jadeante. ¡Era temprano, muy temprano! Y retornaba el paso lento, sintiendo el corazón contra el pecho, como ave presa que choca con los hierros de una jaula.

Así llegó al crucero donde el camino se divide en dos, más juntos que las puntas de una horquilla, ambos cortando a través del vasto pinar. Descubierta delante de la imagen del Crucificado, don Ruy tuvo un instante de angustia, pues no recordaba cuál de los dos conducía al cerro de los Ahorcados. Ya se aventuraba por el más sombrío, cuando de entre los pinos silenciosos una luz surgió, bailando en la obscuridad. Era una vieja cubierta de harapos, con las largas melenas sueltas, doblada sobre un cayado y llevando un candil.

—¿Adónde va este camino?—gritó Ruy.

La vieja puso la luz en alto para mirar al caballero.

—A Jarama.

Y luz y vieja inmediatamente se sumieron, fundidas en la sombra, como si de allí hubiesen surgido sólo para avisar al galán del yerro del camino... Volviérase rápidamente, y, rodeando el calvario, galopó por la otra carretera hasta avistar, sobre la

claridad del cielo, las pilastras negras y los negros maderos del cerro de los Ahorcados. Entonces, detúvose derecho sobre los estribos. En un ribazo alto, seco, sin hierba ni brezo, ligados por un muro bajo, todo carcomido, levantábanse negros, enormes, sobre la amarillez de la luna, los cuatro pilares de granito, semejantes a los cuatro ángulos de una casa deshecha. Sobre los pilares posábanse cuatro gruesos travesaños, de los cuales pendían cuatro ahorcados, negros y rígidos, en el aire parado y mudo. Todo en torno parecía tan muerto como ellos.

Enormes aves de rapiña dormían encaramadas sobre los maderos. Más allá brillaba lívidamente el agua muerta de la laguna de las Dueñas. Iba la luna grande y llena por el cielo.

Don Ruy murmuró el Padrenuestro debido por todo cristiano a aquellas almas culpables. Y después impelió al caballo, y pasaba, cuando en el inmenso silencio y en la inmensa soledad, resonó una voz, una voz que le llamaba, suplicante y lenta:

—¡Caballero, deteneos; venid acá!...

Don Ruy cogió bruscamente las riendas y, erguido sobre los estribos, recorrió con los ojos espantados todo el siniestro yermo. Veíase el cerro áspero, el agua brillante y muda, los maderos, los muertos. Pensó que fuera ilusión de la noche u osadía de algún demonio errante. Y serenamente picó el caballo, sin sobresalto, sin temor, como en una calle de Segovia. Pero, por detrás, volvió a sur-

gir la voz, que le llamaba urgentemente, ansiosa, casi aflictiva:

—¡Caballero, esperad; no os vayáis, volved, acercaos aquí!...

De nuevo don Ruy paróse, y, vuelto sobre la silla, encaróse osadamente a los cuatro cuerpos pendientes de los maderos. ¡Allí sonaba la voz que, siendo humana, sólo podía salir de forma humana! Uno de esos ahorcados, pues, era el que le había llamado con tanta prisa y ansia.

¿Restaría en alguno, por maravillosa merced de Dios, aliento y vida? ¿O sería que, por mayor maravilla, uno de esos esqueletos, medio podridos, le detenía para transmitirle avisos de ultratumba?... Que la voz partiese de un cuerpo vivo o de un cuerpo muerto, era cobardía huír pavorosamente, sin atender a lo que se le demandaba.

Dirigió el animal, que temblaba, para el centro del cerro, y parando, derecho y tranquilo, con la mano en el costado, después de mirar uno por uno los cuatro cuerpos suspendidos, gritó:

—¿Cuál de vosotros, hombres ahorcados, osó llamar por don Ruy de Cárdenas?

En esto, aquel que volvía la espalda a la luna llena, respondió desde lo alto de la cuerda, natural y tranquilamente, como quien habla desde la ventana a la calle:

—Señor, fuí yo.

Don Ruy hizo avanzar el caballo hasta colocarse enfrente de él. No le distinguía la faz, enterrada en

el pecho, escondida por largas y negras greñas sueltas. Sólo percibió que tenía libres y desamarradas las manos y los pies, éstos resecos y del color del betún.

—¿Qué me quieres?

El ahorcado, suspirando, murmuró:

—Señor, hacedme la gran merced de cortar esa cuerda en que estoy colgado.

Don Ruy sacó la espada, y con un sólo golpe certero cortó la cuerda.

Con un siniestro sonido de huesos entrechocados, el cuerpo cayó en el suelo, en el cual quedó un momento estirado cuan largo era; pero inmediatamente se enderezó sobre los pies, mal seguros y aun durmientes, y levantó para don Ruy su faz muerta, que era una calavera con la piel más amarilla que la luna que la envolvía; los ojos estaban sin brillo y sin movimiento; los labios se le fruncían con una sonrisa empedernida. De entre los dientes blancos asomaba la punta de una lengua más negra que el carbón.

Don Ruy no mostró terror ni asco. Y envainando la espada:

—¿Tú estás vivo o muerto?—preguntó.

El hombre encogió los hombros con lentitud:

—Señor, no sé... ¿Quién sabe lo que es la vida? ¿Quién sabe lo que es la muerte?...

—Pero ¿qué quieres de mí?

El ahorcado, con los largos dedos descarnados,

E Ç A D E Q U E I R O Z

alargó el nudo de la cuerda, que aun le ataba el cuello, y declaró serena y firmemente:

—Señor, tengo que acompañaros a Cabril, adonde vais.

El caballero estremeciósese con tan fuerte asombro, soltando las bridas, que el caballo se empinó, como asombrado también:

—¿Conmigo a Cabril?...

El hombre curvó el espinazo, en el que se distinguían todos los huesos, más agudos que los dientes de una sierra, a través de un largo rasgón de la camisa de estameña:

—Señor—suplicó—, no me lo neguéis. ¡Tengo que recibir un gran salario si os hago este gran servicio!

Don Ruy pensó de pronto que bien podía ser aquella alguna traza formidable del demonio. Y clavando sus ojos brillantes en la faz muerta que se le ofrecía ansiosa, en espera del consentimiento, hizo una lenta y larga señal de la Cruz.

El ahorcado dobló las rodillas con asustada reverencia:

—Señor, ¿para qué me probáis con esa señal? Sólo por ella alcanzamos remisión, y yo sólo de ella espero misericordia.

Entonces don Ruy pensó que si ese hombre no era mandado por el demonio, bien podía ser mandado por Dios. Y luego, devotamente, con un gesto sumiso, en que todo lo entregaba al cielo, consintió, aceptó el pavoroso acompañamiento.

—¡Ven conmigo, pues, a Cabril; sí, Dios te manda! Pero yo nada te preguntaré ni tú me preguntes nada.

Encaminó el caballo a la carretera, toda alumbrada por la luna. El ahorcado seguía a su lado con pasos tan ligeros, que hasta cuando don Ruy galopaba, conservábase cerca del estribo, como llevado por un viento mudo. A veces, para respirar más libremente, aflojaba el nudo de la cuerda que le enroscaba el pescuezo. Y cuando pasaban entre sebes donde erraba el aroma de las flores silvestres, el hombre murmuraba con infinito alivio y dulzura:

—¡Qué gusto da correr!

Don Ruy iba poseído de asombro, con un tormentoso cuidado.

Comprendía desde luego que se trataba de un cadáver, reanimado por Dios para un extraño y encubierto servicio. Pero ¿por qué le daba Dios tan horrible compañero? ¿Para protegerle? ¿Para impedir que doña Leonor, amada del cielo, por su piedad, cayese en culpa mortal? ¿Y para tan divina incumbencia de tan alta merced no tenía el Señor ángeles en el cielo antes que echar mano de un ajusticiado?...

¡Ah, con qué gusto volvería riendas hacia Segovia de no mediar la galante lealtad del caballero, el orgullo de no retroceder jamás y la sumisión a las órdenes de Dios, que sentía en aquel momento sobre su espíritu!...

Desde un alto de la carretera, de repente, divisa-

ron Cabril, las torres del convento franciscano albeando al lunar, los caseríos dormidos entre las huertas. Silenciosamente, sin que un perro ladrase detrás de las cancelas o por encima de los muros, descendieron el viejo puente romano. Delante del Calvario, el ahorcado cayó de rodillas sobre las losas, irguió los lívidos huesos de las manos, y quedó rezando un largo rato, entre profundos suspiros. Después, al entrar en el sendero, bebió mucho tiempo y consoladamente en una fuente que corría y cantaba bajo las frondas de un sauce. Como el sendero era angosto, encaminóse delante del caballero, todo encorvado, con los brazos cruzados fuertemente sobre el pecho, sin un rumor.

La luna estaba clavada en lo más alto del cielo. Don Ruy consideraba con amargura aquel disco lleno y lustroso, que esparcía tanta y tan indiscreta claridad sobre el misterio que le llevaba a Cabril. ¡Ah, cómo se estropeaba la noche, que debía ser divina! Una enorme luna surgía entre los montes para alumbrarlo todo. Un ahorcado descendía del suplicio para seguirle y entrar en lo íntimo de su secreto. Así lo ordenaba Dios. Mas ¡qué tristeza llegar a la dulce puerta prometida, con tal intruso a su lado, bajo aquel cielo de claridad tan viva!

De improviso, el ahorcado detúvose, levantando el brazo, del cual colgaba la manga en harapos. Era el fin del sendero, que desembocaba en camino más amplio y largo, y delante de ellos blanqueaba el lar-

go muro de la quinta del señor de Lara, que tenía un mirador con barandilla de piedra, todo revestido de hiedra.

—Señor—murmuró el ahorcado, sujetando con respeto el estribo de don Ruy—, a pocos pasos de este mirador está la puerta por donde debéis penetrar en el jardín. Conviene que dejéis aquí el caballo, atado a un árbol, si lo tenéis por seguro y fiel. En la empresa en que nos hallamos, ya es de más el rumor de nuestros pies...

Don Ruy apeóse en silencio y ató el caballo, que tenía por fiel y seguro, al tronco de un álamo seco.

Y tan sumiso se sentía ante aquel compañero impuesto por Dios, que sin otro reparo le fué siguiendo por la orilla del muro que la luna alumbraba.

Con pausada cautela, en la punta de los pies desnudos, avanzaba ahora el ahorcado, vigilando el alto del muro, sondando en la negrura de la sebe, parándose a escuchar rumores que sólo para él eran perceptibles, porque nunca don Ruy conociera noche más hondamente adormecida y muda.

Y el espanto en quien debía ser indiferente a los peligros humanos, fué adueñándose también del valeroso caballero, que sacó el puñal de la vaina, y con la capa arrollada al brazo, marchaba a la defensiva, atenta y escudriñadora la mirada, como en un camino de emboscada y lucha. Así llegaron a una puertecita, que el ahorcado empujó, abriéndose sin quejido de los goznes. Penetraron en una avenida bordeada de espesos bojés, hasta llegar a un

estanque lleno de agua, donde flotaban hojas de nenúfares, y que toscos bancos de piedra circundaban, cubiertos por la rama de arbustos en flor.

—¡Por allí!—murmuró el ahorcado, extendiendo el brazo descarnado.

Señalaba una avenida que densos y viejos árboles abovedaban y obscurecían. Por ella se metieron, como sombras en la sombra, el ahorcado delante, don Ruy siguiéndole muy sutilmente, sin rozar una rama, pisando la arena. Un leve hilo de agua susurraba en el césped. Por los troncos subían rosales trepadores, que desprendían dulce aroma. El corazón de don Ruy comenzó de nuevo a palpar con una esperanza de amor.

—¡Chist!—hizo el ahorcado.

Y don Ruy casi tropezó con el siniestro hombre parado allí, con los brazos abiertos, como las trancas de una cancela.

Delante de ellos, cuatro peldaños de escalera de piedra subían a una terraza, en la cual la claridad era amplia y libre. Agachados, treparon los escalones, y al fondo de un jardín sin árboles, todo en macizos de flores bien recortados, orlados de boj corto, divisaron un lado de la casa, alumbrado por la luna llena. En el centro, entre las ventanas de alféizar cerradas, un balcón de piedra conservaba de par en par abiertas las vidrieras. El cuarto dentro, apagado, era como un agujero de tiniebla en la claridad de la fachada, que bañaba el lunar. Y arri-

mada contra el balcón estaba una escalera con los tramos de cuerda.

El ahorcado empujó a don Ruy hacia la obscuridad de la avenida. Y allí, con un gesto preciso, dominando al caballero, exclamó:

—¡ Señor, ahora conviene que me deis la capa y el sombrero! Quedaos aquí, en la obscuridad de estos árboles. Voy a subir la escalera para observar lo que pasa dentro de aquel cuarto... Si es lo que deseáis, aquí volveré, y que Dios os haga muy feliz...

Don Ruy echóse atrás con el horror de que tal criatura subiese a la ventana. Luego murmuró sor-damente:

—¡ No, por Dios!

Pero la mano del ahorcado, lívida en la obscuridad, bruscamente le arrancó el sombrero de la cabeza y la capa de entre los brazos. Y se cubría, se embozaba, murmurando en una súplica ansiosa:

—¡ No me lo neguéis, señor, que por haceros este servicio ganaré una gran merced!

Y subió de nuevo los escalones; estaba en la ancha y alumbrada terraza.

Don Ruy subió, aturdido, y espío. ¡ Oh, maravilla! Era él, don Ruy, de la cabeza a los pies, en la figura y en el modo, aquel hombre que por entre los macizos y el boj recortado avanzaba, airoso y leve, con la mano en la cintura, la faz erguida, risueñamente, hacia la ventana, la larga pluma es-carlata del sombrero balanceándose triunfal. El

hombre avanzaba bajo la claridad espléndida. El cuarto amoroso aguardaba, abierto y negro. ¡El hombre hallábase al pie de la escalera; desembozó la capa y asentó el pie en el primer tramo. “;Oh, allá va, ya sube el maldito!”, rugió don Ruy. El ahorcado subía. Ya la alta figura, que era él, el propio don Ruy, estaba a mitad de la escalera, toda negra contra la blanca pared. Detúvose... ¡No, no; subía, llegaba, posaba la rodilla cautelosa sobre el borde de la baranda! Mirábalo don Ruy desesperadamente con los ojos, con el alma, con todo su ser. Y he ahí que, de repente, del cuarto negro surge un negro bulto, una furiosa voz: “¡Villano, villano!” Y una lámina de daga brilla y cae, y otra vez se levanta y brilla y vuelve a caer, ¡y aun refulge y torna a hundirse!... Como un fardo, de lo alto de la escalera, pesadamente, el ahorcado cae sobre la tierra blanda. Vidrieras y maderas del balcón se cierran en seguida con fragor. Y no hubo más, sino el silencio, la obscuridad y la luna alta y redonda en el cielo de verano.

Al comprender don Ruy la traición, desenvainó la espada, ganando la obscuridad de la avenida, cuando, ¡oh milagro!, corriendo por la terraza aparece el ahorcado, que le agarra por la manga y le grita:

—¡A caballo, señor; volando, que el encuentro no era de amor, sino de muerte!...

Ambos descienden a toda prisa la avenida, costean el estanque bajo el refugio de los arbustos en

flor, métense por la calle estrecha orlada de tojos, abren la puerta, y de pronto, páranse sofocados en la carretera, donde la luna, más refulgente, más llena, simulaba la claridad del puro día.

¡Y entonces, sólo entonces, don Ruy descubrió que el ahorcado conservaba clavado en el pecho, hasta los pomos, la daga, cuya punta le salía por la espalda, lúcida y limpia!... Pero ya el pavoroso hombre le empujaba nuevamente:

—¡A caballo, señor; volando, que aún tenemos encima la traición!

Horrorizado, con un ansia de terminar aventura tan llena de espanto y de milagro, don Ruy cogió las riendas y comenzó a cabalgar sufridamente. Y luego, con gran prisa, el ahorcado saltó también a grupas del caballo fiel. Encogióse el buen caballero al sentir en sus espaldas el roce de aquel cuerpo muerto, desprendido de un patíbulo, atravesado por una daga. ¡Con qué desesperación galopó entonces por la carretera interminable! En carrera tan violenta el ahorcado ni se movía, rígido sobre la grupa, como un bronce en un pedestal... Y don Ruy a cada momento sentía un frío mayor que le helaba los hombros, como si llevase sobre ellos un enorme costal de nieve. Al pasar por el cruceo murmuró:

—¡Valedme, Señor!

Y más allá, estremeciéndose de repente, con el quimérico miedo de que tan fúnebre camarada le fuese acompañando para siempre, y se tornase su destino galopar a través del mundo, en una noche

eterna, llevando un muerto a grupas de su caballo... Y no se contuvo, gritó para atrás, en el viento de la carrera que los zahería:

—¿En dónde queréis que os deje?

El ahorcado, acercando tanto el cuerpo a don Ruy que le tocó con el pomo de la daga, repuso:

—¡ Señor, conviene que me dejéis en el cerro!...

Dulce e infinito alivio para el buen caballero, pues el cerro estaba cerca, y ya se distinguían en la claridad desmayada los pilares y los travesaños negros. A poco detuvo el caballo, que bufaba, blanco de espuma.

El ahorcado, sin rumor, descendió de la silla, asegurando, como buen espolique, el estribo de don Ruy. Y con la calavera erguida y la lengua negra colgante entre los dientes blancos, murmuró una respetuosa súplica:

—¡ Hacedme ahora el gran servicio de volverme a colgar otra vez!

Don Ruy estremeciése de horror.

—¡ Por Dios! ¿Qué os ahorque yo?

El hombre suspiró, abriendo los brazos en un triste ademán:

—¡ Señor, por voluntad de Dios es, y por voluntad de Aquella que le es más grata a Dios!

Resignado, sumiso a los mandatos del Altísimo, apeóse don Ruy y comenzó a seguir al hombre, que caminaba hacia el cerro pensativamente, doblando el dorso, del cual salía, clavada y limpia, la punta de la daga. Paráronse ante la horca vacía. En tor-

no de las otras pendían los otros tres esqueletos. El silencio era más triste y hondo que los otros silencios de la tierra. El agua de la laguna ennegrecíase. La luna descendía, rápida y desfallecida. Don Ruy examinó el madero en donde quedaba el pedazo de cuerda cortada con la espada.

—¿Cómo queréis que os cuelgue?—exclamó—. No llevo con la mano al otro pedazo de cuerda; yo solo no basto para izaros.

—Señor—respondió el hombre—, ahí al lado debe de haber un rollo de cuerda. Una punta me la ataréis a este nudo que tengo en el pescuezo; la otra punta la echaréis por encima del madero, y tirando después, fuerte como sois, conseguiremos nuestro objeto.

Encorvados ambos, con pasos lentos, buscaron el rollo de cuerda. Lo encontró el ahorcado, y él mismo lo desenrolló... Entonces don Ruy descalzóse los guantes. Y enseñado por él (que tan bien lo aprendiera del verdugo), ató una punta al lazo que el hombre conservaba en el pescuezo, y tiró con fuerza la otra, que ondeó en el aire, pasó sobre el madero y quedó colgando cerca del suelo. Y el robusto caballero, afianzando los pies, retesando los brazos, tiró de la cuerda e izó el hombre hasta dejarlo suspenso, en la negrura, en el aire, como un ahorcado natural entre los demás ahorcados.

—¿Estáis bien así?

Lenta y sumisa vino la voz del muerto:

—Señor, estoy como debo.

Don Ruy entonces enrolló la cuerda al pilar de piedra. Y con el sombrero en la mano, limpiándose con la otra el sudor, que le corría a cántaros, contempló a su siniestro y milagroso compañero. Estaba ya rígido como antes, con la faz colgante bajo las melenas caídas, los pies enderezados, todo carcomido como un viejo tronco. En el pecho conservaba la daga clavada. Por encima, dos cuervos dormían quietos.

—Y ahora, ¿qué más quieres?—preguntó don Ruy, comenzando a ponerse los guantes.

Desde lo alto, el ahorcado murmuró:

—¡ Señor, con toda el alma os ruego que, al llegar a Segovia, le contéis el suceso a Nuestra Señora del Pilar, vuestra madrina, que de ella espero gran merced para mi salvación eterna por este servicio, que por su mandato os hizo mi cuerpo!

Todo lo comprendió don Ruy de Cárdenas entonces, y arrodillándose devotamente sobre el suelo de dolor y de muerte, rezó una larga oración por aquel buen ahorcado.

Después galcó para Segovia. Clareaba la mañana cuando traspasó la puerta de San Mauro. Sonaban las campanas en el aire claro. Y entrando en la iglesia de Nuestra Señora del Pilar, aun en el desaliño de su terrible jornada, don Ruy, de hinojos ante el altar, narró a su celestial madrina la ruin tentación que le llevara a Cabril, el socorro que del cielo había recibido, y con lágrimas de arrepentimiento y gratitud juró que nunca más pondría de-

C U E N T O S

seo en donde hubiese pecado, ni su corazón daría entrada a pensamiento que viniese del Mundo y del Mal.

IV

A esa hora, en Cabril, don Alonso de Lara, con los ojos abiertos de pasmo y de terror, escudriñaba todas las calles, macizos y frondas de su jardín. Cuando al amanecer, luego de abierta la puerta de la cámara en que había encerrado a Doña Leonor, descendió sutilmente al jardín y no encontró debajo del balcón, pegado a la escalera, como deliciosamente se prometía, el cuerpo de don Ruy de Cárdenas, tuvo por cierto que el odiado hombre, al caer, aun con un hilo débil de vida, se arrastraría, sangrando, con el intento de alcanzar el caballo y escapar de Cabril...

Mas con aquella recia daga que por tres veces enterrara en su pecho, y que en el pecho había dejado, no se arrastraría el villano muchos metros, y en algún sitio de aquéllos debía de yacer estirado y frío. Rebuscó entonces cada calle, cada sombra, cada macizo de arbustos. ¡Y—caso maravilloso—no descubrir el cuerpo, ni pisadas, ni tierra que hubiese sido removida, ni siquiera rastro de sangre sobre la tierra! ¡Y, sin embargo, mano certera y hambrienta de venganza tres veces le clavara la daga en el pecho y en el pecho la dejara!

¡Y era Ruy de Cárdenas el muerto! ¡Qué bien lo había conocido desde el fondo del cuarto donde espiaba, cuando a la claridad de la luna atravesó la terraza, confiado, ligero, con la mano en la cintura, la faz risueñamente erguida y la pluma del sombrero balanceándose en triunfo! ¡Cómo podrá suceder una cosa tan rara, un cuerpo mortal sobreviviendo a un hierro que tres veces le atraviesa el corazón y en el corazón le queda clavado? ¡Y la matanza señalábase en el vestigio de aquel cuerpo fuerte caído pesadamente como un fardo! ¡Ni una flor machacada, todas derechas, erguidas, frescas, con leves gotas de rocío sobre las corolas! Inmóvil de espanto, casi de terror, don Alonso de Lara detúvose allí, mirando el balcón, midiendo la altura de la escalera, contemplando con ojos espantados los aielies, derechos, frescos, sin un tallo u hoja doblada. Después comenzó a correr locamente por la terraza, por la avenida de los bojés, todavía con la esperanza de hallar una pisada, un tallo roto, alguna gota de sangre sobre la finísima arena.

¡Nada! Todo el jardín ofrecía un desusado arreglo y limpieza, como si sobre él nunca hubiese pasado el viento que deshoja ni el sol que mustia.

Entonces, al atardecer, devorado por la incertidumbre y el misterio, tomó un caballo y, sin escudero ni caballero, partió para Segovia. Encorvado y escondidamente, como un foragido, penetró en su palacio por la puerta del pomar, y su primer cuidado fué correr la galería abovedada, desatran-

car las maderas de las ventanas y espiar ávidamente la casa de don Ruy de Cárdenas. Todos los miradores de la vieja morada del arcediano estaban abiertas, respirando la frescura de la noche; y a la puerta, sentado en un banco de piedra, un mozo de caballeriza afinaba perezosamente la bandurria. Don Alonso de Lara descendió de su cámara, lívido, pensando que no aconteciera de seguro desgracia en una casa donde todas las ventanas se abren para recibir el fresco, y en la puerta de la calle tocan y se divierten los mozos. Batió las palmas, pidiendo furiosamente la cena. Y apenas sentado al extremo de la mesa, en su alta silla de cuero labrado, mandó llamar al intendente, a quien en seguida ofreció, con extraña familiaridad, una copa de vino añejo. En tanto el hombre, en pie, bebía respetuosamente, don Alonso, metiendo los dedos por la maraña de las barbas y forzando su sombría faz para arrancarle una sonrisa, preguntaba por las nuevas acaecidas en Segovia. Durante los días de su estancia en Cabril, ¿nada espantoso o digno de murmuración había ocurrido en la ciudad?... El intendente limpió los labios para afirmar que nada espantoso murmurábase en Segovia, a no ser que la hija del señor Don Gutiérrez, tan joven y rica heredera, tomaba el hábito de las Carmelitas Descalzas. Don Alonso insistía, mirando vorazmente al intendente. ¿Y no se trabara una gran lucha, no se encontrara herido en la carretera de Cabril a un caballero joven, muy conocido?...

El intendente encogía los hombros: nada decían por la ciudad de luchas ni caballeros heridos. Con un acento desabrido, don Alonso lo despidió de su presencia. Apenas terminada la parca cena, volvió a la galería para espiar de nuevo las ventanas de Don Ruy. Ahora estaban cerradas: en la última de la esquina percibíase tenue claridad.

Pasó en vigilia la noche, removiendo incansablemente el mismo espanto. ¿Cómo pudo escapar aquel hombre con una daga atravesada en el corazón? ¿Cómo?... Al amanecer tomó una capa, un largo sombrero, y descendió al atrio, todo embozado y cubierto, y quedó rondando por delante de la casa de don Ruy. Las campanas tocaban a maitines. Los mercaderes, con los jubones mal abotonados, salían a levantar los cierres de las puertas, a colgar el muestrario. Ya los hortelanos, picando los burros cargados de costales, lanzaban los pregones anunciando la hortaliza fresca; y los frailes descalzos, con la alforja al hombro, pedían limosna y bendecían a las mozas.

Beatas embozadas, con gruesos rosarios negros enfilaban golosamente hacia la iglesia. Después, el pregonero de la ciudad, parado en un extremo del atrio, tocó una bocina y con una voz tremenda comenzó a leer un edicto.

El señor de Lara detúvose junto a la fuente, pasmado, como embebecido en el canto de los chorros. De repente pensó que aquel edicto, leído por el pregonero de la ciudad, debía referir a don

C U E N T O S

Ruy, acaso a su desaparición... Corrió a la esquina del atrio; pero ya el hombre, con el papel enrollado, abríase paso, golpeando las losas con su vara descomunal. Y cuando se volvió para espiar de nuevo la casa, he aquí que sus ojos, atónitos, tropiezan a don Ruy, ¡a don Ruy, su víctima, que venía caminando hacia la iglesia de Nuestra Señora, ligero, airoso, la faz risueña y erguida en el fresco aire de la mañana, de jubón claro, con plumas claras, con una de las manos posada en el cinto, la otra meneando distraídamente un bastón con borlas de torzal de oro! Don Alonso recogióse a su casa con pasos arrastrados y envejecidos. En lo alto de la escalera de piedra halló a su viejo capellán, que venía a saludarle y que penetrando con él en la antecámara, después de pedir con reverencia nuevas de la señora doña Leonor, le habló de un prodigioso caso que había llenado a la ciudad de espanto y murmuración. ¡En la víspera, por la tarde, yendo a visitar el corregidor el Cerro de las Horcas, pues se acercaba la fiesta de los Santos Apóstoles, descubriera, con mucho pasmo y escándalo, que uno de los ahorcados tenía una daga clavada en el pecho! ¿Era gracia de algún pícaro siniestro? ¿Venganza que la muerte no saciara?... ¡Y para mayor prodigio aún, el cuerpo había sido descolgado del madero, arrastrado por huerta o jardín (pues que presas a los viejos harapos se encontraron hojas tiernas), y después nuevamente ahorcado y con una cuerda nueva!... ¡Tal era la tur-

E Ç A D E Q U E I R O Z

bulencia de los tiempos que ni los muertos se privaban de tamaños ultrajes!

Don Alonso escuchaba temblando, con los cabellos de punta. Inmediatamente, con una ansiosa agitación, bramando, tropezando contra las puertas, quiso convencerse con sus propios ojos de la fúnebre profanación. En dos mulas enjaezadas de prisa, ambos salieron para el Cerro de los Ahorcados, él y el capellán, arrastrado y aturdido. Un gran golpe de vecinos de Segovia reuniérase en el Cerro, poseídos todos de un horror maravilloso, ¡ante el muerto que había sido muerto!... Todos se arremolinaron en torno del noble señor de Lara, que permanecía desmadejado y lívido, mirando al ahorcado y a la daga que le atravesaba el pecho. Era su daga. ¡Fuera él quien había matado al muerto!

Galopó todo empavorecido para Cabril. Y allí se encerró con su secreto, comenzando a palidecer, a adelgazar, siempre alejado de la señora doña Leonor, escondido por las calles sombrías del jardín, murmurando palabras al viento, hasta que en la madrugada de San Juan, una criada, que volvía de la fuente con su cántaro, lo encontró muerto bajo el balcón de piedra, tendido en el suelo, con los dedos clavados en el bancal de alelíos, donde parecía haber escarbado largamente la tierra buscando algo...

V

Para huír de tan lamentables memorias, la señora doña Leonor, heredera de todos los bienes de la casa de Lara, recogióse a su palacio de Segovia. Pero como ahora sabía que el señor don Ruy de Cárdenas había escapado milagrosamente de la emboscada de Cabril, y como día por día, acechando por entre las rejas, lo seguía con ojos húmedos, jamás satisfechos, cuando el caballero cruzaba el atrio para entrar en la iglesia, no quiso ella, con recelo de las prisas e impacencias de su corazón, visitar a Nuestra Señora del Pilar mientras durase el luto. Más tarde, una mañana de domingo, cuando en vez de crespones negros se pudo cubrir de sedas rojas, descendió la escalera de su palacio, pálida por efecto de una emoción nueva y divina, pisó las losas del atrio y traspuso las puertas de la iglesia. Don Ruy de Cárdenas estaba arrodillado delante del altar, en donde había colocado su votivo ramo de claveles rojos y amarillos. Al rumor de las finas sedas, irguió los ojos con una esperanza purísima, hecha de gracia celeste, como si un ángel le hubiese llamado. Doña Leonor arrodillóse, arqueado el pecho por la impresión, tan pálida y tan feliz, que la cera de las hachas no era más pálida, ni más felices las golondrinas que batían sus alas libres por las ojivas de la vieja iglesia.

E Ç A D E Q U E I R O Z

Ante ese altar, y de rodillas en esas losas, ambos fueron casados por el obispo de Segovia, don Martín, en el otoño del año de gracia de 1475, siendo ya Reyes de Castilla Isabel y Fernando, muy poderosos y muy católicos, por quien Dios operó grandes hechos sobre la tierra y sobre el mar.

X

JOSE MATHIAS

I

¡Linda tarde, mi amigo!... Estoy esperando el entierro de José Mathías—de José Mathías de Alburquerque, sobrino del Vizconde de Garmilde... Usted seguramente lo conoció; un muchacho airoso, rubio como una espiga, con un bigote crespo de paladín sobre una boca indecisa de contemplativo, diestro caballero, de una elegancia sobria y fina... Y espíritu curioso, muy aficionado a las ideas generales, tan penetrante que comprendió mi *Defensa de la Filosofía Hegeliana*... Esta imagen de José Mathías data de 1865; porque la última vez que le encontré, en una tarde agreste de Enero, metido en un portal de la calle de San Benito (1), tiritaba dentro de una chaqueta color de miel, roída por los codos, y hedía abominablemente a aguardiente...

(1) Esta calle de São Bento es una de las más largas de Lisboa. Está dividida por el Largo de São Bento, donde están las dos Cámaras; construido este edificio sobre el antiguo y enorme convento de San Benito, de aspecto vulgar y sin interés arquitectónico, tiene toda la banalidad de los fines del siglo XVII.—*N. del T.*

Pero ¿no se acuerda, amigo mío? En una ocasión en que José Mathías, volviendo de Porto, se detuvo en Coimbra, cenó con él, en el Palacio del Conde. Hasta me acuerdo que Craveiro, que preparaba entonces las *Ironías y dolores de Satán*, para encizañar más la discordia entre la Escuela Purista y la Escuela Satánica, recitó aquel soneto suyo de tan fúnebre idealismo: *Na jaula do meu peito, o coração...* (1) Y aún me acuerdo que José Ma-

(1) Indudablemente, con este episodio de la vida novelesca de José Mathías alude Eça de Queiroz a un episodio real de su vida, que ya está bien romantizado en *A Correspondencia de Fradique Mendes*. En la época inicial de su vida literaria, Eça, que se transmuta allí bajo el disfraz de Fradique y aquí bajo el de Craveiro, hizo versos. Y esos versos eran todos de sabor y corte satánico, influenciados enormemente por Baudelaire y Carducci, creando realmente el único aspecto visible de poesía satánica que hubo en Portugal y que en otras literaturas tanto se señaló. Con ello concitaba las iras de los puristas académicos de la Escuela de Lisboa, al frente de los cuales se agrupaba su luego íntimo amigo y colaborador Ramalho Ortigão, que escribió por esa época un folleto, *Litteraturas de hoje*, impregnado de la vibración de esas luchas literarias, esa briga entre la escuela purista y la escuela rebelde, que en su aspecto satánico sólo estaba representada por Eça bajo el seudónimo de Carlos Fradique Mendes. Después de Eça, que se refugió en seguida en la novela, cultivó la poesía satánica, dedicando a ella todo su esfuerzo, el excelso poeta, aún hoy vivo, el Baudelaire y a la vez el Verlaine portugués, tanto por sus versos como por su vida agitada, Gomes Leal.—N. del T.

thías, con una corbata de satén negro, aprisionada entre el cuello de lino blanco, sin despegar los ojos de las velas de las serpentinatas, sonreía pálidamente ante aquel corazón que rugía en su jaula... Era una noche de Abril, de luna llena... Paseamos después en bando, con guitarras, por el Puente y por el Choupal... Januario cantó ardientemente las endechas románticas de nuestra época:

*Hontem de tarde ao sol posto
contemplabas silenciosa
a torrente caudalosa
que refervía a teus pès*

("Ayer de tarde, al ocaso,
contemplabas silenciosa
la corriente caudalosa
que se agitaba a tus pies.")

¡Y José Mathías, recostado en el parapeto del puente, con el alma y los ojos perdidos en la luna!...

¿Por qué no acompaña usted a este mozo interesante al Cementerio de los Placeres?... (1). Yo

(1) El Cementerio *dos Prazeres*, o Cementerio Occidental, está al extremo de la larga calle de Saraiva de Carvalho, pudiendo irse a él desde la *Tapada das Necessidades* (parque del antiguo Palacio de las Necesidades, donde moraban los reyes de Portugal), por las calles de Possolo y Patrocinio. Hay además el Primer Cementerio, o Cementerio Oriental o de San Juan, de *S. João*, el cual está

tengo un coche de plaza y con número, como conviene a un profesor de Filosofía... ¿Qué? ¿Que no quiere usted venir por causa de esos pantalones claros? ¡Oh, mi querido amigo!... De todas las materializaciones de la simpatía, ninguna más groseramente material que la tela negra. ¡Y el hombre que vamos a enterrar era un gran espiritualista!...

Ya viene el ataúd, saliendo de la iglesia... Sólo tres carruajes para acompañarle... Pero, realmente, mi querido amigo, es que José Mathías murió hace seis años, en su puro brillo... Ese que ahí llevamos, medio descompuesto, dentro de unas tablas, galoneadas de amarillo, es un resto de borracho, sin historia y sin nombre, que el frío de Febrero mató en el quicio de un portal...

¿Quién es el sujeto de lentes de oro, dentro del *coupé*?... No lo conozco, amigo mío... Tal vez un pariente rico, de esos que aparecen en los entierros, con el parentesco correctamente cubierto de luto, cuando el difunto ya no importuna ni compromete... El hombre obeso de carátula amarilla, dentro de la *victoria*, es Alves *Capón*, que tiene un periódico donde, desgraciadamente, la Filosofía no abun-

más separado de la ciudad, yéndose a él por la Avenida del Almirante Reis, y torciéndose luego por el antiguo camino de Circunvalación. Hay además en Lisboa dos cementerios españoles, el Cementerio de los Ingleses, que está detrás del paseo de la Estrella, y el Cementerio de los Alemanes, en la Rua do Patrocinio, ambos muy próximos al Cementerio Occidental.—N. del T.

da, y que se llama *A Piada*. ¿Qué relaciones le vinculaban a Mathías?... No sé... Tal vez se emborrachasen en las mismas tascas; tal vez José Mathías últimamente colaborase en *A Piada*; tal vez debajo de aquella gordura y de aquella literatura, ambas tan sórdidas, se abrigue un alma compasiva... Este es nuestro coche... ¿Quiere que baje la ventanilla?... ¿Un cigarro?... Yo traigo fósforos...

Pues este José Mathías fué un hombre desconsolador, para quien, como yo, en la vida ama la evolución lógica y pretende que la espiga nazca coherentemente del grano... En Coimbra siempre le consideramos como un alma escandalosamente banal. Tal vez a este juicio contribuía su horrenda corrección. ¡Nunca un rasgón brillante en el manteo estudiantil! ¡Nunca el polvo pegado a los zapatos!... ¡Nunca un pelo rebelde de cabello o de bigote, escapando de aquel alifio rígido que nos desconsolaba!...

¡A más de eso, en nuestra ardiente generación fué el único intelectual que no rugió con las miserias de Polonia; que leyó sin palidez ni llanto *Las Contemplaciones*; que permaneció insensible ante la herida de Garibaldi!... Y, sin embargo, en ese José Mathías no había sequedad alguna, ni dureza, ni egoísmo, ni poca afabilidad!... Por el contrario... Un suave camarada, siempre cordial y mansamente risueño... Toda su inmutable quietud parecía proceder de una inmensa superficialidad sentimental...

Y en ese tiempo, con razón y propiedad apodamos a aquel mozo tan suave, tan rubio y tan ligero, *Mathías-Corazón de Ardilla...*

Cuando se licenció, como se había muerto el padre y después su madre, delicada y linda señora, de quien había heredado cincuenta mil duros, marchó a Lisboa para alegrar la soledad de un tío que le adoraba, el general Vizconde de Garmilde. ¡Usted se acuerda, sin duda, de aquella perfecta estampa de general clásico, siempre con los bigotes terroríficamente encrespados, los pantalones color de flor de romero, desesperadamente estirados por las presillas sobre las botas relucientes, y el látigo debajo del brazo, con la punta temblando, ávida de fustigar al Mundo!... Guerrero grotesco y deliciosamente bueno... Garmilde moraba entonces en Arroyos, en una casa antigua de azulejos, con un jardín donde él cultivaba apasionadamente macizos soberbios de dalias...

Ese jardín subía suavemente hasta el muro cubierto de hiedra, que le separaba de otro jardín, el amplio y bello jardín de rosas del consejero Matos Miranda, cuya casa, con una terraza aireada entre dos torreoncitos amarillos, se erguía en la cima del otero y se llamaba la casa de "Los Parrales". Usted conoce (por lo menos de tradición, como se conoce a Elena de Troya o a Inés de Castro) a la hermosa Elisa Miranda, Elisa "la de Los Parrales"... Fué la sublime belleza romántica de

Lisboa, en los últimos tiempos de la Regeneración... Pero, realmente, Lisboa sólo la entreveía por las ventanillas de su gran calesa o en alguna noche de iluminación del Paseo Público (1), entre la polvareda y la turba, o en los dos bailes del Casino del Carmen, del cual era Mattos Miranda director venerable... Por afición casera de provinciana o por pertenecer a aquella burguesía seria que en esos tiempos, en Lisboa, aun conservaba los antiguos hábitos severamente enclaustrados, o por imposición paternal del marido, ya diabético y con sesenta años, la Diosa rara vez salía de Arroyos y se mostraba a los mortales... Pero quien la vió con facilidad constante, casi irremediamente, luego que se instaló en Lisboa, fué José Mathías, porque, situado el palacete del general en la falda de la colina, al pie del jardín y de la casa de "Los Parrales", no podía la divina Elisa asomarse a una ventana, atravesar la terraza, coger una rosa entre las sendas de bojés, sin ser deliciosamente visible, tanto más cuanto que en los jardines soleados ningún árbol extendía la cortina de su ramaje denso... Usted seguramente tara-

(1) El Paseo Público llamábase por excelencia—y a él se refiere Eça de Queiroz en varias de sus novelas—aquella parte de Lisboa donde se comenzó después a trazar la amplia y hermosa *Avenida da Libertade*. Entonces era un pequeño trozo de paseo, con arbolado y fuentes, centro de la animación en los domingos y días festivos.—*N. del T.*

reó, como todos tarareamos, aquellos versos manidos, pero inmortales:

*Era no outono quando a imagem tua
á luz da lua... (1)*

Pues como en esa estrofa el pobre José Mathías, al regresar de la playa de Ericeira en Octubre, en el otoño, divisó a Elisa Miranda una noche en la terraza, a la luz de la luna... Usted nunca contempló aquel precioso tipo de encanto lamartiniano... Alta, esbelta, ondulosa, digna de la comparación bíblica de palmera al viento... Cabellos negros, lustrosos y abundantes, en bandós ondeados... Una carnación de camelia muy fresca... Ojos negros, líquidos, quebrados, tristes, de largas pestañas...

¡Ah, amigo mío, hasta yo mismo, que entonces anotaba laboriosamente a Hegel, después de encontrarla en una tarde de lluvia esperando el carruaje a la puerta de Seixas, la adoré durante tres exaltados días y le rimé un soneto!... No sé si José Mathías le dedicó sonetos. ¡Pero todos nosotros, sus amigos, advertimos al punto el profundo, fuerte y absoluto amor que concibió desde la noche de otoño, a la luz de la luna, aquel corazón que en Coimbra considerábamos *de ardilla!*...

(1) "Era en otoño cuando tu imagen a la luz de la luna."—*N. del T.*

II

Bien comprende que hombre tan comedido y tranquilo no exhaló suspiros públicos. Sin embargo, ya en tiempo de Aristóteles se afirmaba que el amor y el humo no se esconden, y de nuestro hermético José Mathías el amor comenzó a salir pronto como el humo a través de las hendiduras invisibles de una casa cerrada que arde terriblemente. Bien me acuerdo de una tarde que le visité en Arroyos, después de volver de Alemtejo. Era un domingo de Julio... El iba a comer con una tía abuela, doña Mafalda Noronha, que vivía en Bemfica, en la quinta de los Cedros, donde habitualmente comían también los domingos Mattos Miranda y la divina Elisa. Creo que sólo en esa casa ella y José Mathías se encontraron, sobre todo con las facilidades que ofrecen pensativas alamedas y retiros de sombra. Las ventanas del cuarto de José Mathías daban a su jardín y al jardín de los Mirandas; y cuando entré, él aun se vestía lentamente. ¡Nunca admiré, amigo mío, rostro humano aureolado por felicidad más segura y serena!...

Sonreía luminosamente cuando me abrazó con una sonrisa que venía de las profundidades del alma iluminada; sonreía aún deliciosamente mientras yo

le conté todos mis disgustos en el Alementejo; sonrió después extáticamente, aludiendo al calor y enrollando un cigarro, distraído; y sonrió siempre, extasiado, al escoger en la gaveta de la cómoda, con escrúpulo religioso, una corbata de seda blanca. Y a cada momento, irresistiblemente, por un hábito ya tan inconsciente como el pestañear, sus ojos risueños, tranquilamente enternecidos, se volvían hacia las vidrieras cerradas... De suerte que, acompañando a aquel rayo dichoso de luz, descubrí, al punto, en la terraza de la casa de Los Parrales a la divina Elisa, vestida de claro, con un sombrero blanco, paseando indolentemente, calzando pensativamente los guantes y espiando también las ventanas de mi amigo, que un relampagueo oblicuo de sol cegaba de manchas de oro... José Mathías, entretanto, conversaba o, más bien, murmuraba, a través de la sonrisa perenne, cosas afables y distraídas... Toda su atención se concentraba delante del espejo, en el alfiler de coral y perla para prender la corbata, en el cuello blanco que abotonaba y ajustaba con la devoción con que un cura joven, en la exaltación cándida de la primera misa, se reviste de la estola y del amito para acercarse al altar... ¡Nunca vi a un hombre echar agua de Colonia en el pañuelo con tan profundo éxtasis!... ¡Y después de ponerse el abrigo y de clavarle una soberbia rosa, con inefable emoción y sin contener un delicioso suspiro, abrió ampliamente y solemnemente las vidrieras!... *Introibo ad altare*

Dea!... (1) Yo permanecí discretamente enterrado en el sofá. Y ¡querido amigo, créalo!, envié a aquel hombre ante la ventana, inmóvil, rígido en su adoración sublime, con los ojos y el alma y todo el ser clavados en la terraza, en la blanca mujer calzando los guantes claros, y tan indiferente al Mundo como si el Mundo fuese sólo el ladrillo que ella pisaba y cubría con los pies!...

¡Y este éxtasis, mi querido amigo, duró diez años, así espléndido, puro, distante e inmaterial!... No se ría... Seguramente se encontraban en la quinta de doña Mafalda; seguramente se escribían y efusivamente, echando las cartas por encima del muro que separaba las dos quintas; pero nunca, por encima de las hiedras de ese muro, buscaron la rara delicia de una conversación robada o la delicia aun más perfecta de un silencio escondido en la sombra... ¡Y nunca cambiaron un beso! ¡No lo dude!... Algún apretón de manos fugitivo y ávido, bajo las arboledas de la quinta de doña Mafalda, fué el límite exaltadamente extremo que la voluntad les marcó al deseo... Usted no comprenderá cómo se mantuvieron así dos frágiles cuerpos durante diez años en tan terrible y mórbido renunciamiento...

(1) Eça parodia aquí la frase del Salmista que se lee en el Introito de la misa. *Introibo, ad altare Dei*, dicen los sacerdotes católicos al comienzo del Santo Sacrificio. *Introibo ad altare Deæ*, "entraré al altar de la Diosa", dice remedando Queiroz en el caso psicológico tan extraño de José Mathías".—*N. del T.*

Si; ciertamente les faltó para perderse una hora de tranquilidad o una puertecita en el muro... Después, la divina Elisa vivía realmente en un monasterio, en que cerrojos y rejas estaban formados por los hábitos rígidamente reclusos de Mattos Miranda, diabético y triston... Pero en la castidad de este amor entró mucha nobleza y delicadeza superior de sentimiento... El amor espiritualiza al hombre y materializa a la mujer... ¡Esa espiritualización era fácil a José Mathías; que (no lo dudemos) había nacido desvariadamente espiritualista; pero la humana Elisa encontró también un gozo delicado en esa ideal adoración de monje que ni se atreve a rozar, con los dedos trémulos y envueltos en el rosario, la túnica de la Virgen sublimada!... ¡El, sí!... El gozó en ese amor transcendentemente desmaterializado un encanto sobrehumano... ¡Y durante diez años, como el Ruy-Blas del viejo Hugo, caminó vivo y deslumbrado, dentro de su sueño radiante, sueño en que Elisa habitó realmente dentro de su alma, en una fusión tan absoluta, que se tornó consubstancial con su ser!... ¿Creerá usted que abandonó el cigarro puro, aun paseando solitariamente a caballo por los alrededores de Lisboa, desde el punto y hora en que descubrió en la quinta de doña Mafalda, una tarde, que el humo molestaba a Elisa?...

Y esta presencia real de la divina criatura en su ser creó en José Mathías modos nuevos y extraños, que derivaban de la alucinación. Como el Vizconde

de Garmilde cenaba temprano, a la hora vernácula del Portugal antiguo, José Mathías cenaba, después de la función de San Carlos, en aquel delicioso y añorado Café Central, donde el lenguado parecía frito en el cielo y el Collares (1) en el cielo embotellado. Pues nunca cenaba sin candelabros, profusamente encendidos, y sin la mesa surcada de flores. ¿Por qué? ¡Porque Elisa cenaba allí también, invisible!... De ahí esos silencios bañados en una sonrisa religiosamente atenta... ¿Por qué? ¡Porque siempre la estaba escuchando!... Aun me acuerdo que arrancó de su cuarto tres grabados clásicos de faunos osados y ninfas rendidas... Elisa flotaba idealmente en aquel ambiente; y él purificaba las paredes, que mandó forrar de sedas claras. El amor arrastra al lujo, sobre todo un amor de tan elegante idealismo; y José Mathías prodigalizó con esplendor el lujo de que ella participaba... Decentemente no podía andar con la imagen de Elisa en un coche de punto, ni consentir que rozase la augusta imagen por las sillas de paja de la platea de San Carlos. Adquirió y lució, por lo tanto, carruajes de un gusto sobrio y puro; y se abonó a un palco en la Opera, donde instaló para ella una poltrona pontifical, de satén blanco, bordado con estrellas de oro...

A más de eso, como había descubierto la generosidad de Elisa, al punto se tornó semejante y sun-

(1) Vino clásico de Portugal, del cual hay varias marcas muy populares: Sanguinhal, Ramisco, etc.—*N. del T.*

tuosamente generoso; y nadie existió entonces en Lisboa que prodigase con facilidad más risueña billetes de cien mil *reis* (1). Así desbarató rápidamente sesenta mil duros (*sessenta contos*) con el amor de aquella mujer, a quien nunca había regalado una flor...

Y durante ese tiempo, ¿qué hacía el buen Mattos Miranda? Mi amigo, el buen Mattos Miranda no perturbaba ni la perfección ni el sosiego de esta felicidad... ¿Tan absoluto sería el espiritualismo de José Mathías que sólo se interesase por el alma de Elisa, indiferente a las sumisiones de su cuerpo, envoltura inferior y mortal? No lo sé... La verdad sea dicha; aquel digno diabético, tan grave, siempre con bufanda de lana oscura, con sus patillas grisáceas, sus graves lentes de oro, no sugería ideas inquietantes de marido ardiente, cuyo ardor, fatal e involuntariamente, se comparte y abrasa. Sin embargo, nunca comprendí yo, filósofo, aquella consideración casi cariñosa de José Mathías por el hombre que, aun desinteresadamente, podía, por derecho, por costumbre, contemplar a Elisa desatando las cintas de la enagua blanca... ¿Habría allí reconocimiento porque Miranda había descubierto en una remota calle de Setubal (donde José Mathías nunca la hubiera adivinado) a aquella divina mujer,

(1) Hoy, con la nueva organización de la moneda, serían billetes de cien escudos, siendo cada escudo 1.000 *reis*.
Nota del traductor.

y por sostenerla con comodidad, sólidamente nutrida, elegantemente vestida, transportada en calesas de ruedas suaves? ¿O había recibido José Mathías aquella acostumbrada confianza: "No soy tuya ni de él"... , que tanto consuela del sacrificio, porque tanto lisonjea el egoísmo?... No sé... Pero con certeza, este su magnánimo desprecio por la presencia corporal de Miranda en el templo donde habitaba su Diosa, daba a la felicidad de José Mathías una unidad perfecta, la unidad de un cristal que por todos lados brilla, igualmente puro, sin resquebrajadura ni mancha... Y esta felicidad, mi amigo, duró diez años... ¡Qué escandaloso lujo para un mortal!...

Pero un día, la tierra tembló toda para José Mathías, en un terremoto de incomparable espanto. En enero o febrero de 1871, Miranda, ya debilitado por la diabetes, murió de una pneumonía. Por estas mismas calles, en un pachorronto coche de alquiler, acompañé su entierro, numeroso y rico, con Ministros en el duelo, porque Miranda pertenecía a las Instituciones. Y después, aprovechando el coche, visité a José Mathías en Arroios, no por curiosidad perversa, ni para brindarle felicitaciones indecentes, sino para que en aquel lance extraordinario sintiese al lado la fuerza moderadora de la Filosofía... Encontré, sin embargo, con él a un amigo más antiguo y confidencial, aquel brillante Nicolás da Barca, que ya conduje también a este cementerio, donde yacen ahora, debajo de lápidas, todos aquellos camaradas con quienes levanté castillos en las nu-

bes... Nicolás había llegado de Velloso, de su quinta de Santarem, de madrugada, reclamado por un telegrama de Mathías. Cuando entré, un criado preparaba apresuradamente dos maletas enormes... José Mathías marchábase esa noche para Porto. Ya se había puesto un traje de viaje, todo negro, con zapatos de cuero amarillo, y después de sacudirme la mano, mientras Nicolás removía un *grog*, continuó vagando por el cuarto, callado, como entontecido, con un ademán que no era emoción, ni alegría púdicamente disfrazada, ni sorpresa de su destino, bruscamente sublimado... ¡No! Si el buen Darwin no nos engaña en su libro *La Expresión de las Emociones*, José Mathías, en esa tarde, sólo sentía y sólo expresaba congoja... En frente, en la casa de Los Parrales, todas las ventanas permanecían cerradas bajo la tristeza de la tarde cenicienta... Y, sin embargo, sorprendí a José Mathías dirigiendo a la terraza rápidamente una mirada en que se reflejaba inquietud, ansiedad, casi terror. ¿Cómo diré?... ¡Aquella es la mirada que se dirige hacia la jaula, poco segura, donde se agita una leona!... En un momento en que había entrado en la alcoba, murmuré a Nicolás por encima del *grog*: “Mathías hace perfectamente en ir para Porto...” Nicolás se encogió de hombros... “Sí, pensó que era lo más delicado—dijo Nicolás—. Yo lo aprobé... Pero sólo durante los meses de luto riguroso...”

A las siete acompañamos a nuestro amigo a la estación de Santa Apolonia... A la vuelta, dentro del

coupé, que una lluvia fuerte batía, filosofamos. Yo sonreía contento: "Un año de luto, y después mucha felicidad... y muchos hijos... ¡Es un poema acabado!..." Nicolás replicó seriamente: "Y acabado en una deliciosa y succulenta prosa... La divina Elisa queda con toda su divinidad y la fortuna de Mattos Miranda, unos diez o doce mil duros de renta... Por primera vez en nuestra vida, tú y yo contemplamos la virtud recompensada..."

III

Mi querido amigo, los meses ceremoniales de luto pasaron, después otros, y José Mathías no se marchó de Porto. En ese Agosto lo encontré instalado fundamentalmente en el Hotel Francfort, donde entretenía la melancolía de los días calurosos fumando (porque había vuelto al tabaco), leyendo novelas de Julio Verne y bebiendo cerveza helada hasta que la tarde refrescaba y él se vestía y se perfumaba y se florecía para comer en la Foz.

Y a pesar de acercarse el bendito remate del luto y de la desesperada espera, no noté en José Mathías ni alborozo elegantemente reprimido ni protesta contra la lentitud del tiempo, viejo a veces tan moroso y renqueante... ¡Por el contrario!... A la sonrisa de radiante certidumbre que en esos años le había iluminado con un nimbo de beatitud, sucedió la seriedad pesada, toda llena de sombra y de arru-

gas, de quien se debate en una duda insoluble, siempre presente, roedora y dolorosa... ¿Qué quiere que le diga? En ese verano, en el Hotel Francfort, siempre me pareció que José Mathías, a cada instante de su vida, aun libando la fresca cerveza, aun calzando los guantes al entrar en el coche que le llevaba a la Foz, preguntaba ansiosamente a su conciencia: “¿Qué he de hacer? ¿Qué he de hacer?” Y después, una mañana, al almuerzo, realmente me asombró exclamando al abrir el periódico con un asomo de sanguínea coloración en el rostro: “¿Cómo? Ya estamos a veintinueve de Agosto?... ¡Santo Dios!... ¡Ya a fines de Agosto!...”

Volví a Lisboa, amigo mío. El invierno pasó muy seco y muy azul. Yo trabajé en mis *Orígenes del Utilitarismo*. Un domingo, en el Rocío, cuando ya se vendían claveles en las tabaquerías, divisé dentro de un *coupé* a la divina Elisa, con plumas moradas en el sombrero. Y en esa semana leí en *El Diario Ilustrado* la noticia corta, casi tímida, del casamiento de la señora Doña Elisa Miranda... ¿Con quién, mi amigo?... ¡Con el conocido propietario señor Francisco Torres Nogueira!...

Mi amigo cerró el puño y se golpeó en la cadera, espantado. ¡Yo también cerré los puños, pero para levantarlos al cielo, donde se juzgaban los actos de la Tierra, y clamar furiosamente, a gritos, contra la falsedad, la inconstancia ondulante y pérfida, y toda la engañosa torpeza de las mujeres, y de aquella especial Elisa, llena de infamia entre las muje-

res!... ¡Traicionar aprisa, precipitadamente, apenas acabara el luto riguroso, a aquel noble, puro e intelectual José Mathías y su amor de diez años, sumiso y sublime!...

Y después de alzar los puños hacia el cielo, aun los apretaba en la cabeza, gritando: "Pero ¿por qué? ¿Por qué?...". ¿Por amor?... Durante años enteros había amado extasiadamente a aquel mozo y de un amor que no se había desilusionado ni se había hartado, porque permanecía suspenso, inmaterial, insatisfecho... ¿Por ambición? Torres Nogueira era un ocioso amable como José Mathías, y poseía en viñas hipotecadas los mismos cincuenta o sesenta mil duros que ahora había heredado José Mathías del tío Garmiede en tierras excelentes y libres. Entonces ¿por qué? Ciertamente, porque los abundantes bigotes negros de Torres Nogueira apetecieron más a su carne que el bozo rubio y pensativo de José Mathías... ¡Ah, bien ha enseñado San Juan Crisólogo que la mujer es un monstruo de impureza, levantado a la puerta del Infierno!...

Pues, amigo mío, cuan 'o yo rugía así, encuentro una tarde en la calle del Alecrim (1) a nuestro Ni-

(1) *Rua do Alecrim* es una de las calles más concurridas de Lisboa. Arrancando de la plaza de Luis de Camões, va en cuesta hasta el río, hasta los *Caes do Sodré*, muelles de Sodré. Pasa por dos viaductos sobre las calles de São Paulo y Rua Nova do Carvalho. Los *Caes do Sodré* llámanse hoy oficialmente Plaza del Duque de Terceira, y en ella hay un monumento al héroe de la lucha entre don

colau da Barca, que salta del coche, me empuja hacia un portal y agarra excitadamente mi pobre brazo y exclama aterrado: “¿Ya sabes?... Fué José Mathías quien se negó... Ella escribió, estuvo en Porto, lloró... ¡El ni consintió en verla!... ¡No quiso casarse, no quiso casarse!...” Quedé traspasado... “Y entonces, ella...” “Despechada, vigorosamente asediada por Torres, cansada de la viudez, con aquellos magníficos treinta años en flor, ¡qué diablo, pobrecita, se casó!...” Yo levanté los brazos hasta la bóveda del patio... “Pero entonces, ¿ese sublime amor de José Mathías?...” Nicolás, su íntimo y confidente, juró con irrecusable seguridad: “¡Es el mismo siempre!... ¡Infinito, absoluto!... Pero ¡no quiere casarse!...” Ambos nos miramos, y después ambos nos separamos, encogiendo los hombros con aquel asombro resignado que conviene a los espíritus prudentes, ante lo Incognoscible... ¡Pero yo, filósofo, y por lo tanto espíritu imprudente, toda esa noche agujereé el acto de José Mathías con la punta de una psicología que expresamente había agujerado; y ya de madrugada, cansado, deduje, como se

Pedro y D. Miguel en el siglo XIX, en la cual el mariscal fué un valiente conductor del Ejército, significándose por su gallarda entrada en Lisboa, en 1833, al frente de un escaso número de fuerzas liberales. En medio de la *Rua do Alecrim* está el *Largo del Barão de Quintella*, donde se erigió en 1903 el monumento de Teixeira Lopes a Eça de Queiroz. El gran novelista está enclavado en mármol inmortal en uno de sus barrios predilectos.—*N. del T.*

deduce siempre en filosofía, que me encontraba delante de una Causa Primaria, y por lo tanto impenetrable, donde se quebraría, sin ventaja para mí ni para el mundo, la punta de mi instrumento!...

Después, la divina Elisa se casó y continuó habiendo Los Parrales con su Torres Nogueira, en la comodidad y el sosiego que ya había gozado con su Mattos Miranda... A medidados del verano José Mathías se trasladó de Porto a Arroyos, al caserón del tío Garmilde, donde volvió a ocupar sus antiguos cuartos con los balcones hacia el jardín, ya florecido de dalias que nadie cultivaba... Vino Agosto, como siempre en Lisboa, silencioso y cálido... Los domingos, José Mathías comía con doña Mafalda de Noronha en Bemfica (1), solitariamente; porque Torres Nogueira no conocía a aquella venerada señora de la Quinta de los Cedros... La divina Elisa, con vestidos claros, paseaba a la tarde por el jardín, entre los rosales. De suerte que la única mudanza en aquel dulce rincón de Arroyos parecía ser Mattos Miranda en su magnífico mausoleo del Cementerio de los *Prazeres*, todo de mármol, y Torres Nogueira en el lecho admirable de Elisa...

Había, sin embargo, una mudanza tremenda y dolorosa: la de José Mathías. ¿Adivina usted cómo ese desgraciado consumía sus estériles días?... ¡Con los ojos, y la memoria, y el alma, y todo el ser

(1) Arrabal de Lisboa delicioso de paisajes y encanto, con quintas y palacios entre arboledas.—*N. del T.*

clavados en la terraza, en las ventanas, en los jardines de Los Parrales!... Pero ahora no era con las vidrieras ampliamente abiertas, en abierto éxtasis, con la sonrisa de segura beatitud; era por detrás de las cortinas cerradas, a través de una leve hendidura, escondido, siguiendo furtivamente los blancos pliegues del vestido blanco, con el semblante demarcado por la angustia y por la derrota... ¿Y comprende por qué sufría así este pobre corazón?... ¿Ciertamente porque Elisa, desdeñada por sus brazos cerrados, había corrido en seguida, sin lucha, sin escrúpulos, para otros brazos más accesibles y más dispuestos?... ¡No mi amigo!... Y note ahora la complicada sutileza de esta pasión.

José Mathías permanecía devotamente creyente de que Elisa, en la profundidad de su alma, en ese sagrado fondo espiritual donde no entran las imposiciones de las conveniencias, ni las decisiones de la razón pura, ni los ímpetus del orgullo, ni las emociones de la carne, le amaba a él, únicamente a él, y con un amor que no había disminuído ni se había alterado, que florecía en todo su vigor, aun sin ser regado ni cultivado, ¡como la antigua Rosa Mística!... Lo que le torturaba, mi amigo, lo que le había surcado de largas arrugas en cortos meses, era que un hombre, un macho, un bruto, se hubiese apoderado de aquella mujer, ¡que era suya!..., y que del modo más santo y más socialmente puro, bajo el patrocinio enternecido de la Iglesia y del Estado ensuciase con los recios bigotes negros has-

ta la saciedad aquellos divinos labios que él nunca se había atrevido a rozar, en la supersticiosa reverencia y casi en el terror de su divinidad... ¿Cómo le diré?... El sentimiento de este extraordinario Mathías era el de un monje postrado ante una imagen de la Virgen en trascendente éxtasis, cuando de repente un bestial sacrílego trepa al altar y levanta obscenamente la túnica de la imagen...

Mi amigo sonríe... ¿Y entonces, Mattos Miranda? ¡Ah, mi amigo! Ese era diabético, y grave, y obeso, y ya existía instalado en Los Parrales, con su obesidad y su diabetes, cuando él había conocido a Elisa y le había dado para siempre vida y corazón... Y Torres Nogueira, no; ése irrumpió brutalmente a través de su purísimo amor, con los negros bigotes y los carnosos brazos, y el recio arranque de un antiguo picador de toros (1); y había echado la garra sobre aquella mujer, ¡a quien tal vez había revelado lo que es un hombre!...

Pero, ¡por todos los demonios!, él había rechazado a esa mujer cuando ella se le ofrecía en la frescura y en la grandeza de un sentimiento que ningún desdén había agostado ni abatido. ¿Qué quiere? ¡Es la espantosa tortuosidad espiritual de este Ma-

(1) Eça de Queiroz dice *pegador de touros*. Yo lo he adaptado a nuestro idioma, pero realmente *pegador* quiere decir el que se debate bravamente con los toros mano a mano; los que se llaman en Portugal *moços de forcado*, que son típicos en las fiestas taurinas.—N. del T.

E Ç A D E Q U E I R O Z

thías!... ¡Al cabo de unos meses él *había olvidado*, positivamente *había olvidado* esa repulsa afrentosa como si fuera una ligera disparidad de intereses materiales o sociales, ocurrida hacía meses en el Norte, y a la cual la distancia y el tiempo disipaban la realidad y la amargura leve!... Y ahora, aquí en Lisboa, con las ventanas de Elvira delante de sus ventanas y las rosas de ambos jardines unidos rescendiendo en la sombra, el dolor presente y el dolor real consistía en que él había amado sublimemente a una mujer y que la había colocado en las estrellas para más pura adoración, y que un bruto, moreno, de bigotes negros, había arrancado a esa mujer de las estrellas y la había echado sobre la cama...

IV

¿Complicado caso, eh, amigo?... ¡Ah, mucho filosofé sobre él por deber de filósofo!... Y deduje que Mathías era un enfermo, atacado de hiperespiritualismo, de una inflamación violenta y pútrida del espiritualismo, que había temido medrosamente las materialidades del matrimonio, las zapatillas, la piel poco fresca al despertar, un vientre enorme durante seis meses, los niños berreando en la cuna mojada... Y ahora rugía de furor y tormento, porque cierto materialote, al lado, se apresurara a aceptar a Elisa en camiseta de lana... ¡Un imbécil!... ¡No, amigo mío!... ¡Un ultrarromántico, locamente

ajeno a las realidades fuertes de la vida, que nunca sospechó que zapatillas y pañales sucios de niños son cosas de superior belleza en casa en que entre el sol y haya amor...

¿Y sabe usted lo que exacerbó más furiosamente este tormento? ¡Pues que la pobre Elisa mostraba por él el antiguo amor!... ¿Qué le parece?... ¿Infernal, eh?... Por lo menos si no sentía el antiguo amor intacto en su esencia, fuerte como antaño y único, conservaba por el pobre Mathías una irresistible curiosidad y repetía los gestos de ese amor... Tal vez fuese sólo la fatalidad de los jardines vecinos. No sé... Pero desde Septiembre, cuando Torres Nogueira marchó para sus viñas de Carcavellos a asistir a la vendimia, ella comenzó de nuevo desde el borde de la terraza, por sobre las rosas y las dalias abiertas, aquel dulce envío de dulces miradas con que durante diez años había extasiado el corazón de José Mathías...

No creo que se escribiesen por encima del jardín, como bajo el régimen paternal de Mattos Miranda... El nuevo señor, el hombre robusto de bigotes negros, imponía a la divina Elisa, aun desde lejos, desde las viñas de Carcavellos, retraimiento y prudencia... Y tranquilizada por aquel marido mozo y fuerte, menos sentiría ahora la necesidad de algún encuentro discreto en la sombra tibia de la noche, aun cuando su elegancia moral y el rígido idealismo de José Mathías consintiesen en aprovechar una escalera delante del muro...

Además, Elisa era fundamentalmente honesta, y conservaba el respeto sagrado de su cuerpo, por sentirlo tan bello y tan cuidadosamente hecho por Dios, más que su alma... ¿Y quién sabe?... Tal vez la adorable mujer perteneciese a la magnífica raza de aquella marquesa italiana, la marquesa Julia de Malfieri, que conservaba dos enamorados a su dulce servicio: un poeta para las delicadezas románticas y un cochero para las necesidades groseras...

En fin, amigo mío, no psicologuemos más sobre esta vida detrás del muerto que por ella murió... El hecho fué que Elisa y su amigo recayeron insensiblemente en la vieja unión ideal a través de los jardines en flor... ¡Y en Octubre, como Torres Nogueira continuaba vendimiando en Carcavellos, José Mathías, para contemplar la terraza de Los Parrales, ya abría de nuevo las vidrieras amplia y extáticamente!...

Parece que un tan extremado espiritualismo, reconquistando la idealidad del antiguo amor, debía volver también a la antigua felicidad perfecta... El reinaba en el alma inmortal de Elisa: ¿qué importaba que otro se ocupase de su cuerpo mortal?... Pero ¡no!... El pobre mozo sufría angustiosamente. Y para sacudir la congoja de estos tormentos acabó él tan sereno, de una tan dulce armonía de modales, por convertirse en un agitado... ¡Ah, amigo mío, qué remolino y estrépito de vida!... ¡Desesperadamente, durante un año, removi6, aturdió y escandalizó a Lisboa!... Son de esa época algunas de sus extrava-

gancias legendarias... ¿Conoce la de la cena?... ¡Una cena ofrecida a treinta o cuarenta mujeres de las más torpes y de las más sucias, recogidas por las sombrías callejuelas del Barrio Alto y de la Morería, que después mandó montar en burros, y gravemente, melancólicamente, puesto al frente, sobre un gran caballo blanco, con un inmenso látigo, condujo a los altos de Graça, para saludar la aparición del sol!...

Pero todos estos escándalos no le disiparon el dolor; ¡y entonces fué cuando, en ese invierno, comenzó a jugar y a beber!... Todo el día se encerraba en casa (claro es que por detrás de las vidrieras ahora que Torres Nogueira había regresado de las viñas) con los ojos y el alma clavados en la terraza fatal; después, por la noche, cuando en las ventanas de Elisa se apagaba la luz, salía en un coche, siempre el mismo, el coche del *Gago*; corría a la ruleta del Bravo, después al *club* del "Caballero", donde jugaba frenéticamente hasta la tardía hora de cenar en un reservado de *restaurant*, con manojos de velas encendidas y el Collares y el Champagne y el *cognac* corriendo en chorros desesperados...

¡Y esta vida, atormentada por las Furias, duró años, siete años! Todas las tierras que le había dejado el tío Garmilde fueron pródigamente jugadas y bebidas, y sólo le quedaba el caserón de Arroyos y el dinero en que lo hipotecara... Pero súbitamente desapareció José Mathías de todos los antros del

E Ç A D E Q U E I R O Z

vino y del juego... Y supimos que Torres Nogueira estaba muriendo de un ántrax...

Por ese tiempo y por causa de un negocio de Nicolás da Barca, que me había teleografiado ansiosamente desde su quinta de Santarem (negocio embrollado de una letra), busqué a José Mathías en Arroyos, a las diez de una noche cálida de Abril... El criado, mientras me conducía por el corredor mal alumbrado, ya sin los adornos de las ricas arcas y maderas talladas de la India del viejo Garmilde, me confesó que Su Excelencia no había acabado de comer... Y aun me acuerdo con un estremecimiento, de la impresión desolada que me dió el desgraciado... Era un cuarto que daba a dos jardines... Delante de una ventana, que las cortinas de Damasco cerraban, la mesa resplandecía, con dos candelabros, un cesto de rosas blancas y algunos de los nobles cubiertos de plata de Garmilde; y al lado, extendido en una poltrona, con el cuello blanco desabotonado, la faz lívida caída sobre el pecho, una copa vacía en la mano inerte, José Mathías parecía adormecido o muerto...

Cuando le toqué en el hombro, levantó en un sobresalto la cabeza toda despeinada... “¿Qué hora es?” Apenas le grité en un gesto alegre, para despertarle, que era tarde, llenó precipitadamente la copa de vino blanco de la botella más próxima, y bebió lentamente, con la mano temblando, temblando... Después, apartando los cabellos de la cabeza húmeda: “Entonces, ¿qué hay de nuevo?...” Con

los ojos pavorosamente abiertos, sin comprender, escuchó como en un sueño, el recado que le mandaba Nicolás... Por fin, con un suspiro removió una botella de Champagne dentro del cubo en que se helaba, llenó otra copa, murmurando: "¡Un calor!... ¡Una sed!..." Pero no bebió; arrancó el cuerpo pesado de la poltrona de paja, y dirigió los pasos poco firmes hacia la ventana, corrió violentamente los visillos y abrió las vidrieras... Y quedó yerto, como sobrecogido por el silencio y el sosiego y la obscuridad de la noche estrellada... Yo aceché, amigo mío... En la casa de Los Parrales dos ventanas brillaban, intensamente iluminadas, abiertas a la brisa... ¡Y esa claridad viva envolvía una figura blanca, en los largos pliegues de un ropón blanco, detenida a la orilla de la terraza, como olvidada en una contemplación!... ¡Era Elisa, amigo mío!... Por detrás del fondo del cuarto claro el marido ciertamente jadeaba en la opresión del ántrax... Ella, inmóvil, reposaba, mandando una dulce mirada, tal vez una sonrisa, a su dulce amigo... El miserable, fascinado, sin respirar, sorbía el encanto de aquella visión bienhechora... Y entre ellos perfumaban en la molicie de la noche todas las flores de ambos jardines... Súbitamente, Elisa se recogió aprisa, llamada por algún gemido o impaciencia del pobre Torres... Y las ventanas se cerraron al punto; toda la luz y toda la vida se sumieron en casa de Los Parrales...

Entonces José Mathías, con un sollozo desespe-

rado, de trasbordante tormento, tambaleó, tan ansiosamente se agarró a la cortina que la rasgó y cayó desamparado en los brazos que le extendí y en que le arrastré hacia la silla, pesadamente, como a un muerto o a un borracho... Pero pasado un momento, con espanto mío, el extraordinario hombre abre los ojos, sonríe en una lenta e inerte sonrisa, murmuró casi serenamente: "¡Es el calor!... ¡Hace un calor!... ¿Usted no quiere tomar té?..." Retrocedí y me marché, mientras él, indiferente a mi fuga, extendido en la poltrona, encendía trémulamente un inmenso cigarro puro...

V

¡Santo Dios! ¡Ya estamos en Santa Isabel!... ¡Cómo estos miserables van arrastrando de prisa al pobre José Mathías para el polvo y para el gusano final!... Pues, amigo, después de esa curiosa noche, Torres Nogueira murió... La divina Elisa, durante el nuevo luto, se recogió en la quinta de una cuñada también viuda, "La Corte Moreira", al pie de Beja... Y José Mathías se sumió enteramente, se evaporó, sin que me volviesen noticias de él, aun inciertas; tanto más cuanto que el íntimo por quien las conocería, nuestro brillante Nicolás da Barca, habíase marchado a la Isla de Madeira, con su último pedazo de pulmón, sin esperanza, por deber clásico, casi deber social, de tísico...

Todo ese año anduve engolfado en mi *Ensayo de los fenómenos afectivos*. Después, un día, al comienzo del verano, bajando por la calle de San Benito, con los ojos levantados, buscando el número 214, donde se catalogaba la biblioteca del Mayorazgo de Azemel, ¿a quién diviso yo al balcón de una casa nueva y de esquina? A la divina Elisa, poniendo hojas de lechuga en la jaula de un canario... ¡Y bella, amigo mío, más llena y más armoniosa, toda madura, y suculenta y apetecible, a pesar de haber festejado en Beja sus cuarenta y dos años!... Pero aquella mujer era de la gran raza de Elena que, cuarenta años también después del cerco de Troya, aun deslumbraba a los hombres mortales y a los dioses inmortales. Y, ¡curiosa casualidad!, al punto en esa tarde por Secco, Juan Secco de la Biblioteca, que catalogaba la librería del Mayorazgo, conocí la nueva historia de esta Elena admirable...

La divina Elisa tiene ahora un amante... Y únicamente por no poder, con su acostumbrada honestidad, poseer un legítimo y tercer marido... El dichoso mozo que ella adoraba ahora era, en efecto, casado...

Casado en Beja con una española que, al cabo de un año de ese casamiento y de otros requiebros, se marchó a Sevilla a pasar devotamente la Semana Santa y allí se durmió en los brazos de un ganadero riquísimo... El marido, pacato Sobrestante de Obras Públicas, continuara en Beja, donde también vagamente enseñaba un vago dibujo... Ahora una

de sus discípulas era hija de la señora de la *Corte Moreira*; y allí, en la quinta, mientras guiaba el esfumino de la niña, Elisa le conoció y le amó, con una pasión tan urgente que le arrancó precipitadamente a las Obras Públicas y le arrastró a Lisboa, ciudad más propicia que Beja a una felicidad escandalosa y que se esconde... Juan Secco es de Beja, donde había pasado las Navidades; conocía perfectamente al sobrestante y a las señoras de la *Corte Moreira*, y comprendió la novela cuando desde las ventanas de ese número 214, donde catalogaba la librería de Azemel, reconoció a Elisa en el balcón de la esquina y al sobrestante de Obras públicas enfilando por el portalón, muy deliciosamente, bien vestido, bien calzado, de guantes claros, con apariencia de ser infinitamente más dichoso en aquellas obras particulares que en las públicas...

Y desde esa misma ventana del 214 conocí yo también al sobrestante. Guapo mozo, sólido, blanco, de barba oscura, en excelentes condiciones de cantidad (y tal vez hasta de cualidad) para llenar a un corazón viudo y, por lo tanto, "vacío", como dice la Biblia. Yo frecuentaba ese número 214 interesado en el catálogo de la librería, porque el Mayorazgo de Azemel poseía, por el irónico acaso de las herencias, una incomparable colección de los filósofos del siglo XVIII. Y pasadas varias semanas, saliendo de esos libros una noche (Juan Secco trabajaba de noche) y parándome un poco más adelante, a orillas de un portal abierto, para encender

el cigarro, diviso a la luz temblorosa del fósforo, metido en la sombra, a José Mathías. Pero ¡qué José Mathías, mi querido amigo!... Para contemplarlo más detenidamente, raspé otro fósforo. ¡Pobre José Mathías!... Había dejado crecer la barba, una barba rala, indecisa, sucia, blanda como pelusa amarillenta; había dejado crecer el pelo, que le salía en greñas recias bajo un viejo sombrero hongo; pero todo él, en lo demás, parecía disminuído, menguado, dentro de una chaqueta larga de mezclilla desgastada, y de unos pantalones negros, de grandes bolsillos, donde escondía las manos con el gesto tradicional, tan infinitamente triste, de la miseria ociosa. En la espantosa lástima que me sobrecogió, sólo balbuceé: “¡Cómo así!... ¿Usted? Entonces, ¿qué se ha hecho de usted?...” Y él, con su manse dumbre cortés, pero secamente, para deshacerse de mí, con una voz que el aguardiente enronqueciera: “Por aquí, a la espera de un sujeto...” No insistí y seguí. Después, más adelante, deteniéndome, comprobé lo que de una ojeada había adivinado: que el portal negro daba enfrente de la finca nueva y de los balcones de Elisa...

Pues, amigo mío, tres años vivió José Mathías escondido en aquel portal...

VI

Era uno de esos patios de la Lisboa antigua, sin portero, siempre abiertos de par en par, siempre sucios; cavernas laterales de la calle de donde nadie hace salir a los escondidos de la miseria y del dolor... Al lado había una taberna. Infaliblemente, al anochecer, José Mathías bajaba la calle de San Benito, pegado a los muros, y como una sombra se hundía en la sombra del portal. A esa hora ya las ventanas de Elisa resplandecían, en invierno empañadas por la niebla fina, en verano aun abiertas y ventilándose en el reposo y en la calma... Y hacia ellas, inmóvil, con las manos en los bolsillos, José Mathías se quedaba en contemplación... Cada media hora, sutilmente, se dirigía a la taberna. Copa de vino, copa de aguardiente; y despacito, se recogía a la negrura del portal, a su éxtasis... ¡Cuando las ventanas de Elisa se apagaban, a través de la larga noche, aun de las negras noches de invierno, encogido, transido, golpeando con las suelas rotas en el enlosado, o sentado al fondo, en los pedaños de la escalera, quedábase clavando los ojos torvos en la negra fachada de aquella casa, donde sabía que ella estaba durmiendo con el otro!...

Al principio, para fumar un cigarro apresurado, trepaba hasta el descansillo desierto, a esconder la lumbre que denunciaría su escondrijo... Pero des-

pués, amigo, fumaba incesantemente, pegado al quicio, chupando el cigarro con ansia, para que la punta refulgiese y encendiese... ¿Y advierte por qué, amigo mío?... Porque Elisa ya descubriera que dentro de aquel portal, adorando sumisamente sus ventanas, con el alma de antaño, estaba su pobre José Mathías...

¿Y creerá usted que entonces todas las noches por detrás de la vidriera o recostada al balcón (con el sobrestante dentro, estirado en el sofá, ya con zapatillas, leyendo el *Diario de la Noche*) ella quedábase mirando el portal muy quieta, sin otro gesto, en aquel antiguo y mudo mirar de la terraza sobre las rosas y las dalias?... José Mathías lo había advertido, deslumbrado... ¿Y ahora avivaba él desesperadamente la lumbre del cigarro, como un farol, para guiar en la obscuridad los amados ojos de ella y mostrarle que allí estaba, transido, fiel, todo suyo!...

De día nunca pasaba por la calle de San Benito. ¿Cómo se iba a atrever a pasar con el chaquetón roto por los codos y las botas rotas? Porque aquel mozo de elegancia sobria y fina había caído en la miseria del andrajo... ¿De dónde sacaba cada día los tres *patacos* (1) para vino y para la ración de bacalao en las tabernas? No sé... Pero ¡loemos a la divina Elisa, mi querido amigo!... Muy delicada-

(1) Antigua moneda portuguesa de 40 *reis*, de bronce. —
Nota del traductor.

mente, por caminos extraviados y astutos, ella, que era rica, había procurado señalar una pensión a José Mathías, mendigo... ¿Situación picante, eh? ¡La agradable señora dando dos mesadas a sus dos hombres: el amante del cuerpo y el amante del alma!... El, sin embargo, adivinó de dónde procedía la pavorosa limosna, y la rechazó sin protesta ni alarido de orgullo, hasta con enternecimiento, hasta con lágrimas en los párpados, que el aguardiente inflamara...

Pero sólo con la noche muy cerrada osaba descender a la calle de San Benito, dirigiéndose a su portal. ¿Y adivina usted cómo gastaba el día? ¡Acechando, siguiendo, olfateando al sobrestante de Obras Públicas!... ¡Sí, mi amigo, una curiosidad insaciable, frenética, atroz, por aquel hombre que Elisa había escogido!... Los dos anteriores, Miranda y Nogueira, habían entrado en la alcoba de Elisa públicamente, por la puerta de la iglesia, y para otros fines humanos más allá del amor; para poseer un hogar, tal vez hijos, estabilidad y quietud en la vida... Pero éste era solamente el amante que ella había nombrado y mantenía sólo para ser amada y en esa unión no aparecía otro motivo racional sino que los dos cuerpos se uniesen... No se hartaba, por lo tanto, de estudiarle, en la figura, en la ropa, en los modales, ansioso por saber bien cómo era ese hombre que, para completarse, su Elisa había preferido entre la turba de los hombres... Por decencia, el sobrestante moraba en el otro extremo

de la calle de San Benito, delante del mercado. Y esa parte de la calle, donde no lo sorprenderían en su miseria los ojos de Elisa, era el paradero de José Mathías desde la mañana, para mirar, olfatear al hombre cuando se recogía de la casa de Elisa, aun caliente del calor de su alcoba... Después no lo soltaba cautelosamente, como un ratero, rastreándole desde lejos... Y yo sospecho que lo seguía así, menos por curiosidad perversa que para comprobar si a través de las tentaciones de Lisboa, terribles para un sobrestante de Beja, el hombre conservaba el cuerpo fiel a Elisa... En servicio de la felicidad suya, fiscalizaba al amante de la mujer que amaba...

¡Refinamiento furioso de espiritualismo y devoción, mi amigo!... El alma de Elisa era suya y recibía perennemente la adoración perenne; y ahora quería que el cuerpo de Elisa no fuese menos adorado ni menos lealmente por aquél a quien ella había entregado el cuerpo!... Pero el sobrestante era fácilmente fiel a una mujer tan hermosa, tan rica, con medias de seda, con brillantes en las orejas, que lo deslumbraba. Y, ¿quién sabe, mi amigo? Tal vez esta felicidad, pleitesía carnal a la divinidad de Elisa, fuese para José Mathías la última felicidad que le concedió la vida... Así me lo figuro, porque en el invierno pasado encontré al sobrestante, en una mañana de lluvia, comprando camelias a una florista de la calle del Oro, y enfrente, en una esquina, José Mathías, demacrado, destrozado,

acechaba al hombre con cariño, casi con gratitud... Y tal vez en esa noche, en el portal, tiritando, con las suelas encharcadas, con los ojos enternecidos en las vidrieras oscuras, pensase: "¡Desgraciadita, pobre Elisa! Quedóse muy contenta porque le trajo él las flores..."

Esto duró tres años. En fin, mi amigo, anteayer, Juan Secco apareció en mi casa, por la tarde, des-pavorido, diciendo: "¡Allá llevaron a José Mathías en una camilla para el hospital, con una congestión en los pulmones!..."

Parece que lo encontraron de madrugada, estirado en los ladrillos, encogido en el chaquetón ligero, jadeando, con el rostro cubierto de la palidez de la muerte, vuelto hacia los balcones de Elisa. Corrí al hospital. Había muerto... Subí con el médico de servicio a la enfermería. Levanté el lienzo que le cubría. En la abertura de la camisa, sucia y rota, atado al pescuezo por un cordón, conservaba un saquito de seda, roído y sucio también... Seguramente contenía flores o cabello o piezas de encaje de Elisa, del tiempo del primer encanto y de las tardes de Bemfica... Pregunté al médico, que le conocía y le compadecía, si había sufrido... "¡No! Tuvo un momento comatoso, después levantó los ojos, dijo: ¡Oh!, con gran espanto... y expiró..."

¿Era el grito del alma en el asombro y en el horror de morir también? ¿O era el alma triunfando por reconocerse al fin inmortal y libre? Mi amigo no lo sabe; ni lo supo el divino Platón, ni lo sabrá

el último filósofo en la última tarde del mundo...

Llegamos al cementerio. Creo que debemos coger las cintas del ataúd... En verdad, es bien extraño este Alves Capão siguiendo tan sentidamente a nuestro pobre espiritualista... Pero ¡Santo Dios, mire!... Más allá, en espera, a la puerta de la iglesia, aquel sujeto de levita y con paletó blancuzco... ¡Es el sobrestante de Obras Públicas!... Y trae un enorme ramo de violetas... Elisa mandó a su amante carnal acompañar a la sepultura, para cubrirarla de flores, a su amante espiritual... ¡Pero nunca ella pediría a José Mathías que esparciese violetas sobre el cadáver del sobrestante!... ¡Es que siempre la Materia, aun sin comprenderlo, sin encontrar en él su felicidad, adorará al Espíritu, y siempre se tratará a sí misma, a través de los goces que de sí recibe, con brutalidad y desdén!... ¡Gran consuelo, amigo mío, este sobrestante con su ramo, para un Metafísico que, como yo, comentó a Espinosa y a Mallebranche, rehabilitó a Fichte y probó suficientemente la ilusión de la sensación!... Sólo por esto valía la pena de traer a su sepultura a este inexplicable José Mathías, que era tal vez mucho más que un hombre—, ¡o tal vez aun menos que un hombre!... En efecto, hace frío... Pero ¡qué linda tarde!...

XI

LA PERFECCION

I

Sentado en una roca en la isla de Ogigya, con la barba enterrada entre las manos, de las cuales había desaparecido la aspereza callosa y tiznada de las atmas y de los remos, Ulises, el más sutil de los hombres, contemplaba, con una oscura y pesada tristeza, el mar muy azul, que mansa y armoniosamente rodaba sobre la arena muy blanca. Una túnica bordada de flores rojas cubría, en blandos pliegues, su cuerpo poderoso, que había engordado. En las correas de las sandalias que le calzaban los pies, suavizados y perfumados de esencias, relucían esmeraldas de Egipto. Su bastón era un maravilloso cuerno de coral, rematado en piña de perlas, como los que usan los Dioses marinos.

La divina isla, con sus rocas de alabastro, los bosques de cedros y tuyas odoríferas, las eternas mieses dorando los valles, la frescura de los rosales revistiendo los oteros suaves, resplandecía, adormecida en la molicie de la siesta, toda envuelta en mar resplandeciente. Ni un soplo de los Zéfiroc cuoriosos que brincan y corren por sobre el archipié-

lago perturbaba la serenidad del luminoso aire, más dulce que el vino más dulce, atravesado por el fino aroma de los prados de violetas. En el silencio, embebido de calor afable, parecían de una armonía más fascinadora los murmullos de los arroyos y fuentes, el arrullar de las palomas volando de los cipreses a los plátanos, y el lento rodar y romper de la onda mansa sobre la blanda arena. En esta inefable paz y belleza inmortal, el sutil Ulises, con los ojos perdidos en las aguas lustrosas, gemía amargamente, revolviendo la quejumbre de su corazón...

Siete años, siete inmensos años, iban pasados desde que el rayo fulgente de Júpiter había rendido su nave de alta proa encarnada, y él, agarrado al mástil partido, había rodado en la braveza mugidora de las espumas sombrías durante nueve días, durante nueve noches, hasta que bogara por aguas más tranquilas y viniera a parar en las arenas de aquella isla, en donde Calypso, la diosa radiante, le recogiera y le amara. Y durante esos inmensos años, ¿de qué modo se había arrastrado su vida, su grande y fuerte vida, que después de la salida hacia las murallas fatales de Troya, abandonando entre lágrimas innumerables a su Penélope de ojos claros, a su pequeño Telémaco, enfajado en el cuello del ama, fuera siempre tan agitada por peligros, y guerras, y astucias, y tormentas, y rumbos perdidos?...

¡Ah, dichosos los reyes muertos, con hermosas heridas en el blanco pecho, delante de las puertas

de Troya! ¡Felices sus compañeros tragados por la onda amarga! ¡Feliz el mismo si las lanzas troyanas le hubiesen traspasado en esa tarde de gran viento y polvo, cuando junto al *Haya*, defendía de los ultrajes, con la espada sonora, el cuerpo muerto de Aquiles! ¡Mas no! ¡Vivía! ¡Y ahora cada mañana, al salir sin alegría del trabajoso lecho de Calypso, las ninfas siervas de la diosa le bañaban en un agua muy pura, le perfumaban con lánguidas esencias, le cubrían con una túnica siempre nueva, ora bordada con sedas finas, ora bordada de oro pálido! Entretanto, sobre la lustrosa mesa, erguida a la puerta de la gruta, en la sombra de las enramadas, junto al durmiente susurro de un arroyo diamantino, los azafates y las fuentes labradas desbordaban de bollos, de frutas, de tiernas carnes huneando, de peces centelleantes como tramas de plata. La intendenta venerable helaba los vinos dulces en las cráteras de bronce, coronadas de rosas. Y él, sentado en un escabel, extendía las manos hacia los perfectos manjares, mientras al lado, sobre un trono de marfil, Calypso, esparciendo a través de la túnica nevada la claridad y el aroma de su cuerpo inmortal sin tocar en los manjares humanos, picoteaba en la ambrosía y bebía en sorbos delicados el néctar transparente y rubio. Después, empuñando aquel bastón de Príncipe de Pueblos con que Calypso le obsequiara, recorría sin curiosidad los sabidos caminos de la isla, tan lisos y cultivados, que nunca sus sandalias

relucientes se manchaban de polvo, tan penetrados por la inmortalidad de la diosa, que jamás en ellos encontrárase flor seca ni flor menos fresca pendiente en el tallo. ¡Entonces se sentaba sobre una roca, contemplando aquel mar que también bañaba a Itaca, allá tan bravío, aquí tan sereno, y pensaba, y gemía, hasta que las aguas y los caminos cubriáanse de sombra y se recogía a la gruta para dormir sin deseo, con la Diosa que le deseaba!... Y durante estos inmensos años, ¿qué destino envolvería a su Itaca, la áspera isla de sombríos matorrales? ¿Vivían aún los seres amados? ¿Sobre la fuerte colina, dominando la ensenada de Reithros y los pinares de Neus, aun se erguía su palacio, con los bellos pórticos pintados de bermejo y rojo? Al cabo de tan lentos y vacíos años sin nuevas, apagada toda esperanza como una lámpara, ¿se habría despojado su Penélope de la túnica pasajera de la viudez para pasar a los fuertes brazos de otro esposo fuerte que ahora manejaba sus lanzas y vendimiaba sus viñas? ¿Y el dulce hijo Telémaco? ¿Reinaría acaso en Itaca, sentado, con el blanco cetro, sobre el mármol alto del Agora? Ocioso y rondando por los patios, ¿humillaría los ojos bajo el imperio duro de un padraastro? ¿Erraría por ciudades ajenas, mendigando un salario? ¡Ah, si su existencia, así, para siempre arrancada de la mujer, del hijo, tan dulces a su corazón, pudiese por lo menos emplearla en ilustres hazañas! Diez años antes también desconocía la

suerte de Itaca y de los seres preciosos que allí había dejado en soledad y fragilidad; mas era una empresa heroica la que le agitaba, y día por día su fama crecía como un árbol en un promontorio, que llena el cielo y todos los hombres contemplan.

¡Entonces era la planicie de Troya y las blancas tiendas de los griegos a lo largo del mar sonoro! ¡Sin cesar meditaba astucias de guerra; con soberbia facundia discurseaba en la Asamblea de los Reyes; reciamente uncía los caballos empinados al timón de los carros; con la lanza en alto, corría entre la gritería y la pelea contra los troyanos de altos yelmos, que surgían en golpe resonante de las Puertas Skaias!... ¡Oh, y cuando él, Príncipe de Pueblos, encogido bajo harapos de mendigo, con los brazos maculados de llagas postizas, cojeando y gimiendo, penetrara en los muros de la orgullosa Troya, por el lado del *Haya*, para de noche con incomparable ardid y bravura robar el *Paladio* tutelar de la ciudad! ¡Y cuando, dentro del vientre del Caballo de Madera, en la obscuridad, en el cerco de todos aquellos guerreros rígidos y cubiertos de hierro, calmaba la impaciencia de los que sofocaban, y tapaba con la mano la boca de Antiklos, gritando furioso, al escuchar fuera en la planicie los ultrajes y los escarnios troyanos, y a todos murmuraba: “¡Calla, que la noche viene y Troya es nuestra!...” ¡Y después los prodigiosos viajes! ¡El pavoroso Polifemo, convertido en ludibrio, con una astucia

que maravillara para siempre a las generaciones!
 ¡Las maniobras sublimes entre Scylla y Carybdis!
 ¡Las Sirenas, bogando y cantando en torno del más-
 til, de donde él, amarrado, rechazábalas con el mudo
 lenguaje de los ojos, más agudos que dardos! ¡El
 descenso a los infiernos, jamás concedido a ningún
 mortal!... ¡Y ahora, hombre de tan rutilantes he-
 chos, yacía en una isla blanda, eternamente, preso,
 sin amor, por el amor de una diosa! ¿Cómo podría
 huir, rodeado de mar indomable, sin nave ni com-
 pañeros para mover los largos remos? ¡Los dioses
 dichosos ciertamente olvidábanse de quien tanto
 por ellos combatiera, y siempre piadosamente les
 tributara las reses debidas, aun a través del fragor
 y humareda de las ciudades derrumbadas, hasta
 cuando su proa encallaba en tierra agreste!... Y al
 héroe, que recibiera de los reyes de Grecia las ar-
 mas de Aquiles, cabíale por destino amargo, engor-
 dar en la ociosidad de una isla más lánguida que
 una cesta de rosas, y tender las manos afeminadas
 para los abundantes manjares, y cuando aguas y
 caminos cubriáanse de sombra, dormir sin deseo con
 una diosa que, sin cesar, le deseaba.

Así gemía el magnánimo Ulises al borde del mar
 lustroso... Y he ahí que, de repente, un surco de
 desusado brillo, más rutilantemente blanco que el
 de una estrella cayendo, rompió la rutilancia del
 cielo desde las alturas hasta el oloroso soto de tu-
 yas y cedros, que sombreaba un golfo sereno al

E Ç A D E Q U E I R O Z

oriente de la isla. El corazón del héroe batió con alborozo. Rastro tan refulgente en la refulgencia del día, sólo un dios lo podía trazar a través del ancho Ouranos. ¿Descendiera, pues, a la isla un dios?

II

Un dios descendiera, un gran dios... Era el mensajero de los dioses, el ligero y elocuente Mercurio. Calzado con aquellas sandalias que tienen dos alas blancas, los cabellos color de vino cubiertos por el casco, en el cual baten también dos claras alas, levantando en la mano el Caduceo, hendiera el Eter, rozara la lisura del mar sosegado, pisara la arena de la isla, donde sus huellas quedaban rebrillando como plantillas de oro nuevo. A pesar de recorrer toda la tierra con los recados innumerables de los dioses, el luminoso mensajero no conocía aquella isla de Ogigya; y admiró, sonriendo, la belleza de los prados de violetas, tan dulces para el correr y brincar de las ninfas, y el armonioso brillar de los riachuelos por entre los altos y lánguidos lirios. Una viña, sobre puntales de jaspe, cargada de racimos maduros, conducía, como fresco pórtico salpicado de sol, hasta la entrada de la gruta, toda de rocas pulidas, de donde pendían jazmines y madreelvas, envueltas en el susurrar de las abejas. Luego vió a Calypso, la diosa dichosa, sentada en un trono,

hilando en rueca de oro, con huso de oro, la lana hermosa de púrpura marina. Un aro de esmeraldas prendía sus cabellos, muy rizados y ardientemente rubios. Bajo la túnica diáfana la mocedad inmortal de su cuerpo brillaba, como la nieve cuando la aurora la tiñe de rosas en las colinas eternas, pobladas de dioses. Y mientras torcía el huso, cantaba un trinado y fino canto, como trémulo hilo de cristal vibrando de la Tierra al Cielo. Mercurio pensó: "¡Linda isla y linda ninfa!"

De un fuego claro de cedro y tuya subía, muy derecho, un humo tenue que perfumaba toda la isla. A la redonda, sentadas en esteras sobre el suelo de ágata, las ninfas, siervas de la diosa, devanaban las lanas, bordaban en la seda las flores ligeras, tejían las puras telas en telares de plata. Todos enrojecieron, con el seno palpitando, al sentir la presencia del dios. Y sin detener el huso chispeante, Calypso reconoció en seguida al mensajero, ya que todos los inmortales saben unos de otros los nombres, los hechos y los rostros soberanos, hasta cuando habitan retiros remotos que el Eter y el Mar separan.

Mercurio paróse, risueño, en su desnudez divina, exhalando el perfume del Olimpo. Entonces la diosa alzó hacia él, con compuesta serenidad, el esplendor ancho de sus ojos verdes.

—¡Oh, Mercurio! ¿Por qué descendiste a mi isla húmede; tú, venerable y querido, que yo nunca vi pisar la tierra? Di lo que de mí esperas. Ya mi

abierto corazón ordena que te contente, si tu deseo cupiese dentro de mi poder y del Hado... Pero entra, repósa, y que yo te sirva, como dulce hermana, a la mesa de la hospitalidad.

Sacó de la cintura la rueca, apartó los rizos sueltos del cabello radiante, y con sus nacaradas manos colocó sobre la mesa, que las ninfas acercaron al fuego aromático, el plato desbordando de ambrosía y los cántaros de cristal donde resplandecía el néctar.

Mercurio murmuró: "¡Dulce es tu hospitalidad, oh, diosa!" Colgó el Caduceo del fresco ramo de un plátano, extendió los dedos relucientes para la fuente de oro, risueñamente loó la excelencia de aquel néctar de la isla. Y contentada el alma, recostando la cabeza al tronco liso del plátano, que se cubrió de claridad, comenzó con palabras perfectas y aladas:

—Preguntaste por qué descendía un dios a tu morada, ¡oh, diosa! Y ciertamente ningún inmortal recorrería sin motivo, desde el Olimpo hasta Ogygia, esta desierta inmensidad del mar salado, en que no se encuentran ciudades de hombres, ni templos cercados de bosques, ni siquiera un pequeño santuario de donde suba el aroma del incienso, o el olor de las carnes votivas, o el murmurio gustoso de las preces. Mas fué nuestro Padre Júpiter, el tempestuoso, quien me mandó con este recado. Tú has recogido y retienes, por la fuerza incommensurable de tu dulzura, al más sutil y desgraciado

de todos los príncipes que combatieron durante diez años la alta Troya, y después embarcaron en las naves hondas para volver a la tierra de la patria. Muchos de esos consiguieron volver a sus ricos lares, cargados de fama, de despojos y de historias excelentes para contar. Vientos enemigos, sin embargo, y un hado más inexorable, arrojaron a esta isla tuya, envuelto en las sucias espumas, al facundo y astuto Ulises... Pero el destino de este héroe no es permanecer en la ociosidad inmortal del lecho, lejos de aquellos que le lloran, y que suspiran por su fuerza y mañas divinas. ¡Por eso Júpiter, regulador del Orden, te ordena, ¡oh, diosa!, que sueltes al magnánimo Ulises de tus brazos claros y le restituyas, con los presentes dulcemente debidos, a su Itaca amada, y a su Penélope, que teje y deshace la tela enmarañada, cercada de los pretendientes arrogantes, devoradores de sus gordos bueyes, sorbedores de sus frescos vinos!

La divina Calypso mordió levemente el labio, y sobre su rostro luminoso descendió la sombra de las densas pestañas color de jacinto. Después, con un armonioso suspiro, en que onduló todo su pecho brillante:

—¡Ah, dioses grandes, dioses dichosos!... ¡Sois ásperamente celosos de las diosas, que, sin esconderse por la espesura o en las cavernas oscuras de los montes, aman a los hombres elocuentes y fuertes!... Este que me envidiáis llegó a las arenas de mi isla desnudo, destrozado, hambriento, preso a

una quilla partida, perseguido por todas las iras, y todas las rachas, y todos los rayos dardeantes de que dispone el Olimpo. Yo le recogí, le lavé, le nutrí, le amé, guardándole para que quedase eternamente al abrigo de las tormentas, del dolor y de la vejez. ¡Y ahora, Júpiter atronador, al cabo de ocho años en que mi dulce vida enroscóse en torno de esa afección, como la vid al olmo, determina que me separe del compañero que escogiera para mi inmortalidad! ¡Realmente sois crueles, oh, dioses que constantemente aumentáis la raza turbulenta de semidioses durmiendo con las mujeres mortales! ¿Cómo quieres que mande a Ulises a su patria si no poseo naves, ni remadores, ni piloto sabedor que le guíe a través de las islas? Mas ¿quién puede resistirse a Júpiter, que agrupa las nubes? ¡Sea! Y que el Olimpo ría, obedecido. Enseñaré yo misma al intrépido Ulises a construir una barca segura con que de nuevo corte el dorso verde del mar...

Inmediatamente, el mensajero Mercurio levantóse del escabel, clavado con clavos de oro, volvió a coger su Caduceo, y bebiendo una última taza del néctar excelente de la isla, loó la obediencia de la diosa:

—Bien harás, ¡oh, Calypso! Así evitas la cólera del Padre tonante. ¿Quién le resistirá? Su Omnipotencia dirige su Omnipotencia; y sustenta como cetro un árbol que tiene por flor el Orden... Sus decisiones clementes o crueles resultan siempre en armonía. Por eso su brazo se torna terrífico á los

pechos rebeldes. Por tu pronta sumisión serás hija estimada y gozarás una inmortalidad repleta de sosiego, sin intrigas y sin sorpresas...

Ya las alas impacientes de sus sandalias palpitan, y su cuerpo, con sublime gracia, balanceábase por sobre los prados y flores que alfombraban la entrada de la gruta.

—Además—añadió—, tu isla, ¡oh, diosa!, hállese en el camino de las naves osadas que cortan las ondas. Pronto, tal vez otro héroe robusto, habiendo ofendido a los inmortales, arribara a tu dulce playa, abrazado a una quilla... ¡Enciende un faro claro por la noche en las rocas altas!

Y sonriendo, el mensajero divino serenamente elevóse, dejando en el Eter un surco de elegante fulgor, que las ninfas, olvidando la tarea, seguían, con los frescos labios entreabiertos y el seno levantado, en el deseo de aquel inmortal famoso.

Entonces Calypso, pensativa, echando sobre sus cabellos anillados un velo de color de azafrán, se encaminó hacia la orilla del mar, a través de los prados, con una prisa que le ceñía la túnica, a la manera de una espuma leve, en torno de las piernas redondas y róseas. Tan levemente pisaba la arena, que el magnánimo Ulises no la sintió deslizarse, perdido en la contemplación de las aguas lustrosas, con la negra barba entre las manos, aliviando en gemidos el peso de su corazón. La diosa sonrió con fugitiva y soberana amargura. Después, po-

sando en el vasto hombro del héroe sus dedos, tan claros como los de Eos, madre del día:

—¡No te lamentes más, desgraciado, ni te consumes mirando al mar! Los dioses, que me son superiores por la inteligencia y por la voluntad, determinan que partas, afrontes la inconstancia de los vientos, y pises de nuevo la tierra de la patria...

Bruscamente, como el cóndor sobre la presa, el divino Ulises, con la faz asombrada, saltó de la roca musgosa:

—¡Oh, diosa! ¿Qué dices?...

Ella continuó sosegadamente con los hermosos brazos colgantes, envueltos en el velo color de azafrán, mientras las olas ondulaban, más dulces y cantantes en amoroso respeto de su presencia divina:

—Bien sabes que no tengo naves de alta proa, ni remadores de duro pecho, ni piloto amigo de las estrellas que te conduzcan... Mas, ciertamente, te confiaré el hacha que fué de mi padre, para que tú cortes los árboles que yo te señale y construyas una lancha en que te embarques... Después proveeréla de odres de vino, de comidas perfectas y la impeleré con un soplo amigo hacia el mar indomado...

El cauteloso Ulises retrocediera lentamente, clavando en la diosa una dura mirada, que la desconfianza ennegrecía. Y levantando la mano, que temblaba toda, con la ansiedad de su corazón:

—¡Oh, diosa, tú abrigas un pensamiento terrible, ya que así me invitas a afrontar en una balsa las

C U E N T O S

ondas difíciles, donde mal se mantienen enormes naves! ¡No, diosa peligrosa, no! ¡Combatí en la gran guerra, en la cual también combatieron los Dioses, y conozco la malicia infinita que contiene el corazón de los inmortales! ¡Si resistí las sirenas irresistibles, y me escapé con sublimes maniobras de entre Scylla y Charybdis, y vencí a Polifemo con un ardid que eternamente me hará ilustre entre los hombres, no fué de cierto, ¡oh, diosa!, para que ahora en la isla de Ogigya, como pajarito de poca pluma, en su primer vuelo del nido, caiga en trampa ligera arreglada con palabras de miel! ¡No, diosa, no! ¡Sólo embarcaré en tu extraordinaria balsa si jurases, por el juramento terrífico de los Dioses, que no preparas, con esos quietos ojos, mi pérdida irreparable!

Así bramaba en la orilla del mar, con el pecho palpitando, Ulises, el héroe prudente... Entonces, la diosa clemente rió con una cantante y refulgente risa. Y acercándose al héroe, corriendo los dedos por sus espesos cabellos más negros que la pez:

—¡Oh, maravilloso Ulises—decía—, cuán cierto es que eres el más falso y mañoso de los hombres, pues que no concibes que exista espíritu sin maña y sin falsedad! ¡Mi padre ilustre no me engendró con un corazón de hierro! ¡A pesar de inmortal, comprendo las desventuras mortales! ¡Sólo te aconsejé lo que yo, diosa, emprendería, si el hado me obligase a salir de Ogigya, a través del mar incierto!...

E Ç A D E Q U E I R O Z

El divino Ulises apartó lenta y sombríamente la cabeza de la rosada caricia de los dedos divinos:

—¡Pero jura..., oh, diosa, jura, para que a mi pecho descienda, como onda de leche, la sabrosa confianza!

Calypso alzó el claro brazo al azul en donde los dioses moran:

—¡Por Gaía, y por el Cielo superior, y por las aguas subterráneas de la Stygia, que es la mayor invocación que pueden hacer los inmortales, juro, oh, hombre, Príncipe de los hombres, que no preparo tu pérdida ni miserias mayores!...

El valiente Ulises respiró ampliamente. Y arregando luego las mangas de la túnica, refregándose las palmas de las manos robustas:

—¿Dónde está el hacha de tu padre magnífico? ¡Muéstrame los árboles, oh, diosa!... ¡El día muere y el trabajo es largo!

—¡Sosiega, oh, hombre impaciente de males humanos! ¡Los dioses superiores en sapiencia ya determinan tu destino!... Ven conmigo a la dulce gruta a reforzar tu fuerza... Cuando Eos bermeja aparezca mañana, yo te conduciré a la selva.

III

Era, en efecto, la hora en que los hombres mortales acércanse a las mesas cubiertas de vajillas, donde les espera la abundancia, el reposo, el ol-

C U E N T O S

vido de los cuidados y las amables pláticas que contentan el alma. En seguida Ulises sentóse en el escabel de marfil, que aun conservaba el aroma del cuerpo de Mercurio, y delante de él las ninfas, siervas de la Diosa, colocaron los pasteles, las frutas, las tiernas carnes humeando, los peces brillantes como franjas de plata. Sentada en un trono de oro puro, la Diosa recibió de la intedenta venerable el plato de ambrosía, la taza de néctar. Ambos extendieron las manos hacia las comidas perfectas de la Tierra y del Cielo. Y luego que hubieron hecho la ofrenda abundante al hambre y a la sed, la ilustre Calypso, hundiendo el rostro en los dedos róseos y contemplando pensativamente al héroe, pronunció estas palabras aladas:

—¡ Oh, Ulises, muy sutil, tú quieres volver a tu morada mortal y a la tierra de la patria!... ¡ Ah, si conocieras como yo cuántos duros males tienes que sufrir antes de divisar las rocas de Itaca, quedarías entre mis brazos, mimado, bañado, bien nutrido, revestido de linos finos, sin perder nunca la querida fuerza, ni la agudeza del entendimiento, ni el calor de la facundia, porque yo te comunicaría mi inmortalidad!... Mas deseas volver a la esposa mortal que habita en la isla áspera, en donde los matorrales son tenebrosos. Y sin embargo yo no le soy inferior, ni por la belleza ni por la inteligencia, porque los mortales brillan ante los inmortales como lámparas humeantes ante las estrellas puras...

El facundo Ulises acarició la barba ruda. Des-

pués, levantando el brazo, como acostumbraba en la Asamblea de los Reyes, a la sombra de las altas bóvedas, delante de los muros de Troya, dijo:

—¡Oh, diosa venerable, no te escandalices! Sé perfectamente que Penélope te es muy inferior en hermosura, sapiencia y majestad. Tú serás eternamente bella y moza, mientras los dioses duren, y ella, a la vuelta de pocos años, conocerá la melancolía de las arrugas, de los cabellos blancos, de los dolores de la decrepitud y de los pasos que vacilan apoyados a un palo que tiembla. Su espíritu mortal yerra a través de la obscuridad y de la duda; tú, bajo esa frente luminosa, posees las luminosas certezas. ¡Mas, oh, Diosa, precisamente por lo que ella tiene de incompleto, de frágil, de grosero y de mortal, yo la amo y apetezco su compañía congénere! ¡Considera cuán penoso es que, en esta mesa, día por día, yo coma vorazmente el cordero de los pastos y la fruta de los vergeles, en tanto tú, a mi lado, por la inefable superioridad de tu naturaleza, llevas a los labios con lentitud soberana la ambrosía divina! En ocho años, ¡oh, Diosa!, nunca tu faz iluminóse con una alegría, ni de tus verdes ojos rodó una lágrima, ni tu pie batió con airada impaciencia, ni quejándote con un dolor te extendiste en el lecho blando... Así tienes inutilizadas todas las virtudes de mi corazón, pues que tu divinidad no permite que yo te congratule, te consuele, te sosiegue, o siquiera que te refriegue el cuerpo dolorido con el jugo de las hierbas benéfi-

cas. ¡ Considera, además, que tu inteligencia de diosa posee todo el saber, alcanza siempre la verdad y que durante el largo tiempo que dormí contigo nunca gocé la felicidad de enmendarte, de contradecirte y de sentir, ante la flaqueza del tuyo, la fuerza de mi entendimiento! ¡ Oh, diosa, tú eres aquel ser terrorífico que tiene siempre razón! ¡ Considera, de otro lado, que, como diosa, conoces todo el pasado y todo el futuro de los hombres, y que yo no puedo saborear la incomparable delicia de contarte a la noche, bebiendo vino fresco, mis ilustres hazañas y mis viajes sublimes! ¡ Oh, diosa, tú eres impecable; y el día en que yo resbale en una alfombra o se me rompa una correa de la sandalia no puedo gritarte, como los hombres mortales gritan a las esposas mortales: "Fué culpa tuya, mujer!", alzando en medio de la cocina mi alarido cruel! ¡ Por eso sufriré con un espíritu paciente todos los males con que los dioses me asalten en el sombrío mar, para volver a una humana Penélope, a quien yo mande, y consuele, y reprenda, y acuse, y contraríe, y enseñe, y humille, y deslumbre, y por eso ame con un amor que constantemente se alimenta de estos modos ondeantes, a la manera que el fuego se nutre de los vientos contrarios!

Así de este modo el facundo Ulises desahogábase ante la taza de oro vacía, y serenamente la Diosa escuchaba, con una sonrisa taciturna y las manos inmóviles sobre el regazo, envueltas en la punta del velo.

Entretanto, Febo Apolo descendía camino del Occidente, y ya de las ancas de sus cuatro caballos sudados subía, se esparcía sobre el mar, un vapor rubicundo y dorado. En breve los caminos de la isla se cubrieron de sombras. Sobre las pieles preciosas del lecho, al fondo de la gruta, Ulises, sin deseo, y la diosa, que le deseaba, gozaron el dulce amor y después el dulce sueño.

Temprano, apenas Eos entreabría las puertas del ancho Ouranos, la divina Calypso, que se revestiera con una túnica más blanca que la nieve del Pindo y prendiera en los cabellos un velo transparente y azul como el Eter ligero, salió de la gruta y trajo al magnánimo Ulises, ya sentado a la puerta, bajo la enramada, delante de una taza de vino claro, el hacha poderosa de su padre ilustre, toda de bronce, con dos filos, y un fuerte ramo de oliva, cortado en las faldas del Olimpo.

Limpiando rápidamente la dura barba con el revés de la mano, el héroe arrebató el hacha venerable.

—¡Oh, diosa, cuántos años ha que no palpo un arma o herramienta, yo, devastador de ciudades y constructor de naves!

La diosa sonrió. E iluminada la lisa faz con palabras aladas:

—¡Oh, Ulises vencedor de hombres, si te quedases en esta isla, yo encomendaría para ti, a Vulcano y a sus fraguas del Etna, armas maravillosas!...

—¿Qué valen armas sin combates o sin hombres

que las admiren? Además, ¡oh, diosa!, yo batallé mucho, y mi gloria entre las generaciones está soberbiamente asegurada. Sólo aspiro al blando reposo, vigilando mis ganados, concibiendo sabias leyes para mis pueblos... ¡Sé benévola, oh, diosa, y muéstrame los árboles fuertes que me conviene cortar!

La diosa se encaminó en silencio por un atajo, florecido de altas y radiosas azucenas, que conducía a la punta de la isla más cerrada de matas, del lado de Oriente; detrás seguía el intrépido Ulises, con la lúcida hacha al hombro. Las palomas abandonaban las ramas de los cedros o las concavidades de las rocas donde bebían para volar en torno de la diosa, en un tumulto amoroso. Cuando ella pasaba subía de las flores abiertas un aroma más delicado, como de incensario. El césped que la orla de su túnica rozaba reverdecía con un vigor más fresco, y Ulises, indiferente a los prestigios de la diosa, impaciente con la serenidad divina de su andar armonioso, pensaba en la barca, ansiando llegar al bosque.

Denso y obscuro, lo echó de ver al fin, poblado de encinas, de viejísimas tecas, de pinos, que hacían susurrar las ramas en el alto Eter. De su borde descendía un arenal, al cual ni concha, ni cuerno roto de coral, ni pálida flor de cardo marino manchaban la dulzura perfecta. El mar refulgía con un brillo zafireo en la quietud de la mañana, blanca y colorada. Entre las encinas y las tecas, la

E Ç A D E Q U E I R O Z

diosa señaló al atento Ulises los troncos secos, robustecidos por soles innumerables, que fluctuarían con ligereza más segura sobre las aguas traidoras. Después, acariciando el hombro del héroe, como otro árbol robusto también entregado a las aguas crueles, recogióse a la gruta, y allí tomó la rueca de oro y todo el día hiló y cantó.

Con alborozada y soberbia alegría, Ulises dió con el hacha contra una vasta encina, que gimió. A poco, toda la isla retumbaba en el fragor de la obra sobrehumana. Las gaviotas, adormecidas en el silencio eterno de aquellas cimas, batieron el vuelo en anchos bandos, espantadas y chillando. Las flúidas divinidades de los arroyos indolentes, estremecidas en un fulgente temblor, huían entre los cañaverales y las raíces de los alisos. En ese corto día el valiente Ulises derribó veinte árboles: robles, pinos, tecas y chopos, a los cuales descortezó, escuadró y alineó sobre la arena. Su cuello y su arqueado pecho humeaban de sudor cuando se recogió pesadamente a la gruta para saciar el hambre ruda y beber la cerveza helada. ¡Nunca le pareciera tan bello a la Diosa inmortal que, sobre el lecho de piedras preciosas, apenas los caminos cubriéronse de sombra, halló incansable y pronta la fuerza de aquellos brazos que habían derribado veinte troncos! Así, durante tres días, trabajó el héroe. Y como arrebatada en esa actividad magnífica que conmovía a la isla, la diosa ayudaba a Ulises, conduciendo desde la gruta hasta la playa,

en sus manos delicadas, las cuerdas y los clavos de bronce. Las ninfas, por su mandato, abandonando las tareas suaves, tejían una tela fuerte, para la vela que empujarían con amor los vientos amables. La intendenta venerable ya llenaba los odres de vinos fuertes y preparaba con generosidad los numerosos víveres para la travesía incierta. En tanto la balsa crecía, con los troncos bien ligados y un asiento erguido en el medio, de donde se empinaba el mástil, desbastado en un pino más redondo y liso que una vara de marfil. Todas las tardes la diosa, sentada en una roca, a la sombra del bosque, contemplaba al calafate admirable, martillando furiosamente y cantando con robusta alegría una canción de remador. Y ligeras, en la punta de los pies lúcidos, por entre el arbolado, las Ninfas, abandonando la tarea, acudían a espiar, con deseosos ojos fulgurantes, aquella fuerza solitaria que soberbiamente, en el arenal solitario, iba irguiendo una nave.

IV

Por fin, en el cuarto día, de mañana, Ulises terminó de escuadrar el timón, que reforzó con tablas de aliso para mejor amparar el embate de las olas. Después juntó lastre copioso, con tierra de la isla inmortal y pulidas piedras. Sin descanso, con un ansia risueña, amarró a la verga alta la vela tejida por las ninfas. Sobre pesados cilindros,

maniobrando con una palanca, empujó la inmensa lancha hasta la espuma de las ondas en un esfuerzo sublime, con músculos tan tensos y venas tan hinchadas, que él mismo parecía hecho de troncos y cuerdas. Una punta de la balsa cabeceó, levantada en cadencia por la onda armoniosa. Y el héroe, levantando los brazos lustrosos de sudor, alabó a los dioses inmortales.

Entonces, como la obra terminara y la tarde brillaba, propicia a la partida, la generosa Calypso condujo a Ulises, a través de las violetas y de las anémonas, hasta la fresca gruta. Por sus divinas manos le bañó en una concha de nácar y le perfumó con esencias sobrenaturales, y le vistió con una túnica hermosa de lana bordada, y colgó sobre sus hombros un manto, impenetrable a las neblinas del mar, y tendió sobre la mesa, para que saciase el hambre ruda, las comidas más sanas y más finas de la tierra. El héroe aceptaba los amorosos cuidados con paciente magnanimidad. La diosa, de gestos serenos, sonreía taciturnamente.

Calypso cogió luego la mano velluda de Ulises, palpando con placer los callos que le había dejado el hacha, y por la orilla del mar le condujo a la playa, en donde la marea mansamente lamía los troncos de la lancha fuerte. Descansaron ambos sobre una roca musgosa. Nunca la isla resplandeciera con una belleza tan serena, entre un mar tan azul, bajo un cielo tan suave. Ni el agua fresca del Pindo bebida en marcha abrasada, ni el vino dorado que

producen las colinas de Chío, eran más dulces de sorber que aquel aire saturado de aromas, compuesto por los dioses para que una diosa lo respirase. La frescura impercedera de los árboles entrábase en el corazón, casi pedía la caricia de los dedos. Todos los ruidos, los de los arroyos en el césped, el de las olas en el arenal, el de las aves en las sombras frondosas, ascendían suave y finamente fundidos, como las armonías sagradas de un templo distante. El esplendor y la gracia de las flores retenían los rayos pasmados del sol. Tantos eran los frutos en los vergeles y las espigas en las mieses, que la isla parecía ceder, hundida en el mar, bajo el peso de su abundancia.

Entonces la Diosa, al lado del héroe, suspiró levemente y murmuró con una sonrisa alada:

—¡Oh, magnánimo Ulises, te marchas ya! Llévate el deseo de volver a ver a la mortal Penélope y a tu dulce Telémaco, que dejaste en el regazo del ama cuando Europa corrió contra Asia, y que ahora ya sustenta en la mano una lanza temida. Siempre de un antiguo amor, con hondas raíces, brotará más tarde una flor, aunque sea triste. Mas dime. Si en Itaca no te esperase una esposa tejiendo y destejiendo la tela, y un hijo ansioso que alarga los ojos incansables hacia el mar, ¿dejarías tú, ¡oh, hombre prudente!, esta dulzura, esta paz, esta abundancia y belleza inmortal?

El héroe, par a par de la diosa, extendió el brazo poderoso, como en la Asamblea de los re-

yes, delante de los muros de Troya, cuando sembraba en las almas la verdad persuasiva:

—¡Oh, diosa, no te escandalices! Mas aunque no existiesen para llevarme ni hijo, ni esposa, ni reino, afrontaría alegremente los mares y la ira de los dioses. Porque en verdad, ¡oh, diosa, muy ilustre, mi corazón, saciado ya, no soporta esta paz, esta dulzura y esta belleza inmortal... Considera, ¡oh, Diosa, que en ocho años nunca vi el follaje de estos árboles amarillear y caer! Jamás este cielo rutilante cargóse de nubes oscuras, ni tuvo el contento de extender, bien abrigado, las manos al dulce fuego, mientras la borrasca gemía en los montes. Todas esas flores que brillan en los tallos airosos son las mismas, ¡oh, diosa!, que admiré y respiré en la primera mañana que me mostraste estos prados perpetuos; ¡y hay lirios que odio; con un odio amargo, por la impasibilidad de su eterna blancura! ¡Estas gaviotas repiten tan incessantemente, tan implacablemente, su vuelo armonioso y blanco, que yo ya escondo de ellas la cara, como otros la ocultan de las negras Harpías! ¡Y cuantas veces me refugio en el fondo de la gruta para no escuchar el murmurio siempre lánguido de esos arroyos siempre transparentes! ¡Considera, oh, diosa, que en tu isla nunca hallé una charca, un tronco podrido, el esqueleto de un animal muerto y cubierto de moscas zumbadoras! ¡Oh, diosa, hace ocho años que estoy privado de ver el trabajo, el esfuerzo, la lucha, el sufrimiento!...

¡Oh, diosa, no te escandalices! Ando hambriento por encontrar un cuerpo vacilando bajo un fardo; dos bueyes humeantes arrastrando un arado; hombres que se injurien en el paso de un puente; los brazos suplicantes de una madre que llora; un cojo sobre su mula mendigando a la puerta de una de las villas... ¡Diosa, ha ocho años que no miro una sepultura!... ¡No puedo más con esta serenidad sublime! Mi alma toda arde en el deseo de lo que se deforma, y se ensucia, y se despedaza, y se corrompe..., ¡oh Diosa inmortal, yo muero con saudades de la muerte!

Inmóvil, con las manos inmóviles en el regazo, la diosa escuchó, con una sonrisa serenamente divina, las furiosas quejas del héroe cautivo... En tanto, ya por la colina, las ninfas, siervas de la diosa, descendían, trayendo a la cabeza y amparándolos con el brazo redondo, los jarros de vino, los sacos de cuero, que la intendenta venerable mandaba para abastecer la lancha. En silencio, el héroe lanzó una tabla desde la arena hasta el borde de los altos troncos; y mientras sobre ella pasaban las ninfas, ligeras, con las pulseras de oro tintineando en los pies lúcidos, Ulises, atento, contando los sacos y los odres, gozaba en su noble corazón la abundancia generosa. Amarrados con cuerdas a las clavijas aquellos fardos excelentes, todas las ninfas, lentamente, vinieron a sentarse sobre el arenal en torno de la diosa, para contemplar la despedida, el embarque, las maniobras del héroe sobre

el dorso de las aguas... Entonces, Ulises dejó traslucir la cólera en sus ojos. Y delante de Calypso, cruzando furiosamente los valientes brazos, exclamó:

—¡Oh, diosa! ¿Piensas tú en verdad que nada falta para que yo largue la vela al viento y navegue? ¿Dónde están los ricos presentes que me debes? Ocho años, ocho duros años, fuí el huésped magnífico de tu isla, de tu gruta, de tu lecho... Pero no ignoras que los dioses inmortales tienen determinado que a los huéspedes, en el momento amigo de la partida, ofrézcanseles considerables regalos. ¿Dónde están, oh, diosa, esas riquezas abundantes que me debes por costumbre de la tierra y ley del cielo?

Sonrió la diosa con paciencia sublime. Y con palabras aladas que huían en el aire:

—¡Oh, Ulises, claramente se ve que eres el más interesado de los hombres! Y también el más desconfiado, pues que supones que una diosa podía negar los presentes debidos a aquel que amó... Tranquilízate, ¡oh, sutil héroe!... Los ricos presentes, anchos y brillantes, no tardan.

En efecto, por la colina suave descendían otras ninfas ligeras, con los velos flotando, trayendo en los brazos alhajas lustrosas, que al sol rutilaban. El magnánimo Ulises extendió las manos, los ojos devoradores... Y mientras ellas desfilaban sobre la tabla crujiente, el astuto héroe contaba, evaluaba en su noble espíritu los escabeles de marfil, las pie-

zas de telas bordadas, los cántaros de bronce labrado, los escudos incrustados de piedras...

Tan rico y bello era el vaso de oro que la última ninfa sustentaba en el hombro, que Ulises detúvola, arrebatóle el vaso, lo sopesó y, mirándolo, gritó con soberbia risa estridente:

—¡En verdad, este oro es bueno!

Una vez dispuestas y ligadas bajo el ancho asiento las preciosas alhajas, el impaciente héroe, arrebatando el hacha, cortó la cuerda que prendía la balsa al tronco de un roble, y saltó para la alta borda, que la espuma envolvía. Pero se acordó entonces de que ni siquiera había besado a la generosa e ilustre Calypso. Rápido, soltando el manto, pasó a través de la espuma, corrió por la arena y dejó un beso sereno en la frente aureolada de la diosa. Aseguróle ella un instante por el hombro robusto:

—¡Cuántos males te esperan, oh, desgraciado! Más valdría que quedases para toda la inmortalidad en mi isla perfecta, entre mis brazos perfectos...

Ulises volvióse con un grito magnífico:

—¡Oh, diosa, el irreparable y supremo mal hállese en tu perfección!

¡Y a través de las olas huyó, trepó ansiosamente a la balsa, soltó a la vela, hendió el mar y partió para los trabajos, para las tormentas, para las miserias, para la delicia de las cosas imperfectas!...

XII

¡EL SUAVE MILAGRO!

En aquel tiempo Jesús aun no se ausentara de Galilea y de las dulces, luminosas márgenes del lago de Tiberiades; pero la noticia de sus milagros penetrara ya hasta Engadim, ciudad rica, de fuertes murallas, entre olivares y viñedos, en el país de Issachar.

Una tarde, un hombre de ojos ardientes y deslumbrados pasó por el fresco valle y anunció que un nuevo Profeta, un Rabí hermoso, recorría los campos y las aldeas de Galilea predicando la llegada del Reino de Dios, curando todos los males humanos. Mientras descansaba, sentado al borde de la *Fuente de los Vergeles*, contó que ese Rabí, en el camino de Magdala, sanó de la lepra a un siervo de un decurión romano sólo con extender sobre él la sombra de sus manos; y que en otra mañana, atravesando en una barca para la tierra de los Gerasenios, en donde comenzaba la recolección del bálsamo, resucitó a la hija de Jairo, hombre docto y considerable, que comentaba los libros en la Sinagoga.

Y, como asombrados, todos los que se hallaban en derredor, labradores, pastores y mujeres triguer-

C U E N T O S

ñas, con el cántaro al hombro, le preguntaron si era en verdad el Mesías de la Judea, y si delante de él refulgía la espada de fuego, y si le acompañaban, caminando como las sombras de dos torres, las sombras de Gog y de Magog, el hombre, sin beber siquiera de aquella agua tan fría de que bebiera Josué, recogió el cayado, sacudió los cabellos y encaminóse pensativamente bajo el Acueducto luego, sumido en la espesura de los almendros en flor.

Mas una esperanza deliciosa, como el rocío en los meses en que canta la cigarra, refrescó las almas sencillas; por toda la campiña que verdea hasta Ascalón el arado pareció más blando de enterrar, más leve de mover la piedra del lagar; las criaturas, cogiendo ramos de anémonas, acechaban por los caminos a ver si más allá de la esquina del muro o por debajo del sicomoro surgía una claridad; y en los bancos de piedra, a la puerta de la ciudad, los viejos, corriendo los dedos por los rizos de las barbas, ya no desarrollaban con tan sapiente certeza los antiguos dictámenes.

Vivía por entonces en Engadim un viejo llamado Obed, de una familia pontifical de Samaria, que había sacrificado en las aras del Monte Ebal, señor de abundantes rebaños y de abundantes viñas, y con el corazón tan lleno de orgullo como su granero de trigo. Mas un viento árido y abrasado, ese viento de desolación que por mandato del Señor sopla de las torvas tierras de Assur, matara las reses más

gordas de sus manadas, y por los ribazos en donde sus viñas se enroscaban al olmo y se tendían en airoso enrejado, sólo dejara en torno de los olmos y pilares desnudos sarmientos, cepas descarnadas y la parra roída de áspera herrumbre. Acurrucado Obed en la solera de su puerta, con la punta del manto sobre la cara, palpaba el polvo, lamentaba la vejez, rumiaba amargas quejas contra Dios cruel.

Cuando oyó hablar de ese nuevo Rabí, que alimentaba las multitudes, amedrentaba a los demonios y enmendaba todas las desventuras, Obed, hombre leído, que había viajado por Fenicia, pensó en seguida que Jesús sería uno de esos hechiceros tan frecuentes en Palestina, como Apolonio, el Rabbí Ben-Dossa o Simón El Sutil. También esos, aunque sea en noches tenebrosas, conversan con las estrellas, para ellos siempre fáciles y claras en sus secretos: con una simple vara ahuyentan de los sembrados los moscardones engendrados en los lodos de Egipto; y agarran entre los dedos las sombras de los árboles, que conducen como benéficos: oídos, por encima de las eras, a la hora de la siesta. Acaso Jesús de Galilea, más joven, de cierto con magias más fogosas, si se le pagase, pródigamente, haría cesar la mortandad de sus ganados y reverdecería sus viñedos. Ordenó entonces Obed a sus siervos que partiesen, buscasen por toda Galilea al Rabbí nuevo, y con la promesa de dinero o alhajas, le trajesen a Engadim, en el país de Assachar.

Apretáronse los siervos los cinturones de cuero

y echaron a andar por el camino de las caravanas, que, costeando el lago, se extiende hasta Damasco.

Una tarde vieron sobre el Poniente, rojo como una granada muy madura, las finas nieves del monte Hermón. Después, en la frescura de una suave mañana, el lago de Tiberiades resplandeció delante de ellos, transparente, cubierto de silencio, más azul que el cielo, orlado de floridos prados, de densos verjeles, de rocas de pórvido y de blancas terrazas por entre los pomares, bajo el vuelo de las tórtolas. Un pescador que desamarraba perezosamente su barca de una ensenada de césped, es-cuchó, sonriendo, a los siervos: "¿El Rabí de Nazaret? ¡Oh! Ya en el mes de Ijar descendiera el Rabí, con sus discípulos, para los lugares adonde el Jordán arrastra las aguas."

Corriendo, los siervos siguieron por las márgenes del río hasta delante del vado, donde aquél se estira en un largo remanso, y descansa, y un instante duerme, verde e inmóvil, a la sombra de los tamarindos. Un hombre de la tribu de los Essenios, vestido de lino blanco, cogía lentamente hierbas saludables por la orilla del río, con un blanco corderillo al cuello. Saludáronle humildemente los siervos, porque el pueblo ama a aquellos hombres de corazón tan limpio y claro y cándido como sus vestiduras, cada mañana lavadas en estanques purificados. ¿Podía decirles algo del paso del nuevo Rabí de Galilea que, como los Essenios, enseñaba la dul-

E Ç A D E Q U E I R O Z

zura y curaba a las gentes y a los ganados? “El Rabbí había atravesado el oasis de Engaldi, y después se había adelantado más allá...” —murmuró el Essenio. “¿Y dónde es más allá?” Moviendo un ramo de flores rojas que cogiera, el Essenio señaló las tierras de allende Jordán, la planicie de Moab. Los siervos vadearon el río, y en vano buscaron a Jesús jadeando por los rudos caminos, hasta los peñascos en que se levanta la siniestra ciudadela de Makaur... En el Pozo de Ya-Kob reposaba una larga caravana, que conducía a Egipto mirra, especierías y bálsamos de Gilead; y los camelleros, sacando el agua con los baldes de cuero, contaron a los siervos de Obed que en Gadara, por la luna nueva, un maravilloso Rabbí, mayor que David o Isaías, arrancó del pecho de una tejedora siete demonios, y que a su vez, un hombre degollado por el salteador Barrabás, se irguió de su sepultura y se volvió a su huerto. Algo más esperanzados, encamináronse los siervos por el camino de los Peregrinos hasta Gadara, ciudad de altas torres, y aun más lejos hasta los manantiales del Amalha... En esa misma madrugada, Jesús, seguido por un pueblo que cantaba y sacudía ramos de mimosa, había embarcado en el lago en un bachel de pesca, y navegaba a vela con rumbo a Magdala. Descorazonados de nuevo, los siervos de Obed atravesaron el Jordán por el Puente de las Hijas de Jacob. Un día, ya con las sandalias rotas del

largo camino, pisando tierras de la Judea romana, cruzáronse con un sombrío fariseo, que retornaba a Ephraim montado en su mula. Detuvieron, con devota reverencia, al hombre de la ley." ¿Había encontrado él por ventura a ese nuevo profeta de Galilea que, como un Dios paseando en la tierra, esparcía milagros?" La corva faz del fariseo se obscureció arrugada, y su cólera retumbó como un tambor orgulloso:

—¡Oh, esclavos paganos! ¡Oh, blasfemos! ¿En dónde oísteis que existiesen profetas o milagros fuera de Jerusalén? Sólo Jehová tiene fuerza en su templo. De Galilea salen los necios y los impostores...

Y en viendo a los siervos retroceder ante su puño erguido, enroscado de dísticos sagrados, el furioso Doctor, apeóse de la mula, y con las piedras del camino apedreó a los siervos de Obed, vociferando: "¡Racca! ¡Racca!", y todos los anatemas rituales. Los siervos huyeron para Engadim. El desconsuelo de Obed fué grande, porque sus ganados morían, sus viñas se secaban, y a pesar de ello, raudamente, como una alborada por detrás de las siervas, crecía, consoladora y llena de divinas promesas, la fama de Jesús de Galilea.

Por ese tiempo, un centurión romano, Publio Séptimo, mandaba el fuerte que domina el valle de Cesarea hasta la ciudad y el mar. Hombre áspero, veterano de la campaña de Tiberio contra los Partos, Publio habíase enriquecido durante la re-

vuelta de Samaria con presas y saqueos, poseía minas en el Atica, y gozaba, como supremo favor de los dioses, la amistad de Flaco, legado imperial de la Syria. Mas un dolor roía su poderosa prosperidad; lo mismo que un gusano roe un fruto succulento. Su única hija, más amada para él que vida y bienes, iba enflaqueciendo con un mal sutil y lento, extraño hasta al saber de los magos y esculapios que se mandaran a consultar a Sidón y a Tyro. Blanca y triste como la luna en un cementerio, sin una queja, sonriendo pálidamente a su padre, adelgazaba, sentada en la alta explanada del fuerte bajo un velario, alargando nostálgicamente los tristes ojos negros por el azul del mar de Tyro, por el cual ella navegara, volviendo de Italia, en una opulenta galera. A las veces, un legionario, a su lado, entre las almenas, apuntando lentamente a lo alto la flecha, atravesaba una gran águila, que volaba serena en el cielo rutilante. La hija de Séptimo seguía un momento el ruido del ave, dando vueltas en el aire hasta caer muerta sobre las rocas; después, con un suspiro, más pálida y más triste, comenzaba a mirar de nuevo para el mar.

Entonces Séptimo, oviendo contar a unos mercaderes de Chorazin cosas de este admirable Rabbí, tan potente sobre los espíritus que sanaba los males tenebrosos del alma, destacó tres decurias de soldados para que lo buscasen por la Galilea y por todas las ciudades de la Decapola, hasta la costa hasta Ascalón. Los soldados dispusieron los es-

cudos en los sacos de lona, espetaron ramos de oliva en los yelmos, y ferradas las sandalias apresuradamente, alejaronse, resonando sobre las losas de basalto del camino romano que desde Cesarea hasta elLago corta toda la Tetrarchia de Herodes. De noche, sus armas brillaban en lo alto de las colinas, por entre la llama ondeante de los hachones erguidos. De día invadían los caseríos, rebuscaban en la espesura de los pomares, mientras agujereaban con la punta de las lanzas la paja de las hacinas; las mujeres, asustadas, acudían para amansarlos con bollos de miel, higos nuevos y escudillas llenas de vino, que los soldados bebían de un trago, sentados a la sombra de los sicomoros. Recorrieron así la Baja Galilea, y del Rabbí sólo hallaron un surco luminoso en los corazones.

Aburridos con las inútiles marchas, desconfiando que los judíos les ocultasen al hechicero para que no se aprovecharan los romanos del superior hechizo, derramaban su cólera con tumulto, a través de la piadosa tierra sumisa. Detenían a los peregrinos en la entrada de los puentes, gritando el nombre del Rabbí; rasgaban los velos de las vírgenes, y a la hora en que se llenan los cántaros en las cisternas, invadían las estrechas calles de los arrabales, penetraban en las Sinagogas y batían sacrílegamente, con los puños de las espadas, en las *Thebahs*, los Santos Armarios de cedro que contenían los Libros Sagrados. En las cercanías de Hebrón arrastraron a los solitarios por las barbas fuera de

las grutas para arrancarles el nombre del desierto o del palmar en que se ocultaba el Rabbí; y dos mercaderes fenicios, que venían de Joppé con una carga de malobrato, y a quienes nunca llegara el nombre de Jesús, pagaron por ese delito cien dracmas a cada decurión. Toda la gente de los campos, hasta los bravíos pastores de Idumea, huían empavorecidos hacia las serranías, apenas lucían, en algún recodo del camino, las armas del bando violento. Desde el borde de las terrazas, las viejas sacudían como talegos la punta de los cabellos desgredados, y lanzaban sobre ellos los malos agüeros, invocando la venganza de Elías. Así erraron hasta Ascalón sin hallar a Jesús; y retrocedieron a lo largo de la costa, enterrando las sandalias en la ardiente arena.

Una madrugada, cerca de Cesarea, marchando por un valle, echaron de ver sobre un otero un verdinegro bosque de laureles, en donde blanqueaba, recogidamente, el fino y claro pórtico de un templo. Un viejo, de largas barbas blancas, coronado de hojas de laurel, vestido con una túnica de color de azafrán, asiendo una corta lira de tres cuerdas, esperaba sobre los peldaños de mármol la aparición del sol. Desde abajo, los soldados, agitando un ramo de olivo, clamaron hacia el sacerdote. ¿Conocía él a un nuevo profeta que apareciera en Galilea, tan diestro en milagros, que resucitaba a los muertos y tocaba el agua en vino? Alargando los brazos, el sereno viejo exclamó por sobre la rociada verdura del valle:

—¡Oh, romanos! ¿Por qué creéis que en Galilea o Judea aparezcan profetas consumando milagros? ¿Cómo podrá un bárbaro alterar la Orden instituída por Zeus?... ¡Mágicos y hechiceros son vendedores ambulantes que murmuran palabras huecas para arrebatarse la propina a los sencillos!... Sin el permiso de los inmortales, ni un retoño seco puede caer del árbol, ni hoja seca puede ser sacudida en el árbol. No hay profetas, no hay milagros... ¡Sólo Apolo Delfico conoce el secreto de las cosas!

Los soldados, entonces, muy despacio, con la cabeza caída, como en una derrota, recogieron a la fortaleza de Cesarea. Fué grande el desconsuelo de Séptimo, por ver que su hija moría sin una queja, mirando el mar Tyro, siendo así que la fama de Jesús curador de lánguidos males crecía cada vez más consoladora y fresca, como el aire de la tarde que sopla de Hermón, y a través de los huertos reanima y levanta las azucenas colgadas.

Vivía por ese tiempo entre Engadim y Cesarea, en una casa arruinada, sumida en lo más oculto de un cerro, una viuda, mujer más desgraciada que todas las mujeres de Israel. Su único hijito, todo tullido, había pasado del magro pecho a que ella le criara a los harapos del podrido jergón, en donde ya llevaba siete años gimiendo y consumiéndose.

A ella también una enfermedad la arrugara dentro de los trapos jamás mudados, dejándola más obscura y torcida que una cepa arrancada. Creció

E Ç A D E Q U E I R O Z

la miseria espesamente sobre ambos, como el moho sobre cazos perdidos en un yermo. En la lámpara de barro colorado secara ya el aceite. No quedaba grano ni corteza dentro del arca pintada. La cabra, sin pasto, muriera en el estio. Secó la higuera en el huerto. Tan lejos de poblado, nunca limosna de pan o miel entraba en la choza. ¡Con hierbas cogidas en las hendiduras de las rocas, cocidas sin sal, nutrianse aquellas criaturas de Dios en la tierra escogida, en la cual hasta a las aves malélicas sobraba el sustento!

Un día apareció por allí un mendigo, entró en la choza, repartió de su hatillo con la madre atribulada, y sentado en la piedra del hogar, rascándose las heridas de las piernas, contó de esa grande esperanza de los tristes, de ese Rabbí que apareciera en Galilea, que de un pan hacía siete, y amaba a todas las criaturas, y enjugaba todos los llantos, y prometía a los pobres un grande y luminoso reino, de abundancia mayor que la corte de Salomón. La mujer escuchaba con ojos ávidos. “¡Y ese dulce Rabbí, esperanza de los tristes, en dónde se encuentra?” El mendigo suspiró: “¡Ah, ese dulce Rabbí! ¡Cuántos lo deseaban se desesperanzaban! Andaba su fama por toda la Judea como el sol que hasta por cualquier viejo muro se extiende y se goza; mas distinguir la claridad de su rostro, sólo podían aquellos dichosos que elegía su deseo. Tan rico como es Obed, mandó a sus siervos por toda Galilea para que le buscasen a Jesús, y con promesas le trajeran a En-

gadim; tan soberano, Séptimo destacó a sus soldados hasta la costa del mar, para que buscasen a Jesús, y por orden suya le condujeran a Cesarea.”

“Errando, pidiendo limosna por tantos caminos, halló a los siervos de Obed y luego a los legionarios de Séptimo. Retornaron todos, derrotados, con las sandalias rotas, sin haber descubierto en qué matarral o ciudad, en qué cubil o palacio se escondía Jesús.”

Caía la tarde. Cogió el mendigo su bordón y descendió por el duro camino, entre el brezo y las rocas.

Volvióse la madre a su rincón más encorvada, más abandonada. El hijito entonces, con un murmurio más débil que el rozar de un ala, pidió a la madre que le trajese a ese Rabbí que amaba a los niños, aun a los más pobres; sanaba los males, aun los más antiguos. La madre apretó su cabecita desgredada.

—¡Oh, hijo! Y ¿cómo quieres que te deje y me meta por los caminos en busca del Rabbí de Galilea? Obed es rico y tiene siervos que en balde buscaron a Jesús por arenales y colinas, desde Chorazin hasta el país de Moab. Séptimo es fuerte, y tiene soldados, y en vano corrieron detrás de Jesús desde el Hebrón hasta el mar. ¿Cómo quieres que te deje? Jesús anda muy lejos y nuestro dolor está con nosotros dentro de estas paredes, y dentro de ellas nos ata. Y aunque le encontrase, ¿cómo convencería yo a Rabbí tan deseado, por quien suspiran ricos y

fuertes, para que descendiese a través de las ciudades hasta este desierto, para curar a un tullido tan pobre sobre jergón tan roto?

La criatura, con dos largas lágrimas corriéndole por la faz escurrida, murmuró:

—¡Oh, madre! Jesús ama a todos los pequeñitos. ¡Y yo soy aún tan pequeño y tengo un mal tan pesado! ¡Yo me quería curar!

Y la madre, sollozando:

—¡Oh, hijo mío, cómo te voy a dejar! Son largos los caminos de Galilea y corta la piedad de los hombres. Tan rota, tan tambaleante, tan triste, hasta los perros me ladrarían desde la puerta de los caseríos. No me atendería nadie. Nadie me enseñaría la morada del dulce Rabbi. ¡Oh, hijo! Jesús tal vez muriese... Ni siquiera los ricos y los fuertes le encuentran. Le trajo el cielo, y el cielo se le llevó. Y con él para siempre murió la esperanza de los tristes...

Por entre los negros trapos, irguiendo sus pobres manecitas, que temblaban, la criatura murmuró:

—Madre, yo quiero ver a Jesús...

Y al punto, abriendo despacio la puerta y sonriendo, dijo Jesús al niño:

—Aquí estoy.

FIN

INDICE

| | <u>Páginas.</u> |
|--|-----------------|
| I.—Singularidades de una muchachita rubia... | 5 |
| II.—Un poeta lírico..... | 46 |
| III.—En el molino..... | 64 |
| IV.—Civilización..... | 84 |
| V.—El tesoro..... | 123 |
| VI.—Fray Genebro..... | 135 |
| VII.—Adán y Eva en el Paraíso..... | 150 |
| VIII.—La nodriza..... | 199 |
| IX.—El difunto..... | 207 |
| X.—José Mathías..... | 253 |
| XI.—La perfección..... | 292 |
| XII.—¡El suave milagro!..... | 320 |

2. 50

COLECCIÓN EXTRANJERA
DE LA BIBLIOTECA NUEVA

VOLUMEN, 3,50 PESETAS

LEÓNIDAS ANDREEV

LOS SIETE AHORCADOS (*Novela*).

JUDAS ISCARIOTE (*Novela*).

WILLIERS DE

L'ISLE ADAM

LA EVA FUTURA (*Novela*).

NUEVOS CUENTOS CRUELES

FEDERICO NIETZSCHE

EPISTOLARIO INÉDITO

KNUT HAMSUN

PAN (*Novela*).

OSCAR WILDE

EL RETRATO DE DORIAN GRAY
(*Novela*).

EL CRIMEN DE LORD ARTURO
SAVILE (*Novela*).

INTENCIONES (*Ensayos*).

EÇA DE QUEIROZ

EL SEÑOR DIABLO

PROSAS BÁRBARAS

ÚLTIMOS ENSAYOS

CUENTOS

ALEJANDRO KUPRIN

EL CAPITÁN RIBNICOV (*Novela*).

MARKT WAIN

NARRACIONES HUMORÍSTICAS

EN PRENSA: 2

OBRAS DE LOS MAS FAMOSOS AUTORES



COLECCIÓN DE MANUSCRITOS
DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

EXCMO. SEÑOR DON
D. FRANCISCO DE CANTER

PRESENTE DON
D. FRANCISCO DE CANTER

OCURRIÓ EN LA CIUDAD DE MADRID

REUNIDOS EN EL SALÓN DE LA BIBLIOTECA

SEÑOR DON FRANCISCO DE CANTER

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1104377925